

***El De Scribenda Historia liber* de Juan Antonio Viperano:
Edición y estudio.**

AUTORA: SONIA CARDONA CABANILLAS
DIRECTOR: DR. D. MIGUEL RODRÍGUEZ-PANTOJA MÁRQUEZ

ÍNDICE

CAPÍTULO I. EL AUTOR.

1.1. Infancia y educación.....	V
1.2. Vida profesional con los jesuitas.....	VII
1.3. Viperano desligado de los jesuitas.....	XII

CAPÍTULO II. LA OBRA.....XVII

CAPÍTULO III. LA HISTORIA Y EL DESARROLLO DE LA PRECEPTIVA HISTÓRICA.

3.1. Desarrollo de la preceptiva histórica.....	XXIV
3.2. La teoría histórica en la Antigüedad grecolatina.....	XXV
3.2.1. Aristóteles.....	XXVI
3.2.2. Cicerón.....	XXVI
3.2.3. Quintiliano.....	XXVIII
3.2.4. Dioniso de Halicarnaso.....	XXIX
3.2.5. Luciano de Samosata.....	XXXII
3.2.6. Hermógenes.....	XXXIV
3.3. La preceptiva histórica en la Edad Media.....	XXXIV

CAPÍTULO IV: LA TEORÍA DE LA HISTORIA: RENOVACIÓN HISTORIOGRÁFICA DEL HUMANISMO.

4.1. El nacimiento de la historia como ciencia.....	XXXVII
4.2. La preceptiva histórica en el siglo XVI.....	XLIV
4.3. Génesis de la idea de Método.....	XLV
4.4. Los predecesores. De Coluccio Salutati a Sperone Speroni.....	LV
4.5. De Sperone Speroni a la preceptiva histórica pre-Bodin. El modelo italiano.	
4.5.1. Sperone Speroni.....	LX
4.5.2. Robortello.....	LXV
4.5.3. Francesco Patrizi. El avance histórico.....	LXXXI

4.6. Sebastián Fox Morcillo y la preceptiva hispana.....	LXXIII
4.6.1. Sebastián Fox Morcillo: imitación y estilo.....	LXXIV
4.7. La preceptiva histórica francesa: Bodin y la búsqueda de la verdad.....	LXXX
4.7.1. François Baudouin: la innovación.....	LXXXI
4.7.2. Jean Bodin.....	LXXXV

CAPÍTULO V: EL *DE SCRIBENDA HISTORIA* DE GIOVANNI ANTONIO VIPERANO.

5.1. Ediciones de la obra.....	XCIII
5.2. Estructura de la obra.....	XCIII
5.3. La presente edición.....	XCVIII
5.4. Las fuentes y las citas literarias.....	CIX

BIBLIOGRAFÍA.....CXV

***DE SCRIBENDA HISTORIA LIBER. SOBRE LA FORMA DE ESCRIBIR HISTORIA.*
(1569).....1**

INDEX LOCORUM.....68

INDEX NOMINUM.....74

INDEX RERUM NOTABILIUM.....79

CAPÍTULO I.- EL AUTOR.

No es extraño encontrar hombres que en su época alcanzan la fama por su obra, por la elegancia en el uso de la lengua, por su vasto y profundo conocimiento, que caen pronto en el olvido. Este es el caso del humanista Giovanni Antonio Viperano, del cual dice el padre Springuetti que fue “un gran humanista, elegante poeta, orador e historiador latino y, como no, excelente obispo”¹. De su obra en verso y prosa no se acuerda casi nadie: sólo aparece nombrado en algunos manuales, pero en su faceta de teórico en las obras *De Poetica* y *De Scribenda Historia*. De su vida, las noticias recogidas por algunos autores en enciclopedias o diccionarios biográficos que tenemos son escasas e imprecisas y a veces inciertas, tal es el caso de Nicola Toppi en su *Bibliotheca Neapolitana*², que lo incorpora al elenco de autores napolitanos, aunque parece que existió (según cuenta Antonio Mongitore en su *Bibliotheca Sicula*³) una *Vita* sobre Viperano editada en Venecia y compuesta por un tal Antonio Mirella e Mora de la que se hace referencia en la *Bibliotheca Afrosiana Angelici Afrosii* que no hemos podido encontrar y de la que Springhetti piensa que simplemente contiene una breve monografía.

1.1 INFANCIA Y EDUCACIÓN.

Nació nuestro autor en Mesina, en el año 1535, dato sin lugar a discusión si no fuera porque J. P. Niceron⁴ lo hace nacer en 1540, referencia sin fundamento como demuestra en su artículo el padre Springhetti. El cálculo de la fecha se remonta al proceso de beatificación de San Ignacio, que tuvo lugar en Giovinazzo del 28 de abril al 25 de mayo de 1608 y cuyo único testigo fue el propio obispo, Viperano, que por aquel entonces contaba con 73 años de edad; por lo cual, si murió en 1610 a la edad de 75 años, hubo de nacer en 1535. Existe todavía algún que otro dato falso sobre su nacimiento, recogido por el padre Manuel Aguilera⁵, que lo sitúa en el siglo XV.

¹ E. Springuetti S.J.: “Un grande humanista messinese: Giovanni Antonio Viperano (Cenni biografici)”, *Helicón I* (1961) 94-117.

² *Bibliotheca Neapolitana* Nápoles 1678 p. 128. Esta obra fue completada por Leonardo Nicodemo, *Addizione copiose alla Bibliotheca Neapolitana del dottor Niccolo Toppi*, Nápoles 1683.

³ A. Mongitore *Bibliotheca Sicula*, Panormi 1708, p. 321 ss.

⁴ J.P. Niceron, *Mémoires pour servir à l'histoire des hommes illustres*, XXV, p. 197.

⁵ M. Aguilera S.J., *Provinciae Siculae S.I. ortus et res gestae*, Panormi 1737, pars I, p.31.

Viperano creció y se educó en el seno de una familia acomodada. En el tratado *De Summo Bono* ofrece un retrato de primera mano de sus padres⁶, además de dar a conocer la existencia de su hermano Pedro, al que dedica la obra. Hay constancia de otro hermano, de nombre José, sacerdote, bastante mayor que él y destinatario de una elegía⁷.

Francisca Armalea, madre de Giovanni y a la que Springhetti nombra como Francesca Arcoleo, recogido de Mongitore, murió joven, siendo sus hijos aún unos niños. De Nicolás Viperano, al que Mongitore denomina *uir pietate inclitus*, sabemos que tras la muerte de su esposa se dedicó por entero a la educación esmerada de sus vástagos. Viperano cuenta de él que “pasó su vida virtuosa y castamente, cuidando del estudio de los asuntos divinos”⁸; así pues este hombre devoto y profundo conocedor de los libros sagrados inculcó a sus hijos una educación cristiana y una formación humanística que cualquier familia bien de aquella época aspiraba dar a sus propios hijos. Esta primera etapa de formación destaca más por la amplitud de las materias que por la profundidad con que pudiesen ser tratadas.

En 1548 entra Viperano en el Colegio Mamertino de Mesina, fundado por los Jesuitas el año anterior para continuar con sus estudios humanísticos y en 1549, cuando sólo tenía catorce años, inicia su noviciado. Con los Jesuitas “estudió con ardor las sagradas disciplinas, sin descuidar por eso la literatura y, sobre todo, la poesía por la que se sentía muy inclinado”⁹ y llegó a ser “un orador excelente, insigne poeta, letrado en griego y latín, gran conocedor de la filosofía y teología”¹⁰.

Para ilustrar el período más ignorado en las biografías que hemos encontrado sobre Viperano, el de su formación intelectual y moral recibida no del padre sino de los Jesuitas, tenemos el artículo del Padre Springhetti, del que hemos extraído muchos de los datos que vamos a exponer. Lo primero que llama la atención es que Viperano no nos habla en ningún momento de su condición de Jesuita, hecho al que Springhetti intenta dar una explicación: el pertenecer a una orden religiosa es una pesada carga para cualquiera que se

⁶ La visión que se nos ofrece de los padres de Viperano la podemos encontrar en el capítulo primero del tratado, que se abre con la interpelación a su hermano Pedro.

⁷ La elegía fúnebre a la que hemos hecho alusión y de la que hemos extraído las poquísimas referencias a este hermano se incluye en el libro *Poemata*.

⁸ *Opera* III, p.154: *Nam orbatu uxore...se totum ad diuinarum rerum studium traduxit, et quod uitae reliquum illi fuit hinc ac sancte peregit.*

⁹ Niceron *op. cit.* p. 197-8.

¹⁰ Springhetti *op. cit.* p. 95; Niceron *op. cit.* p. 198; Mongitore *op. cit.* p. 321. En los tres autores aparecen los textos antes citados. Supongo que han sido copiados de un autor a otro.

quiera dedicar a la literatura. De este silencio comprensible del autor deriva la escasez de datos biográficos.

Por los datos que nos ofrece le P. Manuel Aguilera, historiador de la Provincia jesuítica de Sicilia, sabemos que San Ignacio de Loyola en 1547, ordena a su secretario, el P. Polanco, y al Rector del Colegio Mamertino de Mesina, el P. Nadal, que encuentre jóvenes sicilianos deseosos de entrar en la Orden. El P. Nadal informa que ha encontrado diez que destacan por sus capacidades y dotes, entre ellos está Viperano¹¹. Tras unos años de preparación decide formar parte de la orden e inicia en 1549 su Noviciado. Terminado éste, un año más tarde, continúa sus estudios de humanidades, retórica y filosofía. Enseñaban en este colegio un grupo de jóvenes profesores humanistas que darían envidia a cualquier universidad y que bajo cuya guía y preparación harán de Viperano “uno de los más doctos y elegantes latinistas de la segunda mitad del siglo XVI”¹² : el holandés Pedro Canisio, Santo y Doctor de la Iglesia, era el profesor de retórica y enseñaba la *Rhetorica ad Herennium* y los discursos de Cicerón; el italiano P. Benedetto Palmio, en la clase de humanidades enseñaba la *Eleganze* de Valla, las *Cartas a Ático* y la *Eneida*; Aníbal Codreto, francés, enseñaba la *Sintaxis* de Despauterio, las *Églogas* de Virgilio, los *Diálogos* de Luis Vives y las *Cartas* de Cicerón; Juan Bautista Passarino enseñaba gramática y el griego y hebraico, del humanista francés, P. Andrés Frusio y, sobre todo, del P. Du Coudret aprenderá latín y a componer poesía y diálogos¹³.

1.2. VIDA PROFESIONAL CON LOS JESUITAS.

A finales de 1553, sustituye durante unos meses al profesor de Retórica, ganándose el respeto de la comunidad escolar. Al poco tiempo es enviado a Roma, lo que provocará una pública protesta; sin embargo, y después de permanecer un mes en esta ciudad completando su formación religiosa¹⁴ es enviado a Gubio como profesor de retórica, sustituyendo al P. Manareo. Tenía dieciocho años y llegaba precedido de la fama de su habilidad para las lenguas clásicas y la elocuencia. Nuestro joven profesor mantiene durante este curso una actividad frenética. No sólo se dedica a impartir clases sino que

¹¹ M. Aguilera S.J., *op. cit.* Pars I, p. 30-31.

¹² E. Springhetti, *op. cit.* p. 99.

¹³ M. Aguilera, *op. cit.* p. 22.

¹⁴ Polanco, *Chronicon*, T. III, p. 199-200.

además compone poesía, que será enviada a Roma a S. Ignacio y a Sicilia¹⁵, y prepara discursos en latín para ser recitados por los escolares en fechas señaladas.

A principios de 1554, Viperano cae enfermo y es obligado, bajo prescripción médica, a suspender las clases por algún tiempo. No sabemos de qué enfermedad se trataba, no lo aclara ninguno de sus biógrafos ni él mismo cuando habla de su falta de salud en el prólogo del *De Scribenda Historia*. Meses más tarde, el 21 de abril, se procede a cerrar el Colegio de Gubio y todos sus miembros serán enviados al nuevo colegio que se abre en Génova, excepto Viperano, enviado a Florencia, donde es rector el P. Laínez, futuro sucesor de S. Ignacio en el gobierno de la Compañía de Jesús. Permanecerá nuestro joven maestro ocupando la cátedra de retórica hasta agosto de 1554. Se anuncia a la vez al P. Laínez y al P. Mercuriano, rector del Colegio de Perugia, la partida de Gilberto Policino hacia Génova y la incorporación de Viperano en Perugia¹⁶.

Comienza a partir de este momento y durante siete años un período muy fructífero en la vida profesional de nuestro autor, lleno de intenso trabajo y rico en experiencias, contactos, reconocimiento y fama. Pero su entrada en el Colegio se realiza con algunas dificultades, pues Viperano ha de sustituir a un profesor estimado por sus alumnos y el número de alumnos decrece.¹⁷ Contaba como armas con su juventud y su capacidad para componer discursos y poesía, lo que aumentó el prestigio del Colegio y su método de enseñanza. Impartía no sólo clase de retórica sino además de griego a jóvenes, hombres maduros y religiosos.

Tal es la fama que alcanzan los jesuitas, que algunos ciudadanos, encabezados por el Vicario del Obispo, piden al Gobernador que algunos de los profesores jesuitas, y nominalmente Viperano, impartiesen en la escuela pública de la Universidad de Perugia clase de griego y retórica¹⁸. Se consultó esta demanda a S. Ignacio y la respuesta fue afirmativa, comenzando a impartir clases en la Universidad de Perugia en el curso

¹⁵ *Monum. Ignat.* T. V, p. 113, Carta del secretario se S. Ignacio al rector del Colegio de Gubio, fechada el 30 de Diciembre de 1553 y en la que se recoge: “Le lettere et versi del fratello nostro Juan Antonio Viperano si mandaranno a Sicilia”.

¹⁶ *Monum. Ignat.* T. VII, p. 414.

¹⁷ *Monum. Hist. S.J.*: Polanco, *Chronicon*, T. V, p. 150: *Forte praeceptorum mutatio ex parte in causa fuit; nam Magister Gilbertus, qui Genuam destinatus erat, non solum cum lacrimis suorum discipulorum recessit, sed etiam Senatus molestia; cui tamen nostri successorem Mag. Antonium Viperanum missum esse dicendo, qui eius locum suppleret, et, si opus esset, reuocari posse magistrum Gilbertum, illi tunc conquievere.*

¹⁸ Viperano será el único profesor que imparta clases de griego en Perugia y es el propio Viperano el encargado de dar la noticia a S. Ignacio, en una de las cartas cuatrimestrales fechada el 8 de octubre de 1555.

académico 1555-56. Cerca de un centenar de alumnos, además de los del Colegio de los Jesuitas escuchaban admirados a Viperano e incluso los profesores se admiraban de la preparación intelectual de la Orden.

En este año se dedica además a componer numerosas piezas latinas, que eran recitadas en fiestas y en la inauguración del curso escolar. De ello nos da buena cuenta Springhetti¹⁹. Escribió un *Diálogo* contra los pecados y poesía y discursos en latín para el día de Carnaval. Ese mismo año, al comenzar sus clases en la Universidad, recitó un *Diálogo* en latín y una *Égloga*. Escribe el 7 de junio de 1556 a S. Ignacio: *Orationes latino conscriptas, et dialogos uersibus compositos, habere publice frequentissime, summo cum aliorum applausu. Quare ad studia litterarum mirum in modum accenduntur discipuli nostri, qui 174 nunc sunt*²⁰. También da clases privadas a los vástagos de las familias acaudaladas de Perugia, que S. Ignacio recomienda suspender, teniendo en cuenta la delicada salud del joven Viperano y el gran trabajo al que está sometido. El 31 de julio de ese mismo año morirá S. Ignacio y le sucederá el P. Laínez.

No es extraño que Viperano encontrase alguna hostilidad por parte de nobles y profesores de la escuela pública, que lo creían incapaz de realizar su trabajo, dada su juventud y pedían que fuese sustituido por alguien más maduro. Estas peticiones cesaron en cuanto nuestro joven jesuita demostró públicamente su erudición y método de enseñanza. Reseñaremos en este punto la particular oposición que mostró un profesor de letras, de nombre Horacio Cardenato contra nuestro Viperano. Le acusó públicamente de cometer errores en un discurso en latín que había sido pronunciado el día de la Ascensión (el argumento era *De Summo Bono*, que más tarde sería desarrollado en cinco libros y editado en Nápoles en 1575). Viperano, en una carta, le pide que le manifestase los errores encontrados. Aquel no responde, sino que habla con su antiguo maestro, Cristóbal Sasso, el cual comienza a minar la autoridad de Viperano. Los jesuitas contraatacan a estas acusaciones con el silencio. La verdad sale a la luz y se hace público que el maestro Sasso se comportaba así para conseguir que Viperano abandonase la escuela pública. Se lamentaba de su falta de alumnos ya que una de sus clases coincidía en hora con la de Viperano. Los alumnos, siendo conscientes de la falta de pruebas, apoyaron

¹⁹ Estos datos los toma el P. Springhetti de las cartas cuatrimestrales que se enviaban a la sede de la Orden en Roma.

²⁰ *Monum. Hist. S.J.: Litterae Quadrimestres*, Vol. IV pp. 362-366 (texto latino de la carta).

incondicionalmente a su joven maestro y Sasso, amonestado por el obispo, no se atrevió a continuar con aquel tumulto, que cesó en breve gracias a la buena disposición de los profesores jesuitas²¹.

En el curso de 1556-57, nos encontramos con un Viperano dispuesto a enseñar los *Comentarios* de Eustaquio y pidiendo a Roma un astrolabio para ilustrar el tratado *De Sphaera*, que ya desde el curso anterior enseñaba a sus alumnos. Imbuido de este espíritu de estudio y dedicación a la escuela, abre el año escolar con un elegante discurso titulado *De consensu disciplinarum*, que es la tercera de las *Orationes VI*, publicadas en 1581, además de con un *Diálogo* de argumento moral. Durante este curso continúa aumentando el número de alumnos que desean asistir a las clases de Viperano²². Al final del curso, la Orden se plantea sustituir a Viperano en Perugia y así se lo hace saber el P. General Laínez al rector del colegio de Perugia, el P. Antonio Vinck. El rector le informa de que no es fácil encontrar un sustituto lo suficientemente preparado, además Viperano, conocedor del ambiente del colegio, se convierte en el nuevo ayudante del rector, cuando éste es sustituido por el P. Nicolás de Notario.

De nuevo, al comienzo del curso 1557-8, Viperano es el encargado de inaugurarlo con un discurso en latín y la representación en la iglesia del Colegio del drama *Vito y Modesto*. Este año continúa aumentando el prestigio de nuestro autor y el número de alumnos²³. En el otoño de 1557, se produjeron una serie de sucesos y circunstancias que provocaron las primeras grietas en los sólidos ideales de Viperano. En aquella época, llegó a Perugia el P. Bobadilla, uno de los diez primeros compañeros de S. Ignacio. El P. Springhetti lo describe como “un hombre lleno de celo pero con una idea de la obediencia un tanto discordante con la del Fundador y, como no sabía callar, daba mucho que hacer a los superiores”²⁴. El rector de Perugia dio permiso a Viperano para que fuese a escuchar al P. Bobadilla al convento donde estaba predicando. Sobre la conversación que mantuvo con él, informó el propio Viperano a sus superiores en Roma. Éstos, alarmados por el tono en que había sido escrita la carta (suponían que Bobadilla había influido en el espíritu rebelde

²¹ *Monum. Hist. S.J.*: Polanco, *Chronicon*, Vol. VI, pp.117 y ss.; *Litterae Quadrimestres*, Vol. IV, pp. 387-394 (carta con texto en latín e italiano dirigida al P. General Laínez el 7 de septiembre de 1556).

²² *Monum. Hist. S.J.: Litt. Quadrim.*, Vol. V, p. 102: carta de Perugia del Mtro Marcos Valdés, 7 de Febrero de 1557.

²³ *Monum. Hist. S.J.: Litt. Quadrim.*, Vol. V, p. 477.

²⁴ E. Springhetti, *Op. cit.* p.113.

que se dejaba entrever en sus palabras), llaman al orden al rector de Perugia y le aconsejan que intente averiguar qué pasó entre Viperano y el P. Bobadilla²⁵. La situación se complica cuando Bobadilla, que había vuelto a Perugia, desea de nuevo reunirse con Viperano y manda un mensajero al Colegio para que lo traslade. El rector del Colegio se opone, obedeciendo órdenes de Roma y Viperano decide someterse a la voluntad de sus superiores, pero la semilla del descontento había sido ya plantada, lo que quizás haya que poner en relación con su salida de la orden, como sugiere Springhetti²⁶.

Cuando acaba el curso, Viperano es enviado a Mesina, pero es devuelto a su puesto en octubre de ese año gracias a los requerimientos de altas personalidades de la región (el gobernador, el obispo e incluso el cardenal de Perugia). Durante su estancia en Mesina, el 21 de septiembre de 1558, muere en España el emperador Carlos V, al que compondrá y por quien pronunciará una oración fúnebre, editada ese mismo año en Mesina²⁷.

En el curso 1558-59, Viperano retoma sus clases con el mismo entusiasmo que en años anteriores y así queda reflejada en las cartas que se envían periódicamente a Roma. Un dato importante sobre la preocupación de Viperano por la educación de sus alumnos lo proporciona una carta enviada por el rector del colegio, Juan Nicolás de Notario al padre Laínez, el 9 de enero de 1559, expresando la profunda intranquilidad del joven profesor al perder libros que le parecían necesarios, como ciertas ediciones de clásicos, anotadas por autores herejes, y sobre todo le costaba desprenderse de las *Adagiorum Chiliades* de Erasmo²⁸. Sin embargo, el cardenal de Perugia, Fulvio Corneo, pide al P. General Laínez que permita a Viperano que lo acompañe para descansar de tanto trabajo y recuperar totalmente la salud²⁹.

²⁵ *Monum. Hist. S.J.: Bobadilla*, p. 183-5, carta de Polanco al rector de Perugia, 20 de octubre de 1557

²⁶ “Ci pare nondimento che qualche germe di scontento gli sia rimasto in fondo all’animo, non estraneo forse alla sua futura defezione dall’Ordine”, *op. cit.* p. 115.

²⁷ G. A. Viperano, *Laudatio funebris Caroli V Imperatoris habita Messanae anno 1558*, Mesina 1558.

²⁸ En 1559 fue reimpreso por orden de Paulo IV un catálogo, conocido como *Index*, en el que se recogían los libros que debían ser destruidos bajo pena de excomuni3n, libros estimadísimos y preciosísimos, muchos de los cuales no contenían absolutamente nada contra la fe ni contra las buenas costumbres. ¡Cuántos tesoros bibliográficos ardieron miserablemente en las hogueras de 1559! El período en que más libros se quemaron en Europa (especialmente en los dominios de la casa de Austria), fue la década quinta del siglo XVI, sobre todo a raíz de la publicación del *Índice* ya mencionado; cf. R. García-Villoslada, *Loyola y Erasmo, dos almas, dos épocas*, Madrid, 1965, pp. 237, 239-40, 256, 257, 266 y L. Gil Fernández, *Panorama Social del Humanismo Español*, Madrid, 1997, pp. 564-65.

²⁹ *Monum. Hist. S.J.: Lainius*, Vol. VIII, p. 528, 7 de julio de 1559.

Después de siete años en Perugia, durante el curso 1559-60 (concretamente en enero de 1560) Viperano interrumpe sus clases y vuelve a Mesina a causa de su delicado estado de salud. Comienza el curso sin dificultad alguna, inaugurándolo como venía haciendo los seis últimos años con un elegante discurso en latín. Enseña el libro VI de la *Eneida* en la Universidad y pretendía continuar con la *Retórica* de Aristóteles³⁰. En enero, como ya hemos referido, abandona el colegio, pasando antes por Roma³¹. Desde luego, en Perugia el descontento por su partida es general, mitigado por la esperanza de su pronta recuperación y por la buena acogida que ha tenido su sustituto.

Una carta, fechada el 18 de septiembre de 1560, del P. Salmerón refiere el cambio de actitud de Viperano que no sólo es debida a su enfermedad, sino a la agitación de su espíritu y a ciertas habladurías de las que se hizo eco a su paso por Nápoles³². A pesar de su mala salud, continua trabajando en Mesina, ya que en 1561 tenía terminada su obra *De Poetica libri III*, hecho que conocemos por la carta que el P. Polanco envía al P. Cristóbal Madrid a Roma el 2 de agosto de 1561 y en la que habla de la existencia de un libro escrito por el maestro G. A. Viperano, que ha sido revisado por el P. Du Coudret y se recomienda que sea publicado por su reconocida utilidad para los estudiantes.³³

1.3. VIPERANO DESLIGADO DE LOS JESUITAS.

A partir de este momento las noticias sobre Viperano en los *Monumenta Historica S.J.* son escasas. Aún existe una carta de 1563 de Viperano al P. Polanco³⁴ y otra de 1564 al P. Salmerón³⁵ en Nápoles: Viperano se halla en Roma y se dirige a Sicilia y se refieren a él como “maestro”. Parece que aún no se había producido su dimisión en la Orden, pues conserva el apelativo de “maestro” usado por los jesuitas. Ricardo García-Villoslada hace referencia a una epístola del secretario de la compañía, que ha tenido ocasión de consultar y en la que ruega al maestro Viperano que venga a Roma y no deje la compañía por motivos

³⁰ *Monum. Hist. S.J.: Litt. Quadrim.*, Vol. VI p. 448.

³¹ *Monum. Hist. S.J.: Epistolae P. Alph. Salmeron*, Vol. I, p. 595, carta fechada el 3 de febrero de 1560.

³² *Monum. Hist. S.J.: Epist. P. Alph. Salmeron*, Vol. I, p. 397.

³³ *Monum. Hist. S.J.: Lainius*, Vol. VI, p. 9. La obra será publicada algunos años más tarde, en 1579.

³⁴ *Monum. Hist. S.J.: Lainius*, Vol. VII, p. 371.

³⁵ *Monum. Hist. S.J.: Epistolae P. Alph. Salmeron*, Vol. I, p. 548.

de salud; de donde se deduce que no salió antes del 13 de marzo de 1568, fecha de la carta³⁶.

Tampoco tenemos datos seguros respecto a la fecha en que Viperano llega a España. Exponemos a continuación las distintas dataciones, ofrecidas por tres autores diferentes.

1.3.1) El P. Springhetti la sitúa en torno a 1565-6. Aclara que no ha encontrado nada sobre la duración de su permanencia en España, ni sobre las obras que allí compuso. Dice que ya es conocido en la corte española de Sicilia desde 1558, cuando pronunció la elegante *Laudatio funebris Caroli V Imperatoris* y que escribió su obra *De Bello Melitensi*, sobre el asedio de Malta por parte de los turcos en 1565, antes de su partida para España. Añade además que escribió su *De Scribenda Historia liber* y su *De Rege et Regno liber ad Philippum Caroli V Imperatoris filium* (publicadas ambas en Amberes en 1569) durante su estancia en España, basando su afirmación en el lugar de publicación de las obras antes mencionadas, Amberes, en los Países Bajos de dominio español en esa época.

1.3.2) Por otro lado, James Clarke³⁷ en la introducción de su obra *On Poetry* retrasa a 1579 la llegada de Viperano a España. Este autor fundamenta su tesis en la relación de patronazgo que se establece entre Viperano y el Cardenal Granvela. El contacto entre ambos se produce durante la estancia del Cardenal en Roma, adonde había acudido para pactar el final de la guerra de Mesina. Más adelante éste es nombrado vicerrey de Nápoles (1571-1575) y presidente del Consejo de Italia (1575-1579). En el año 1579, Viperano dedica su obra *De Poetica* a Granvella, que ese mismo año es nombrado Secretario de Estado por Felipe II. Viperano acompaña a su patrón a Madrid para escribir la conquista de Portugal por parte de Felipe II en 1580 (publicada en Madrid en 1583).

1.3.3) La profesora Picklesimer³⁸ sitúa el arribo de Viperano en España, a la vista de las indicaciones que el propio autor ofrece en su obra, después de la batalla de Lepanto, pero no mucho después, quizás dos años y rechaza las dos fechas que propone Springhetti,

³⁶ *Ital. Epist. Gen. 1567-69*, fols 81 v.82, en R. García-Villoslada, *Loyola y Erasmo*, Madrid, 1965, p. 258.

³⁷ J. Clarke, *On Poetry*, Greenwood 1987.

³⁸ M.L. Picklesimer, *Giovanni Antonio Viperano, Carmina*, Madrid 2001.

la de 1565-66 como la de la llegada a España de Viperano y la de 1569, como la de su permanencia en España.

Rebate ambas fechas, utilizando los siguientes datos:

A) Para el P. Springhetti, Viperano llegó a España justo después del asedio de Malta por los turcos (1565) y escribió su obra sobre el asedio, *De bello Melitensi Historia*, justo antes de su partida. A la editora de los *Carmina* le parece un tanto precipitada su partida.

B) Considera, además, que Viperano no dejó la publicación de su *De bello Melitensi* (1567, Perugia, *ex officina Andreae Brixiani*) en manos de terceras personas, dada su cuidada edición, por lo que se intuye que el autor aún estuviese en Mesina o Perugia.

C) En tercer lugar, con certeza, nuestro autor se encontraba en Mesina en 1568 pues allí pronunció las oraciones fúnebres de D. Carlos, muerto el 31 de julio, y de la reina Isabel de Valois, muerta en octubre del mismo año. Ambas fueron publicadas en 1570 en Perugia junto con la reimpresión de la de Carlos V bajo el título *Laudationes tres, habitae Messanae, in funere, Caroli V Imp. Caroli regis Philippi F., Reginae Isabellae*.

D) Por otro lado, no le parece justificable el hecho de que Springhetti utilice el lugar de edición de dos de las obras de Viperano para garantizar la permanencia de nuestro autor en España. En concreto, el *De scribenda Historia* y el *De Rege et Regno liber ad Philippum Caroli V Imperatoris filium* fueron publicadas en Amberes en 1569 y reimpresas en Perugia en 1570. En esta época Amberes está bajo el dominio español, lo que lleva a Springhetti a suponer que su autor estaba ya en España.

Pero el razonamiento de Springhetti no tiene en cuenta que en 1570 aparecen impresas en Perugia las *Laudationes tres....* y el *De scribendis uirorum illustrium uitis Sermo*, la última dedicada a Diego de Vargas, hombre de confianza de Felipe II y secretario del Consejo de Italia. Por estos años también dedica una oda encomiástica al representante del gobierno español en Italia, el virrey García de Toledo y el *De Scribenda Historia liber* está dedicado a Antonio Perronot, arzobispo de Malinas en Bélgica, tal como reza la dedicatoria. La explicación que ofrece la autora de los *Carmina* es que Viperano intentaba claramente ganarse la protección de importantes personajes políticos y por esa vía se puede entender la publicación en Amberes de las dos obras del 69.

Los datos aportados para aclarar la fecha que baraja como probable se pueden resumir de la siguiente manera.

α) En el prólogo de las *Historiae III*, publicadas en sus obras completas y dedicadas a Felipe III, explica brevemente el contenido de las obras y por qué estas batallas que narra son dignas de ser recordadas: la primera es *De Bello Melitensi* (1565); la segunda, *De Victoria Navali a Christianis de Turcis ad insulas Echinadas parta* (1571), sobre la batalla de Lepanto; la tercera *De Obtenda Portugalia a Philippo II Rege Católico* (1580-81). En las dos primeras no dice nada el autor sobre su lugar de residencia, pero en la tercera dice así: “Por último, como me encontrase en España en el tiempo en que tu padre obtuvo también por las armas Portugal, que le había correspondido por derecho de parentesco, escribí esta tercera historia que recogía el derecho de Felipe II Rey Católico sobre el reino de Portugal, y la guerra por la que defendió este derecho suyo”³⁹. Por lo tanto, llega a la conclusión de que Viperano residía en España en 1580 y el hecho de que mencione la batalla de Lepanto lleva a la autora de la edición de los *Carmina* a pensar que en 1571 aún no había llegado a nuestro país.

β) Vuelve a acotar al suponer que ya estaba en España antes de 1579, fecha de la publicación en Amberes del *De Poetica* (1576) en la que agradece Viperano al Cardenal Gravela los favores recibidos. Este acontecimiento y el hecho de que el privilegio no sólo se refiere a la obra en cuestión sino a todas sus obras, hace suponer que en 1576, Viperano además de residir en España, gozaba de gran consideración como escritor.

γ) La última fecha que la profesora Picklesimer considera relevante es la de 1573, cuando dedica una de sus Églogas a *Benedicto Arias Montano ex Belgis ad suos in Hispaniam reuerso*. Seguramente se refiere al regreso de Arias Montano de Amberes, donde había residido desde 1568 dedicado a la publicación de la Biblia Políglota Regia, obra que se completó en 1573. No sería lógico que Viperano le envíe la égloga desde Italia, por lo que hemos de suponer que se encontraba en España en esta fecha.

³⁹ *Viperani Opera*, vol. I, p.196: *Postremo cum in Hispania essem, quo tempore pater tus Portugalam, quae sibi iure propinquitatis obuenerat, armis etiam obtinuit, scripsi hanc tertiam historiam cintinentem PHILIPPI II. Regis Catholici ius in Portugaliae regnum, atque arma, quibus hoc ius suum defendit.*

Hemos utilizado la traducción que del mismo hace M.L. Picklesimer en la introducción de su libro.

Sin embargo, hemos de tener en cuenta que todas estas fechas y tesis aportadas sólo se prestan a conjeturas y no sabemos con certeza el año exacto de la venida de Viperano a España.

En último término, lo que sí es seguro es que en 1581 abandona definitivamente Portugal donde residía en ese momento Felipe II y por ende se encontraría Viperano en su calidad de historiador de corte para ocupar el cargo de chantre de la Capilla de San Pedro del palacio real de Palermo. En 1587 es nombrado canónigo de la catedral de Agrigento; en 1588 el propio Felipe II, por su buen hacer en la corte y por su valía personal, lo propone como obispo a la sede episcopal de Giovinazzo, en Apulia, el año siguiente, 1589, será consagrado por el papa Sixto V. En Giovinazzo, como ya hemos referido antes, fue el único testigo en el proceso de beatificación de S. Ignacio de Loyola, del 28 de abril al 25 de mayo de 1608. Murió en 1610 a la edad de 75 años, siendo enterrado en la Capilla del Santo Crucifijo de la catedral y su sucesor hace grabar una sencilla inscripción, que ahora queremos destacar porque resume las distintas etapas y méritos realizados en vida:

Gloria et Honor Deo

*Et lux perpetua luceat ei, cuius cineres
Hic requiescunt.*

Jo. Antonius Viperanus Messanensis, doctrina et integritate conspicuus, de Philippo II Hispaniae Rege optime meritis, ad eiusdem Regis nominationem Iuvenacensis Episcopus a Sixto V Pontifice Maximo creatus, qui plurium scientiarum libros edidit, Populumque

Verbo et exemplo instruxit.

*XXIII anno sui Praesulatus senio confectus obdormivit in Domino
Anno MDCX⁴⁰.*

⁴⁰ El texto lo podemos encontrar en Springhetti, *op. cit.* pp. 96-7.

CAPÍTULO II.- LA OBRA.

La contribución de Viperano a la cultura de su tiempo debió ser considerable, no sólo con sus propios escritos sino con las ediciones que preparó y anotó de Aristóteles y Cicerón. Su labor fue importantísima en cantidad y calidad, abarcando una amplia variedad de temas. Escribió obras de contenido filosófico, histórico, poético, oratorio y teatral. Su ingente obra apareció publicada en su totalidad en 1606 en Nápoles. Recoge en tres volúmenes su trayectoria como hombre de letras, profesor y hombre de iglesia.

Pero hagamos un recorrido pormenorizado por la obra de nuestro autor, partiendo del primer libro que fue publicado, a sabiendas que la fecha de publicación puede no coincidir con el de su composición.

En 1558 aparece publicada en Mesina su elegante *Laudatio funebris Caroli V Imperatoris* y más tarde, en 1600, aparece en el tercer volumen de los *Germanicorum Rerum Scriptorum* de Marquard Freher (p.511). La primera publicación le da la oportunidad de hacerse conocer en la corte española de Sicilia.

El siguiente libro que encontramos publicado en Perugia en 1567 es su *De bello Melitensi historia*, escrito después del famoso asedio de Malta por parte de los turcos en 1565. Está dedicado a D. Juan de Austria, hermano de Felipe II. Parece ser que ciertas personalidades de la corte española de Sicilia pidieron a Viperano que escribiese el relato de la contienda para el joven príncipe⁴¹. En treinta y ocho páginas hace una descripción geográfica de la isla, seguida de un relato de los orígenes y peregrinaciones de los caballeros. Hace, a continuación, una estadística del número exacto de hombres, caballos y barcos, para terminar emitiendo su opinión acerca de la moral al uso y ciertas reflexiones filosóficas. Concluye Viperano: “Nada puede superar el valor y la determinación de los guerreros cristianos cuando estas cualidades marciales están unidas con la piedad y la religión”.

En 1569, aparecen publicadas en Amberes dos de sus obras históricas: *De scribenda Historia liber* y *De rege et regno liber ad Philippum Caroli V Imperatoris filium*.

⁴¹ Debido a los problemas de salud del príncipe, Felipe II le prohíbe participar en la contienda, hecho que contraría en demasía a D. Juan, hasta el punto de que escapa para llegar a Barcelona y embarcarse rumbo a Malta, donde una escuadra española había sido enviada para ayudar a los cristianos.

La primera fue reeditada en Perugia en 1570⁴² y en 1576 en Basilea, formando parte del tomo I del *Artis Historicae Penus* de Johan Wolf. Dedicó su libro a Antonio Perronot, Cardenal de Granvela⁴³. Con este tratado intenta el italiano subsanar la falta de una doctrina sobre el género histórico. Se convierte así en un preceptor del Humanismo cuando la historiografía entró de lleno en el ámbito de las artes cultivadas por la cultura humanística.

El *De rege et regno liber* fue reeditado en Perugia en 1570 y, dedicado a Felipe II, no intenta solicitar su mecenazgo sino que le ofrece su libro para que le ayude a ser buen rey. Es su contribución a la teoría política. Completa Viperano la perceptiva teórica en historiografía con una composición sobre la biografía, el *De scribendis Virorum illustrium uitis*, que se publicó el mismo año y en la misma imprenta de Perugia. Está dedicada a Diego de Vargas, hombre de confianza de Felipe II y secretario del Consejo de Italia.

Además de las anteriores, también en 1570 y de nuevo en una imprenta de Perugia se publican las *Laudationes tres, habitae Messanae, in funere Caroli V Imp., Caroli regis Philippi F., reginae Isabellae*, que recoge, junto a la reimpresión de la oración fúnebre pronunciada con ocasión de la muerte de Carlos V, las dos pronunciadas en Mesina, la primera en julio de 1568 por la muerte de D. Carlos, hijo de Felipe II y la segunda a principios de octubre cuando murió la reina Isabel de Valois.

El *De Summo Bono* se publica en 1575 en Nápoles. Se lo dedica a su hermano Pedro y consta de cinco libros, cuyo argumento fue desarrollado de un discurso filosófico que Viperano pronunció el día de la Ascensión en el año 1556, cuando era profesor en la universidad de Perugia.

No encontramos otro libro publicado hasta 1579, en Amberes, el *De Poetica libri III*, en el que se ofrecen aspectos históricos del desarrollo de esta disciplina, bases teóricas del arte poética y cuestiones prácticas relativas a la lectura y escritura de poemas, sirviendo de guía “para las que iban a ser directrices esenciales de la crítica literaria a finales del siglo XVI y durante todo el siglo XVII en Europa occidental”⁴⁴. El tratado fue redactado en su

⁴² No hemos localizado la edición de Perugia de 1570. El dato de la existencia de esta edición lo hemos obtenido del artículo del P. Springhetti.

⁴³ Uno de los dos “casos espectaculares”, junto a Alessandro Farnesio, que han quedado de mecenas eclesiásticos de la época de la Contrarreforma, a decir de P. Burke, *El Renacimiento europeo*, trad. M. Chocano, Barcelona 2000, pp. 141-143.

⁴⁴ A. Carrera de la Red, “Fuentes latinas del Renacimiento en la Biblioteca Histórica de Santa Cruz de Valladolid (II): G.A. Viperano, *De scribenda Historia Liber*, Amberes, 1569”, en J.M^a. Maestre, J. Pascual y

época de profesor, terminado en agosto de 1561 y a punto de ser editado por estas fechas⁴⁵. Se completa esta *ars poetica* con la publicación en 1581, en Amberes de un manual estilístico-gramatical, dedicado al Inquisidor máximo Gaspar de Quiroga, el *De Componenda Oratione libri III*.

Este mismo año sale a la luz otras dos obras de tema oratorio. Las *Orationes VI*, dedicadas al gobernador general Jacobo Boncompagni, recogen seis discursos latinos, pronunciados cuando, jesuita, enseñaba en el Colegio de Perugia (1553-1560); a saber: *De naturali sciendi cupiditate*, *De utilitate scientiarum*, *De consensu disciplinarum*, *De perfecto habitu hominis*, *De philosophia* y *De legibus ad Perusinos*.

La última obra publicada ese años es un extenso comentario al *De optimo genere oratorum* de Cicerón, probablemente redactado en su etapa perusina. No podemos olvidar que Viperano enseñaba retórica a sus alumnos y era un gran amante de Cicerón, por lo que escribiría este texto anotado para ayudar a sus alumnos en sus estudios.

De su estancia en España es una de las tres obras históricas que Viperano agrupa en su obra completa bajo el título *Historiae III*. Se trata del *De obtenda Portugalia a Philoppo II. Rege Católico*, sobre la toma de Portugal por parte de Felipe II. Se publicó en 1583 en Madrid y se reeditó en Nápoles en 1588.

También en 1588, en Roma sale a la luz la obra *De Divina Providentia*.

Durante su época de obispo, concretamente en 1593, en Nápoles, aparece un libro que recoge toda la producción poética editada de Viperano, bajo el título *Poemata*. Está dedicado a Pedro de Bobadilla, hijo de Diego Fernández de Cabrera. El volumen comprende las siguientes obras:

- *Carminum Libri III*.
- *Eglogae IIII*.
- *Descriptio Lacus Thrasymeni*.
- *Sylua a Iddio. Sylua ad Deum*.
- *Elegia ad B. Virginem Mariam*.
- *Elegia in obitu fratris Ioseph*.

L. Charlo (eds), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al Profesor Antonio Fontán.*, III,5. Alcañiz-Madrid 2002, p. 1415.

⁴⁵ Noticia que conocemos por una carta que el P. Polanco de Ferrara envía a Roma al P. Cristóbal Madrid, recomendando su publicación: *Monum. Hist. S.J. Lainius*, vol. VI p. 9.

- *Comoedia, quae inscribitur Filius Prodigus.*

El conjunto de sermones que Viperano pronunciaba los domingos y en las festividades religiosas se encuentran recogidos en un libro que apareció en Nápoles 1597: *Dominicalium Ecclesiae Oratorium exposito. Conciones ad populum.* En 1600, en Venecia lo encontramos bajo el título *Conciones aliquot celebrioribus anni festiuitatibus habitae.*

En el año 1606⁴⁶, recopila Giovanni Antonio Viperano sus obras completas, en tres volúmenes. Fue publicada en Nápoles esta primera edición y la que aparece en 1609. Tenía setenta y cuatro años y había de morir un año después, en 1610. Toda la obra está dedicada a Felipe III y se inicia con un prólogo al lector, que se convierte en la exposición de sus últimas voluntades y deseos más profundos.

El inicio del libro se articula en torno a tres puntos primordiales:

- La conciencia del tiempo que se le acaba, pero que le ha permitido escribir y recopilar todo lo que se había propuesto: “Lo que siempre deseé sobremanera, amable lector, tener tanta vida y tanto tiempo disponible cuanto fuese necesario para terminar lo que me había propuesto escribir, me alegro de que me haya sido concedido finalmente por Dios bondadosísimo, que rige todas las cosas; y a la vez le doy gracias y le estoy eternamente reconocido. Pues muchísimos problemas de salud me hicieron a menudo interrumpir mis trabajos literarios; de ellos también alejaron mi espíritu frecuentemente no pocas obligaciones tanto públicas como privadas; por no recordar los frecuentes y largos viajes que no me permitieron ni escribir ni leer nada en absoluto; de manera que hube de temer con razón que algún día dejaría sin terminar, al abandonar esta vida, trabajos que había empezado”⁴⁷.

- La articulación de su obra en dos niveles. Profundo conocedor de la literatura clásica, produjo tratados diversos, pero no se atuvo a esa labor meramente didáctica, sino

⁴⁶ M. L. Picklesimer da como única fecha de edición de las obras completas de G. A. Viperano el año 1609. Es consciente de que Springhetti, en su artículo y Mongitore en su biografía fechan la primera edición en 1606, pero al no haber podido encontrar la autora de los *Carmina* esta edición piensa que es un error repetido. En cambio, hemos podido localizar la edición de 1606 en la Biblioteca Palatina de Parma en Italia.

⁴⁷ *Opera*, vol. I, p.4: *Quod ualde semper optauī, candide lector; ut tanta uitae, et otii haberem, quantum satis foret ad ea, quae scribere institueram, absoluenda, id mihi tandem a beneficentissimo Deo, rerum uniuersitatis rectore datum esse gaudeo; ac simul ipsi grates ago, et habeo immortales. Etenim permulta ualetudinis incommoda saepe mihi studia literarum interruperunt: a quibus etiam non pauca negocia tum externa, tum domestica frequenter animum auocarunt: ne memorem crebra, et longa itinera, quae me nec scribere, nec legere quicquam omnino siuerunt; ut mihi iure timendum fuerit, ne aliquando imperfecta quae inchoaueram, opera migrans ex hac uita relinquerem.*

que puso en práctica sus propias enseñanzas contribuyendo con varias obras de creación en los campos de la historiografía, la educación, la ética, la teología, el teatro y la poesía. Dice el autor al respecto: “Sin embargo, hemos escrito diversos libros acerca de variados temas y enseñanzas. Pues hemos compendiado en tres libros las reglas del arte oratoria, y hemos compuesto muchos discursos. Hemos enseñado también el método para escribir historia, (...) y hemos compuesto algunos poemas”⁴⁸.

- La organización para la publicación conjunta de tan gran cantidad de libros, muchos de ellos publicados por separado previamente, Viperano la realiza “en razón no de la fecha en que fueron impresos en diferentes lugares, sino de su contenido, para que aparezcan juntos los que compartan cierta afinidad”⁴⁹.

Damos a continuación la relación de las obras de Viperano, indicando en su caso, cuando la conocemos la fecha de la primera edición:

IO. ANTONII VIPERANI SICVLI MESSANENSIS. IUVENATIENSIVM EPISCOPI OPERVM

PARS PRIMA Continens res Oratorias, Historicas, et Poeticas. NEAPOLI, Ex Typographia Io. Iacobi Carlini M.DC.VIII.

-De Ratione Docendi.

-De Ratione Discendi.

-De Componenda Oratione (Amberes 1581).

-In M.T. Ciceronis De Optimo Genere Oratorum Comment. (Amberes 1581).

-Orationes VI. De naturali sciendi cupiditate. De utilitate scientiarum. De consensu disciplinarum. De perfectu habitu hominis. De philosophia. De legibus (Amberes 1581).

-Laudationes III. In Funere (Perugia 1570).

-Pro Mamertinorum immunitatibus Declamatio.

-De Scribenda Historia (Amberes 1569).

⁴⁸ *Ibid: Scripsimus autem uarios libros de uariis rebus atque doctrinis. Nam artis oratoriae praecepta tribus libris complexi sumus; ac multas orationes compusimus. Scribendae quoque historiae rationem tradidimus; et tres historias scripsimus rerum memorabilium nostra aetate gestarum. Adhaec poeticam docuimus; et aliquot poemata condidimus.*

⁴⁹ *Ibid: non temporum, quibus in diuersis locis impressi sunt, sed doctrinarum habita ratione: ut cuncti prodeant qui cognatione aliqua tenentur.*

-*De scribendis Virorum illustrium uitis* (Perugia 1570).

-*Historia III.*

- *De bello Melitensi Historia* (Perugia 1567)
- *De Victoria Nauali a Christianis de Turcis ad Insulas Echinadas parta.*
- *De Obtenda Portugalia a Philippo II, Rege Catholico* (Madrid 1583).

-*De Poetica* (Amberes 1579).

-*Poemata* (Nápoles 1593).

PARS SECUNDA Continens res Naturales. NEAPOLI, Ex Typographia Io. Baptistae Subtulis, Per Scipionem Bonitum. M.DC.VIII.

-*De Rerum Naturalium mutationibus motibusque Libri V.*

-*In Aristotelis de Ortu et Interitu libros Commentaria.*

-*In Aristotelis de Anima libros Commentaria.*

PARS TERTIA Continens res Morales, atque Diuinas. NEAPOLI, Ex Typographia Tarquini Longi. M.DC.VIII.

-*De Virtute* (Nápoles 1592).

-*De Rege et Regno* (Amberes 1569)

-*De Diuina Prouidentia* (Roma 1588)

-*De Summo Bono* (Nápoles 1575)

-*Dominicalium Ecclesiae Oratorium expositio. Conciones ad populum* (Venecia 1600), bajo el título *Conciones aliquot celebrioribus anni festiuitatibus habitae*)

Hemos de llamar la atención sobre el hecho de que muchas obras fueron publicadas antes de aparecer en las obras completas, pero otras ven la luz, por primera y única vez en los *Opera* de Viperano. Tal es el caso de tres obras de tema oratorio: *De Ratione Docendi*, *De Ratione discendi* y *Pro Mamertinorum inminitibus Declamatio*; de una perteneciente al campo de la historia en la que narra la batalla de Lepanto, *De Victoria Nauali a Christianis de Turcis ad Insulas Echinadas parta*. Por último, de tres libros que son extensos comentarios de nuestro autor a la obra de Aristóteles: *De Rerum Naturalium*

mutationibus motibusque Libri V, In Aristotelis de Ortu et Interitu libros Commentaria y In Aristotelis de Anima libros Commentaria.

Finalmente, tenemos noticia de composición por parte del jesuita de *Dialogos* en versos latinos y de alguna que otra pieza teatral, escrita para la representación por parte de los alumnos en la inauguración del curso escolar, como por ejemplo la titulada *Vito e Modesto*, que nunca fueron publicadas pero que sirvieron como argumento para la ejecución de obras de más envergadura.

CAPÍTULO III. LA HISTORIA Y EL DESARROLLO DE LA PRECEPTIVA HISTÓRICA.

3.1. DESARROLLO DE LA PRECEPTIVA HISTÓRICA.

Antes de comenzar a hablar sobre un tema tan general es preciso mostrar someramente las condiciones históricas e intelectuales que se dan en el siglo XVI para que aparezcan tratados sobre historiografía.

Partimos del hecho de que “la preceptiva histórica dentro de la preceptiva humanística es de todo punto secundaria, si tenemos en cuenta la producción de obras que sobre esta materia encontramos”.⁵⁰ Además sabemos que el primer tratado sobre el método de escribir historia, el *Dialogo sulla historia*, fechado en 1542⁵¹ es algo tardío. También la necesidad preceptiva es algo consustancial al propio humanismo y la necesidad de escribir estos tratados sobre el *ars historica* responde a dos manifestaciones distintas pero íntimamente relacionadas:

a) Por un lado, el alumno se ejercitaba en poesía e historia como campo de adiestramiento de lectura, aprendizaje gramatical y como archivo de *exempla* que se va guardando en su memoria y al que tendrá que acudir cuando la retórica así se lo exija para ilustrar o evidenciar el asunto tratado. También se le ofrece al alumno, bajo los auspicios de la retórica distinguir entre *poesis* y *disputatio philosophica*, elevadas y enrevesadas, y un *sermo familiaris*, demasiado bajo y humilde. Hay que escribir historia usando un estilo medio y la finalidad fundamental ha de ser la de ofrecer “*praecepta uitae*, conjugando la *utilitas* con la *uoluptas*, siempre que se guíe el discurso por la *lex ueritatis*”.⁵²

b) A la vez, esta historia encuentra un buen caldo de cultivo en la Italia de los nacionalismos y la España de Imperio y del Nuevo Mundo, período de especial relevancia política en el que se suceden acontecimientos dignos de ser recordados (*res narrandae*) y se necesitan autores que cuenten los hechos y una disciplina que regule el modo de actuación.

Por otro lado, hay una serie de fenómenos que llevan a escribir estos tratados. Se produce por un lado una recuperación de la vieja idea de la historia ejemplar con capacidad

⁵⁰ A. Cortijo Ocaña, *Teoría de la historia y teoría política en Sebastián Fox Morcillo. De Historiae Institutione Dialogus. Diálogo de la enseñanza de la historia*. Alcalá de Henares 2000.

⁵¹ La obra de Speroni se cita generalmente como editada en 1542, aunque no lo fue hasta 1588.

⁵² A. Cortijo Ocaña, *op. cit.*, p. 16.

educativa no sólo para súbditos sino para gobernantes y, por otro lado, surge la necesidad de elevar la historia a categoría de ciencia. De ser considerada una parte de la retórica, según el modelo clásico, llega a liberarse totalmente de esa retórica en la obra de Bodin y a equipararse con la filosofía, “pues ambas buscan lo verdadero, no lo dudoso o mentiroso como la oratoria, ni lo fabuloso y fingido como la poética”⁵³.

3.2. LA TEORÍA HISTORIOGRÁFICA EN LA ANTIGÜEDAD GRECOLATINA.

Teniendo en cuenta que el período clásico es el referente casi exclusivo de la corriente humanista, no está de más ofrecer un recorrido pormenorizado por la teoría histórica en la Antigüedad grecolatina.

Dentro de la tradición clásica, que era más dada a escribir historia que a contar cómo se debe escribir historia, se disponía de dos tipos de noticias acerca del tema: la elaboración de una doctrina, que incluía a la historia dentro de la retórica y, por otro lado, las reflexiones que sobre la historia vertían los autores en los prólogos de sus obras y que exponen la materia, la finalidad de su obra y el provecho que de ella obtendrán sus lectores.

Los autores que sirven al escritor de historia de modelos adecuados son sobremanera Dionisio de Halicarnaso y Luciano de Samosata. El primero, en una carta llamada *Carta a Pompeyo* trata diferentes cuestiones de estilo en la obra de Platón; a continuación realiza una crítica literaria de la obra de diferentes historiadores lo que da pie para realizar diversas observaciones sobre cómo debe escribirse historia. Además existe un ensayo de crítica literaria sobre la obra y el estilo del historiador Tucídides en el que esboza una idea clara de los preceptos historiográficos. El segundo, en un tratado propiamente dicho, de título *Cómo hay que escribir historia*, trata los vicios que hay que evitar y las virtudes que deben tenerse en cuenta en la escritura de la historia.

El corpus de autores que conforman la tradición, por lo que a la preceptiva humanística se refiere, incluye, además de estos dos últimos, a Aristóteles, Heródoto, Tucídides, Polibio, Estrabón, Sisenio Platónico, Ateneo, Flavio Josefo, Justino y Trogo Pompeyo, Eusebio, Salustio, Tácito, César, Tito Livio, Suetonio, Cicerón, Quintiliano, y un número indefinido de autores medievales, considerados en su mayoría degenerados con respecto al momento representado por los autores anteriores. Se puede añadir la lista de

⁵³ A. Cortijo Ocaña, *op. cit.*, p. 16.

cultivadores de los subgéneros menores históricos –anales, crónicas y diarios- que representan modelos que no se han de seguir. A su vez y todavía dentro de la época medieval, existe alguna excepción, como la de Isidoro de Sevilla o Alfonso X en el caso de España, autores de cuyas obras puede aún en el siglo XVI leerse algo de provecho. Además de ello hay un número de historiadores, en su mayoría italianos, contemporáneos de los preceptistas humanistas.

Examinaremos ahora con detenimiento las fuentes principales de los teóricos renacentistas.

3.2.1. ARISTÓTELES realiza las primeras reflexiones sobre historia en la *Poética* y la *Retórica*. En la *Poética* (9,1451, 686a-c; 23,695 a-c) compara la poesía, la filosofía y la historia. Historia y poesía difieren no en el estilo sino en la narración de acontecimientos. La primera refiere “lo que ha pasado y la otra lo que puede pasar”. Además la poesía adquiere el rango de elevada y es más filosófica “por expresar lo universal” mientras que “la historia tiende a expresar lo particular”.

En la *Retórica* habla de historia dentro del contexto de la retórica. La historia enseña las guerras y los hechos del pasado de una ciudad cualquiera y estos temas son los propios de la oratoria deliberativa (I,4).

3.2.2. CICERÓN y Quintiliano sistematizan el concepto y los preceptos de la historia. Dos son los textos fundamentales en los que se expresa la teoría historiográfica de Cicerón, aunque en numerosos de sus libros retóricos espiga diversos datos y conceptos: el *De orat.* 2,62-64 y la carta a Luceyo de *Ad familiares* 5,12,2.

En el primero de estos pasajes, después de ofrecer la tan repetida descripción de la historia como *testis temporum, lux ueritatis, uita memoriae, magistra uitae, nuntia uetustatis* (§ 36) sostiene:

a) Que la historia ha de ser escrita por el orador, dada la abundancia y variedad de estilo que requiere. De hecho (§ 54), existen dos clases de historiadores: los *rerum narratores*, que se limitan a poner los hechos unos detrás de otros, técnica propia de los analistas, y los *exornatores*, que no sólo cuentan cosas sino que saben como decirlas⁵⁴.

⁵⁴ CIC., *op. cit.*: *ceteri non exornatores rerum, sed tantum modo narratores fuerunt.*

b) Usando el símil de un edificio, describe las reglas básicas del género histórico. Este edificio se compone de cimientos o fundamentos y estructura.

α) Los fundamentos o cimientos están constituidos por tres reglas de oro (§ 62)⁵⁵:

- No decir nada en falso.
- Decir toda la verdad.
- Evitar la parcialidad que provoque el favor o la enemistad.

β) La estructura es el plano de la expresión, en el que intervienen los hechos y las palabras.

1. En cuanto a los hechos hay que tener muy en cuenta:

- El orden cronológico.
- La descripción geográfica.
- El relato de
 - a) la preparación, respecto a la cual el historiador debe indicar claramente a sus lectores lo que piensa hacer
 - b) la ejecución, en la cual no sólo hay que relatar qué se ha hecho sino cómo se ha hecho, y
 - c) el resultado de los sucesos importantes y dignos de memoria. En él se expondrán las causas de las que proviene el hecho, bien sean fruto del azar, bien de la sabiduría, bien de la ligereza del hombre.

Al referirse al hombre, actor de la historia, Cicerón recomienda al historiador que pinte su vida y carácter, al menos para aquellos que gocen de una particular reputación. De la elaboración de retratos literarios en los historiadores latinos tenemos ejemplos en Salustio, Tito Livio o Tácito. Se ha querido ver en el retrato “la expresión de una concepción concreta de la historia: la de que son los grandes personajes los que hacen la historia, y por eso es necesario, según Polibio, dar cuenta de los acontecimientos por la psicología de los individuos”⁵⁶.

2. En lo que respecta a la expresión, deberá buscar el historiador un género libre y fluido, que transcurra con calma, sin asperezas y sin rasgos mordaces.

⁵⁵ CIC., *op. cit.*: *Nam quis nescit primam esse historiae legem, ne quid falsi dicere audeat? Deinde ne quid ueri non audeat? Ne quae suspicio gratiae sit in scribendo? Ne quae simultatis?*

⁵⁶ Cf. J. Costas Rodríguez, “El retrato literario en la historiografía latina”, *Studia Zamoriensia* II (1981) p. 196.

Los elementos de los que debe gozar el género son matizados por Cicerón en un breve texto de *Orator* 66: “contiene este género”, afirma, “narraciones literarias y a menudo la descripción de una región o de una batalla; se intercalan también arengas y exhortaciones”⁵⁷.

La carta a Luceyo, el otro texto importante en cuanto a preceptiva histórica se refiere, es una exposición de algunas de las características de lo que se ha dado en llamar monografía histórica. Pide Cicerón a Luceyo que trate por separado el tema de la conjura. Después de indicarle un posible borrador de la obra, la compara con una especie de novela dramática. Acaba insinuando que si Luceyo no accede a realizar su petición, él mismo lo hará, a pesar de que es consciente de las limitaciones y defectos de este género historiográfico, a saber (§ 9):

- necesidad de mayor recato en las alabanzas
- tendencia a la omisión de las críticas
- a ello se suma una menor credibilidad y menor autoridad⁵⁸.

En cuanto a otros textos en los que se recogen ideas sobre la historia, cabe citar el *De inuentione* 1,19; 1,21; 1,30 y *Partitiones Oratoriae*, 9, 31-32.

3.2.3. QUINTILIANO, por su parte, en sus *Institutiones oratoriae*, acopiará los preceptos relativos a la historia con cierta sistematización:

a) La historia se concibe como una disciplina perteneciente a las artes (1,10,1), como una parte de la Gramática.

b) La historia se define por su carácter narrativo y el paso desde lo meramente gramatical a lo propiamente retórico queda difuminado (2,4,1).

c) Desde el punto de vista de la narración, ésta se divide en *fabula*, *argumentum* e *historia*. El rétor debe comenzar a enseñar ésta última, que será más consistente cuanto más veraz sea (3,8,67).

⁵⁷ *Saepissimeque similiter extrema definiunt. Huic generi historia finitima est. In qua et narratur ornate et regio saepe aut pugna describitur; interponuntur etiam continentes et hortationes.*

⁵⁸ CIC., op. cit., *Quod si a te non impetro, hoc est, si quae te res impedit (neque enim fas esse arbitror quicquam me rogantem abs te non impetrare), cogar frotase facere quod non nulli saepe reprehendunt: scribam ipse de me, multorum tamen exemplo et clarorum uirorum. Sed, quod te non fugit haec sunt in hoc genere uitia: et uerecundius ipsi de sese scribant necesse est si quid est laudandum et praetereant si quid reprehendendum est. Accedit etiam ut minor si fides, minor auctoritas.*

d) En cuanto al estilo, ha de ser breve, con abundancias de *sententiae* y *exempla* y no debe pecar del vicio de la *ariditas* o la *ieiunitas*, ni de excesiva similitud con la narración poética, por lo que se refiere al uso de licencias (2,4,2-19). Tiene, a su vez, que ocupar un puesto intermedio entre el estilo demasiado adusto y entrecortado y el demasiado amplio y difuso (9;4,18).

e) La historia no se puede considerar que está al mismo nivel de las obras filosóficas, superiores por su *materia*, ni tampoco es superior a las oratorias, aunque en modo alguno debe abstenerse el orador de su lectura (10,1,31-34).

f) Se establece el corpus de autores que son dignos de imitación bien griegos, bien latinos comparados con aquellos (10,1,101-102).

g) La historia debe tratar de las circunstancias de tiempo, lugar y persona, dando especial relieve a las causas (4,2,2).

En resumen, en la base de la definición de historia está la veracidad de la narración y el hecho de encontrarse entre lo filosófico y lo oratorio. Su estilo ha de ser medio y su finalidad primordialmente moral: la historia como *magistra uitae*.

3.2.4.- DIONISIO DE HALICARNASO y Luciano de Samosata fueron, como ha quedado dicho, los primeros tratadistas que cabe llamar tales de la historia.

Dionisio de Halicarnaso, retor griego que vivió en Roma desde el año 30 al 8 a.C., se dedicó allí a la enseñanza y a escribir su gran obra histórica, la *Arqueología* o *Antigüedades romanas*, además de publicar una serie de ensayos sobre retórica y crítica literaria.

Su obra histórica ejerció notable influencia sobre la historiografía humanista en ese espíritu arqueológico por investigar los tiempos más remotos de los pueblos. Pero aquí nos interesa por las ideas sobre el género historiográfico, que aparecen en dos obras: la *Carta a Pompeyo* y un ensayo sobre Tucídides.

1. En los capítulos III a VI de la *Carta a Pompeyo* transcribe a su destinatario la parte que, en su obra *Sobre la imitación* (h. 10 a. C.), había dedicado a los historiadores, teniendo como base la comparación entre los que él considera objetos de imitación: Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Filisto y Teopompo.

a) Sobre la invención y disposición de la materia dice:

α) La primera tarea del historiador consistirá en realizar una selección apropiada y deleitosa de un tema. La meta final es evitar que su memoria se pierda para la posteridad.

β) La segunda será decidir cuál será el inicio y el fin de los hechos.

γ) La tercera es la elección de los sucesos que se incluyen o se omiten.

δ) La cuarta es la distribución y disposición de la materia en lugares adecuados.

Tucídides narra siguiendo un orden cronológico; Heródoto sigue la división que le proporcionan los propios sucesos. El orden cronológico en la narración de sucesos supone que en algunas ocasiones puede surgir la oscuridad de los demás, al producirse constantes saltos de lugar, lo que deteriora la hilazón entre los hechos.

b) Acerca del estilo recapitula:

α) La principal cualidad literaria, sin lugar a dudas, es la pureza de vocabulario. Así Heródoto es el modelo del dialecto jónico, como Tucídides lo es del ático.

β) Da especial importancia a la concisión o brevedad, si su objetivo es unirse al propósito de la claridad.

γ) Por último, establece una comparación entre la naturalidad del lenguaje de Heródoto y la brillantez del de Tucídides, uniforme en todos los registros y por ello menos admirable.

c) De Dionisio de Halicarnaso nos interesa también resumir las ideas sobre historiografía vertidas en un ensayo acerca de Tucídides⁵⁹.

α) Alaba de este historiador frente a sus predecesores la elección de un argumento para la narración, la guerra del Peloponeso, que no era ni demasiado simple (pues el elemento era único), ni demasiado complejo (dividido en capítulos inconexos entre sí) y el hecho de que no introdujo nada fabuloso en sus libros.

Destaca en lo que podemos llamar “método de trabajo” la información directa del historiador: los hechos no están reconstruidos a base de relatos de segunda mano.

Su principal cualidad es que presta la máxima atención a la verdad. La historia no debe admitir mentiras, lo que conlleva una selección objetiva de los hechos, fuera de toda malevolencia o adulación, sobre todo a personajes importantes.

⁵⁹ Para esta síntesis hemos manejado *Dionisii Halicarnassei de Thucydidis Historia iudicium*, traducción humanista al latín, realizada por Andreas Duditius, que aparece en *Penus Artis Historicae*, Basilea 1579, vol. I, pp. 916-917.

β) Sus defectos se encuentran en la disposición del contenido y en ciertos aspectos de la expresión.

1.- El contenido consta, según Dionisio, de *división, ordenación y desarrollo* y es algo a lo que toda obra debe aspirar.

1.a.- Por lo que atañe a la división del contenido, Tucídides innovó al repartir su historia siguiendo no el desarrollo de las acciones o las épocas sino las estaciones: veranos e inviernos. Pero el resultado fue negativo pues iba en detrimento de la conexión de la narración.

1.b.- En cuanto a la ordenación, se le crítica por no haber dado a su historia un comienzo y un final adecuado. Al comienzo no expone las verdaderas causas del conflicto y al final termina su narración antes de lo anunciado por él mismo en los preámbulos de la obra.

1.c.- Respecto al desarrollo, se le censura la falta de proporción en el tratamiento artístico como se observa en los siguientes casos:

- La descripción de batallas navales es, en ocasiones, demasiado larga o demasiado breve.
- La narración de las conquistas de ciudades, ruinas o esclavización unas veces se realiza de manera terrible y otras se reduce a una mera anécdota.
- Los discursos son tan elaboradas y se alargan tanto que incluso fueron suprimidas en el último libro.

d) La segunda parte de la obra es un análisis pormenorizado del plano de la expresión, con un estudio en detalle de multitud de figuras y pasajes, unas veces elogiando dicho estilo y otras criticándolo. El de Halicarnaso atribuye como características propias del estilo de Tucídides:

- Selección de palabras a través de un vocabulario figurado, raro y arcaizante.
- Composición usando la forma digna, austera, fuerte y áspera el oído por el encuentro de las letras.
- Dedicación y máximo cuidado en las figuras. *Limó y torneó* cada una de las frases de su libro.

Como resumen bastará citar las palabras de Dionisio: “cuatro son los instrumentos, por así decirlo, del estilo de Tucídides: vocabulario de su invención, variedad de figuras,

aspereza en la composición, rapidez en la enunciación de ideas; el colorido es ocre, denso, austero, grave, vehemente, terrible y, por encima de todo, inexpresivo”.

3.2.5.- LUCIANO DE SAMOSATA (s. II d.C.) escribe un diálogo titulado *Cómo hay que escribir la historia*, donde expone las reflexiones sobre la historia de su época y su idea de cómo debería hacerse. Lo divide en preceptos sobre los vicios que se deben evitar y sobre las virtudes que ha de alcanzar el discurso histórico.

a) En la primera parte, que llega hasta el párrafo 34, llama la atención sobre la mezcla de géneros, tan habitual entre algunos historiadores. Para él la historia no es un panegírico: su propósito es describir hechos y no alabar leyes o generales. La historia no debe admitir mentiras.

Señala también la diferencia entre historia y poesía. Es un gran vicio llevar los embellecimientos de ésta a aquélla: el mito, el elogio y su elaboración.

No está de acuerdo con quienes asignan a la historia la doble finalidad del placer y de la autoridad. El propósito de la historia es uno sólo, lo útil, pero esto proviene a su vez de lo verdadero.

Tampoco la historia ha de ser dialéctica, convirtiéndose en una suma de silogismos.

Las descripciones geográficas no han de ser demasiado prolijas.

Son criticables los historiadores que no guardan una correcta armonía entre la introducción y el cuerpo de la historia.

b) En la segunda parte, que es muy positiva, indica las características de una buena historia y de un buen historiador, equipado con dos cualidades fundamentales: inteligencia política y capacidad de expresión. Lo primero es un don natural mientras que lo segundo depende de la práctica continua.

El buen historiador además ha de poseer capacidad de discernimiento, conocimientos concretos de la vida militar y civil, libertad de espíritu y mentalidad tucídidea (tener consideración con los lectores futuros).

La buena historia se consigue con una “buena” narración histórica sobre la cual da los siguientes consejos:

- La única tarea del historiador debe ser contar lo que ha pasado, sin dejar éste de sacrificar nada a la verdad. Luciano presenta al historiador como un “hombre sin miedo a nada, incorruptible, libre, amigo de la verdad, que no cuenta nada por odio o amistad hacia algo, juez imparcial, no sujeto a ningún soberano, que se preocupa por el establecimiento de los hechos y no por lo que éste o aquél le agradecerá después”.
- Con respecto al *estilo* aconseja que no escriba períodos de resonancia retórica o lógica, que no sea demasiado vehemente, que exponga los hechos de la manera más lúcida posible; que no utilice palabras desconocidas o fuera de uso; que su estilo se pueda elevar un poco poéticamente, pero no con exceso; que sean la belleza y grandeza del argumento las que se eleven. Por lo que toca a la colocación de las palabras, que su prosa sea *soluta* (γάνευ ρυθμώ).
- Por lo que respecta a las *fuentes*, hay que dar preferencia a lo que el propio historiador haya visto como testigo; si no, deberá escuchar a aquellos que cuenten la historia más imparcial, de quienes menos se espera que quiten o añadan algo a la veracidad de lo acontecido.
- Todo el *material*, después de recogido, debe ser dispuesto con cierto orden y embellecido con figuras y ritmo.
- La *disposición* del material se hará con cierta concatenación, diciendo el plan, método o propósito de los generales en la disposición de la batalla, su desarrollo, que se salga del tema y vuelva a él cuando lo crea necesario.
- En ocasiones se necesitará un *prefacio* de intención clarificadora, que no trate de captar la benevolencia del auditorio sino que sirva para indicar la importancia de la narración y la prevención del olvido de la posteridad.
- La *narración* ha de presentarse como un todo unitario, por lo que el paso del prefacio a ésta se ha de hacer con suavidad, lo mismo que el paso de unos sucesos a otros, procurando distinción entre ellos y con una forma completa y unitaria, como si hubiese una sutil cadena que evitara la narración deslavazada, múltiple o desunida.

- En las *descripciones* (de montañas, fortificaciones y ríos) hay que ser especialmente discretos, evitando un estilo demasiado abundante y difuso o una atención desmesurada a intereses estilísticos en detrimento de la historia.
- En los *discursos* es fundamental guardar el *decorum*, que el lenguaje se acomode al personaje, se ajuste al tema y sea lo más claro posible.
- Los *elogios* y *censtras* han de ser tratados con cuidado, pues en la historia lo epidíctico es secundario y lo importante es la narración de los hechos.
- Lo *mítico* tiene su cabida dentro de la historia siempre que no se le dé excesiva credibilidad.

En definitiva, hay que atender a que el propósito de la historia sea otorgar honra e inmortalidad futura, siendo el historiador un hombre libre, franco, sincero, no adulator y servil.

3.2.6.- Una nueva categorización de la historia tiene lugar en el siglo IV d. C. con HERMÓGENES y sus *Progymnasmata* o *praexercitamenta*. Entre ellos incluye el ιστορικόν δῆγμα (*Antiqui rhetores latini*, 2,17), que luego se desarrollará en el siglo XVI como *narratiuncula* (por ejemplo, Antonio Lulio, *Progymnasmata Rhetorica*, Basilea, 1550-1551), en los que se establecerán las categorías de narraciones fabulosas, históricas de hechos antiguos y civiles (usadas en las controversias y el debate popular).

3.3. LA PRECEPTIVA DE LA HISTORIA EN LA EDAD MEDIA.

La historia medieval sigue sin alcanzar el status de disciplina de carácter científico, que no obtendrá hasta el s. XV. Su situación queda recogida en las palabras de Esteban Sarasa y Carmen Orcástegui⁶⁰:

“Pero a pesar del gran número de escritores de historia y compiladores de hechos, y de la importancia capital de muchos de ellos, la historia en la Edad Media no tuvo un lugar destacado en el panorama general de la cultura. Ni se enseñó ni se aprendió como disciplina académica, y apenas se consideró como aportación mínima al conocimiento. De ahí que

⁶⁰ E. Sarasa Sánchez y C. Orcástegui, *La historia en la Edad Media: historiografía e historiadores en Europa Occidental, siglo V-XIII*. Madrid 1989, p. 16.

careciera de un método adecuado para la comprensión por parte de quienes debían acceder a las obras de sus cultivadores”.

Las características básicas son:

- Se sigue manteniendo la idea clásica de los poetas – historiadores, igual que la mantiene la preceptiva clásica y se considera la historia subordinada a la teología o a la filosofía, si tenemos en cuenta que desaparece la idea del historiador – orador y aparece la concepción agustiniana de la misma.

- Se crea en este período el canon de autores (incluido algún historiador), que llegará hasta entrado el s. XVI: Donato, Catón, Esopo, Avieno, Sedulio, Juvenco, Próspero de Aquitania, Teodulo, Arator, Prudencio, Cicerón, Salustio, Boecio, Lucano, Horacio, Ovidio, Juvenal, Homero, Persio, Estacio y Virgilio⁶¹.

- “La historia en la Edad Media se escribía con idea de ser comprendida y se dan a conocer los hechos narrados, sin buscar, por lo general, las relaciones causa – efecto”⁶². Es el concepto de la historia como *magistra uitae, narratio rei ad instructionem posteritatis*, según el modelo retórico clásico.

- Los planteamientos agustinianos conciben la historia como la plasmación de la voluntad divina en el devenir de los hechos y se establecen dos momentos en los acontecimientos: un *ante quam* y un *post quam*, que tiene como punto de partida el nacimiento de Cristo y como meta la salvación del género humano.⁶³

- El problema de los géneros históricos en la Edad Media es común al de los preceptistas del humanismo. San Isidoro⁶⁴ recoge, basándose en las reflexiones clásicas de la retórica o de historiadores como Flavio Josefo, la distinción entre historia, crónicas y anales. Los anales tienen un marcado carácter religioso, preponderante en la Edad Media, que deriva del origen político-religioso que les habían otorgado Flavio Josefo o Eusebio y luego Isidoro.

En cuanto a las crónicas, eran escritas no ya en latín sino usando las lenguas vernáculas y con un estilo muy deficiente, lo que lleva a una autocrítica de los propios historiadores durante la Edad Media.

⁶¹ E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media Latina*, vol. I. Madrid 1976, p. 80.

⁶² Sarasa, *op. cit.* p.17.

⁶³ San Agustín, *De doctrina cristiana*, II, 27-28; *Ciuitas Dei*, II, 8-9; IV, 33-34; V, 25; X, 14; XI, 18; XV, 21; XXII, 30.

⁶⁴ *Ethimologiae*, I, 44 et ss.

- En el siglo XV se toma conciencia del problema del estilo en la historia y además se tiende a equiparar los conceptos de “orador” e “historiador”, coincidiendo con la recuperación de la perceptiva retórica-clásica. La obligación del historiador es no sólo conocer los hechos sino saber expresarlos con elegancia y corrección.

Antonio Ocaña ha sabido en su libro resumir la concepción de historia en el medioevo hasta el siglo XV y a él nos remitimos:

“La Edad Media ha realizado, desde el punto de vista histórico, una evolución hacia la escritura en lengua vernácula, hacia la preocupación por el estilo, lo que lleva a su relación con la retórica y la poética. Desde una óptica humanística, la primera Edad Media no se distinguía radicalmente de la época clásica, e incluso autores como Eusebio o Justino eran tenidos muy en cuenta, o el judío Flavio Josefo, al igual que durante el período medieval. La concepción agustiniana y la historia eclesiástica, más la primera que la segunda, se irán viendo marginadas en aras de lograr una historia civil. En ésta la preocupación por los hechos mismos, por las fuentes y por la veracidad del relato serán sus principales características, unidas al desarraigo de una historia completa que abarque la totalidad de los tiempos, aunque no faltarán excepciones notables, y al arraigo de géneros o subgéneros como el biográfico, la historia ciudadana y contemporánea, etc”⁶⁵.

⁶⁵ A. Cortijo Ocaña, *op.cit.* p.30.

CAPÍTULO IV. LA TEORÍA DE LA HISTORIA: RENOVACIÓN HISTÓRICA DEL HUMANISMO.

Antes de entrar en consideración sobre la doctrina de la historia en el siglo XVI, hemos de notar de manera especial que al llamado primer humanismo le tocó elevar a la historia de su papel de disciplina auxiliar mientras que el segundo humanismo sistematizó de forma preceptiva todas las ideas que se habían ido gestando desde hacía tiempo. De ahí que nos hayamos decidido a realizar un recorrido por la historia y la escritura de historia en este período que venimos tratando para posteriormente analizar la sistematización de los preceptos relacionados con la ciencia de la historia

4.1. EL NACIMIENTO DE LA HISTORIA COMO CIENCIA.

Los rasgos básicos por los que se define la historia en el período humanístico son, por un lado, su carácter retórico y, por otro, un manejo de primera mano de las fuentes clásicas. La historia, por tanto, tiende a entrar en contacto con la poesía y la poética, debido a su reconsideración estética. También es importante destacar que la historia empieza a ser considerada debido a su relación con la filosofía en cuanto ciencia auxiliar de ésta. Con estas premisas:

1. El movimiento historiográfico tiene su origen en Italia⁶⁶ y sus precursores son Petrarca y Boccaccio, hacia finales del siglo XIV. En algunas de sus obras de tipo histórico se establecen principios básicos para la escuela florentina: la utilización de términos técnicos de la administración y la guerra propios de los romanos como si fueran expresiones utilizadas con normalidad; el apoyo en autores clásicos y el alejamiento de las invenciones de la Edad Media.

Abandonado, pues, el viejo esquema cristiano-medieval, los humanistas se esfuerzan en dar a la historia no sólo una dimensión más humana y menos impregnada de

⁶⁶ “E dall’ Italia si diffuse negli altri paese; e, como accade sempre che si trasporta un’ industria in un paese vergine, che i primi operari o tecnici vengono chiamati dal paese d’ origine, così i primi storici umanisti delle altri parti di Europa furono italiani: e sono noto el veronese Paolo Emilio, che *Gallis condidit historias*, donó ai francesi la storia umanistica de Francia col suo *De rebus gestis Francorum*, e Polidoro Virgilio, che fece il simile per l’Inghilterra, e Lucio Marineo per la Spagna, e altri e altri ancora per altri paesi finché non suscitarono cultori indigeni del genere, che resero superflui gli operai italiani”: Benedetto Croce, *Teoria e storia delle storiografia*. Bari 1943, p. 209.

providencialismo, sino una connotación literaria, retórica y pragmática, siguiendo el canon de la mejor historiografía clásica griega y romana.

Pero fue Leonardo Bruni, siguiendo los pasos de su maestro Coluccio Salutati, el fundador de la historiografía de corte humanístico. Surge con la llamada escuela florentina una tendencia que E. Fueter llama de publicistas, “una historia destinada ante todo al extranjero, que colocaba al autor ante un doble reto: por un lado dejar en buen lugar a su país frente al extranjero, y por otro, conseguir la gloria como artista, cautivando al lector con su bella expresión”⁶⁷.

Así, no es extraño que Leonardo Bruni en el prefacio de sus *Historiarum Florentini Populi libri XII*, sostenga que la conquista de Florencia no debía ser considerada menos digna que las antiguas y que su registro en una obra histórica resultaba de gran utilidad, no sólo al hombre de estado sino al ciudadano privado. Si los antiguos se beneficiaban de la experiencia del pasado, ahora más que nunca es necesario presentar a los hombres de estado una historia diligente y escrupulosa que trate los problemas de las distintas épocas pasadas, mostrando al lector lo que debía ser seguido e imitado y lo que, por el contrario, debía ser evitado. En particular, los ejemplos de los personajes ilustres del pasado deben dirigir el ánimo del hombre de Estado al ejercicio de la virtud.

M. Jacoviello⁶⁸ recoge en su libro los cánones historiográficos del humanismo, enunciados en una célebre reunión, en las faldas del Vesubio, con ocasión de la visita de Bernardo Rucellai al gran humanista napolitano Giovanni Pontano.

Después de un largo debate sobre la cuestión histórica, fueron establecidos los principios del movimiento, que pueden reducirse a estos dos principales, ya adelantados:

- a) Dependencia de la historiografía antigua.
- b) Ruptura con la forma eclesiástica de la historiografía.

De los historiadores clásicos que hay que tener como modelo fueron escogidos César, Salustio y, sobre todo, Tito Livio, considerado “par a los griegos que él emula y superior a los posteriores”⁶⁹. Porque, como dirá algún tiempo después Bartolomé della

⁶⁷ J. Costas, *op. cit.* p. 50.

⁶⁸ M. Jacoviello, *Storia e Storiografia. Dall'antichità clásica all'età moderna*, Nápoles 2001⁹, p. 122.

⁶⁹ B. Rucellai, *Sylloge Epistolarum a uiris illustribus scriptorum*, Leída en 1727 (*Sylloge II*).

Fonte, en un discurso pronunciado en Florencia⁷⁰, “Tito Livio superaba a todos los demás historiadores de la Antigüedad por la amplitud de la temática tratada, por la riqueza de la exposición, por la elocuencia y por el estilo” (cfr. *Oratio in historiae laudationem*).

Por consejo de Pontano, fue establecido además que el tratamiento de la historia debía tener como característica peculiar la *breuitas* y la *celeritas* y centrarse únicamente en los hechos de gran relevancia histórica: la política y la guerra, descrita según un rígido esquema clásico⁷¹.

La exacta imitación de los clásicos era el único medio que tenían los historiadores humanistas de conseguir un estilo impactante para sus lectores. De ahí, la revalorización de la doctrina de las antiguas escuelas retóricas y la idea ciceroniana de considerar a la historia como *munus oratorium*. Esta estricta imitación de los autores clásicos tuvo repercusiones importantes tanto en el contenido como en la forma de la historiografía. En el contenido porque al escritor:

“le interesan sobre todo aquellos acontecimientos que se prestan a un desarrollo dramático, como si se tratase de una tragedia de Séneca o un canto de la Eneida, sin dejar lugar para la exposición de un cuadro de todos los dominios de la vida pública, como había hecho la crónica medieval, pese a carecer de arte”⁷².

En cuanto a la disposición del contenido, la narración de cada conflicto debía estar precedida de una exposición preliminar sobre el carácter y la historia de los pueblos implicados en la guerra y seguida de una cuidada descripción de los antecedentes de la hostilidad. Sólo entonces el historiador podía pasar a la narración de la guerra. El requisito siguiente era un preciso recorrido topológico de la zona en la que tenía lugar la batalla, a la que debía seguir un breve catálogo de los principales jefes militares más una descripción de los puestos de mando y de las armas y máquinas de guerra de los dos ejércitos.

Esta elaborada construcción historiográfica hacía, pues, de la batalla el punto culminante de la narración. En este punto, es conveniente que el historiador inserte los

⁷⁰ Este célebre discurso florentino del Fonzio puede ser considerado como el primer compendio de historia de la historiografía. Como ha observado E. Trinkaus, la disertación de Fonzio “comienza a ver la historiografía en una perspectiva histórica y a presentar los rudimentos de una nueva concepción de la naturaleza de la historia”: E. Trinkaus, “A Humanist’s image of Humanism: the inaugural orations of Bartolommeo della Fonte”, *Studies in the Renaissance*, VII, 1960, p. 105.

⁷¹ Giovanni Pontano, *Actius de numeris poeticis et lege historiae*, Neapoli 1597.

⁷² J. Costas, *op. cit.*, p. 50.

discursos en la obra a fin de interpretar las motivaciones psicológicas subordinadas al curso de los eventos.

Los discursos servían para resaltar la importancia de un determinado suceso y en la narración histórica se colocaban regularmente al inicio de la batalla, cuando cada capitán era presentado arengando a su tropa o explicando las razones de la guerra que ahora se llevaba a cabo. Se utilizan también para indicar al lector las alternativas existentes en un determinado momento con las ventajas y desventajas de una posible línea de conducta. Poco o nada importaba al historiador humanista, como al clásico, que aquellos discursos hubiesen sido pronunciados en realidad.

La aproximación a este nuevo método de escribir historia se produjo, según E. Fueter, sólo después de que el “estilo humanístico” comenzara a encontrar una actuación práctica en las relaciones diplomáticas y en la política activa. En verdad -afirma el historiador suizo-

“sólo cuando Coluccio Salutati había procurado a la nueva cultura el acceso al departamento florentino de negocios extranjeros, su discípulo Leonardo Bruni pudo pensar en la fundación de una historiografía humanística publicista, destinada ante todo al extranjero. La tendencia estética y poética daría a la nueva criatura su impronta, de un modo muy contradictorio. Como políticos, los historiadores humanistas deseaban situar la historia y la política de su país en la luz y en el sentido del propio gobierno frente a lo extranjero; como estilistas buscaban dar celebridad al propio estado y a sus héroes, esto es, atraer incluso al lector no interesado a un argumento con una exposición deslumbrante”⁷³.

El segundo principio enunciado, la ruptura con la forma eclesiástica de la historiografía tuvo “diversas repercusiones en cuanto a la concepción histórica”⁷⁴. Todas ellas han sido ya esbozadas anteriormente:

- Se elimina la idea de que la Providencia divina interviene en el curso de los acontecimientos.
- Se eliminan también los hechos milagrosos.
- Se produce una separación entre historia regional e historia universal.

⁷³ E. Fueter, *Historia de la Historiografía moderna*. Buenos Aires 1953, p. 26.

⁷⁴ J. Costas, *op. cit.*, p. 51.

- Se evita mencionar el papel que la iglesia había desempeñado en la historia medieval.

Pero sorprende que, pese a todas estas innovaciones, no se produjo un choque frontal entre la Iglesia y el Humanismo. Quizás la explicación resida, como resume E. Fueter, en que “la Iglesia romana no fue atacada, sino ignorada”⁷⁵.

Parta terminar, al margen de los historiadores florentinos que, por magnificar la propia ciudad, se empeñaban en hacer historia por impulso y por el sentimiento patrio, en las demás ciudades italianas (Venecia, Milán, Nápoles) los humanistas reciben el encargo de escribir historia expresamente por parte del gobernante o de la corte a cuya exaltación han de ir dirigidos sus escritos.

En un recorrido por el panorama de la historia durante la época que nos ocupa, un importante grupo de historiadores aparecen a caballo entre los siglos XIV y XV, pero cuya obra se inscribe fundamentalmente en este último siglo y apuntan en ella las primeras muestras de la nueva concepción historiográfica. Leonardo Bruni (1370-1441), que ya hemos citado, canciller de Florencia y autor de los *Dialoghi ad Petrum Paulum Histrum* y de los *Historiarum Florentini Populi libri XII*, y Poggio Bracciolini (1380-1459), que escribió una *Storia di Firenze*, manifiestan en sus obra una estrecha vinculación entre historia y política.

En Nápoles, Lorenzo Valla (1405-1457), un humanista al servicio directo del rey de Aragón, no sólo es conocido como autor de una apologética *Vida de Fernando I de Aragón*, sino sobre todo por ser el iniciador de la crítica histórica, al poner de manifiesto el carácter apócrifo de una supuesta Donación de Constantino en la que los papas buscaban la legitimación de su poder temporal en Occidente (*De falso credita et ementa Constantini donatione declamatio*, de 1440, pero editado en 1517).

En Milán, en Roma, en Venecia, aparecieron también historiadores que escribieron historia de su ciudad o de la familia aristocrática dominante.

Pero no es hasta finales del siglo XV, con el inicio del llamado “tercer humanismo”, cuya pauta viene marcada por la revolución florentina de 1494 -que derrocó el poder de los Medici e instauró la República-, cuando la historiografía renacentista italiana cobre su esplendor con dos autores de primera fila como son Nicolás Maquiavelo

⁷⁵ E. Fueter, *op. cit.*, p. 28.

(1496-1527) y Francesco Guicciardini (1483-1540). El primero de ellos es, sin duda, más conocido como tratadista político y como político en sí mismo que como historiador. Pero sus aportaciones a la nueva concepción histórica son fundamentales, como lo muestra en la mayoría de sus obras y particularmente en sus *Discorsi sopra la prima Decada di Tito Livio*, en su ensayo político *Il Principe*, que no se publicó hasta 1531, y en sus *Istoriae Florentinae*.

“Político beligerante, antiaristócrata convencido, amante de la libertad, ferviente republicano”⁷⁶, Maquiavelo parte en su concepción histórica de los dos supuestos más importantes de la historiografía renacentista: en él la historia se seculariza casi por completo, y no es sólo la narración de guerras y de hazañas, sino también de los conflictos internos que conmueven a una sociedad. Por otra parte, la historia es una permanente lección de donde sacar enseñanzas políticas. Surge con él lo que se ha dado en llamar la historia ético-política.

Coetáneo de Maquiavelo, amigo y colaborador suyo, aunque bastante más moderado, hombre también dedicado a la política, el florentino Francesco Guicciardini (1483-1540) es el segundo nombre importante de la historiografía renacentista italiana, pero aunque a veces se le ha considerado superior a Maquiavelo en tanto que historiador, lo cierto es que prescinde de las valoraciones teóricas e ideológicas que en el caso de Maquiavelo representan una contribución fundamental en sus teorías históricas. En su obra máxima, *Storia d'Italia*, “la historia se convierte en análisis, en explicación y también en escuela de razonamiento político para el príncipe, tal como él lo concibe por su parte”⁷⁷. En este aspecto, pues, Guicciardini sigue fiel a la tradición renacentista. Como Maquiavelo, se ocupa tanto de los aspectos externos de la historia como de los internos y aventaja a aquel en la utilización de las fuentes archivísticas, pero su contribución a la teoría de la historia es prácticamente nula.

2. Fuera de Italia, la preocupación por la crítica y la veracidad históricas alcanzan un considerable relieve en el Estado francés, como se confirma en la obra de Étienne Pasquier (1529-1615) *Recherches de la France*, publicada en 1560. Pero es con Jean Bodin

⁷⁶ P. Pages, *Introducción a la Historia*. Barcelona 1983, p. 132.

⁷⁷ G. Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, trad. Alberto Méndez. Barcelona 1977, p. 72.

(1539-1596) cuando la historiografía renacentista francesa alcanza cotas más elevadas. Bodin, valiéndose de su notable capacidad especulativa y de su profundo conocimiento jurídico, se propone dar con sus *Six livres de la République* un sólido y robusto contenido jurídico al reino de Francia. En consecuencia, con esta obra, Bodin lanzó las bases para la creación de lo que en nuestros días es el estado de derecho; es decir, fue el fundador de la historia político-jurídica.

Así Jean Bodin, experto jurista e historiador de indudable valor, pudo aunque no descubrir, al menos fijar, de manera definitiva en la historia del pensamiento político el concepto de soberanía, que después es el tema fundamental de su obra política. La soberanía en la concepción de Bodin es absoluta, ilimitada e indivisible: los únicos límites son los impuestos por la ley divina y por la ley natural.

Es también autor de un *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, publicada en 1556, en el que construye una nueva teoría sobre la historia universal que intenta sustituir la que predominó durante la Edad Media. Para Bodin la historia depende también fundamentalmente de la voluntad humana, y al mismo tiempo que combate la idea de la progresiva degeneración del hombre, afirma el carácter permanentemente cambiante de las realidades históricas y el carácter progresivo de estos cambios.

3.- Por otra parte, en el siglo XVI europeo se observa la aparición de dos fenómenos históricos trascendentes cuyo impacto en la historiografía fue inevitable: la Reforma protestante con la consiguiente Contrarreforma y, sobre todo, el descubrimiento de América.

3.1. En lo que respecta a la polémica religiosa, la historiografía se vio utilizada en función de los objetivos que perseguían tanto protestantes como católicos. En palabras de G. Lefebvre, la Reforma “quiso volver a situar la Iglesia en sus orígenes, y recurrió a la historia para mostrar la decadencia de esa Iglesia y la forma en que la tradición no marchaba de acuerdo con la Antigüedad cristiana. Por supuesto, la Iglesia romana respondió con métodos de la misma traza, y durante más de un siglo hubo una oleada ininterrumpida de obras católicas y protestantes, cada una de ellas tratando de demostrar al lado de quién estaba la razón: la Iglesia, que su tradición concordaba perfectamente con sus

orígenes; los protestantes, justamente lo contrario”⁷⁸. De ahí surgieron, por parte de los protestantes, las *Centurias de Madegburgo*, que estudiaban los trece primeros siglos de la historia de la Iglesia, y que fueron contestadas por la parte católica en los *Annales ecclesiastici*, que llegan hasta 1198.

3.2. El descubrimiento de América, realizado en una fase de expansión europea, conmocionó por lo inesperado e insólito al Viejo Continente. Un nuevo mundo de una riqueza inimaginable en todos los aspectos se abrió a la curiosidad de los europeos, ansiosos por conocer a aquellas gentes cuyas lenguas, formas de vida, costumbres, hábitat, etc., eran completamente diferentes a los conocidos en Europa. La propia existencia de un nuevo continente ampliaba considerablemente la geografía de la historia y cuestionaba todos los esquemas y todas las teorías universalistas formuladas hasta entonces. J. Fontana ha escrito con razón que en Castilla el descubrimiento de América creó “las condiciones que hubieran podido conducir a una renovación completa de la historia”.⁷⁹ Y si, ciertamente, ello no se produjo y en líneas generales la historiografía castellana del siglo XVI estuvo muy por debajo de la que existió en el resto de Europa, el descubrimiento de América posibilitó la aparición de numerosos cronistas -viajeros, descubridores, evangelizadores, etc.- que dieron testimonio, tanto de las vicisitudes por que atravesaron los españoles durante la conquista, como de las atrocidades o de la nueva realidad que aparecía ante sus ojos. Bernal Díaz del Castillo (1495-1584), con su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1568); Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) con la *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme* (1535-1580) y Antonio de Herrera, que fuera el cronista mayor de Felipe II, con su *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme de el Mar Océano*, son tres ejemplos muy significativos de las “crónicas de Indias” surgidas del descubrimiento de América, como significativa es también la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, que escribiera fray Bartolomé de las Casas contra los abusos de los españoles.

4.2. LA PRECEPTIVA HISTÓRICA EN EL SIGLO XVI.

⁷⁸ G. Lefebvre, *op. cit.*, p. 90.

⁷⁹ J. Fontana, *La historia: Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona 1978, p. 50.

Si algo cabe destacar acerca de la preceptiva histórica es, sin lugar a dudas y como ya hemos dicho anteriormente, su aparición tardía, así como su nacimiento en Italia, donde aparecen los primeros cultivadores. Dentro del círculo universitario paduano y con Sperone Speroni a la cabeza, una serie de autores “toman como tarea escribir *artes* preceptivas sobre poesía, retórica, tragedia e historia. Ahora ya tiene ésta un lugar dentro de un programa general del conocimiento, dignificada, de modo que cobra entidad en virtud de su capacidad estética y, sobre todo, en virtud de su relación con la filosofía”⁸⁰.

En este sentido, y antes de pasar a analizar la reflexión histórica del humanismo europeo en sus autores y en sus textos, señalaremos los rasgos fundamentales, la búsqueda y proposiciones para el método de investigación y de escritura sobre historia que quedará instaurado en este siglo.

4.3. GÉNESIS DE LA IDEA DE MÉTODO.

El siglo XVI conoció la invención del método histórico de los tiempos modernos. Hubo algunos escritores de historia, en los siglos precedentes, que tuvieron, a propósito de su propia creación, un sentido crítico ya nacido y que desarrollaron sus escrúpulos en sus obras.⁸¹ Pero los escritores del Renacimiento se preocuparon por proporcionar un método general, propio de la ciencia histórica considerada en un conjunto y por proponer un sistema coherente de procesos y de técnicas orientadas hacia el establecimiento del hecho verdadero y del reagrupamiento consecuente de los hechos⁸².

Esta preocupación, en palabras de Claude-Gilbert Dubois⁸³, tiene raíces teológicas. Las controversias teológicas llevan a analizar profundamente los textos, a examinar la relación y el contenido de las palabras y a recolocar el hecho en su contexto explicativo. Además el nuevo sistema pedagógico que se instaura en este momento incita también a este

⁸⁰ A. Cortijo Ocaña, *op. cit.*, p. 31.

⁸¹ Los escritores de la Antigüedad, con sentido crítico agudo, como Polibio, proporcionan igualmente argumentos. En general, el fondo de época clásica sobre el que se construye la metodología histórica la encontramos, como ya se ha referido, en el libro IX de la *Poética* de Aristóteles, en el *Brutus* y en el *De Oratore* de Cicerón, el *De scribenda historia* de Luciano y el *De Thucydidis historia iudicium* de Dionisio de Halicarnaso, obras que son reproducidas algunas de ellas en la antología de J. Wolf, *Artis historicae Penus*, Basilea 1579. Vease además G. Cotroneo, *Jean Bodin teorico della storia*, Nápoles 1966, p. 14, y P. Burke, “A Survey of the popularity of ancient historians, 1450-1700”. *History and Theory*, 1966, pp. 195-252.

⁸² Sobre la importancia que despierta el establecimiento del hecho histórico, véase la obra de Melchor Cano *De Locis Theologis*, 1562, J.H. Franklin, ed., p. 102-115.

⁸³ Cl. G. Dubois, *La conception de l'histoire en France au XVI siècle*, París 1977.

desarrollo: a partir del momento en que la historia llega a ser una disciplina, conviene determinar el orden y la meta de esta enseñanza.

El objetivo de los creadores del método es concebir un arte de conocer o mejor de “entender”⁸⁴ la historia (es el término utilizado por Bodin), mucho más que un arte de escribir, aunque éstos no descuidan la aplicación de la retórica en el dominio de lo histórico.

La escritura interesa a los tratadistas en tanto en cuanto es un medio al servicio de otro fin. El fin último es la verdad y, por tanto, la nueva retórica estará regida por la fidelidad a los hechos relatados. Los escritores deben buscar una adecuación de palabras y cosas:

“ellos desean encontrar el vínculo que permita llevar paralelamente un conjunto de hechos regidos por las leyes históricas, un conjunto de ideas conectadas por su coherencia y su encadenamiento lógico con un conjunto de palabras regidas por las cadenas sintácticas. Estos caminos paralelos no son siempre claros y frecuentemente presentan interferencias (si no confusiones) entre el orden de las cosas, el orden de las ideas y el orden de las palabras”⁸⁵.

La metodología histórica proporciona, pues, un sentido a la historia, un sentido explicado por la finalidad (*consilium*) de las acciones. Pero esta finalidad no aparece de antemano: es necesario encontrarla y no se descubre nada más que posteriormente en la información rigurosa y metódica del encadenamiento de los hechos, que no es necesariamente la cadena de razones profundas del acontecimiento. Después de esto, se incorporarán los elementos ideológicos: creencia en la presencia de Dios en la historia, establecimiento de la inspiración diabólica de esta empresa, etc. La historia establece el lenguaje de los hechos, la ideología puede, acto seguido, traducir este lenguaje con sus propias palabras, es la interpretación de una “metahistoria”.

El papel de los fundadores del método parece más humilde y al mismo tiempo más riguroso. Sobre el particular valga como ejemplo la siguiente reflexión:

⁸⁴ Ver el capítulo XVII y final del *De Scribenda Historia* de Viperano, titulado “De Legenda Historia”.

⁸⁵ Cl. Dubois, *op. cit.*, p. 72.

*Verum humanam solum historiam nunc requirimus. Neque tantum disputamus quid homo a deo creatus arguere debuerit, sed quid egerit, praesertim suo libero arbitrio relictus, quaerimus*⁸⁶.

El autor expresa aquí una voluntad de limitación (traducida lingüísticamente por los adverbios restrictivos: *solum, neque, tantum, sed, praesertim*). La determinación de la meta del historiador es la acción (*quid egerit*), que existe por su relación con los valores espirituales.

Querría, para ilustrar ese deseo de ordenar y a la vez mostrar las posibilidades de confusión que persisten, proponer una serie de ejemplos sobre algunos hechos concretos. En un detalle de la argumentación propuesta por Viperano en su tratado *De Scribenda Historia* expresa su deseo de que la narración histórica siga un orden determinado:

*Et ne huc illucque historia uagetur, tenendus est quidam ordo, et recte quasi cursus narrationis*⁸⁷.

Ahora bien este orden de la narración -el orden del discurso- será insidiosamente aplicado al orden de los actos. La lógica -en el sentido primigenio de un orden del *logos*- va a servir de soporte a la lectura de los hechos. Viperano quiere que se produzca toda acción según un orden narrativo -principio, desarrollo y fin-, que no es necesariamente un orden objetivo:

*Et quoniam omnis actio principium habet, progressum, et exitum, causa, quae ad agendum impulit, cognoscenda est primo, et cum causa consilium (...). Causarum et consiliorum explicationem sequitur apparatus, tum eorum narratio, que ex his profecta fuerunt, distinguenda ab historico modis, locis, tandem exitus rerum declarandus est, et ea que comitata sunt euenta prudenterque explicati sunt*⁸⁸.

El punto de partida es un postulado que asocia las reglas de desarrollo de la acción con las leyes de un discurso elaborado: principio, desarrollo, fin. La acción está así contenida en un sistema cerrado, cuya legitimidad no es puesta en duda. A este orden de desarrollo se superpone un esquema conceptual, que introduce una lógica: la causa efectiva y la causa final aseguran la coherencia del acto.

⁸⁶ Fr. Balduinus, *De Historia Libri II*, en *Artis historicae Penus*, p. 742.

⁸⁷ G.A. Viperano, *De Scribenda Historia*, en *Artis historicae Penus*, p. 860.

⁸⁸ G.A. Viperano, *op. cit.*, pp. 860-861.

La meta del historiador será, pues, buscar y descubrir el encadenamiento de causalidad y finalidad, que determina la comprensión de los hechos. Sobre esta armadura, el historiador podrá entonces construir su discurso, siguiendo las categorías de los lugares y los modos, de los efectos directos y de los colaterales. Se puede señalar en cuántas ocasiones la búsqueda de claridad se puede confundir con un deseo de categorización y distinción, pero peca en su síntesis por asimilación abusiva del orden de las ideas y del encadenamiento de las palabras, que llega a ser, sin despertar ninguna objeción, una razón de las cosas.

Ante toda búsqueda explicativa, conviene establecer hechos auténticos. Esta exigencia de autenticidad es general. Es así como se expresa en la pluma de Antonio Possevino:

Prima nota est, ut res, euentusque sincere, atque ex ueritate narrentur: nec quidquam (quo nimis fere inclinatur scribentium animi) hauriatur ex uano. VERITAS in hac ipsa re (ait Dionysius Halicarnasseus) principium est et prudentiae simul et sapientiae. Ut animantisi eruantur oculi, reliquum corpus inutile; sic ueritas dematur Historiae, ubique errabitur⁸⁹.

El autor, siguiendo a Dionisio de Halicarnaso, insiste sobre la noción de verdad. Sebastián Fox Morcillo, por su parte, recuerda la distinción establecida por Quintiliano entre tres tipos de narración y distingue la narración histórica por el criterio de autenticidad:

Quintiliani sententia, cum triplex narratio sit, una falsa, altera uerosomilis, ficta tamen, tertia difusa et productior: prima fabula dicitur seu poesis, secunda argumentum, tertia historia (...). Ac fabula quidem narratio est, ut ille inquit, quae uersatur in tragoediis, atque carminibus non a ueritate modo, sed etiam a forma ueritatis remota; argumentum quod quum falsum sit, uera tamen est simile, ut Comoedia historia, in qua est uera rei gestae expositio⁹⁰.

Otro ejemplo, apoyado en Polibio y extraído de la obra de Johann Jacob Beurer:

⁸⁹ A. Possevino, *Apparatus ad omnium Pentium historiam* f. 4 vº.

⁹⁰ S. Foxius Morzillus, *De Instituenda historia*, in *Penus*, p. 757.

Historiae forma est rerum singularium ueritas cum nostra notitia consentiens; et in uerbis atque sententiis puritas et simplicitas.

Recte Polybius iubet nos in historia μόνη τῆ ἀληθεία θυεῖν, est, soli ueritatis sacra facere; et ueritatem in historia unice, tanquam Deam colere⁹¹.

No obstante, la relación pura y simple de los hechos no es suficiente. Una segunda fase consistirá en una explicación, para el establecimiento de una coherencia racional en el interior de los hechos y la superposición de un orden de causalidad (causa-consecuencia) o de finalidad (efecto-fin) a un orden de eventualidad (desarrollo práctico de la acción). Esta fase de traducción racional de los hechos es la que los autores del método llaman *EXPLANATIO*:

EXPLANATIO est, ut res scilicet non tantum fideliter narretur, sed disponatur etiam, atque exponatur, quomodo item, et quare quidque gestum sit, addatur. Ut uidelicet non modo casus, euentusque rerum, sed ratio etiam, causaeque, noscantur. Haec si auferantur ab historia, quidquid in eo reliqui, id Polybio iudice, ludricum magis erit quam doctrina⁹².

El tercer elemento del método es la *DISPOSITIO* o la colocación en orden. Asistimos a una tercera interferencia, la del orden de los hechos y la del orden del discurso. El hecho está integrado en una sintaxis, fundada sobre la permutación del orden de los sujetos: tal sujeto produce tal efecto, este efecto produce tal objeto, etc.

Sin embargo, esta voluntad analítica de distinción de las fases en la elaboración del discurso histórico ocasiona, a nivel de la sintaxis y de los resultados, interferencias (y a veces confusiones) que delata la materia sobre la cual se apoya. Asistimos a una racionalización de la cadena de efectos y a una verbalización que no puede seguir nada más que el orden del discurso: es esta crítica la que falta con frecuencia en los tratados.

El método histórico no puede ser separado de un método de pensamiento y de un método de escritura. Los escritores se dan cuenta de que un hecho no puede estar aislado del conjunto en el que se encuentra implicado. En suma, no tiene sentido: sólo lo adquiere

⁹¹ J. J. Beurer, *Sinopsis historiarum et methodus noua*, Hanouiae 1594, p. 5.

⁹² A. Possevinus, *op. cit.*, f. 4 v^o.

cuando forma parte de un todo, cuando entra en una cadena de razones. Es así como una ideología podrá ser reintegrada en el método. F. Baudouin, que aboga a favor de una historia del hombre, reconoce que este estudio no puede ser otra cosa que la antecámara de una teología:

Ac quidem cum illa nos superiorem rerum teoria tenet abs hominum colluione auocatos, atque secretos, magis nobis uersari uidemur in uiestibulo sempiterni coelestique illius domicili, in quo Dei consuetudine propius aliquando fruemur, uultuque suspensos, interea dum hanc uitam uiuimus, haerere, ut, olim populum suum in atrio ante fores templi consistere uoluit⁹³.

El movimiento va del hombre a la divinidad, del detalle al conjunto, de abajo arriba: es esta la orientación que hay que recordar. Estamos en las antípodas de la historia dogmática, a pesar de la presencia de una ideología muy marcada. El modo, analítico primero, después sintético, sigue un orden que no puede ser inverso. La lección metafísica no llega enseguida, pero tampoco es eludida. En definitiva, Baudouin valoriza una demostración de la presencia de Dios en el mundo por el doble argumento del orden de la naturaleza y del desorden de las cosas humanas: la historia permite esclarecer esta oposición:

Sic cum caelum aspiciamus, agnoscere nos facile diuinam prouidentiam sed cum ad terram oculos reflectimus, caeco et fortuito casu omnia ferri uoluique uidere (...). Verum bene habet: nos, ut media etiam rerum humanarum perturbationes agnoscamus Dei omnia certa ratione regentis admirabilem prouidentiam, litteris sacris satis praemoniti sumus. Estque hoc summum ad historiam recte considerandum lumen⁹⁴.

La fase analítica de la operación pone en valor las técnicas de autenticación del testimonio. La fase sintética postula una continuidad y una unidad de la historia; “una unidad que no se confunda ni con el estatismo, ni con el monismo, una continuidad que no

⁹³ F. Balduinus, *op. cit.*, pp. 601-602

⁹⁴ *Ibid.*

se confunda con la uniformidad”⁹⁵. Existen saltos y rupturas, pero a un cierto nivel, saltos y rupturas toman un sentido y forman parte de una coherencia que aparece en un nivel superior.

Una simple mirada por los escritos sobre el método de la historia atestigua una progresión constante hasta un período de fuerte intensidad que se sitúa alrededor de los años 1570-1580.⁹⁶ En el curso de este período aparecen los grandes textos no sólo de colecciones sino de antologías que dan testimonio del interés que los lectores -y los editores- habían tomado por ese género de escritos.

En el prefacio de la obra de Johann Wolf, la colección de tratados sobre historia editada en 1579 de que venimos hablando, nos suministra alguna información sobre las exigencias que han determinado esta publicación. El autor desarrolla la argumentación clásica sobre los atractivos de la historia, remanso de reposo en los tumultos de la vida, ofreciendo, por su carácter panorámico, una vida serena y estable sobre la inestabilidad de las cosas:

*In lubrico atque praecipiti uitae huius cursu, φιλολογία historica non tantum mirabili uoluptate animos perfundit, sed etiam incredibiles maximorum emolumentorum fructus ad omnia humana negocia suppedita*⁹⁷.

En efecto, el argumento de lo agradable es rápidamente suplantado por el argumento utilitario. La historia es espejo de la vida y como tal el pasado propone una posibilidad de acción para el futuro:

Inde totius uitae et omnium negotiorum doli, astus, fraudes, fallaciae, machinae, insidiae, praestigiae, calumnia, scelera, crimina, concilia, stratagema (...) quasi in speculo ante conspectum clarissime proponuntur:

⁹⁵ Cl. Dubois, *op. cit.*, p. 76.

⁹⁶ Conviene señalar que cuando se desarrolla la tardía preceptiva, en este momento entra en crisis la historiografía, como revela Cochrane en su obra (pp. 479-482). Las causas, según el autor, fueron: “a conviction that the history of de mayor and of many of the minor cities of Italy had already been definitively written”; “humanist historiography was also suffering from the continued isolation of three lateral disciplines –biography, the study of antiquities and sacred history- that might have provided it with other subjects to replace those that were disappearing”; “censorship”; “some philosophers, in fact, made suggestions that might have been rather helpful, particularly after 1542, when formal treatises on history, or *Ars Historica*, were elevated to the rank of a subdiscipline of philosophy parallel to the other flourishing subdiscipline of literary criticism. True, most of the philosophers took their examples exclusively from the works of the ancient historians. None of them knew enough about the works of modern historiography to perceive what were its most important problems”.

⁹⁷ Johannes Wolfius, *Artis historicae Penus*, Basilea 1579, f. 2.

*quibus nos et uti in periculis auertendis, cum similia usu ueniant, et interdum etiam abut possumus*⁹⁸.

Estas ventajas se manifiestan particularmente en el terreno político. Hasta aquí la argumentación tradicional toma temas caros a todos los autores de prefacios de obras históricas. Pero el acento va a ser puesto (y es aquí donde está la señal de una toma de conciencia de los problemas metodológicos) sobre la necesidad de una elaboración segura del hecho y de una lectura atenta:

*Est enim si quicquam aliud, historiarum refert profecto tractatio maximis difficultatibus obstructa: ut eum sit necesse in multos errores impelli, qui non diligenter assidueque animum intenderit: non solum quid accederit, sed quando, quo loco, modo, consilio, qua de causa, in quem finem sit quodque factum; quid antecedit, quid subsequatur*⁹⁹.

Se ponen de manifiesto en este texto dos ideas propias de los autores de métodos, el riesgo de error y la necesidad de emplazar el hecho en una cadena de razones históricas y lógicas. Esta es la justificación de J. Wolf para realizar una colección de escritos teóricos sobre historia. Se puede decir que a finales de siglo ha sido establecido un código que los escritores dignos de ese nombre no pueden descuidar.

Expuestos los preceptos fundamentales que conforman cualquier tratado de historia en el s. XVI y dada la importancia que adquieren las recopilaciones de este tipo de materia, parece conveniente analizar la preceptiva histórica en una de estas antologías; más concretamente analizar aquella que contiene la obra de Viperano en su primer tomo.

Esta obra, a la que nos hemos referido en numerosas ocasiones, es la primera antología de escritos teóricos concerniente a los métodos y problemas planteados por la investigación y la escritura y lectura histórica; vió la luz en 1579¹⁰⁰ y su editor, J. Wolf, la

⁹⁸ J. Wolf, *op. cit.*, f. 3.

⁹⁹ J. Wolf, *op. cit.*, f. 4.

¹⁰⁰ Esta obra es una ampliación, que casi dobla su volumen, de una primera compilación publicada en 1576, con el título, *Io. Bodini Methodus historica, duodecim eiusdem argumenti scriptorum, tam ueterum quam recentiorum commentariis adaucta*, Basileae, P. Perna 1576. La diferencia de éste con el libro de 1579 es que no está dividido en dos volúmenes y que las obra de algunos autores no aparecen, por ejemplo no está el tratado de Cristóbal Mileo (que aparece en el segundo tomo en la edición de 1579), ni la obra de Celio Segundo, ni la de Cristóbal Pezeli, ni la de Teodoro Zuinggero, ni la de Giovanni Sambuco, ni la de Antonio Ricobono (añadidas todas ellas al final del segundo tomo). Paralelamente, bajo los nombres de *libellus*, *compendium*, *epithome*, aparecen condensadas grandes obras históricas. La aparición de antologías y recopilaciones atestigua, en la economía del libro, el paso de una fase de creación a una fase de vulgarización. Este fenómeno va de la mano con el paso de una curiosidad de especialistas a un deseo cultural de masas,

dividió en dos tomos. En ellos reúne a autores de época clásica, a los que conforman la nómina de precursores de preceptiva histórica y, por último, a aquellos que contribuyeron a su avance y desarrollo.

El título completo y disposición de la obra es como sigue:

Artis historicae penus octodecim scriptorum tam ueterem quam recentiorum monumentis et inter eos Io. Praecipue Bodini libris Methodi historica sex instructa, Basileae: ex officina Petri Permae, 1579.

Auctores qui in hac uolumine contientur:

(Tomo I)

I)- *Ioan. Bodini, Andegauensis, Methodus historica.*

II)- *Fr. Patritii, Dialogii X de Historia.*

III)- *Ioan. Pontanus, De Historia.*

IV)- *Fr. Balduinus, de Historia universa et eius cum iuris prudentia coniunctone libri II.*

V)- *Sebastini Foxii Morzilli, de Historica Institutione.*

VI)- *Ion. Ant. Viperani, de Scribenda Historia.*

VII)- *Fr. Robortellus, de Historia.*

VIII)- *Dionysius Halicarnasseus de Thucydidis historia iudicium, cum Duditii Praefatione.*

(Tomo II)

IX)- *Christophorus Milaeus, de Historiae uniuersitate.*

X)- *Ubertus Folietta, de Ratione scribendae historiae et similitudine normae Polybianae.*

XI)- *Dauid Chytreus, de recte instituenda Historia lectione.*

XII)- *Lucianus Samosatensis, de Scribenda Historia.*

XIII)- *Simon Grynaeus, de Utilitate legandae historiae.*

XIV)- *Caelius Secundus, de eadem.*

XV)- *Christophori Pezelli, oratio de Historia.*

XVI)- *Theodorus Zuinggerus Medicus Basileus, de eadem.*

según palabras de Claude G. Dubois (*op. cit.*, p. 15). La necesidad de una cultura de base histórica llega a ser un fenómeno social.

XVII)- *Ion. Sambucus, Caes. Historicus.*

XVIII)- *An Riccolanus, de Historia et de ea ueterm fragmenta recens adiuncta.*

No es nuestra intención estudiar los distintos tratados del primer tomo desubicados de su época y del entorno intelectual en el que fueron generados; de hecho, la obra de Dionisio de Halicarnaso y la de Luciano de Samosata han sido tratadas como exponente de la preceptiva clásica. La línea temática se inicia en Italia, lugar de nacimiento de la preceptiva histórica y en concreto en el círculo universitario paduano, con Sperone Speroni, del que arranca una vía que sigue primero Francesco Robortello¹⁰¹ con una preceptiva latina y que después continúa Francesco Patrizi, abogando por una escritura en lengua vernácula.

El segundo núcleo geográfico importante cronológicamente y representado en la recopilación de J. Wolf por Sebastián Fox Morcillo es España. En Fox Morcillo, máximo preceptista histórico español, concurre, por tradición, la corriente española iniciada por Nebrija y Vives y, por nacimiento y formación, las reflexiones del grupo paduano que de Sperone llega a Patrizi.

Esta misma tradición escolar humanística de la corriente italiana la recibe en Francia Jean Bodin y *a posteriori* Antonio Possevino y Paolo Beni.

Este es, a grandísimos rasgos, el panorama europeo en lo que a preceptiva histórica se refiere, presente en la obra de J. Wolf.

¹⁰¹ Las corrientes que siguió la preceptiva histórica humanista desde un punto de vista cronológico y que en esta ocasión no podremos estudiar se muestran de manera clara en la obra de Spini (p. 107): “In its effort, indeed, to expand upon Patrizi’s concepts, to free them of their inconsistencies, to fill in their lacunae, and to explore the insights that had been left in the form of rough drafts, Italian historical thought after Patrizi went two directions. Both these directions were implicit among the contradictions in Patrizi’s own thought. On one hand, the *Dialogui* had made the *cognitione del vero* the chief end of history and had put the problem of methodology an verification of the truth in the place of the rhetorical problem of the Ciceronians. On the other hand, the *Dialoghi* had admitted the utility of history for a system of politics based upon the concrete examples of the past rather than upon dogmatic abstractions. The two opposing theses were left unreconciled. On one hand then, the concept of history as a science of the truth, enriched by the wide panoramic visio of Bodin and by the writings of Possevino and Paolo Beni, led finally to the *Historiographia juxta Propia Principia* (...) of Campanella, as well as, beyond the Alps, to the theoretical positions of Vossius. On the other hand, the concept of history as the experimental foundations of politics influenced all the vast political literature of the end of Ciquecento, particularly that of the Tacitist school. From the writings of Aconcio and Bruto it passed into those of Lorenzo Ducci and Troiano Baccalini. And it did not finally disappear until Tacitism itself was overcome by the Anti-Tacitist campaign launched from Rome by the Jesuits in the first part of the seventeenth century”.

La ordenación sistemática de las ideas expresadas por estos tratadistas nos lleva a seguir un esquema conceptual, propuesto por S. Montero Díaz y utilizado por J. Costas en su artículo¹⁰², como núcleo de problemas a los que el historiador no puede sustraerse:

a) Filosofía de la historia: los problemas relativos al ser histórico, su esencia, determinación profundas y posibles leyes.

b) Metodología de la historia: los problemas relativos al trabajo histórico, fuentes, sus normas, disciplinas fundamentales y auxiliares y formación del historiador.

c) Crítica histórica: los problemas relativos a la seguridad del conocimiento, a la conexión entre el hecho histórico y la representación obtenida por el historiador a través de sus fuentes.

4.4. LOS PREDECESORES. DE COLUCCIO SALUTATI A SPERONE SPERONI.

En el siglo XV¹⁰³ experimenta un renacer la actividad elucubrativa, lo que supone una separación de la tratadística histórica medieval de la propiamente humanística, como señala acertadamente Cotroneo:

“In effetto lungo el corso del periodo che ci apprestiamo a prendere in considerazione e che va dalla fine del quattordicesimo alla fine del quindicesimo seculo, accanto ad alcune riflessioni di altissimo livello, ne troviamo molte che sono pure indicazione metodologiche di non eccessivo rilievo”¹⁰⁴.

Coluccio Salutati (1331-1406) es el primer autor que aplica el estilo humanista a la historiografía e intenta así superar el concepto de historia cíclica del medievo. Surge, con él, la búsqueda de un modelo histórico que se pudiese aplicar a la vida activa del historiador frente a la pasividad monástica del medievo, en cuya base está el servicio individual a la ciudad:

¹⁰² S. Montero Díaz, “La doctrina de la historia en los tratadistas españoles del Siglo de Oro”. *Hispania* IV, 1940. p. 3 y J. Costas, *op. cit.*, p. 52.

¹⁰³ Para la preceptiva histórica del siglo XVI y sus autores he utilizado principalmente el estudio que A. Cortijo ha hecho sobre ese tema y al que ya he hecho referencia en repetidas ocasiones.

¹⁰⁴ Girolamo Cotroneo, *I trattatisti dell'ars historica*. Nápoles 1971, p.29.

*Rerum gestarum scientia monet principes, docet populos et instruit singulos quid domi quidque foris, quid secum, quid cum familia, quid cum civibus et amicis, quidque privatim vel publice sit agendum*¹⁰⁵.

La escritura de la historia adopta una utilidad pública, ya que su objetivo es servir de ejemplo al ciudadano, convirtiéndola en la forma de conocimiento más idónea frente a la abstracción de la filosofía moral para desempeñarse en la vida activa.

En 1434 aparecen los *Rethoricum libri quinque* de Trapezuncio, considerado por Cotroneo como el primer tratado de preceptiva histórica. No es original en cuanto a materia se refiere, pues se basa, sobre todo, en Cicerón y establece la desvinculación de la filosofía en la práctica de la historia, “porque la retórica no es una disciplina civil”¹⁰⁶. A Trapezuncio le interesa ante todo la forma y la relación que pueda existir entre historia y oratoria, definiendo la primera, con Cicerón, como *opus oratorium maximum*. Dice nuestro autor:

La historia es *rerum gestarum diligens expositio*, acomodada al *rerum et temporum ordinem* y siguiendo el modelo expositivo que introduce *concilia primum, deinde acta, post euentus*. Con relación a estos últimos indica que *in rebus gestis non solum quid actum aut dictum sit, sed etiam quomodo et cur demonstrabit*¹⁰⁷.

Lorenzo Valla es el primer humanista investido del título de historiador del reino de Nápoles. Además de valioso filólogo fue también un eminente crítico del *ars historica*, como avalora el proemio de sus *Historiarum Ferdinandi regis Aragoniae libri III*, una historia de la victoria del padre de su protector Alfonso el Magnánimo, obra considerada como la más interesante y significativa de la concepción humanística de la historia.

En el prólogo antes mencionado explora las relaciones existentes entre la historia y las otras artes, en especial la poesía y la filosofía. Considera que cada disciplina tiene un campo de actuación y, por tanto, no es conveniente anteponer unas a otras; sin embargo defiende una concepción jerárquica de las ciencias, no de estirpe antiaristotélica, en la que ocupa el primer lugar la poesía. Iguales, sin embargo a los poetas o superiores son los historiadores:

¹⁰⁵ C. Salutati, *Epistolario di Coluccio Salutati*. Turín 1966-69, p. 289

¹⁰⁶ A. Cortijo, *op. cit.*, p. 40

¹⁰⁷ (Trapezuncio) Jorge de Trebisonda, *Rethoricorum libri quinque*. Lugduni 1547, pp. 5-6

*Nam ut apud Latinos priora sunt annalia quam poemata, sic apud Graecos et Dare Phrygius, et Dictis Cretensis, si uere fuerunt, priores Homero extiterunt (...). Nec fieri potest ut poetae figmenta sua non in rerum gestarum ueritate uelut fundamentis aedificent*¹⁰⁸.

La práctica de la historia no es cuestión sólo de escribir bien, sino de *solertia*, *acumen* e *iudicium* y su finalidad última es la obtención de la verdad:

*Nonne igitur ad huiusmodi ueritatem eruendam historico opus est non minori accuratone ac sagacitate quam aut iudici in deprehendendo uero ac iusto, aut medico in praeuidendo morbo aut curando?*¹⁰⁹

Por lo que respecta a las fuentes, insiste Valla en la importancia que éstas deben tener (no olvidemos que estamos en la época del gusto por profundizar en la raíces de la Antigüedad clásica y de la búsqueda de archivo de los grandes clásicos) y en la inclusión de un análisis crítico.

Guarino de Verona escribe una *Epístola a Tobia del Borgo* cuya definición de historia presenta uno de los conceptos apreciado por Viperano:

*Historia earum rerum et temporum descriptio est, quae nostra uidit aut uidere potuit aetas; quod est uocabulorum eiusque deriuatio monstrat, si quidem ἱστορεῖν “uidere” Graeci dicunt et ἱστορίαν “spectaculum”*¹¹⁰.

Guarino considera que la materia de la historia ha de ser cercana en cuanto al tiempo, aboga por una historia contemporánea, en detrimento de una historia muy alejada en el tiempo. Como los anteriores autores estudia, con base en Luciano, la diferencia entre historia y poesía y llega a la conclusión de que a la primera corresponde la *utilitas* y a la segunda la *iucunditas* o *uoluptas*:

Primus namque historiae finis et unica est intentio utilitas, scilicet quae ex ipsius ueritatis professione colligitur, unde animus ex praeteritorum notitia scientior fiat ad agendum et ad uirtutem gloriamque imitatione consequendam inflammator aliaque huiusmodi; nisi si qua praeter scribentis institutum lectori contigat et comitetur oblectatio: sicuti

¹⁰⁸ L. Valla, *Opera Omnia*. Basilea 1540 (*Historiarum*, 5-6).

¹⁰⁹ L. Valla, *Historiarum*, 6.

¹¹⁰ G. de Verona, *Epistolario de Guarino de Verona*, R. Sabbadini ed., Venecia 1915, p. 460.

*robustissimo saepius athletae certandum in uultu color oriri solet ad gratia*¹¹¹.

Su concepción de la historia se aleja en cierto modo de las ideas propuestas por Salutati y Valla, que estaban más cercanas al contenido, y vuelve a la idea retórico-estilística de la historia de estilo esmerado, la idea ciceroniana de la historia como *opus oratorium maxime*.

El siguiente autor del que tenemos noticia es Bartolomeo della Fonte. Su *Oratio in historiae laudationem* (1482) es considerada como el primer compendio de historia de la historiografía. Comienza a ver la historiografía en una perspectiva histórica y a presentar, al menos, los rudimentos de una concepción de la naturaleza de la historia. Defiende la superioridad de la historia sobre las otras disciplinas como ya habían hecho autores anteriores. Para Fonte la historia se compone de *memoria y litterae*:

*Non rationibus, sed rebus adhibita oratione conficitur. Cuius tuendae atque seruandae duo sunt praecipua adminicula memoria ac litterae*¹¹².

Esta afirmación supone un ataque al presupuesto de que la historia es sólo registro de hechos sin una elaboración verbal de los mismos. En consecuencia, la historia contiene en germen la unión de las disciplinas histórica y oratoria.

A finales del siglo XV, aparece la obra de Paolo Cortesi *De hominibus doctis dialogus* (1490), en la que defiende la idea de basar las *artes* en principios teóricos y reglas, sentando así el principio de regularidad de las ciencias y la base para los escritos futuros sobre preceptiva histórica propiamente dicha:

*Ego uero saepe soleo mirari quod cum Historia tot, tantarumque rerum dissimilitudinem complectatur, nulla precepta in priscorum sortibus tradantur, quae quomodo scribendum, quid seruandum sit in Historia doceant*¹¹³.

Con Joviano Pontano, en su *Actius*, un diálogo dedicado al arte de la poética, de 1499, se sistematizan todas las ideas anteriores referentes a la disciplina histórica y ésta se convierte en *genus*. Insiste Pontano en que el primer valor de la historia es la *celeritas*, que

¹¹¹ G. de Verona, *op. cit.*, p. 331.

¹¹² E. Trinkaus, "A Humanist's image of Humanism: the inaugural orations of Bartolommeo della Fonte" en *Studies in the Renaissance*, VII, 1960, p. 96.

¹¹³ Filippo Villani, *Liber de ciuitatis Florentiae*, Gustavi Camilli Galletti ed., Florencia, 1847, p.216.

aburre cuando es verbosa, que es necesario buscar un equilibrio, un estilo *fusum, lene, aequaliter defluens*, conceptos usados por Viperano en su concepción de la historia.

Enseña también a usar la *uarietas*, que requiere a veces la moderación de la propia *celeritas* a través de la dilación que ofrecen las descripciones de los lugares, los desplazamientos de los ejércitos y las distintas estrategias.

Atribuye el concepto de *dignitas* (y esto significa la correspondencia de la forma del *ars* con la sustancia de la obra, el valor artístico no como ornamento externo sino como una cualidad intrínseca) a las reflexiones de carácter étnico y arqueológico:

*Urbium quoque origines gentiumque primordia procul repetita, quae sint earum leges, qui mores studiaque haud exigam historiae dignitatem afferunt*¹¹⁴.

El momento culminante de la narración histórica, intensa siempre en su dimensión militar, viene marcado por el asedio y la expugnación con la que efectivamente se concluía casi siempre, en la práctica militar de la época, un curso de eventos bélicos:

*Eadem habenda est ratio in obsidionibus expugnationibusque. Oportet enim aperire prius naturam et loci et ciuium, genus obsidionis et machinarum; quid intra urbem paretur, quid geratur in castris edocere; dolos, artes, insidias diurnos nocturnosque labores, ruinas, instaurationes referre, quaeque permulta et obsidentibus et obsessis aut uirtus contulit, aut fortuna ipsa diligentiaue, aut negligentia partis alterius repente obtulit obiecitque, uel abstulit eripuitque consulto*¹¹⁵.

Aunque los críticos insisten en que la visión de la historia de Pontano no va más allá de tomarla como fuente de utilidad por los *exempla* que procura en cuanto son normas de comportamiento futuro, así como la insistencia en la necesidad de un estilo histórico, que refuerza la idea de la historia elevada y *ornata*, su valía está en el carácter de *summa* y síntesis y en el tratamiento de la oratoria y de la historiografía, consideradas como artes contiguas a la poesía y ligado a ésta en una continua relación de cambio. *Actius* “sienta las bases para la futura *institutio historica* de Speroni-Robortello-Fox Morcillo-Patrizi”¹¹⁶.

¹¹⁴ G. Pontano, *Actius*, en *Dialoghi* p. 215.

¹¹⁵ G. Pontano, *op. cit.*, p. 223.

¹¹⁶ A. Cortijo Ocaña, *op. cit.*, p. 4.

4.5. DE SPERONE SPERONI A LA PRECEPTIVA HISTÓRICA PRE-BODIN. EL MODELO ITALIANO.

4.5.1. SPERONE SPERONI

La reflexión histórica, como se ha explicado, en el siglo XV sienta las bases para su desarrollo en la preceptiva humanística de la centuria siguiente. Será, sin embargo, a Sperone Speroni a quien le quepa la importancia de iniciar la corriente de la *institutio historica*, ya pergeñada en el XV, ahora dentro de un plan global de mayores miras estético-filosóficas que las de los pensadores anteriores, moderada por dos ideas básicas:

- a. La historia es eminentemente discurso narrativo y es susceptible de recibir una forma bella, estableciéndose una relación efectiva entre las ciencias del discurso: la poética, la retórica y la historia, amén de su relación con la filosofía.
- b. La lengua italiana, es decir, la lengua vernácula, es tan buena como la latina para expresar los conceptos del ánimo: la reflexión teórica sobre lo literario se vincula indudablemente con la manifestación literaria en lengua toscana.¹¹⁷

Sperone (Padua 1500-1588) se inserta además en un momento del humanismo en el que a las ideas de los latinos sobre la historia se unirán las de la preceptiva griega, en su mayoría desconocidas durante la centuria anterior:

- Establece la relación entre las distintas ciencias del discurso, entre pares de materias; así une la poesía con la oratoria y la filosofía con la historia. La dos primeras aparecen unidas por los procedimientos estilísticos propios, que hacen el discurso bello con la característica de poeticidad, y su objetivo será el *dilettare*. La otra pareja de *artes*, la filosofía y la historia, están unidas por un fin último: la verdad (según los modelos aristotélico-horacianos) en lo concerniente a sus discursos y su meta, el *docere*:

“Retorica non é altro, che un gentile artificio d’acconciar bene, et leggiadramente quelle parole, onde noi uomini significichiamo l’un l’altro i

¹¹⁷ “Uno dei metodi propri di quel secolo fu l’ostinata smania di classificare, categorizzare, distribuire tutto in ben determinate e ferree caselle, che non permettevano l’adito se non ai fatti che avessero un carattere comune, una fisionomia concorde, una stimate spiccata di identità. Così, la lingua greca e la latina hanno in se pregi di eccellenza sulla toscana, la quale però, non devesi del tutto sprezzare. Si stabilisce insomma come una gerarchia delle varie favelle; ed ognuna ha, per così dire, il suo numero d’ordine, il suo posto, il suo gradino, donde v’è industria o genio d’artista che possa liberarla, innalzandola ad espressione di vera e forte poesia” Sp. Speroni, *Dialogo delle lingue e dialogo della rettorica*, Giuseppe de Robertis ed. Lanciano, 1912, p. 6.

concetti de nostri cuori. (...) Che cosí fatti né generó; cosí la lingua dell'Oratore con lo stile delle parole ora in Senato, ora in giudicio, ora al volgo parlando, ci ritragge la veritá: la quale proprio obietto delle dottrine speculative, no altrove che nelle scole, et tra filosofi conversando¹¹⁸.

- El modo de alcanzar el deleite en el lector lo presenta Sperone usando un símil pictórico:

“Che si come il dipintore, et il poeta, due artefici all'Oratore sembianti, per diletto di noi fanno versi, et imagini di diverse maniere; quali orribili, quali piacevoli, quai dolenti, et quai liete; cosí il buono Oratore non solamente con le faccie, con gli ornamente, et co numeri, ma ad ira, ad odio et ad invidia movendo, suol dilittar gli ascoltanti¹¹⁹.

- Establece una clara división de las ciencias en placenteras (que deleitan unas veces el cuerpo y otras el ánimo) y útiles. Entre las primeras figuran la poesía y la retórica y entre las segundas, la música, la pintura, la medicina.

- De la retórica y la poesía especifica su acercamiento a la historia y filosofía, ciencias más intelectuales pues en cierta medida el deleite de la retórica y la poesía es intelectual.

- Pero el autor va más allá en la relación de estas cuatro ciencias, que forman pares. Según él, en cada una de ellas hay una característica, de entre el asunto y el estilo, que las une. Pero esta misma característica, que con respecto al otro par sirve para establecer su diferencia, con respecto al miembro de la misma pareja sirve para distinguirlas, produciendo una semejanza con respecto al otro par. Así tomando como ejemplo la retórica, su *pars* más característico es la *elocutio*, la que más tiene que ver con la verbalización de lo inventado, aunque no por eso el resto de las partes de la retórica dejen de cumplir las otras funciones del discurso:

“E vero che io trovo scritto ne'Retori, l'invezione et diposizione delle cose essere opra piú tosto di prudenti, et accorti uomini, che di eloquenti Oratori, solo il sito delle parole é tutta l'arte Oratoria: onde una é la questione del dilttare, del movere, et dell'insegnare. Che come il movere, et l'insegnare

¹¹⁸ Sp. Speroni, *op. cit.*, p.93.

¹¹⁹ Sp. Speroni, *op. cit.*, p. 95-96.

son frutti d'invenzioni, le cui parti sono proemio, narrazione, divisione, confirmazione, confutazione, et epilogo; così il diletto si deve dire opra dell'Oratoria elocuzione"¹²⁰.

- Continúa su obra hablado de los *genera* y establece que de los tres existentes, el superior es aquel que más relación podía tener con la honestidad y la virtud, además de la prudencia:

“Io veramente le tre cause oratorie per li lor fini, per li lor ufficii, et per le loro materie, con diligenza considerando, non posso altro che credere che la causa dimostrativa sia infra tutta la principale; il cui fine é honesta; la cui materia é virtù, et il cui ufficio é il diletta l'intelletto, et di ben far ammonirlo"¹²¹.

- Sobre le párrafo anterior comenta A. Cortijo¹²² que es curioso que precisamente una de las modalidades del discurso histórico en que mayor belleza verbal se permitía desde la preceptiva fuera la demostrativa, que, por otra parte es, en palabras de T. Albaladejo¹²³, “aquella en que lo retórico se aúna con la obra de arte verbal valorativamente poética”. Además, continúa A. Cortijo, “las exhortaciones a la prudencia, virtud y honestidades se convierten en tópico de la preceptiva histórica, ya que desde la alta valorización de la *materia narranda* se había establecido la base epistemológica de la ciencia histórica"¹²⁴, todo esto realizado por filósofos, que aunaban así su disciplina propia con la historia¹²⁵.

- Continuando con la obra de Sperone, el problema se plantea a la hora de explicar la categoría y entidad de la poesía y retórica. Puesto que el resto de las ciencias se

¹²⁰ Sp. Speroni, *op.cit.*, p. 101.

¹²¹ Sp. Speroni, *op. cit.*, p. 107.

¹²² A. Cortijo, *op. cit.*, p. 45.

¹²³ T. Albaladejo Mayordomo, *Retórica*, Madrid 1990, p. 57.

¹²⁴ A. Cortijo, *op. cit.*, p.45.

¹²⁵ “Thus the Italian historians could not justifiably blame the censors for the crisis of their discipline. Nor could they blame their colleagues in other disciplines, who continued to respect the autonomy of history just as they had once asserted the autonomy of ethics, aesthetics, and political philosophy. Only one man of letters ever seriously questioned the value of history. That was Lionardo Salviati, who, carrying to a logical conclusion the traditional doctrine of the moral utility of history, suggested that what the historians could persuade their audiences to accept as true might be more effective than was actually was true (...). Only one philosopher ever openly attacked history. That was iconoclastic physician Girolamo Cardomo, who denied the exemplary quality of all the traditional heroes of antiquity... Only one philosopher ever questioned the epistemological bases of history. That was not Francesco Patrizi, as some recent scholars have thought after reading nothing but Book V of his dialogues. It was rather the *Urfaust* occultist from Köln, Heinrich Cornelius Agrippa, whose *On the Vanity of the Sciencies*, written in a fit of depression in 1526, might never have been known in Italy had not Domenichi, for reasons unexplained, decided to translate it”. E. Cochrane, *op. cit.*, p. 103.

caracterizaban por la búsqueda de la verdad por encima de otros criterios de contenido o de género, acude nuestro autor a los conceptos, un tanto oscuros, de humanidad y similitud para la poesía y la retórica:

“Dipingendo con le parole la veritá, la quale liberi fatti della prigion della carne, in propria forma vede, et contempla la nostra mente. Ma posto caso (che Dio non voglia) che la ragione sia cosa umana, come noi siamo, la qual nasca viva, et mora con esso noi, certo sua ufficio debe essere el discorrere umanamente; et quello principalmente considerare, che si conviene alla humanita, l’arte oratoria adoprando, con la quale in questa vita civile le nostre umane operazioni moderiamo, et reggiamo. Et per certo come i colori materiali, stando fermi ne’luoghi loro, mandano a gli occhi l’imagini, per lo cui mezo li conosciamo, cosí il vero della natura, et di Dio, non in se stesso, che non possiamo, ma nell’ombra delle nostre opinión contentiamo di speculare: le quali tanto piú dovemo credere che siano simili al vero, ove é risposto il piacere, che veramente ne fa felici”¹²⁶.

- La solución a la que se llega es lógicamente válida: propio de la naturaleza humana es no despreciar lo placentero, aunque lo verdadero es aquella idea a la que nuestro ánimo debe tender cuanto más cercano a la divinidad quiera estar. “Como vemos, el concepto horaciano del *dulce et utile*, la noción de *res-uerba* y la primacía de la filosofía moral producen un abigarrado mundo de referencias desde el que justificar el estatuto científico de la diferentes disciplinas y ciencias”¹²⁷.

- Poco a poco nos introduce el autor en la comparación entre poesía e historia, analizando su categoría filosófica y no tanto su diversidad estilística.

- Siguiendo a Aristóteles, distingue entre poesía e historia usando los conceptos de verdadero y verosímil y universal y particular:

“Aristotele nella *Poetica* non curerebbe di far conoscere la differenza particolare che é tra el poema et l’historia, se in qualche genere universale primieramente non convenissero: né questo genere puó esser altro che la

¹²⁶ Sp. Speroni, *op. cit.*, p. 138-39.

¹²⁷ A. Cortijo, *op. cit.*, p. 46.

comun narratione divisa per differentie contrarie secondo vuol l'arte non del peretto, ma della loica di Aristotele”¹²⁸.

“L'artificio poetico sollevandosi da così basse, et materiali conditioni, narra essa cosa non come fatta, né in quanto fatta nel detto modo, ma in quanto potesse farsi, o dovesse farsi, verisimilmente, o necessariamente così, cioè, imitando et assomigliando la sua fattura, il quale modo così abstracto, et inalzo dall' esser vero, et materiale dello affetto, ha non so che dello universale, però é modo molto piú nobile che non é quel della historia”¹²⁹.

- La historia, por tanto, junto a la lógica, la retórica y la gramática, forma parte de al filosofía racional.

- En el diálogo aparecen las dos tendencias existentes en ese momento sobre el tratamiento de la historia. Por un lado, la defendida por Paolo Manuzio, en la que la historia no tiene categoría de *ars*, pues no está definida en la obra de ningún historiador la manera de hacer historia. Es una facultad o pericia, sin técnica metodológica. Del otro lado está Zarabella, que defiende la categorización artística de la historia, por lo que es susceptible de ser esquematizada, clasificada y es simétrica. Ante estas dos posturas, Sperone divide cualquier escrito en prosa en *vita* y *sermone* y en *prosaica narratione*. A ésta última pertenece la historia:

“Divisa dalla gramatica, dalla poetica et dalla rettorica in modo che da sé sola si definisca per arte intera e perfetta”¹³⁰.

- Continúa trazando una historia de la historia y asocia esta ciencia con la oratoria y poesía, indicando que lo que las distingue es el concepto de verdad. Dice de esta distinción:

“Il poeta non narra il fatto como l'historico, ma ben lo imita et assimiglia”¹³¹.

- Sperone realiza una clasificación un tanto especial no sólo categorial sino cronológica de la filosofía racional, cuya primera parte es la gramática, arte de bien hablar;

¹²⁸ Sp. Speroni, *Dialoghi*, Venecia, 1542 p. 402.

¹²⁹ Sp. Speroni, *op. cit.*, p. 402.

¹³⁰ Sp. Speroni, *op. cit.*, p. 135.

¹³¹ Sp. Speroni, *op. cit.*, p. 405.

la historia, que también forma parte de la misma, se caracteriza por la verdad, la dignidad de los asuntos escogidos y el estilo¹³²; la poesía imita; la retórica prueba persuadiendo en un contexto civil y la dialéctica prueba silogizando la opinión. Esta clasificación, por tanto, hace a la historia superior en rango a la gramática e inferior en categoría a la poesía, aunque otorgando a la historia carácter de *ars*.

- La segunda parte del diálogo se centra por completo en la defensa de la escritura en lengua vernácula, en este caso el italiano, con algunas consideraciones sobre el francés y el castellano.

4.5.2. FRANCESCO ROBOTELLO

Francesco Robortello (1516-1567) es discípulo directo de Speroni y sigue las líneas de trabajo que constituyen la escuela paduana, esto es, la reflexión sobre el carácter de las ciencias y el establecimiento dogmático de sus relaciones y sus preceptivas. De su obra nos interesa dos títulos en particular: *De historiae facultate* (1548), un tratado sobre historia e *In libros Ciceronis Retoricos qui de Inventione inscribuntur* (1547), dedicado en su totalidad a la retórica y a algunos aspectos de la historia como género que forma parte de la retórica.

Este último tiene interés por establecer en su prólogo el carácter civil del discurso retórico, idea que ya había sido anunciada por Speroni. El concepto de utilidad práctica que se le confiere a la retórica lo tiene también la historia en cuanto disciplina verbal y digna de adornarse, pero con utilidad política. Estas ideas se encuentran ya en Cicerón, que concibe la retórica como disciplina social-civil:

“Y, entre otras cosas, al político le sirve la facultad retórica (...). Pues al político le es necesario persuadir con las leyes, hacer discursos de las cosas de más importancia, otorgar premios a los varones fuertes, dar castigos a los ímprobos; y nada de esto se puede hacer sin la ayuda de la retórica. Por eso Cicerón en sus libros sobre la retórica la pone como parte de la política con estas palabras: *Hay un modo civil que consta de muchas e importantes cosas, y una parte grande y amplia de ella es la elocuencia artificiosa*. De este

¹³² Sp. Speroni, *op. cit.*, p. 396: “Alla verità delli annali la dignità delle cose electe et dello stile che lo describe”.

pasaje de Cicerón también arguyó Quintiliano lo mismo: *Algunos juzgaron que la retórica era civilidad; Cicerón la llama parte de la ciencia civil. Y ciencia civil es lo mismo que sabiduría*¹³³.

- El segundo punto que nos interesa de este tratado de retórica es la relación que se establece entre poesía e historia a través de las clases de *sermo* que conviene a la retórica. Concretamente el *sermo moratus*, o lo que es lo mismo, aquel en que se manifiesta lo etopéyico es el mimo para poesía e historia.

Por lo que se refiere a su tratado sobre historia, éste se publicó en 1548 y en 1579 lo encontramos en la recopilación de J. Wolf. La obra de Robortello ocupa desde la página 891 a la 907 y en ella intentará exponer los presupuestos de la escuela de la que es heredero directo:

*Sed prorsus ad artem et methodum illam praeclara redigere totum hoc scribendi genus conatus fuerim*¹³⁴.

El libro aparece dividido en tres grandes apartados, el primero dedicado al historiador y a la historia (*Historiae finis. Historicus*); el segundo a la finalidad de la historia (*Historiae finis*) y el tercero a la materia histórica (*Historiae subiectum*).

En el primer capítulo define la historia como un *narrare res gestas uti gestae fuerint iuvandi gratia*¹³⁵. Toma como modelo los preceptos de Luciano, su objetivo es lo útil (χρήσιμον) y no lo agradable (τερπόν), pues la utilidad proviene de la verdad, que es su fin último. Pero si después de buscar y tratar de encontrar la verdad, convertimos los hechos en algo agradable, sin traerlo de modo extrínseco, esto también atañe a la historia.¹³⁶ El historiador será un *narrator et explanator rerum* y no un *effictor rerum*¹³⁷, su principal diferencia frente al poeta y el rétor.

Aconseja, ya **en el segundo capítulo**, evitar dos vicios por encima de todo: la *adulatio* y la *reticentia*.¹³⁸ A esto se une el consejo de alejarse de las mentiras y las fábulas,

¹³³ Fr. Robortello, *In libros Ciceronis retóricos qui de inventione inscribuntur*. Florentiae 1548, p. 71. La traducción al castellano ha sido tomada del libro de A. Cortijo ya mencionado con anterioridad (p.48).

¹³⁴ Fr. Robortello, *De scribenda Historia*, en *Artis Historicae Penus*, p. 983.

¹³⁵ Robortello, *op. cit.*, p. 893.

¹³⁶ Robortello, *op. cit.*, p. 893: *τό χρήσιμον, quod Graeci uocant, non τό τερπόν, nam illud ex ueritate, qui ultimus est finis proficiscitur. Quod si per se subiequatur τό τερπόν non extrinsecus adductum aut accersitum, id quoque magnopere ad Historiam spectare.*

¹³⁷ Robortello, *op. cit.*, p. 893.

¹³⁸ Robortello, *op. cit.*, p. 895: *Extimescebat quippe Rex sapientissimus teterrimum hoc portentum, quod iam dudum appello ADVLATIONEM. Est dolosum, uasrum ac ueritati máxime insensum; uiuosque uorat*

diferencia fundamental entre historiadores y poetas, ya que aquellos buscan lo verdadero; éstos, la apariencia (δόξα) y lo verosímil (εικώς)¹³⁹.

Le otorga a la historia un carácter utilitario, como luego harán sus predecesores, y este *iuuare* de la historia trae consigo una serie de hechos encadenados, pues la *historia rerum memoriam conseruat*¹⁴⁰, y el conocimiento de hechos pasados capacita para “deducir los sucesos futuros” a la vez que convierte al historiador en hombre prudente.

Este aspecto utilitario civil del saber es propio de filósofos, poetas, retóricos e historiadores, aunque cada uno lo realiza de diversa manera: todos establecen como fin último del hombre la felicidad, pero el filósofo expone cuál ha de ser esta felicidad, enseña de qué modo la podemos conseguir, mostrando que la virtud se rodea de vicios; y demostrando cuál es la clase de vida que hay que elegir lleva poco a poco a los hombres del vicio a la virtud y hace que piensen que nada es alabable si no se une con la *uirtus* y la honestidad. El poeta, por su lado, hace lo mismo con sus “imitaciones” cómicas o trágicas. La función del historiador es que el hombre encuentre su propia felicidad presentándole una serie de ejemplos prácticos y persuadiéndole de la honestidad y utilidad de los hechos presentados quizás de modo más pleno y mejor que los filósofos¹⁴¹.

Finalmente y con respecto a la retórica dice que el discurso utilizado para la persuasión es doble; bien se entretiene de ejemplos; bien se hace con *ενθύμηματα*. Pero éste da quizás más fuerza a los ánimos de los que oyen, pues fluye con mayor ímpetu y es, como dice Aristóteles en su *Rhetórica*, confuso. En cambio, el que persuade con ejemplos es mucho más ligero y más claro y fluye como con una cierta suavidad y se mete en los rincones íntimos del espíritu¹⁴².

Para finalizar la relación de la historia con el resto de materias dice al respecto que los filósofos e historiadores son considerados maestros de virtud y prudencia, preocupados

homines, coruis multo nocentius, qui cadauera tantum edunt. (...)Praeterquam quod ex inscitia et adulatione mendacia oriuntur; est et aliud quoddam in historia uitii genus, quod RETICENTIA appellatur.

¹³⁹ Robortello, *op. cit.*, p. 894: *Nam poetice considerat tantum τὸ δόξον et illud quod Aristoteles uocat εἰκῶς, id est uerisimile. (...) Ad historicam uero facultatem si haec applicentur, cum ipsa habeat sibi propositum τὸ ἀληθές.*

¹⁴⁰ Robortello, *op. cit.*, p. 897.

¹⁴¹ Robortello, *op. cit.*, pp. 897-98.

¹⁴² Robortello, *op. cit.*, p. 898: *Oratio autem cum duplex sit, qua aliquid persuademus, altera, quae exemplis contextitur; altera quae enthymematis conficitur, affert haec quidem animis audientium maiorem fortasse vim; nam maiorem ímpetu ruit et est, ut ait Aristóteles in Rhetor. θορυβοδηστερος. At quae exemplis suadet multo lenior est et apertior, fluitque quadam cum suauitate ac in intimos animi recessus illabitur.*

por obtener universales, caso de los filósofos, o singulares, caso de los historiadores. Por otro lado los poetas trágicos son los más elevados de entre los poetas y pueden llevar el ánimo a la virtud con sus peripecias y lo mismo o más hacer la historia, ya que “los hombres, cuando conocen lo verdadero, más fácilmente creen lo similar a la verdad”¹⁴³.

Todavía en el segundo capítulo y refiriéndose a la historia por su materia, la concibe como *pars Rhetoricae*. Para demostrar su afirmación utiliza las ideas de distintos personajes tanto griegos como romanos. Taurisco, oyente de Crates, la juzga parte de la crítica, dividida en lógica, práctica e histórica, y, por tanto, parte de la gramática. Igual opinan Asclepiades o Dionisio de Halicarnaso. Sexto Empírico opina que la gramática es metódica, no así la historia, por lo que no se la puede considerar parte de aquélla. Que ésta se divide en tópica, crónica, prosopopéyica y práctica; que ni la narración, ni la explicación de lugares y tiempos o de personas y acciones se contienen en artificio alguno.

Además, lo que es infinito no puede recogerse en un número finito, otra prueba del carácter ametódico de la historia.

Sin embargo, el mismo Sexto Empírico se veía obligado a confesar que en un punto la historia era metódica, en cómo se tenía que escribir, y Robortello afirma que esto lo consigue por su parentesco con la retórica, pues considera que de la retórica surge la historia y le ofrece todas sus posibilidades y a su vez la historia ofrece a la retórica los ejemplos para que aquella cree sus arguentaciones¹⁴⁴.

El **capítulo tercero** está dedicado por entero a la materia histórica. Dice que la constituyen

“los mismos hombres, pero porque se mueven, respiran y raciocinan, ya que esto toca a los filósofos, sino porque hacen y hablan de negocios públicos, pues el historiador no mira las acciones privadas, me refiero a las que son humildes, como las que suelen hacer los hombres en su vida cotidiana. Y si considera las privadas, sólo las más ilustres y las que pertenecen a lo

¹⁴³ Robortello, *op. cit.*, p. 899: *Homines enim cognoscentes ea, quae uera sunt, facilius credunt similia uero.*

¹⁴⁴ Robortello, *op. cit.*, p. 901-902: *Rhetorice historiam parit atque alit tanquam mater. Ea rursus Rhetoricae tanquam optimaematri, a qua fuit educata, parem gratiam refert (...). Nam suppeditat exempla, ex quibus suas argumentationes conficit Rhetorice.*

público; y no persigue una sola acción de un solo hombre, sino varias. Versa, en efecto, la historia sobre un solo hombre cuyas acciones son varias”¹⁴⁵.

La historia, siguiendo a Aristóteles, se distingue de la epopeya por tratar de muchas acciones y no de una sola; la poesía se acerca más a la filosofía, porque persigue lo universal, mientras la historia persigue lo particular. La diferencia entre poesía e historia es que aquella sigue lo verosímil; ésta lo verdadero.

La historia, en definitiva, narra varias acciones o aquellas que son diversas pero se hicieron al mismo tiempo. Siguiendo todavía a Aristóteles, se refiere al orden de exposición de los hechos en la poesía y en la historia, que son diferentes; pues, en la historia, el historiador persigue todos los hechos tal como se hicieron, avanzando paulatinamente del inicio al final¹⁴⁶.

Recomienda que el historiador conozca en profundidad la época antigua, es decir, costumbres y vestidos de pueblos, edificaciones de ciudades, emigraciones de pueblos. Y unido a esto, como parte integrante de un pueblo y, por tanto, como ayuda para conocerlo, también debe prestar atención a cualquier inscripción o resto de edificios¹⁴⁷.

Refiriéndose todavía al carácter público de la historia, señala que es indispensable que el historiador se haga eco de aquellas acciones humanas de relevancia y que no se detenga en las menos importantes¹⁴⁸.

Siguiendo los dictados de Aristóteles y de su maestro Sperone Speroni, pone en relación la historia con la filosofía ética y con la política, es decir, con aquello que trata de las costumbres y con el modo de administrar las ciudades:

¹⁴⁵ Robortello, *op. cit.*, p. 902: *homines, sed no quatenus mouentur, spirant, ratiocinantur; nam haec ad philosophos spectant; sed quatenus agunt et loquuntur de publicis negotiis; nam priuatas actiones non respicit Historicus, eas, inquam, quae humiles fuerint et quales in quotidiano conuictu agi inter homines solent. Quod si priuatas considerat, insigniores solum et, eas, quae ad publicas pertinent. Neque unam tantum unius hominis persequitur actionem, sed plures, uersatur quidem historia circa unum hominem, cuius fuerint pures actiones.*

¹⁴⁶ Robortello, *op. cit.*, p. 903: *Quasi innuat eo in loco Aristot. Ordinem poësia multum esse dissimilem ab ordine, quo historia in rebus utitur explicandis, nam deinceps, uti gestae fuerint, ab initio ad extrema paulatim progrediens historicus res persequitur omnes.*

¹⁴⁷ Hace referencia Robortello en este pasaje (*op. cit.*, p. 904: *Et quoniam ad hanc antiquitatem cognoscendum multum nos iuuant uetustorum aedificorum reliquae, atque aut marmoribus, aut auro, aut aere et argento incisae litterae, haec quoque teneat oportet.*) a la búsqueda erudita de los historiadores humanistas que tiene su origen en las antigüedades, por el gusto de sus doctos y apasionados cultivadores del acercamiento a la época a través de un monumento, de una moneda, de una medalla, de un epígrafe o, mucho más simple, del lugar o de la fecha exacta de una determinada batalla. Este particular género de historiografía tiene en Flavio Biondo su primer autor relevante.

¹⁴⁸ Robortello, *op. cit.*, p. 904: *Et quoniam, ut dictum est, actiones publicas et insignes hominum debet historicus persequi, uidendum est, ne grauiora quae sunt praetermittat, et leuioribus immoretur.*

“A éstas se refiere también la facultad histórica, porque pone mucho esfuerzo en la explicación de las costumbres de los hombres, en la forma de las cosas públicas, en la elección de los magistrados y en la descripción del desarrollo de los juicios”¹⁴⁹.

La política también va unida a lo militar y en consecuencia lo militar entra a formar parte de lo histórico, al tener el historiador que explicar la constitución de un campamento o la forma de colocación de una escuadra, las cuñas de infantes, las alas de caballería, distribución de la falange u orden de batalla y tener que describir ríos, lagos, lagunas, montes, llanuras, situación de una ciudad. “¡Quién habría pensado que convenía que la facultad histórica estuviera instruida en tantas cosas y que se le sometía una materia compuesta de cosas tan importantes que por sí solas son grandes!”¹⁵⁰.

Esta materia histórica a la que se refiere Robortello es doble, pues, por un lado, toca a lo temático; por otro relaciona y explica su aspecto verbal hasta tal punto que el historiador puede relatar los hechos con un discurso tan *pure, polite* y *emendate* como el resto de escritores¹⁵¹. El estilo histórico ha de ser aquel que recomienda Cicerón:

*Huic generi orationis, qua utuntur sophistae, historia finitima est, in qua narrantur ornate et regio saepe aliqua, aut pugna describitur. Interponuntur etiam conciones et hortationes: sed his tracta quaedam et fluens expetitur, non haec contorta et acris oratio*¹⁵².

La *oratio* que se pide debe ser *aperta, grauis, ornata, splendida* y no construirse, como decía Luciano, con una concatenación de silogismos, porque la historia requiere ser adornada y pulida y reclama un discurso llano y claro¹⁵³.

Como puede verse, Robortello realiza un resumen de Aristóteles, Cicerón y Luciano, en parte moderado por los presupuestos establecidos por su maestro Sperone Speroni y obviando a Dionisio de Halicarnaso. Su teoría supone una superación de la

¹⁴⁹ Robortello, *op. cit.*, p. 905: *Has igitur quoque historica facultas refert. Nam et in moribus hominum explicandis, et rerum publicarum forma, magistraruum sortitionem, iudiciorum rationes describendam multum operae ponit.*

¹⁵⁰ Robortello, *op. cit.*, p. 905: *Saepe enim est necesse, ut castra, agminis instructi formam, cuneos peditum, alas equitum, phalangis, quadrati agminis rationem, explicet, amnes, lacus, paludes, montes, planiciem, urbis situm describet. Quis putasset, tam multis rebus instructam esse oportere historicam facultatem, tantarumque rerum, quae pro se singulae sunt magnae, materiem ipsi subiectam!*

¹⁵¹ Robortello, *op. cit.*, p. 905: *pure, polite et emendate loquendi.*

¹⁵² Robortello, *op. cit.*, p. 906.

¹⁵³ Robortello, *op. cit.*, p. 906: *Historia ornari uult et expoliri, planamque et nitidam requirit orationem.*

oposición ciceroniana entre *res* y *uerba*, alzando la historia a la categoría de *facultas* y dotando al oficio histórico de una fuerza intelectual y una maestría (*Methodus artificiosus*). Dentro del clima paduano de preocupación por la clasificación del saber, la historia se relaciona con la retórica en cuanto a la forma y con la filosofía por su contenido moral orientado a la utilidad. Los conceptos de verdadero-verosímil y universal-singular también establecen la diferencia entre los pares historia-poesía y filosofía-historia.

En Robortello hemos visto las notas de un género, el histórico, que ya toma entidad de tal y para el que se pide la necesidad de una *ars* preceptiva que lo eleve a categoría científica. Su posición en el esquema de las ciencias la emparenta, desde su materia, con la filosofía (ética y política); desde su forma, con la retórica y gramática, definiéndose como un estilo pulido y cuidado que ocupa una posición media entre la elevación excesiva y demasiada humildad.

4.5.3. FRANCESCO PATRIZI: EL AVANCE DE LA PRECEPTIVA HISTÓRICA.

Francesco Patrizi (1529-1597) estudió en la universidad de Padua y fue alumno de Robortello. Es una de las figuras más significativas de la Italia intelectual del siglo XVI. Su obra amplísima abarca la literatura, el arte, la crítica, la historia, la ciencia, el arte militar y, sobre todo, la filosofía, de la que quiso hacer la síntesis del saber. Este autor supone el punto culminante del avance en el concepto de la historia del humanismo europeo.

En 1560, Patrizi publica su obra *De Historia Dialogi X*, que años más tarde (1579) entrará a formar parte del *Penus*, ocupando desde la página 397 a la página 543. La obra aparece estructurada en forma de diálogos entre Patrizi y distintos personajes, en total, diez diálogos que se corresponden con cada una de las materias tratadas en el libro: la definición de historia, su finalidad, la veracidad histórica, etc.

Sin olvidar su faceta de filósofo, “para él la historia tiene un papel preponderante dentro de la *città felice* en un universo jerarquizado (de índole contrarreformista)”¹⁵⁴; en consecuencia, la historia sirve de ayuda a los gobernantes y debe servirles de ejemplo.

Su concepto de la historia es amplio (en él cabría lo que Patrizi denomina *cognitio dei sentimentis*) e incluye no sólo la evolución cultural sino también el conjunto de las instituciones; no distingue entre historia natural y civil. En la historia civil, Patrizi no se

¹⁵⁴ A. Cortijo, *op. cit.*, p. 56.

limita a los hechos relativos al rey o a la república sino que incluye los sucesos de personajes particulares¹⁵⁵, ampliando el concepto de historia política a diferencia de sus predecesores.

Igual que los clásicos, sus predecesores y contemporáneos proclama el carácter ejemplar de la historia. El ejemplo adquiere un carácter práctico al convertir su lección en acción política¹⁵⁶.

Continuando con el sentido de la historia, Patrizi indica que el hecho histórico es individual e irrepitible (noción no indicada por los preceptistas anteriores) y que la historia intentará extraer de él no sólo un ejemplo moralizante sino las razones. Estas llamadas razones adquieren su importancia en la relación de las causas con los hechos mismos. De ahí que Patrizi estructure la historia de acuerdo con el principio *causae-consilia-acta-consequentia*.

Toca también algunos problemas de crítica histórica. Expresa sus quejas contra Luciano o Joviano Pontano porque aquellos no se preocuparon por definir qué es la historia, sino sólo para qué sirve, indicando así que hasta ese momento se había confundido la historia con la historiografía¹⁵⁷. A Patrizi también cabe la distinción de peso entre historia e historiografía. A pesar de ello, reconoce la valía de los preceptos expresados por ambos; pero quien será su guía a lo largo de su obra es su maestro Robertello¹⁵⁸ y su principal fuente para el establecimiento de conceptos es sin lugar a dudas Cicerón del que se sirve para definir su concepto de historia, para mostrar el carácter ejemplar de la historia, etc.

Según Patrizi, el historiador ha de destacar por su imparcialidad y el cuidado exquisito con que han de precisarse las circunstancias de tiempo y lugar y el problema de la verdad. Insiste en la importancia de la verdad al decir que el hombre lo realiza todo o con hechos o con palabras. Estas son de tres tipos: unas que hacen de menos más y que

¹⁵⁵ F. Patrizi, *op. cit.*, p. 479: *Historia uero duplex est, Vniversalis scilicet et quae huic opposita est (quorum illa aut de universo orbe terrarum aut imperio aliquo, aut etiam universis uiri aliturus rebus gestis: haec autem de una tantum aut aliquot rebus gestis unius gentis scripta intellegitu)*. Además a estos personajes que en su lengua vernácula Patrizi denomina “avventurieri” les dedica el diálogo VIII, titulado, *De historia, quae de uno homine scribitur*.

¹⁵⁶ F. Patrizi, *op. cit.*, p. 514: *Sed ut eorum cognitionem in actionem conuertere possis*.

¹⁵⁷ F. Patrizi, *op. cit.*, p. 403: *Non sunt ergo, inquit, mea Vmbra, Luciani Pontanique precepta historico propria, quare neque nos docere possunt quid historia sit*.

¹⁵⁸ F. Patrizi, *op. cit.*, p. 410: *Robertellus praeceptor mihi fuit et ego illi infantem ex sacro baptismate suscepti, uir est proculdubio summae eruditionis et qui scire optime possint quid sit historia*.

incumben a la oratoria; otras que hacen de nada algo y que pertenecen a la poesía¹⁵⁹; y, por último, otras que hacen de algo algo igual y que pertenecen a la historia. Aunque reconoce la dificultad de la búsqueda de la verdad, no niega que sea imposible lograrla¹⁶⁰. En este sentido, si lo que el historiador dice no es cierto del todo, al menos la fama de la noticia valdrá como verdad.

En lo concerniente a la forma, aboga por una historia escrita en lengua vernácula. En busca de la *ueritas* que rige la historia destierra definitivamente los discursos (*orationes*) de la historia. La historia ha de ser escrita con un estilo medio, entre lo poético y filosófico.

4.6. SEBASTIÁN FOX MORCILLO Y LA PRECEPTIVA HISPANA.

Dentro del límite temporal que nos hemos impuesto (finales del siglo XVI) la representación española en cuanto a preceptiva se refiere está formada por Paéz de Castro, Fox Morcillo y Juan Costa, a los que se han de agregar las importantes reflexiones que sobre la historia hacen Antonio de Nebrija y Luis Vives en diversas obras suyas.

Las opiniones sobre preceptiva histórica de ANTONIO DE NEBRIJA se insertan dentro del renacer de los estudios históricos del siglo XV, de origen italiano, y al principio de la historiografía renacentista. Gregorio Hinojo¹⁶¹ distingue dos resgos fundamentales en las ideas de Nebrija:

1.- La finalidad práctica, ética y moral. La historia, dice, enseña con el ejemplo de la antigüedad, la admiración-emulación, el modelo de la serenidad, la generosidad, la reflexión, la prudencia, la valentía, la moderación, el trabajo y la justicia, todo lo cual ha de ser leído por el príncipe con un propósito práctico.

2.- El componente nacional o patriótico. En sus prólogos arremete contra los extranjeros que escriben historia de España y los califica de incapaces, por poco objetivos, de acometer la escritura de las cosas de España.

LUIS VIVES, pese a no ser preceptista, escribe algunas reflexiones sobre historia en sus obras: se rastrean en *De tradendis disciplinis* y *De causis corruptarum artium*, ambas

¹⁵⁹ Para desarrollar este concepto, vease el diálogo X, las páginas 527-528.

¹⁶⁰ F. Patrizi, *op. cit.*, p. 467: *Atque hoc certe telo omnem spem consequendae in historia ueritatis amisi cumque de hac re mecum tristis cogitarem, en adfuere quidam qui colloquium nostrum interruperunt.*

¹⁶¹ Gr. Hinojo Andrés, *Obras históricas de Lebrija. Estudio filológico*, Salamanca 1991, pp. 42-45.

de 1531. Algunos autores, atraídos por la modernidad de sus planteamientos han entresacado las ideas de Vives; entre ellos destaca el artículo de Mariano Usón¹⁶², que resume en estos puntos la aportación de Vives:

1.- Parte del hombre para buscar la profunda unidad de la Historia, que se extiende no solamente a todo el mundo actual, sino al que pasó y al que ha de venir.

2.- Amplía el contenido de la historia al sostener que debe versar sobre hechos de cultura y civilización con preferencia sobre los hechos de armas y políticos.

3.- Propugna la selección y crítica de los hechos que se narran, huyendo de la parcialidad y de la prolija minuciosidad de algunos historiadores.

4.- Aunque uno de los fines es deleitar, el fin principal de la Historia consiste en “enseñarnos el conocimiento del pasado para que aprendamos a vivir”¹⁶³.

5.- Critica a los historiadores contemporáneos suyos y de la Edad Media, porque presentan las cosas sin ningún ornato ni estilo y no introducen los razonamientos que son útiles. Recomienda una forma elegante y amena de estilo.

4.6.1. SEBASTIÁN FOX MORCILLO: IMITACIÓN Y ESTILO.

Sebastián Fox Morcillo (1526-1560)¹⁶⁴ no accede a la preceptiva histórica de un modo directo, sino que su formación era la de un filósofo. Esto le habría obligado a plantearse, probablemente desde la lectura de las preceptivas italianas, más exactamente las paduanas, la relación de esta disciplina con el resto de las denominadas artísticas; a partir de su conocimiento exhaustivo de Platón y Aristóteles, junto con Cicerón, sabía de primera mano cuáles eran las indicaciones preceptivas sobre el estilo.

Su primera incursión en este campo es un librito editado en 1554 sobre el estilo y la imitación, con el que fundamenta la manera de operar con modelos ideales e imitaciones paradigmáticas. No puede decirse que le sean ajenos, pues, los problemas referentes a lo verbal, pero no hay que olvidar, tampoco, que su actuación no es la de la escuela paduana, que escribe sobre retórica, poesía e historia como disciplinas que focalizan su atención. El

¹⁶² M. Usón Sesé, “El concepto de la Historia en Luis Vives”, *Revista Universidad*, 3, 1925, p. 501-535.

¹⁶³ M. Usón Sesé, *op. cit.*, p. 518.

¹⁶⁴ Para exponer las ideas y estilo de Fox Morcillo, seguiré el excelente libro de Antonio Cortijo Ocaña, que ya he venido citando y que está dedicado a la obra de este humanista, perteneciente al círculo de Lovaina. De él he tomado las ideas principales acerca del papel de Fox Morcillo en la preceptiva histórica y su resumen de los dos libros pertenecientes a la preceptiva (*op. cit.*, pp. 51-55).

mismo Fox Morcillo es consciente de ello y en su diálogo sobre la historia pedirá constantemente disculpas por invadir una parcela de especialización, un campo que en teoría no parece corresponderle. Su *ars* preceptiva sobre la historia es, ante todo, un intento de dignificar una materia que, por su contenido, se emparentaba con lo filosófico, en especial desde un punto de vista práctico. Pero lo conceptual y lo verbal no podían deslindarse en modo alguno y ello obliga a Fox a reflexionar sobre la materia en el libro de 1554, para, acto seguido, entrar en lo histórico desde ese doble punto de vista. Por eso es necesario ver las ideas básicas que sobre el estilo y la imitación ha preceptuado, porque *De imitatione seu formandi styli ratione* y *De historiae imitatione dialogus* son, en definitiva, parte de una misma obra.

De imitatione, en palabra de A. Cortijo, constituye un intento de explicitación práctica de los principios generales de la *imitatio*. Si en Italia existían diversos tratados compuestos al respecto, empezando por el ya famoso de Pietro Bembo (*Prose della volgar lingua*)¹⁶⁵, la fecha de publicación del de Fox Morcillo, 1554, resalta por cuanto se adelanta con mucho a las reflexiones generales que sobre el tema se originarán en España, en especial a partir de finales del siglo XVI y, sobre todo, en el siglo XVII.

En su obra sienta Fox Morcillo las bases para la consideración de la imitación, que consisten en la necesidad de conjugar la naturaleza del imitador con el modelo escogido, de modo que se observe una acomodación primera de los ingenios. El concepto modélico de la antigüedad lo será también en cuanto al estilo, de modo que habrán de elegirse varios modelos a imitar, para acabar mirando, casi en exclusiva, hacia uno solo.

En esta tarea la lectura será paso previo, por cuanto sólo a partir del conocimiento exhaustivo de un autor puede uno empaparse de su estilo. El camino imitativo concluye con la escritura, paso último al que va encaminado todo edificio pedagógico humanista. La última parte de la obra está dedicada al análisis del modo de operar con la materia imitativa en Cicerón. No deja de señalarse la importancia del *ingenium* particular, que no atenderá a una total asimilación con el modelo imitado hasta el punto de perder su individualidad.

Tres años más tarde sale a la luz, en Amberes, *De historiae institutione*, que posiblemente pudo estar componiendo desde 1552. Esta obra también fue incluida en el

¹⁶⁵ Para este apartado es necesaria la consulta de S. Weinberg, *Trattati de poetica e retorica dei Cinquecento*, Bari 1978.

Artis Historicae Penus de J. Wolf, ocupando desde la página 743 hasta la página 837. Está compuesta por un prólogo, dirigido a D. Luis de la Cerda¹⁶⁶ y treinta y nueve capítulos en forma de diálogo, cuyos protagonistas son el propio Fox, Pedro Nanio y Cornelio Valerio¹⁶⁷.

La *imitatio* genérica pasa ahora a desarrollarse en el marco concreto de la historia como molde. Ésta tiene, primero, entidad suficiente como para erigirse en rama de conocimiento independiente, lo que motiva la escritura de un *ars*. La *imitatio*, además está en la base del concepto de modelos en la escritura (*De imitatione*) y la elección de modelos de vida (historia como *magistra uitae*).

Del estudio de las fuentes de la obra se deduce que Fox Morcillo fue, de entre los que cultivaron la preceptiva histórica, quien con más rigor acometió la empresa, citando entre aquéllas a las medievales, San Isidoro o Alfonso X, y a las contemporáneas -algunas historias de Indias que no logro identificar en su individualidad (una *Historia Orbis Novi*, quizás la de Mártir de Anglería, o un *Catecismo*, quizás el de Fray Pedro de Gante). De todo ello se deduce que son retóricos los lamentos que hace en repetidas ocasiones por su “ignorancia” o poca competencia en la materia histórica¹⁶⁸. La historia, pues, cuenta con una nómina de *auctoritates*, teóricas y prácticas, en especial Cicerón, Quintiliano y Tito Livio, modelos sobre los que hará fundar el *modus operandi* de la *imitatio*.

En su libro están contenidas las diferentes etapas del proceder pedagógico humanista. Se empieza afirmando la necesidad de la *lectio*, basada en las *auctoritates* que se van proponiendo; sigue el aparato teórico, los *praecepta*, que constituyen la materia artística; a la historia, concebida como género independiente, se la dignifica por su contenido, *materia*, equiparándola a la filosofía; se la independiza en cuanto a la *forma*, el estilo, otorgándole un puesto medio entre lo poético y lo filosófico; por último, la *praxis* se diversifica en *scriptio* y práctica política.

La historia, pues, queda definida como género y como ciencia, en virtud de su forma y de su contenido. El apartado dedicado a la *narratio*, esto es, al modo de *inventar* y

¹⁶⁶ D. Luis de la Cerda es el primer marqués de Cogolludo, nombrado por Carlos V en 1535, con el que mantiene una estrecha relación.

¹⁶⁷ Ambos son profesores del Colegio Trilingüe de Lovaina y autores de numerosas obras.

¹⁶⁸ Un claro ejemplo lo encontramos en la página 748 de la obra que aparece en el *Penus*: *Soleas librum tanta facilitate, copia, elegantia, ornatuque scribere, ut nesciam an idem materna lingua praestare possis. Non est id, inquam ego, quod ab scribenda me historia (si quando oporteret id fieri) auerteret: alia sunt quae me magis moueant, quaeque longe difficiliora uideantur.*

disponer la materia, es con mucho el más extenso (le dedica desde el capítulo IV al XXVI), pues se tiene la conciencia de que esta *pars rhetoricae* es la que determina el género histórico en su nivel de estructuración sintáctica de la materia. En él se nos ofrece toda la división posible del contenido, atendiendo a la estructuración retórica del inicio-medio-fin, además de las digresiones. El propósito de veracidad, de imparcialidad, de documentación ha de regir la labor del historiador, separado definitivamente de su papel de cronista.

Por último, la historia, *magistra scientiarum*, no puede entenderse para Fox, y ésta será una nota importante en la comprensión de los valores de su obra, sin su relación con la política. El príncipe, esto es, Felipe II, aprenderá de la historia como modelo de conducta, en una ciencia que le permitirá en cierto aspecto confiar en la previsibilidad del futuro (Para él escribe el capítulo XXXIV: *Quam utilis ac necessaria historia sit uiris principibus iisque qui uersantur in Rep.*

Aunque Fox cuenta con toda la tradición medieval de los *doctrinales* y los *specula principum*, la nueva época y el carácter “científico” de la disciplina dan un nuevo sesgo a su pretensión, en la línea de las defensas de la historia como materia civil de Sperone Speroni y su discípulo Robortello. No en vano, persuadido por el poder que le otorga el hablar desde una disciplina con rango elevado -o persuadidos los integrantes del grupo de Lovaina, grupo intelectual al que pertenece nuestro autor- su condición se hace peligrosa para el poder establecido, lo que habla a favor del compromiso de su intento.

Con Fox Morcillo se señala la conciencia de separación entre historiografía medieval y renacentista. Anticipa también la idea de progreso de la disciplina y de su utilidad práctica¹⁶⁹. Es de resaltar su concepto mecánico del saber, según el cual el príncipe ha de fomentar la escritura de la historia.

Esto, a su vez, se engloba dentro del prisma general del sabio como perteneciente a la *res publica litterarum*, en la que ocupa un puesto de relevancia político-civil-regente, idea que posiblemente se gestó en Fox Morcillo con las miras del sistema italiano.

¹⁶⁹ S. Fox Morcillo, *op. cit.*, p. 827: *Ergo summa quidem historiae utilitatis est, summa item iucunditas et delectatio, cum non modo ad omnes uitae usus latissime pateat, sed magnam afferat etiam uel solis et otiosis, uel occupatis et media in hominum societate atque coetu constitutis nobis delectationem. Nec uero solum utilis est aut iacunda historia, quod hosce ferat quos dixit fructus, sed necessaria etiam, non tantum illis ipsis, quorum aut facta aut dicta celebrantur, sed et rebus publicis ac ciuitatibus.* Véase también el capítulo titulado *De historiae praestantia, utilitate atque usu*, p. 823 y ss.

En cuanto a la relación de la historia con las demás materias, tiene claro que la historia es, además, historia global, esto es, del saber, pues toda *ars* y *facultas* puede ser susceptible de ser historiada¹⁷⁰. De más importancia, en el esquema de subordinación de las *scientiae*, la historia es superior a la filosofía moral y a la poesía, con lo que supera las concepciones de Salutati, Valla y Speroni. Su ataque a la poesía se fundamenta en su función deseducativa, basándose en ideas platónicas y de Luciano¹⁷¹. No se puede atribuir, dice, universalidad a la poesía, sino sólo a la filosofía. Como filósofo platónico (recordemos que para Menéndez Pelayo, como recoge Urbano González de la Calle, su figura se caracteriza por suponer el primer intento de conjugar las filosofías aristotélica y platónica)¹⁷² da más importancia a lo moral y político en la historia que a lo científico y gnoseológico.

La historia ocupa un puesto medio entre la poesía y la filosofía y para él su cultivo no se reduce a una simple cuestión de forma (*opus oratorium maxime*), siguiendo ideas ciceronianas, sino del fondo: la *verdad*¹⁷³. La filosofía y la historia sólo se diferencian, en este punto, en cuanto a la forma.

Fox Morcillo reúne en su libro lo anteriormente visto en las preceptivas de los historiadores precedentes, y avanza algunas de las propuestas de Patrizi o Bodin. Comienza con el nacimiento y desarrollo de la disciplina (basado en Pontano y Bartolomeo della Fonte), estableciendo su visión de la historia como *conciencia*, independiente de las letras. Expone su opinión sobre la decadencia de la historia medieval en función de la decadencia de la lengua y subraya el contraste entre la conciencia humanista y la medieval con respecto a la disciplina. Anticipa la idea del progreso histórico y la utilidad de la historia, así como los conceptos de historia global (la *cognitio dei sentimentis*) de Patrizi y de superioridad de la historia sobre la filosofía.

Con respecto a la relación entre las disciplinas, la filosofía tiene una universalidad, como la historia, de la que carece la poesía (se basa en Luciano). De Platón proceden sus ideas sobre el concepto moral y político de la historia en detrimento de uno científico-

¹⁷⁰ S. Fox Morcillo, *op. cit.*, p. 830: *Sic denique scientiae omnes historiae et sunt et appellari recte possunt. Quas ut nosse utile sit, aut iucundum, sic etiam historiam, ut dixi.*

¹⁷¹ S. Fox dedica el último capítulo de la obra a atacar a los poetas: *Contra poetas et eorum studium*, p. 836.

¹⁷² U. González de la Calle, *Sebastián Fox Morcillo. Estudio histórico-crítico de sus doctrinas*, Madrid 1903, p.292.

¹⁷³ Véase el capítulo titulado *Quomodo uera narranda in historia*, p. 761 y ss.

gnoseológico. La historia media entre la filosofía y la poesía. La filosofía y la historia se acercan en cuanto al fondo, la verdad, y se diferencia en la forma. Ambos, fondo y forma, distinguen poesía e historia. Su libro también incluye una detallada historia de las formas narrativas históricas¹⁷⁴. De Pontano procede su distinción estructural en *concilia et causae*, y de Luciano y Dionisio sus afirmaciones sobre el tipo de hechos que puede narrarse en la misma.

Por lo que toca a la estructura de la obra, ésta está moderada por la constante repetición-excusa de Fox Morcillo-personaje sobre el hecho de haber invadido una parcela del saber (la del humanista) ajena a su campo de especialización (la filosofía). Pero esta *captatio benevolentiae* no es baladí, en el sentido que Fox Morcillo entiende por este trasvase interdisciplinario una relación especial entre lo filosófico y lo histórico: Filosofía e Historia son ciencias supremas de la verdad que reflexionan desde presupuestos abstractos hasta la *pragmatiké historiké*.

Fox Morcillo, en aras de la defensa de su teoría histórica, analiza las *partes historiae* arquetípicas en tratados del *ars historica*: partes del discurso histórico, cómo se debe iniciar, mediar y concluir la narración histórica, cómo se debe vestir el discurso en la historia. Pero con ello Fox no hace sino preludiar lo que para él será materia crucial en su preceptiva, la dignidad de la historia, que incluye además un análisis detallado sobre la figura del *historicus*, cómo se debe leer historia y cómo se debe escribir.

Deja claro, mediante su comparación entre historia y poesía, que ésta no es sino discurso ficticio, mientras aquella tiene una especial vinculación con la vida moral y política del individuo. En efecto, la historia está en la base del desarrollo organizativo a nivel individual y público. Presenta modelos de conducta que pueden aplicarse a la esfera de la actuación individual; ofrece un conocimiento de los seres humanos que debe y tiene que utilizarse para la rección de pueblos.

El historiador ha de trabajar de consuno con el monarca o príncipe en la articulación de la vida política de los pueblos funcionando como consejero público. Queda, así, el *historicus* elevado a la dignidad superior a la de un simple erudito o sabio humanista¹⁷⁵. El historiador es figura clave en la *res publica litterarum* por dar sentido

¹⁷⁴ Véase el capítulo titulado *Historiae definitio ac partes seu formae*, p. 757 y ss.

¹⁷⁵ S. Fox, *op. cit.*, p. 819: *Virum hunc magnum, grauem, integrum, seuerum, peritum, intelligentem, exercitatum, ciuilem, urbanum, totius uitae communis ac priuatae non rudem, eloquentem, doctum, in dicendo*

práctico a la reflexión humanista y entroncar el edificio del saber letrado con el de la rección de pueblos.

Así, a la par que Fox Morcillo repite hasta la saciedad que los poetas debieran ser expulsados de la republica ideal (como recomendara Platón)¹⁷⁶, insiste en que el Humanista por excelencia es el Historiador, especie de figura ideal que ayuda desde la sabiduría del estudio psicológico de pueblos al príncipe en el gobierno de estados.

Por último, la reflexión de Fox Morcillo sobre la figura del Rey y del Consejero ideales y la importancia que en su obra de 1556 se da a la historia hace del Historiador un consejero político, marcando de paso la vinculación entre sus dos libros, *De rege* y *De historia*.

4.7. LA PRECEPTIVA HISTÓRICA FRANCESA. BODIN Y LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD.

La crítica filológica de los textos, realizada por los humanistas de inicios del siglo XVI en Francia, hace tomar conciencia sobre la necesidad de plantear la búsqueda y establecimiento de un método en todas las materias dignas de ser enseñadas o practicadas por los escritores. Estos trabajos filológicos toman el relevo de la corriente crítica del humanismo italiano. Su meta era esencialmente la búsqueda del hecho verdadero.

En la base de la preceptiva histórica se encuentra la división de la sociedad por razones religiosas. Los preceptistas se esforzarán para que la historia dé una solución realista a estos conflictos religiosos. La historia tiene un desarrollo importante en los medios eclesiásticos franceses y este desarrollo tiene repercusiones en los medios políticos: los gobernantes intentarán atraer a sus círculos a gran número de historiadores.

Por otro lado, surgen dos tendencias contrapuestas en esta preceptiva nacida en el siglo XVI:

- Una que se interesa por el descubrimiento de mensajes filosóficos en la historia (esta corriente de pensamiento será seguida por los autores de la escuela alemana - Jacob Boehme, Hegel, etc. -)

scribendoque promptum, diligentem, studiosum, quis non amet tantum ac laudet et conscribendae historiae muneri adhibeat, sed etiam reipublicae quasi parentem et conseruatorem, per quem ipsa et stare et immortalis esse debeat, non praeficiat?

¹⁷⁶ Véase el mencionado capítulo titulado *Contra poetas et eorum studium*, pp. 836-837.

- Otra, opuesta, que intenta encontrar en la historia reglas de acción práctica y que es heredera de la corriente de pensamiento nacida con la escuela realista italiana.

Como preceptistas de historia encontramos en Francia las obras de Loy le Roy, escritas en francés; el tratado de Baudouin, que influye notablemente en las ideas metodológicas de Bodin; por supuesto, la obra de Bodin y posteriores a éste, lo prólogos de De Thou y la obra de Henry du Voisin de la Popelinière.

4.7.1. FRANÇOIS BAUDOIN. LA REFORMA HISTÓRICA.

François Baudouin (1520-1573), jurista francés, considerado por la censura romana como autor *secundae classis* y significativo exponente de la cultura jurídica y religiosa francesa¹⁷⁷, es el primer autor que publica en Francia un tratado en latín sobre preceptiva histórica.

En 1561, aparece en París su obra *De Institutione uniuersae historiae et eius cum iurisprudencia coniunctione*, que en 1579 formó parte del *Penus*, ocupando desde la página 599 a la 742. El tratado de Baudouin se divide en dos libros: en el primero nos presenta la historia como una ciencia plena sin la que no existirían las demás y en el segundo la importancia de unir historia y ley.

La importancia de su obra radica, por un lado, en la visión de un horizonte histórico más amplio que, además del tratamiento de la política y de la guerra, abarca incluso los ordenamientos de los estados (es la llamada “*storia civile*” en palabras de Jacoviello¹⁷⁸) y, por otro, en la defensa de una apertura de puntos de vista, reconociendo la universalidad: como la naturaleza es universal, la ley debe ser universal y basada en los principios de igualdad y equidad.

¹⁷⁷ Este personaje, de gran relevancia, representa a una facción de la sociedad intelectual francesa, imbuida de unos ideales religiosos propios. Los integrantes de este grupo, denominados “*moyenneurs*”, tienen en común un gran irenismo, la certeza de que la violencia no puede resolver las cuestiones que tocan a la conciencia. Defienden también el regreso a la Iglesia de los primeros tiempos, pero rechazan el cisma con Roma y más todavía con las tradiciones medievales en materia de organización de la iglesia y ritos. Así pues los “*moyenneurs*” fueron una vía media entre protestantes intransigentes y católicos ortodoxos, que en vísperas de la guerra religiosa de 1561 buscaron proclamar su programa de concordia. Por esta razón fueron duramente atacados por Calvino que en aquel momento intentaba la legitimación de su culto en el reino de Francia. Para más información véase el excelente trabajo de Mario Turchetti, *Concordia o tolleranza? F, Baudouin e i “moyenneurs”* Milán 1984.

¹⁷⁸ M. Jacoviello, *op. cit.*, p. 161.

Inicia el libro primero exponiendo las causas que lo han llevado a escribir su obra. No establece separación entre la historia natural, la historia civil y la historia sacra: la historia universal es una unión de las tres¹⁷⁹. Esta distinción de la historia en tres campos será la misma que haga Bodin en su *Methodus*, pero aquí ampliada.

En el apartado de historia natural habría que relatar todo lo concerniente a la naturaleza física que rodea al hombre; la función de la historia civil es recoger las gestas del hombre, sus costumbres, leyes, instituciones, formas de gobierno y la historia sagrada tiene como función recoger la naturaleza de Dios, como parte integrante de la vida del hombre; en definitiva lo hechos de la naturaleza y los religiosos surgen relacionados con la historia humana y universal¹⁸⁰.

Insiste nuestro autor en la preocupación por las fuentes, que incluye además su análisis crítico. Entre los clásicos destacan Cicerón y el historiador por excelencia, digno de ser imitado, Tito Livio. De Luciano son sus afirmaciones sobre el tipo de hechos que pueden narrarse en la historia. De Platón y Aristóteles coge sus pensamientos filosóficos. Hace también referencia a autores medievales, a los padres de la Iglesia y a autores contemporáneos. Destacan Paulo Veneto, Flavio Bondi, Bembo, etc¹⁸¹. Pero para escribir historia no sólo contamos con las obras de diferentes autores sino que indica al historiador la necesidad de tener en cuenta otras fuentes. Cualquier documento oficial escrito tiene prioridad sobre los demás, pero a falta de éstos hay que prestar atención al testimonio oral y en especial al de testigos presenciales.

¹⁷⁹ Para ampliar esta idea véase Fr, Baudouin, en *Penus*, I, pp. 600-606.

¹⁸⁰ Fr, Baudouin, *op. cit.*, I, p. 604: *Saltem quod dico, utcumque agnoscemus, si uniuersitatis historiam recte et sapienter perlustrauerimus, in eaque etiam, ut debemus, perpetuam ecclesiae atque religiones conditionem eiusque tantum obseruauerimus. Non enim praeterite debemus, quam in primis obseruare oportet illam praecipuam ut humanae societatis, sic et historici corporis partem: nenon caput modo sed et cor et animam neglerire uideamur. Ergo cum de historia loquor, de integra et perfecta loquor: in qua dico diuinae prouidentiae rationem habendam esse, ut recte spectemus res in orbe terrarum maximas et quidem diuinas cum humanis admirabili ordine atque ratione commixtas.* En otra parte de la obra se lee: *Dixi historiae uniuersae dandam esse operam et quidem uniuersam dici ratione temporum, regionum, rerum: rerum (inquam) triplicium, ut statum religiones et Reip. Domi et foris, hoc est, historiam sacram, ciuilem ut et militarem requiremus. En Penus*, p. 626.

¹⁸¹ El recorrido que realiza Baudouin por las fuentes históricas de su tiempo queda establecido gracias a la ayuda de Guicciardino y así se hace constar en la nota que aparece en la página 662 del *Penus* y que dice: *Guicciardinus nondum publicatus fuerat cum Bald. scripsit haec.*

Lo que mueve al historiador a escribir historia es el deseo natural del hombre de querer dejar “memoria de sus hechos”¹⁸² y prueba de ello es que todos los pueblos han tenido historias orales. La finalidad de la historia, de la que se ha dicho que es “luz de la verdad, mensajera de la antigüedad, testigo de los tiempos y vida de la memoria”¹⁸³, siguiendo el modelo ciceroniano, es la de ser memoria de memorias. De ahí la necesidad de escribir una historia universal que recoja desde los orígenes de los pueblos hasta la época en que se escribe. Él, en su libro, traza el recorrido de la historia, sirviéndose de dos ejes fundamentales: el temporal (se remonta a los orígenes) y el geográfico (nos presenta una relación de obras históricas de los países más importantes de Europa). Y esto mismo ha de hacer el historiador, servirse de la ayuda de la geografía, cosmografía y cronología¹⁸⁴.

Para Baudouin, el historiador ha de buscar la verdad que rige el hecho histórico, por lo que destierra el uso de fábulas y de prodigios en la historia. Lo más negativo para encontrar la verdad es la credulidad del hombre en cualquier hecho sin que haya sido demostrado¹⁸⁵.

La última parte del primer libro incluye una serie de preceptos estilísticos, que ni mucho menos son tan abundantes como en otros autores que hemos analizado¹⁸⁶. El discurso en historia ha de ser elegante y natural, pero sin menoscabo de la verdad. Ataca la poesía porque ésta no es sino discurso ficticio y la historia ha de buscar un discurso que establezca una especial vinculación entre la vida moral y política del individuo. Estas palabras resumen a la perfección lo que sería el *modus operandi* de la historia:

*Sed facilius cautio est, si ad primos auctores recurramus: neque riuulos nuper deductos pro ipsis fontibus nobis obiici patiamur. Atqui si ita, ut dixi, agimus, non poterit una aliqua historiae uniuersae perpetua oratio eleganter et aequabiliter contexti atque perpoliri. Fateor. Sed historiam ueram, non Rhetoricam fabulam, aut scholasticam declamationem expeto*¹⁸⁷.

¹⁸² Fr. Baudouin, *op. cit.*, I, p. 648: *Verum et sine litteris conseruata est eorum memoria, atque etiam, quia per manus tradebatur propagare.*

¹⁸³ Hace referencia a la reiterada cita de Cicerón que aparece en *de orat.* 2,36,1: *Historia est testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis.*

¹⁸⁴ Fr. Baudouin, *op. cit.*, I, p. 664: *Sed neque iam in Cosmographia, Geographia, Chorographia, magis quam in Chronologia, facile aliquis uel peccauit uel aberrauerit.*

¹⁸⁵ Fr. Baudouin, *op. cit.*, I, p. 632: *Vetus et prima sapientiae lex esse dicitur, non temere credere. Ergo facessat fatua et temeraria credulitas.*

¹⁸⁶ Patrizi, por ejemplo, en su *ars* no incluye preceptos estilísticos.

¹⁸⁷ Fr. Baudouin, *op. cit.*, p.636.

El segundo libro es un manifiesto político y jurídico: para él, la ley no es solamente el garante de la paz civil sino sobre todo una defensa nacional contra los ataques exteriores. Por otro lado, la concepción de la patria para Baudouin, cuyo nombre es inseparable al del rey, está fundada sobre unas bases jurídicas. La patria es el conjunto de leyes que rigen un estado, no es ni una abstracción, ni un territorio, es un cuadro jurídico cuya aceptación determina la naturaleza de una comunidad¹⁸⁸.

Esta segunda parte comienza con una justificación del autor por querer añadir la jurisprudencia a la concepción de la historia. Hasta ahora la historia ha aparecido unida a la filosofía moral, porque ésta ayuda con sus ejemplos, pero él además quiere presentar la historia unida a la ley por el mismo motivo: prestar sus ejemplos a la historia¹⁸⁹. Surge así, de nuevo, como en autores precedentes, el carácter ejemplar de la historia. El ejemplo que proporciona la historia tiene un carácter práctico (como para Patrizi), pues es función del hombre convertir su lección en acción¹⁹⁰.

La unión ley-historia se ha venido produciendo desde tiempos inmemoriales en la historia del hombre y en la historia eclesiástica; para demostrarlo, el autor, siguiendo de nuevo un eje temporal y un eje geográfico, ilustra con infinidad de ejemplos, desde el nacimiento de la historia hasta sus días, la presencia de la ley en cualquier obra u hecho del hombre o de la religión. Así el respeto jurídico es la verdadera manifestación del espíritu religioso, más que la fidelidad a una u otra teología. Baudouin piensa que conviene establecer un aparato jurídico que esté aparte de las convicciones religiosas partidistas, y de valorizar, por oposición a la fuerza de las armas, el respeto a la legalidad.

Por último, quiere dejar claro el papel del hombre en la realización de la historia de la humanidad. La historia de los hombres es una eterna creación, se hace día a día, es puro acto y no se puede, en consecuencia, constituir un catálogo de sus reglas y leyes. Es así como la historia se convierte en una ciencia abierta, que se renueva cada día y, en cierto

¹⁸⁸ Esta concepción histórica-jurídica está muy próxima a la que Jean Bodin hace en su tratado de historia.

¹⁸⁹ Fr. Baudouin, *op. cit.*, p. 667: *Audire, quod multi dicere solent, moralem philosophiam cum historia esse coniungendam, ut quod illa praeceptis agit, haec agat exemplis, praesertim cum ubi de officiis agit, praecepta quoque inania sint, si exemplis non confirmantur, animoque nostro non infigantur, laudo equidem hanc, quam uocant, ethicae doctrinae et historiae societatem. Sed longius progredior et Iurisprudentiam aduoco, quanquam et haec quaedam esse dicitur pars philosophiae moralis.*

¹⁹⁰ Fr. Baudouin, *op. cit.*, p. 713: *Sed (nondum enim hac praedicatione fatiari possum) non modo, quod Polybius desiderat, desidero historiam esse πραγματικόν sed ut nostri dicere solent, Iurisprudentiam non solum θεωρητικόν, sed etiam πρακτικόν esse, esseque debere, sic ego historiam. Neque non poterit talis esse, si bene perlegatur tota.*

sentido, imprevisible. Baudouin convierte al hombre en protagonista único de la historia, alrededor del cual giran otros dos conceptos, la naturaleza y Dios. Éste último como creador y aquella como escenario en el que se desarrollan los hechos:

*Ego uero longius etiam progredior et quod principio huius orationis dixi nunc in conclusione repetam, hominem esse a deo creatum et in hoc mundo collocatum, non modo ut spectator et interpretes sit, sed etiam ut sit actor. Deinde ut non solum earum a deo creatarum, sed et multo magis actionum inter homines et cum hominibus transactarum spectator sit. Hinc historia, in quam nunc ingrediendum est*¹⁹¹.

4.7.2. JEAN BODIN.

El título de la obra de este autor es *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, fue publicada en París en 1556. Fue integrada años más tarde en la colección de Johann Wolf, bajo el título *Methodus historica* y ocupa desde la página 10 a la 395 .

Así comienza el tratado de este autor:

*Quemamodum flores historiarum legere, ac suauissimos decerpere fructus oporteret, hoc methodo, (...) complecti propositum erat*¹⁹².

Bodin propone, en su *Methodus*, “coger las flores de la historia” y “recoger los frutos más dulces”. La utilización de sustantivos, que sugiere una especie de recolección vegetal (*flores, fructus*), la del superlativo *suauissimos* que evoca una elección en el interior de una elección primera, y más abiertamente los verbos *legere* y *decerpere*, expresan en esta declaración de intenciones, una voluntad de seleccionar hechos e ideas del interior de una materia más vasta. Se trata de obtener lo mejor de la historia. Ahora bien, esta fase selectiva va a la par con una voluntad “de abarcar” (*complecti*) y de reunir en el espíritu es materia inmensa.

Su *Método de la historia* se presenta como una selección de ideas históricas. La utilización de esta vía selectiva (la selección de los hechos era uno de los objetivos de los

¹⁹¹ Fr. Baudouin, *op. cit.*, p. 742.

¹⁹² La recopilación de J. Wolf no recoge el prólogo de la obra de Bodin, ésta se inicia en el *Penus* con el capítulo primero. Para hablar del prólogo, en el que se recogen los objetivos básicos que intenta alcanzar en la instauración de su método Bodin hemos utilizado la edición de Pierre Mesnard, *Jean Bodin, Oeuvres Philosophiques* (Corpus général des Philosophes français) vol. V, Paris, 1941. el texto citado procede de la edición mencionada, p.107, columna A, líneas 1-3.

creadores del método histórico) se explica más claramente por el contexto. Bodin toma posiciones contra los comentaristas del derecho, glosadores y anotadores, que han creído aportar conocimientos nuevos por sus comentarios. “Bodin quiere llegar, contra la voz estéril de la paráfrasis, a una teorización de ideas concernientes a la historia”¹⁹³. Pero la elección selectiva será cuestión de método y no de ideas. Las proposiciones seleccionistas que abren la primera frase del prólogo-dedicatoria estarán detrás de la búsqueda del “cómo” (*quemadmodum*), cuestión cuya respuesta será el establecimiento de un sistema de leyes que defina esta ciencia.

El primer fundamento de esta ciencia es su carácter universal, como ya habían defendido Patrizi y Baudouin. Siguiendo este modelo tradicional, el historiador ha de situar un hecho particular en un contexto con valor de universalidad, sometándolo a los criterios de una ley. La noción de ley es esencial para Bodin no sólo en el sentido jurídico al cual le lleva su faceta de jurista sino en el sentido de relación proveniente de la naturaleza de las cosas.

El *Methodus* desde el principio se afirma como empresa metodológica: se trata de construir una ciencia histórica apoyándose en principios conforme a la naturaleza y sometida a categorías mentales preestablecidas. De hecho, su metodología es una manera de afirmar una ideología.

El Prólogo comporta la misma superposición de elementos metodológicos e ideológicos: como para sus predecesores, la historia es *magistra uitae*. Es el equivalente en la existencia de lo que el “canon de Policeto” en el arte:

*Cum historia laudatores habeat complures, qui ueris eam cum propriis laudibus exornarunt, ex omnibus tamen nemo uerius ac melius, quam qui uitae magistram appellauit; nam ea uox omnes omnium uirtutum ac disciplinarum utilitates amplexa, significat hominum uitam uniuersam ad sacras historicae leges, uelut ad Polycleleti normam, dirigi oportere*¹⁹⁴.

Además atribuye a la historia las mismas virtudes que a la filosofía, ambas están estrechamente relacionadas: la historia es *magistra* y la filosofía *dux* y la historia aparece

¹⁹³ Cl. Dubois, *op. cit.*, p. 95.

¹⁹⁴ J. Bodin, *op. cit.*, p. 112, columna A, 11.6-12.

como depositaria de los materiales utilizados por la filosofía para una construcción normativa:

*Certe philosophia, quae ipsa uitae dux appellatur, propositis bonorum ac malorum finibus inter mortua iaceret, nisi ad rerum praeteritarum historias omnia dicta, facta, concilia reuocarentur: ex quibus non solum praesentia commode explicantur, sed etiam futura colliguntur, certissimaque rerum expetendarum ac fugiendarum precepta constantur*¹⁹⁵.

La naturaleza de la historia es la de ser una ciencia informativa y con una finalidad de orden moral:

*Itaque mirum mihi uisum est in tanta scriptorum multitudine, tanque eruditus temporibus adhuc fuisse neminem, qui maiorum nostrorum claras historias inter se, et cum rebus gestis antiquorum compararet. Id autem fieri commode poterat, si collectis omnibus humanorum actionum generibus, ad haec exemplorum uarietas apte et suo quicque loco accommodaretur*¹⁹⁶.

Se trata de clasificar convenientemente los ejemplos, dice Bodin, para poder realizar la confrontación y la selección normativa de los hechos históricos. La clasificación “conveniente” aboga por una separación entre los vicios y las virtudes: la lección histórica es una propedéutica de la distinción del bien y del mal, socialmente hablando:

*Ut ii qui se flagitiis penitus deditissent, iustissimis maledictis procinderentur: qui autem ulla uirtute claruissent, suo merito laudarentur. Hic enim historiarum fructus est uel maximus, ut alii quidem ad uirtutem inflammari, alii a uitiis deterreri possint*¹⁹⁷.

Sus ideas sobre el arte de escribir y leer historia quedan así fijadas, aunque no desarrolladas, en el preámbulo de su obra.

Bodin, en el capítulo I de su *Methodus* hace una distinción preliminar de la historia en tres dominios¹⁹⁸. Esta distinción va a permitir excluir o seleccionar, en provecho de la tercera categoría de la historia –la que concierne al hombre. Esta idea será la que determine los límites de investigación y el orden de exposición de la obra en su conjunto:

¹⁹⁵ J. Bodin, *op. cit.*, 11.13-19.

¹⁹⁶ J. Bodin, *op. cit.*, 11.19-26.

¹⁹⁷ J. Bodin, *op. cit.*, 11.27-31.

¹⁹⁸ Esta misma idea aparece ya esbozada en F. Baudouin, pero no la trata con la misma minuciosidad que Bodin.

*Historiae, id est uerae narrationis, tria sunt genera: humanum, naturalem, diuinum. Primum ad hominem pertinet, alterum ad naturam, tertium ad naturae parentem. Unum actiones hominis in societate uitam agentis explicat; alterum causas in natura positas earumque progressus ab ultimo principio deducit; postremum praepotentis Dei, anunorumque immortalium in se colectam uim ac potestatem intuetur*¹⁹⁹.

La historia sagrada y la natural tienen entre ellas relaciones homólogas, la primera se refiere al Creador y la segunda a lo creado. La diferencia entre la historia humana y las otras dos es mucho más marcada, en ella interviene un elemento motor absolutamente distinto que es el hombre. La historia de los hombres es una eterna creación. A continuación realiza una primera distinción entre ciencias cerradas, en las que se pueden catalogar los principios y las leyes y dibujar un cuadro exhaustivo porque los elementos de conocimiento son finitos, y ciencias abiertas, que sin cesar se enriquecen de adiciones y de cuestiones. En una segunda distinción categoriza las ciencias exactas y las humanas y los objetos de investigación de estas últimas siguen un orden de importancia decreciente Dios-Naturaleza-Humanidad:

*Nam cum diuinae ac naturales historiae ab humanis plurimum differunt, tu hoc maxime quod illae non modo causis, uerum etiam finibus certis sunt contentae*²⁰⁰.

Para que la historia sea eficaz, según Bodin, debe usar vías pedagógicas. Los lectores son considerados escolares: señala que la edad interviene en la asimilación del hecho enseñado y el conocimiento está, en suma, subordinado a la naturaleza de los espíritus. El orden de conocimiento va de la situación a la comprensión:

*Quoniam hominibus primum studium conseruandi sui natura parens ingenerauit, deinde paulatim a rerum naturalium admiratione ad causarum inuestigationem impulit, tum ab iis illecebris ad ipsius rerum omnium moderatoris cognitionem pertraxit; ob eam causam ab historia rerum humanarum nobis auspicandum uidetur*²⁰¹.

¹⁹⁹ J. Bodin, en *Penus*, p. 10.

²⁰⁰ J. Bodin, *op. cit.*, pp. 11-12.

²⁰¹ J. Bodin, *op. cit.*, p. 15.

Tras presentar las categorías generales sobre los que se ha de mover la historia, Bodin pone en marcha el sistema que se ha de usar. Recomienda *a priori* una lectura de libros de historia y el desciframiento del mensaje que esconde. Luego hay que poner en juego dos elementos: objetivamente, se trata de buscar las estructuras internas del hecho histórico; subjetivamente, se trata de proyectar sobre la masa informe de los hechos la razón. Todo ha de estar regido por la racionalidad y la universalidad de la razón. Estas son las tareas básicas del historiador.

La universalidad, tema fundamental en los preceptistas posteriores a Patrizi, se manifiesta a través de dos ejes, el cronológico y el geográfico, sobre los cuales pueden inscribirse todos los elementos de la experiencia histórica.

Jean Bodin busca la universalidad del tiempo y opera con marcas naturales o consideradas como tales, como la creación, el diluvio y otras marcas propias de cada civilización, como el inicio de la era cristiana. Basándose en los elementos de las cosmografías contemporáneas, propone una visión global de la historia fundada sobre elementos geográficos. Pero esta generalidad no está reñida con la variedad, ni con la inteacción de hechos y pueblos. La historia ha de tratar de la relación entre razas y climas, las temperaturas del hombre y la naturaleza del sol y el aire, etc.

El siguiente paso, según Bodin, será conseguir la unidad de los hechos a través de la variedad. El historiador se encuentra al principio ante un enjambre difuso de reseñas, sin orden alguno y su función es ordenar ese caos. El historiador distinguirá tres órdenes, el humano, el natural y el divino, incidiendo en el dominio del hombre:

*Quod igitur uiri docti facere solent in aliis artibus, ut memoriae consulant, idem quoque in historia faciendum iudico; id est, ut loci communes rerum memorabilium certo quodam ordine componantur, ut ex iis, uelut e thesauris, ad actiones dirigendas exemplorum uarietatem proferamus*²⁰².

Bodin llega a la conclusión de que las sociedades no se parecen ni históricamente ni geográficamente y es tarea del historiador buscar las reglas que presenten la diversidad de la realidad y permitan, al mismo tiempo, restituir una unidad por vía racional. Consta

²⁰² J. Bodin, *op. cit.*, p. 22.

que los hechos se unen fácilmente en grupos parecidos o en secuencias cronológicas parecidas y que su evolución está determinada por un principio único.

La historia del hombre se integra en cuadros generales de espacio y tiempo en función de dos variantes: el emplazamiento de la tierra en relación con el sol y las variaciones de caracteres del hombre. Así pues distingue sobre la tierra tres zonas iguales y dentro de ellas establece una subdivisión binaria. La tipología climática comporta seis figuras generales:

Ut igitur ueterum errorem fugiamus, triplicem regionem ab Aequatore ad Polum, quae nonaginta partibus constat, aequali ratione complectemur, sic tamen ut XXX partes calori, totidem frigori tribuamus: restabunt triginta te, peratissimae regionis in qua commode beateque uiui possit, praeterquam in iis locis quae uel praeruptis montibus aspera, et paladibus immersa, uel ariditate deserta, uel aquarum aut soli uitio pernicioosa et infrugifera sunt. Est enim tanta soli ubertas in quibusdam Tropici regionibus, ut incolae caeli graues iniurias minus sentiant. Rursus triginta partes caloris ac frigoris regionisque temperatae bifariam diuidemus, ut quindecim citra Aequatorem temperatiores sint: quindecim priores lenitate coeli moderatiores; consequentes a quadragesimo quinto gradu ad sexagesimum, aliquanto frigidiores, rursus et triginta partibus frigidissimae regionis, quindecim coluntur, ulterius nullae urbes, nulla oppida, nullus denique hominum tuendae saluti locus²⁰³.

A la clasificación geográfica, se añade otro tipo de combinación de base físico-química: el sol, según su calor, produce variaciones y metamorfosis en los cuerpos terrestres, explicando particularmente la oposición entre tipos meridionales y nórdicos.

Lo que busca con todo esto Bodin es una manera de establecer relaciones entre los hechos naturales y los sociológicos. Estas relaciones son precisamente lo que en el lenguaje científico se llaman leyes.

Llegados a este punto es hora de precisar, según la teoría de Claude Gilbert Dubois, los principios del método que permiten a Bodin establecer una clasificación:

1.- *El principio de distinción de categorías.* Con él se encuentran separados los tres dominios fundamentales de la historia donde se establecen diferenciaciones entre

²⁰³ J. Bodin, *op. cit.*, p. 81.

cuadros espaciales y temporales, donde se organiza la materia alrededor de cuatro elementos particulares. Este principio lidera el análisis de la realidad.

2.- *El principio de subordinación*, que determina bien las relaciones del todo y las partes, bien las relaciones de la razón con los efectos. Este principio permite proponer entre los hechos un determinismo.

3.- *El principio de analogía*, que, siguiendo un proceso de derivación, permite establecer relaciones entre una categoría y otra. Es el principio con el que trabajan las operaciones de síntesis racional de la realidad.

4.- *El principio de irreductibilidad* de una categoría a otra. La jerarquización de las categorías no se produce por continuidad, sino por saltos cualitativos, que no permiten la reducción de la divinidad a un fenómeno humano, de los hechos humanos a hechos de la naturaleza.

También introduce Bodin en su obra una teoría de los gobiernos: los dominios jurídico, militar y económico están englobados en la ciencia que es la política. Las sociedades funcionan porque se realizan diversas operaciones; la “revelación”, que le corresponde al orden teológico, seguido por la decisión, que pone en juego las facultades humanas de razonamiento, y la ejecución, que revela la naturaleza del hombre²⁰⁴.

En cuanto a la sociedad, la célula social base es la pareja y sirve de modelo a la constitución de las sociedades. La concordia universal se alcanza gracias a las alianzas exteriores al grupo familiar.

Dentro de la sociedad defiende la monarquía como el poder individual en manos del “mejor”. La monarquía está fundada en la competencia de los individuos. Es el poder por excelencia:

*Cum ad iustissimum quemque ac prudentissimum ciuem reliqui confugerent, eumque laterum suorum objectu, quo minus ei noceri posset, tuerentur. Is igitur aequitate ciues regebat. Ex quo perspicuum fit, etiam si ab historia destitueremur, plenam omnium libertatem id est potestatem uiuendi ut uelis, sine legibus aut imperio, a singulis ad unum esse delatam*²⁰⁵.

²⁰⁴ Para ampliar la teoría política véase el capítulo IV, “*De Locis historiarum recte instituendis*”, en *Penus*, pp. 22-35. Para ampliar su teoría sobre el estado y la forma de gobierno ideales véase el capítulo VII, titulado “*Confutatio forum qui quattor monarchias aureaque secula stuunt*”, en *Penus*, pp. 298-311.

²⁰⁵ J. Bodin, *op. cit.* p. 275.

El estado monárquico constituye para Bodin un momento de equilibrio en la historia de las sociedades; la designación del rey se funda sobre la necesidad de equidad y el poder del rey reside en su sumisión a la ley: este jurista ve sobre todo en la imagen real la de un maestro de justicia. El jefe no es el más valeroso de los soldados ni el más sabio de los filósofos, es el garante de la ley. La corrupción del príncipe monárquico se explica por la desobediencia del rey a sus deberes y por la traición a su función judicial.

Toda la teoría de este autor tiene como base un inagotable número de fuentes, que aparecen perfectamente estructurada en el último capítulo²⁰⁶ de su obra. Están ordenados temporal y temáticamente. Están incluidos autores clásicos, padres de la Iglesia, autores germanos, galos, italianos, húngaros, austriacos, etc. Los temas en que se ha dividido el índice recogen la historia universal, la historia de las religiones, la historia pagana, la geografía y la historia particular de cada una de los pueblos.

En conclusión, el *Methodus* de Bodin sirve de base a las tentativas posteriores de autores como Montesquieu o Augusto Comte: el tratado de Bodin es un esfuerzo por unificar racionalmente la diversidad existente en la realidad. Lo que es importante es la voluntad de buscar en la historia un mensaje conforme a las reglas de la ciencia y de la razón. Con su método intenta liberar al escritor de historia de la teología (tan normal en el panorama francés) y de sustituir los dogmas por las propias leyes de la materia histórica, del espíritu humano, del pensamiento interno del devenir social. Todo ello hace de Bodin una de las figuras sobresalientes de la sociología política.

²⁰⁶ Este capítulo se titula “*De historicorum ordine et collectione*”, en *Penus*, pp 379-395.

CAPÍTULO V. EL *DE SCRIBENDA HISTORIA LIBER* DE GIOVANNI ANTONIO VIPERANO

5.1. EDICIONES DE LA OBRA

En 1569, aparece en Amberes un libro, que con el título *De rege et regno liber*, recoge no sólo un librito dedicado a Felipe II²⁰⁷ en el que expone las virtudes que debe poseer un gobernante sino además un tratado sobre historiografía, titulado *De Historia scribenda liber*²⁰⁸. Según Springhetti, estas obras fueron reimprimadas en Perugia en 1570²⁰⁹ y en 1579 aparece publicado, junto a otras obras, el *De Scribenda Historia* por una imprenta de Basilea. Es una recopilación de autores que se han dedicado a escribir tratados de historia y cuyo editor es Peter Perna²¹⁰. El editor incorpora esta obra en el primer tomo entre la de Sebastián Fox Morcillo, *De Historica Institutione* y la de Francesco Robortello, *De Historia*, ocupando desde las páginas 838 a la 891

En la edición de las *Obras Completas*, publicada en Nápoles en el año 1609, uno antes de su muerte, Viperano ha alterado el orden situando el *De rege et regno* en la tercera parte, en la que trata “temas morales y divinos” y el *De scribenda Historia* aparece en la primera parte, que es un compendio de sus tratados de oratoria, historia y poética.

5.2. ESTRUCTURA DE LA OBRA

El Prólogo: justificación de su obra.

Comienza la obra con la dedicatoria a Antonio Perrenot, a la sazón arzobispo de Malinas, en Bélgica, tal y como aparece en la dedicatoria: *Antonio Perenotto S.R.E.. Tituli Stae Priscae presbitero Card. Granuellano, Archiepiscopo Mechliniensi*. En ella expresa su deseo de conseguir la protección de este personaje tan relevante, pues no sólo por su posición, primero como consejero de Carlos V y después como colaborador de Felipe II en

²⁰⁷ *Ad Regem Philippum Caroli V. Imp. F.* Al contrario de lo que veremos con la dedicatoria del *De scribenda Historia*, Viperano no solicita el mecenazgo de Felipe II, sino que le ofrece su libro para que le sea útil y le ayude a ser un buen rey.

²⁰⁸ *Io. Antonii Viperani De rege et regno liber. Ad Regem Philippum Caroli V. Imp. F. Eiusdem Io. Anto. Viperani de Historia scribenda liber* Antuerpiae, Ex officina Christophori Plantini M.D.LXIX.

²⁰⁹ No hemos localizado las ediciones de Perugia del *De Scribenda Historia* y del *De rege et regno* a que alude Springhetti.

²¹⁰ *Artis historicae penus octodecim scriptorum tam veterum quam recentiorum monumentis. Et Inter. Eos Io. Praecipue Bodini libris Methodi historicae sex instructa. Auctores sequens pagina indicabit.* Basileae ex officina Petri Perna M.D.LXXIX.

cuestiones internacionales, sino también por su afición a las letras lo señalan como el destinatario ideal. Esta dedicatoria, que sirve además de prólogo, resulta bastante curiosa. Contiene varios tópicos propios de la *captatio benevolentiae*, pero no aplicados a la obra que está prologando, como sería lo normal, sino al *De bello Melitense*. Tras explicar que se encuentra en Mesina durante la contienda con los turcos por motivos de salud, acude a tres tópicos usuales:

1. Si ha escrito la historia del asedio a Malta, lo ha hecho presionado:

“Pero terminado bien el asunto a pesar de la opinión de todos, y no tanto por el valor humano como por el poder divino, la mayoría de los que tenían poder sobre mi no menos por su autoridad que por su benevolencia, me exhortaron a escribir esta guerra, de la que parecía que ninguna se había hecho más dura ni en nuestro recuerdo ni en el de nuestros antepasados”²¹¹.

2. Alude a su poca preparación para acometer dicha obra, en los términos normales del tópico de la falsa modestia.

3. La ha escrito por complacer a sus amigos, no para publicarla, cosa que se ha hecho sin su conocimiento.

Todo esto le sirve para argumentar la razón por la que quiere publicar ahora su segundo libro:

“Cuando me enteré, permití también entonces que saliese a la luz un librito sobre la forma de escribir historia y que, afectado más por cierta conmoción del alma que por la razón, soportara la misma crítica y la misma suerte con mi historia. Había compuesto este librito antes, a partir de los ejemplos de los más grandes escritores y los preceptos de los hombres más sabios. En él había descrito para mí, por así decirlo, la forma de la historia para hacer la mía a su semejanza”²¹².

Y sigue explicando los criterios con los que escribió su relato de la guerra de Malta, que serán los grandes apartados en que divide su obra. Alude, dividiendo la materia en tres grandes bloques, a la búsqueda y la elección de los hechos dignos de ser expuestos,

²¹¹ Las citas a partir de ahora se realizan por la edición de la obra publicada en 1569. G. A. Viperano, *De Scribenda Historia*, pp 3-4.

²¹² G.A. Viperano, *op. cit.*, pp. 4-5.

a la forma de exponerlos y a la función del historiador. Sobre el primer punto, ejemplificando con su propia experiencia, repasa la importancia que tiene para el escritor escoger adecuadamente el tema sobre el que va a tratar y el carácter totalmente objetivo que debe tener dicha elección. Una vez que el historiador decide contar al lector una contienda, una conquista...determinados, alcanza especial importancia la manera de exponerlo, es decir, la narración propiamente dicha. Viperano ha buscado en todo momento la brevedad en la narración sin olvidar el uso de una lengua y un estilo cuidado y moderado. El objetivo que pretende alcanzar con la presentación de una historia seria, objetiva y módica en su ornato es, sin lugar a dudas, el de educar. Por último y recurriendo al tópico de la falsa modestia por el que el autor reconoce que no pretende equipararse a escritores de la talla de Livio, Salustio, Horacio, Homero o Demóstenes, refiere las críticas, inconvenientes y demás infortunios que ha sufrido su obra y su persona.

Primer bloque: metodología. El historiador.

Tras el prólogo-dedicatoria, el grueso de la obra se presenta estructurado en partes, cada una de las cuales cumple una función bien definida en el sistema general de la composición. Están contenidas en su libro las diferentes etapas del proceder pedagógico humanista²¹³. Afirma la necesidad de la *lectio*, basada en las *auctoritates* que se proponen diseminadamente; sigue el aparato teórico, *praecepta*, que constituyen la materia artística; continúa con la dignificación de la historia, concebida como género independiente y destacando por su *materia*; se la independiza además por su *forma*, su estilo; por último, la práctica se diversifica en *scriptio* y práctica política.

El cuerpo general de la obra, en el que se desarrolla la técnica para escribir historia, está distribuido en diecisiete capítulos. La disposición de éstos no está hecha al azar sino que nuestro autor sigue un planteamiento didáctico bien definido y, por supuesto, bien meditado. La estructura, y dejando aparte el prólogo que ya hemos estudiado, constaría de cuatro partes. Cada una de estas partes, exceptuando la última, que ocuparía sólo dos capítulos, tendrían la misma extensión, cinco capítulos cada una.

²¹³ Este aspecto queda magistralmente recogido en el libro de A, Cortijo Ocaña, *op. cit.*, pp.52-53. El autor se refiere por supuesto a la obra de Fox Morcillo.

La primera parte, que se corresponde con los cinco primeros capítulos, presenta a grandes rasgos el género historiográfico, resumidos en el título de cada uno de los capítulos: el concepto de historia, el objetivo del historiador, un recorrido por el acontecer histórico, la importancia de la historia como género y la relación entre la oratoria y la historia.

La segunda parte, desde el capítulo sexto al décimo, se centra en la temática y contenido de la historia: la elección y disposición de hechos, elementos propios del género historiográfico y, sobre todo, la objetividad, elemento primordial para escribir historia.

La tercera parte, capítulos once al quince, se dedica íntegramente al lenguaje y al ornato en historiografía: uso de oraciones, palabras y figuras retóricas, el tipo de lenguaje de cada una de las partes de la obra historiográfica y las dificultades que puede encontrar el historiador por lo que respecta al lenguaje.

La última parte de las cuatro en que hemos dividido el cuerpo de la obra y que hemos llamado epílogo sólo ocupa los dos capítulos finales, el dieciséis y diecisiete concretamente.

Segundo bloque. Objetivos del historiador: la materia histórica.

Terminada la redacción de la parte metodológica, el autor decide no dejar cabos sueltos y dirige su discurso al objetivo que debe buscar el historiador y a cómo debe ser el público al que va dirigido dichos contenidos.

El estudio de la materia, si bien es un bloque homogéneo, está concebida para que cada una de las partes adquiera independencia y para que cada uno de los capítulos quede perfectamente definido, de tal manera que la lectura es posible hacerla en conjunto, o bien remitirse a alguna de las partes que interese o bien escoger un capítulo concreto.

En cuanto a la extensión de cada uno de los capítulos, parece que el autor busca una cierta uniformidad. Cabe realizar el cálculo mediante un recuento de páginas, puesto que nos encontramos con un texto en prosa, de la edición de Amberes de 1569. La extensión viene a ser de cuatro a cinco folios: cinco tiene los capítulos I y VI; cuatro, los capítulos II, III, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV. Sólo los capítulos V, VII y XV ocupan tres páginas y destaca el capítulo IV, de un folio y el XVII, de dos. Se podría explicar por el hecho de que el primero es un inventario, algo escaso de nombres, acerca de los inventores

de la historia, mientras que el último capítulo, que sirve de cierre y conclusión, es también un inventario de ideas acerca de la forma de leer historia, que aparecen diseminadas y desarrolladas a lo largo de los distintos capítulos de la obra.

Intentaremos dar a continuación un esquema estructural del *De scribenda historia*, de manera que quede resumido lo anteriormente expuesto.

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE: EL GÉNERO DE LA HISTORIA.

Cap. I ¿Qué es la historia?

Cap. II ¿Cuál es la materia y el fin del historiador?

Cap. III Sobre las alabanzas de la historia.

Cap. IV Sobre los inventores de la historia.

Cap. V Esta es la tarea del orador.

SEGUNDA PARTE: LA MATERIA Y SU DISPOSICIÓN.

Cap. VI Sobre la elección de los asuntos.

Cap. VII Sobre la disposición de los hechos.

Cap. VIII Sobre la acción compleja.

Cap. IX Sobre la interposición, digresión, descripción y discursos.

Cap. X Porque la verdad es el origen y la vida de la historia.

TERCERA PARTE: LA LENGUA Y EL ORNATO.

Cap. XI Sobre la interposición de sentencias del escritor.

Cap. XII Sobre el cuidado de las palabras.

Cap. XIII Sobre las partes de la historia. El principio y la narración.

Cap. XIV Sobre la narración.

Cap. XV Sobre la dificultad de escribir.

EPÍLOGO

Cap. XVI Sobre el historiador.

Cap. XVII Sobre la lectura de la historia.

Sabemos que Viperano fue gran conocedor y estudioso de la obra de Cicerón, Quintiliano y Aristóteles. No hay que olvidar que en el Colegio de Perugia y en su Universidad había sido profesor de retórica y había explicado a Cicerón, además no hay que olvidar que entre su producción de tema oratorio se incluye un comentario al *De optimo genere oratorum* de Cicerón. Del esquema anteriormente expuesto se pueden extraer varias consecuencias. Pero hay una que es inmediata, por lo fundamental. Estos núcleos doctrinales en los que acabamos de separar el cuerpo de la obra se agrupan entre sí en cuatro mayores, y de esta manera encajan sin violencia en los límites de un tratado completo de Retórica clásica²¹⁴.

En efecto, los conceptos de la parte en que trata el género histórico son los problemas de la *dispositio* o *compositio*, o si queremos, con palabras de hoy, de la estructura de la historia, tanto interna como externa.

El estudio de los temas que más gustan, como hay que elegirlos y colocarlos son la *inventio*.

A la *elocutio* corresponderían el estudio del lenguaje y el análisis estilístico de las partes de la historia.

Y por último, la parte final y aislada simboliza la *peroratio* de las retóricas de los oradores: aquí la actitud del lector y el historiador.

5.3. CONTENIDO DE LA OBRA

El comienzo del primer capítulo, de título *Quid sit Historia?*, refiere la definición exacta del vocablo Historia, destacando que la disciplina histórica desde su inicio es definida respecto a una realidad sobre la que se indaga, se testimonia. El autor remonta al origen griego del vocablo y resalta la importancia que tiene para la historiografía griega el hecho de que el conocimiento histórico esté relacionado con la observación y con lo oído. Partiendo de estas premisas básicas, expone la trayectoria que sigue el género

²¹⁴ Para este estudio seguiremos la obra de J. M. Rozas, *Significado y doctrina del "Arte nuevo" de Lope de Vega*. Madrid 1976. En él analiza esta obra de Lope desde el punto de vista de la retórica clásica.

historiográfico, semejante al de muchos otros géneros: nacimiento, desarrollo y momento de máximo esplendor. Cada una de estas etapas está marcada por el ornato. Nombra a los primeros historiadores grecorromanos y reconoce que su estilo es poco elegante. Ya con Heródoto, en el mundo griego, y Antipater²¹⁵, en el romano, la historiografía comienza a sobresalir, pero quienes verdaderamente la llevan a la cumbre son el griego Tucídides²¹⁶ y los romanos Salustio y Tito Livio, ya que en ellos se une la pulcritud del estilo a la exactitud de lo narrado.

Teniendo muy claro el concepto de historia y su desarrollo como tal género en la Antigüedad, Viperano considera necesario matizar y ampliar el concepto; para ello ejemplifica con una cita de Aulo Gelio en la que incluye los anales en el género histórico, pudiendo así comprobar el cambio que existe en el estilo entre lo que él llama “vieja historia” y la historia actual. Lo que sí está claro es que los anales ofrecen material de primera mano a la historia.

La primera conclusión, por tanto, es que para escribir historia es necesario utilizar un estilo adecuado al género y buscar la objetividad de lo expuesto.

Una segunda idea es la de concebir la historia como un proceso meramente humano, en el que el hombre es el verdadero protagonista y que nada tiene que ver con circunstancias transcendentales.

Finalmente, el fin último de la historia es ser útil, al rey y al estado. En definitiva, es un elemento más de la política.

Quedan así resumidas las características básicas de la historiografía y de la teoría de la historia en la época en la que escribe nuestro autor.

El título del segundo capítulo es *Quae sit materia et quis finis historici?* No importa escribir sobre un conjunto de hechos históricos o sobre uno solo, lo importante es tener claro el material que debemos utilizar, el propósito que se busca y el método que se ha de seguir.

²¹⁵ Recuérdese el pasaje del *De Oratore* ciceroniano (2,54): *Paulum se erexit et addidit maiorem historiae sonum uocis uir optimus Crassi familiaris, Antipater.*

²¹⁶ Cfr., QUINT, inst. 10,101 *Nec opponere Thucydidi Sallustium uerear, nec indignetur sibi Herodotus aequari Titum Liuium, cum in narrado mirae iucunditatis clarissimeque candoris, tum in contionibus supra quam enarrari potest eloquentem, ita qua dicuntur omnia cum rebus tum personis accommodata sunt; adfectus quidem, praecipueque eos qui sunt dulciores, ut parcissime dicam, nemo historicorum commendauit magis.*

La materia de partida son las hazañas realizadas por el hombre sin intervención divina, ya sean individuales, ya conjuntas. Ciertamente, la filosofía, la poesía y la oratoria pueden sacar a la luz las acciones del hombre y su fin último es el deleite del lector pero la historia se caracteriza porque su fin último es enseñar mediante los ejemplos mostrados.

Sigue insistiendo en la dicotomía deleitar / ejemplificar y añade que en poesía el deleite del lector se superpone a lo narrado, en historia es necesario que sea justo lo contrario porque utilizar un estilo demasiado elevado o utilizar en exceso la *amplificatio* ocultaría la pretensión última del historiador.

El capítulo tercero lleva por título *De laudibus historiae*. Para elogiar el género histórico, comienza poniendo en la balanza los conceptos de cultura y conocimiento práctico (experiencia) como base para adquirir prudencia. El primero es universal y se aumenta con el estudio; el segundo se consigue con la edad y tiene carácter individual.

Una vez definidos estos términos y sirviendo de comparación la filosofía se inician las alabanzas del género. La filosofía, por una parte, se fundamenta en la ciencia de carácter universal; de otro lado, la historia presenta las experiencias ajenas para que puedan ser imitadas. El autor llega a la conclusión de que la experiencia se une al conocimiento práctico y éste es el que queda plasmado en el género de la historia, que consigue dar actualidad al pasado. Recuerda, para ejemplificar, a personajes históricos cuyos actos han estado marcados por las acciones de otros: Luculo, Filomenes, Escipión el africano, Alejandro Severo. Con ello pretende la búsqueda de la virtud, resaltando la importancia de conocer el pasado para no vivir en la ignorancia.

En cuanto al método que se ha de utilizar, el historiador debe exponer su material sirviéndose de un discurso suave y fluido. Para ellos, necesita el apoyo de otras artes y ciencias. Se sirve de la oratoria para persuadir, de la lírica para deleitar, de la épica para las historias narradas. La relación que se establece es recíproca.

Por último, refiere las ventajas de conocer y leer historia. El conocimiento del pasado abre las perspectivas del futuro. Su lectura provoca deleite porque aviva el deseo de aprender y de conocer cosas nuevas y diferentes, sentenciando con una hermosa cita de

Cicerón: “la historia es el testigo de los tiempos, la luz de la verdad, la vida de la memoria, la maestra de la vida, la mensajera de la vejez²¹⁷”.

En el capítulo cuarto (*De inventoribus historiae*), Viperano intenta encontrar cuál fue el nacimiento de la historia. Señala que su origen es oscuro. Expone varias opiniones al respecto: unos se remontan a los egipcios, otros a los judíos, otros al imperio babilónico. Pero dejando a un lado las distintas teorías sobre el nacimiento de la historia, él da su propia opinión: en un primer momento, se transmitía de forma oral cualquier hecho bélico y hazañas importantes, luego, para que quedarán en el recuerdo se anotaron con símbolos, hasta que apareció la escritura.

El título escogido para el capítulo quinto es el de *Quod oratoris munus sit: historiam scribere*. Las tesis argumentadas por Viperano son las siguientes: no todo el mundo está preparado para escribir historia, aunque el material histórico esté ahí para ser utilizado en cualquier momento y por cualquiera. Pero escribir historia debe ser además un trabajo artístico, no inspirado por una fuerza divina, sino realizado y trabajado por alguien preparado para este menester. El autor sugiere que el orador es el indicado para llevarlo a cabo²¹⁸, contando con el respaldo de la dialéctica y la retórica.

Desmenuza a continuación cuáles son los preceptos que marca la retórica para construir un obra digna de ser considerada como literaria: captar en todo momento al lector y hacerlo partícipe de la narración. Ésta, a su vez, debería ser breve, clara, verosímil y agradable. Vuelve los ojos a su venerado Cicerón, de donde toma la idea de la vinculación entre el orador y el historiador, presentando a éste como el orador por excelencia, digno de ser imitado. Con Cicerón vuelve de nuevo a insistir en que a pesar de que son los eruditos los conocedores de la historia, sin embargo escribir historia es una tarea propia del orador²¹⁹.

²¹⁷ CIC. de orat. 2,36,1: *Historia uero testis temporum, lux ueritatis, uita memoriae, magistra uitae, nuntia uetustatis.*

²¹⁸ La idea de que sea el orador el que se dedique a escribir la historia aparece en Cicerón, concretamente en el de orat. 2,62: *Sic illuc redeo: uidetisne, quantum munus sit oratoris historia? Haud scio an flumine orationis et uarietate maximum; neque eam reperio usquam separatim instructam rhetorum praeceptis; sita sit ante oculis.* Cicerón es un autor, como ya hemos dicho en numerosas ocasiones, admirado, estudiado e imitado por Viperano.

²¹⁹ CIC. de orat. 1,187: *in grammaticis poetarum pertractatio, historiarum cognitio, uerborum interpretatio, pronuntiandi quidam sonus*

Con el capítulo sexto, *De rerum delectu*, comienza la que hemos denominado en la estructura de la obra segunda parte. Es de vital importancia para el escritor de historia la elección y disposición de los hechos que han de ser narrados.

A. La elección: el principio del que parte el historiador es la investigación puesto que los hechos no pueden ser ficticios. El material se escogerá con objetividad, no ha de ser demasiado común, ni insignificante sino fundamentado, con abundantes ejemplos de virtudes, variado y sorprendente para el lector.

La naturaleza del material histórico es la misma ya desde los clásicos, pero siempre matizando. No está Viperano de acuerdo con Heródoto en el hecho de que incite al historiador a escribir sólo las acciones favorables para la patria y critique a aquellos que han plasmado en su obra otro tipo de hazañas. Las razones de su desacuerdo están fundamentadas en las enseñanzas transmitidas por dichas acciones, aunque no debe ser expuesta ningún tipo de historia deshonrosa (crítica que dirige a Suetonio).

Una vez elegidas cuidadosamente las historias, habría que tener en cuenta la proximidad o lejanía de éstas en el tiempo. Para las que se producen en tiempos remotos hay que basarse en las fuentes, proporcionadas por los autores clásicos, lo que les dará autoridad y autenticidad. Por su parte, las más cercanas al autor se basarán en la investigación de campo: el historiador tendrá que conversar, dudar, refutar, afirmar.....

B. La disposición: hay que realizar dos tareas esenciales, ordenar el material y narrar lo ordenado. Para formar el cuerpo de la obra se ha de clasificar el material, decidir el principio y el fin, es decir, qué hechos exactamente ha decidido narrar y, finalmente, el encadenamiento de los hechos, que deben aparecer como un todo ordenado en perfecta armonía.

Este proceso se sigue no sólo para obtener el conjunto de la obra sino para cada una de las partes porque el objetivo último de la obra historiográfica es la utilidad y brevedad. El último consejo es no apartarse del camino de la narración inicial, bien por un exceso de información o bien porque la información aparezca incompleta.

Continuamos con el capítulo séptimo que Viperano titula *De rerum dispositio*. Para obtener una buena historia es necesario que exista un hilo argumental con principio, progreso y fin. Al hablar de principio es necesario remontarse a las causas, definidas como las emociones que mueven a hacer algo, frente a proyecto, que sería la construcción mental

de un proceso posible de llevar a cabo. Lo más importante para el historiador es la explicación de la gesta, pero la narración sumaria y breve de las causas la clarifica. Ejemplifica con Salustio, que se remonta a los orígenes de Roma para explicar un hecho reciente.

Habla también del final de la narración, en el que debe aparecer las consecuencias que se han producido y por supuesto en la narración hay que utilizar todo tipo de procedimientos, siempre y cuando su objetivo principal sea proporcionar datos clarificadores: límites, lugares y épocas.

Otro tipo de aderezos que no puede olvidar el historiador es la inclusión de cualquier tipo de prodigio, fenómeno natural, adivinaciones, etc., que amplíe la visión de lo narrado.

Por último explica y distingue el proceso de escribir biografía y el de escribir historia. A modo de conclusión y ejemplificando con la obra de Polibio vuelve a referir, esta vez de manera resumida, el proceso que debe seguir el historiador para la narración de hechos: estructurar mentalmente todo el material, explicar a continuación, mediante la narración ordenada, dicha estructura. La unión de ambos procesos forma el cuerpo de la historia.

En el capítulo octavo (*De multiplici actione*), divide las acciones en simples, con un solo hilo argumental y complejas, con varios argumentos aunque un mismo tema. El estilo, en el primer caso puede ser recargado para evitar la falta de interés por parte del lector; en el segundo caso, por el contrario, ha de ser sencillo para evitar confusión. El escritor debe discernir perfectamente épocas y lugares, siguiendo un orden cronológico exacto. Una parte del capítulo está dedicada precisamente a las etapas cronológicas y a la importancia que tiene presentar la historia por épocas bien diferenciadas, con el fin de dar cohesión y conectar un hecho con el otro, una hazaña con otra. Reciben alabanza, por parte de Viperano, la trabazón de las historias de Heródoto y Tucídides. Y de nuevo retoma la forma de estructurar una acción compleja y esta vez cobra importancia las causas que han originado la historia y el final, que son iguales aunque existan argumentos múltiples y variados. Lo ejemplifica usando la imagen de un cuerpo: cada miembro cumple su misión y forma parte de un todo.

¿Qué se puede insertar en el discurso histórico para hacerlo más fluido y más atractivo para el lector? Este es el problema que plantea en el capítulo noveno (*De digressionibus, descriptionibus, concionibusque interponendis*). El historiador se vale del método de amplificación y adorno. Viperano analiza los tropos más utilizados en historia: las digresiones, que define como el paso de un asunto a otro. El objetivo es que el lector se recree. Como el objetivo de la poesía es precisamente deleitar, compara ésta con la historia. La diferencia radica en que la inserción de estas pausas ha de ser moderada y medida hasta sus últimas consecuencias. Salustio es el autor que mejor ejemplifica al hablar de las costumbres de César y Catón.

Las descripciones, segundo tipo de interposición, se dividen en dos bloques, las descripciones de pueblos y las descripciones de personajes destacados. Ayudan también las que se detienen en los lugares, para las cuales es aconsejable que el historiador los conozca personalmente (como Salustio, que visitó África para describirla), las de épocas, muy convenientes para establecer una visión panorámica o de cualquier otra cosa, siempre que en ellas prime la objetividad y un trabajo serio de investigación.

Por último, los discursos y arengas son muy valorados en historia. De ellos podemos destacar dos clases: los directos en los que habla directamente el personaje y los indirectos en los que el historiador es el trasmisor de las palabras. En la forma de presentar y escribir discursos, se demuestra la habilidad del historiador, porque caracteriza con ellos a un personaje ilustre, habla sobre asuntos de importancia y ayuda a una mejor explicación de los hechos. Para Viperano los verdaderos maestros del discurso son, en el mundo griego, Tucídides, y en el latino, Tito Livio. El último consejo está en elegir el tipo de discurso según la situación: no es lo mismo arengar a los soldados antes de una batalla que dirigirse al Senado o criticar una situación.

En el capítulo décimo (*Quod ueritas fundamentum et uita Historiae sit*) el tema que trata es el de la verdad como base de la historia. No existe lugar para la invención en este tipo de género. Se refiere a las críticas que recibe la historia por parte de algunos escritores al interponer discursos en estilo directo y lo que esto afecta al concepto de verdadero. Pero para Viperano, evidentemente, tal proceder tiene justificación, pues el historiador no es el que pronuncia estas palabras (que no pueden recogerse bajo ningún concepto) sino que su misión es presentar los hechos (que sí se han producido), basados en

la verdad para evitar estas críticas y ganar en fuerza y autoridad. La mejor forma de explicar el concepto es recurrir, una vez más, al tópico de la historia como un espejo que devuelve la imagen de las cosas.

El historiador debe tener clara la diferencia entre poesía, cuya base es el deleite, y la historia, basada en lo verdadero. La única forma de conseguir la verdad es la objetividad. Nos sirve de ejemplo el favoritismo de Livio hacia los romanos, o la animadversión de Salustio por las alabanzas del Senado a Cicerón, que oprimió el levantamiento de Catilina. Dirige además sus críticas hacia la historiografía griega, falta de objetividad y cuya finalidad es alabar a los suyos.

En el capítulo anterior había recomendado nuestro autor escribir acontecimientos de significativa importancia para la acción: presagios, milagros.... Esta afirmación no casa con el concepto de verdad. Busca la solución en Livio y Dión, ambos consideran que sea el lector el que juzgue la credibilidad que pueden llegar a tener.

En el capítulo undécimo (*De interponenda scriptoris sententia*) dilucida si el escritor debe dar su opinión e intervenir en la historia o no. Viperano está completamente a favor de la intervención directa del autor en el escrito y estructura cómo se ha de hacer. En primer lugar, es necesario exponer al lector todos los antecedentes y explicaciones para ir analizándolas una por una. La segunda regla que el historiador ha de tener presente es que en la desmembración primará sobre todo la objetividad. Como última recomendación sugiere al buen escritor usar el género laudatorio, mejor que la crítica. Pero, tanto si se elige una como otra, la brevedad y proporción son importantes (considera una buena crítica la que Salustio hace sobre Metelo²²⁰). El capítulo continúa hasta finalizar con diferentes ejemplos de distintos escritores y su opinión acerca de determinados acontecimientos. Luciano, por ejemplo, analiza los caracteres de los personajes como si él tuviera algún tipo de poder divino sobre ellos; Livio, Salustio, Justino opinan sobre la escasa necesidad de apelar a las divinidades en historia; Plutarco, el más admirado por Viperano, da su opinión sobre filosofía, describe las costumbres, los caracteres, los debates y es un magnífico biógrafo.

²²⁰ SALL. Iug., 82, 2: *Vir egregius in aliis artibus nimis molliter aegritudinem pati.*

Después de elegir bien los hechos que se van a narrar, es conveniente tener en cuenta la forma de escribir y a esto está dedicado todo el capítulo duodécimo (*De cura verborum*)

Viperano recomienda siempre el uso de vocablos latinos peculiares y variados, que no sean excesivamente complejos porque la razón última del estilo del historiador debe ser la claridad. En segundo lugar, a la hora de elegir, debe buscar las más aptas, dignas y serias y a continuación las más amenas, brillantes y elegantes.

Acerca de la creación de nuevos vocablos, considerando el latín de esta época, no está a favor de la invención de palabras, ya que malogran la lengua latina, a no ser que su creación resulte indispensable para cosas que no se puedan expresar en latín. Recomienda algunas técnicas para la correcta formación de palabras, como la analogía, la onomatopeya o la imitación de palabras de otros autores.

Hay que tener en cuenta además que existen palabras propias del género histórico y particulares de historiador. Viperano presenta algunos ejemplos en autores concretos (“pacificar” es una palabra propia de la historia, Salustio utiliza “levantar la vista” por mirada, etc). Todo contribuye a dar coherencia y cohesión al discurso histórico.

No está de más el uso de figuras poéticas en historia, como en los géneros poéticos, pues aunque el discurso ha de ser claro y serio, como en oratoria, sin embargo no debe aburrir. Así las claves de la historia están en la claridad y brevedad, que se consiguen con un estilo moderado, reducido en palabras y extenso en conceptos, y la objetividad, con la finalidad de no inferir en la opinión del lector. La única manera de obtener un estilo depurado y propio del género histórico es a través de la técnica, la práctica y la imitación.

El capítulo décimo tercero (*De partibus historiae. Principio et Narratione*) está dedicado a las partes de la historia, que para el autor son dos: el prólogo y la narración propiamente dicha, pues en raras ocasiones o nunca encontramos un epílogo.

El resto del capítulo es una descripción pormenorizada de dicho prólogo. La primera característica es su total independencia con respecto al cuerpo de la narración. La segunda es la costumbre de muchos autores de recrear en él el tópico de la *captatio benevolentiae*. Hay opiniones contradictorias respecto al uso de dicho tópico en el prólogo de la obra histórica. Por ejemplo, Luciano piensa que el prólogo sólo ha de servir para captar la atención del lector sobre la narración; por otro lado, Livio y Cicerón sí utilizan

este tópico en sus prólogos. Viperano opina que no hay que olvidar que el fin último de la historia es la utilidad común y no que el autor alcance la fama; en consecuencia no hay que buscar la benevolencia del público.

Recordemos cuál es la temática sobre la que debe versar el exordio. Quintiliano recomienda que se busque la atención del lector, que se estimule su capacidad de aprendizaje y que se remonte a las causas que han provocado el hecho narrado. La forma de despertar la atención es acrecentar el hecho, mostrar su utilidad, hacerlo ameno..... Al narrar de forma breve y con las palabras exactas daremos ejemplo al lector. Y la exposición de las causas tienen como objetivo preparar precisamente la comprensión del lector, de ahí que Jenofonte narre el origen de Ciro en el prólogo de su relato de la expedición, o que César comience por la descripción de la Galia para pasar luego a la narración de los hechos o que Salustio refiera la corrupción de la ciudad de Roma para justificar la conjura de Catilina.

En cuanto al estilo, aconseja no comenzar dirigiéndonos a ninguna divinidad como ya hacían los historiadores antiguos y no mostrar falta de objetividad. El lenguaje ha de ser moderado, ajustado a lo que se pretende exponer y cohesionado con la narración de manera que el paso de un asunto a otro no sea en absoluto abrupto. La extensión ha de estar en armonía con la narración. La última recomendación al historiador es la de comenzar siempre con un prólogo.

Sin romper la continuidad, el capítulo décimo cuarto (*De Narratione*) es una descripción perfecta del cuerpo de la narración. El paso del exordio a la narración propiamente dicha conviene que no sea abrupto y guarde cierta cohesión entre ambos. Divide la narración en bloques dignos de tener en cuenta: origen, desarrollo y fin.

En el origen del relato deben aparecer las causas que lo provocaron, pero siempre las más cercanas al hecho narrado. El final ha de ser impactante y vinculado a la narración, los juicios no han de ser los del autor sino los que el lector se forme en su mente. Respecto al desarrollo propiamente dicho es una ampliación de lo que hasta ahora ha venido recogiendo y explicando. Los principios básicos que deben ser tenidos en cuenta son:

- El orden preciso, detallado y enlazado de los acontecimientos básicos.
- La verosimilitud, que se consigue con la búsqueda rigurosa de la verdad.
- La brevedad que se refleja en la redacción concisa y precisa de los hechos. En este punto sigue los consejos de Cicerón recomendando escribir cada tema por separado,

usar las palabras necesarias sin sobrepasarse y guardar un orden. Todo ello permite conseguir la brevedad, es decir, expresar justo lo que conviene.

- La claridad, unida a la brevedad, se consigue con el uso de un vocabulario estándar, con períodos no demasiado largos ni farragosos y matizando las personas, lugares, costumbres, discursos, etc²²¹.

El conjunto se completa con el uso reflexivo de figuras literarias, aderezadas con la intromisión de cualquier tipo de sentimiento propio del hombre (odio, admiración...) la plasticidad en la narración es la cualidad más apreciada entre los historiadores y también para Viperano.

El capítulo décimo quinto (*De Difficultate scribendi*) es una resumen final del bloque doctrinal referido a la *elocutio*. El historiador tendrá como puntos de referencia al escribir su historia la retórica y los modelos clásicos. El segundo punto sobre el que trata es qué hay que tener en cuenta a la hora de la elección de los hechos. A juicio de Viperano, si decidimos escribir sobre nuestra época, incurriremos en un gran error, porque no seremos parciales a la hora de la narración y esto es propio de un filósofo no de un historiador. Si, por el contrario, el autor decide escribir sobre un hecho pasado, no se debe de documentar en las historias que otros han contado, porque un mismo hecho puede ser contado de distinta forma según la perspectiva de quien escribe, por eso aconseja una labor ardua de investigación que nunca debe ser suficiente.

Con todo lo anteriormente expuesto, una investigación exhaustiva de todo el material recopilado y dejando a un lado la participación divina (con repetidas apariciones en la historia antigua), el historiador conseguirá que el género historiográfico se convierta en ciencia.

En el capítulo décimo sexto (*De Historico*) entra de lleno en una teoría de las condiciones necesarias para escribir historia. Al contrario de los que piensan que no existe

²²¹ CIC. part. or. 31,2-9: *Quoniam narratio est rerum explicatio et quaedam quasi sedes et fundamentum constituendae fidei, ea sunt in ea seruanda maxime, quae etiam in reliquis fere dicendi partibus; quae partim sunt necessaria, partim assumpta ad ornandum. Nam ut dilucide probabiliter que narremus necessarium est, sed assumimus etiam suauitatem. 32,1-5: Ergo ad dilucide narrandum eadem illa superiora explanandi et inlustrandum praecepta repetemus, in quibus sit breuitas ea, quae saepissime in narratione laudatur, de qua supra dictum est. Probabilis autem erit, si personis, si temporibus, si locis ea, quae narrabuntur, consentient; si quoniusque facti et euenti causa ponetur; si testata dici uidebuntur, si cum hominum opinione auctoritate, si cum lege, cum more, cum religione coniuncta; si probitas narrantis significabitur, si antiquitas, si memoria, si orationis ueritas et uitae fides.*

ninguna norma para dedicarse a esta actividad, él piensa que existe un método como en los demás géneros. Remitiéndose a Luciano, señala la importancia de que el historiador posea experiencia, ejercitación y tenga conocimiento práctico. La experiencia sólo la da el tiempo, la ejercitación la obtendrá un hombre erudito, es decir, conocedor de muchas materias y buen escritor y, por último, la práctica o un especie de sexto sentido para saber qué asuntos escoge, cómo exponerlos, etc. ¿Qué mejor forma de presentar el ideal de historiador del siglo XVI que utilizando las palabras de Viperano? La figura del historiador es modesta, liberal, estudiosa de la virtud, escribe la verdad sin dejarse llevar por apasionamientos. Es juez y censor al condenar los vicios y alabar las virtudes. Tiene que ser erudito en muchas artes y en la práctica de escribir. Además el historiador debería habitar en una ciudad floreciente en las artes liberales y con experiencia en lo que va a escribir. En resumen, escribir historia es propio del orador al hablar y de un gran hombre y experimentado al pensar, por lo que el historiador es siempre considerado un hombre sabio.

En el capítulo décimo séptimo (*De legenda historia*) transmite la idea de que el objetivo último al leer historia es aprender, es recoger los frutos y enseñanzas de los historiadores. El historiador construye historia con el único fin de ser útil, ejemplificando con la narración de los hechos y hazañas humanas. A la confección de la historia hay que añadir los preceptos de la filosofía y se obtendrá la ansiada sabiduría. Recomienda al lector que intente discernir entre lo que es filosofía y fábulas y al historiador que sea pulcro a la hora de escribir para ganarse lectores adeptos porque cualquiera puede escribir historia pero no escribirla bien

5.4. LA PRESENTE EDICIÓN

La edición de *De scribenda historia* se justifica además de por su contenido, por el desconocimiento de las obras de Giovanni Antonio Viperano, que fueron publicadas por separado en el s. XVI y en su totalidad en una obra de principios del s. XVII y que aún hoy carecen de un estudio de conjunto.

En concreto, las ediciones que hemos encontrado de esta obra, junto con el de *De rege et regno liber* o bien por separado son la de Amberes, publicada en 1569, luego reeditada en Perugia en 1570 y en Basilea en 1576. Aparece también en 1606 en una recopilación de las obras completas de Viperano realizada en Nápoles, en tres volúmenes y

que recoge la trayectoria literaria de nuestro autor. Nuestra obra se reeditó además dentro del monumental libro de Johan Wolf, *Artis historica penus octodecim scriptorum* Basileae, Ex officina Petri Pernae, 1579, desde la página 838 hasta la página 889.

Esta edición se encuentra en el ejemplar R/20089 de la Biblioteca Nacional de Madrid, donde aparece junto al *De rege et regno liber*. Los ejemplares consultados presentan siempre la misma disposición tipográfica, diferenciándose sólo en el hecho de que la obra se edita por separado o encuadrada con algún otro libro. A pesar de que el texto incluido en el *Penus* de Wolf (1579) y en los *Opera* (Nápoles, 1609) son los últimos publicados en vida del autor, no los hemos tomado como base por considerar que la primera pudo no ser revisada por el autor y la segunda es una edición bastante descuidada y con erratas de bulto, justificable si tenemos en cuenta que Viperano no la podría ya revisar porque estaba muy enfermo.

El ejemplar escogido cuenta a su favor con el hecho de haber sido publicado en Amberes, el primer lugar de edición; además, es el que presenta la edición por separado de la obra en mejores condiciones de conservación.

Por otro lado, es evidente que los autores en el s. XVI utilizan los signos de puntuación de manera diferente a como lo hacemos en la actualidad: ponían comas donde nosotros no las pondríamos y las omitían donde hoy nos parecen necesarias o ponían puntuación interrogativa donde la pondríamos exclamativa. En cuanto a la edición en sí, hemos modernizado la ortografía y puntuación del texto latino, aunque somos de la opinión de que un texto de creación literaria debe manipularse lo menos posible. Se ha suprimido comas, como las que siempre aparecían antes de la conjunción *et*; se ha usado mayúscula después de los puntos y se ha desistido de los dos puntos en numerosas ocasiones, etc.

También hemos cambiado la presentación del texto, manteniendo los epígrafes que encabezan los capítulos en que se divide el libro, pero añadiendo a la vez la división en párrafos que no figura en el original pero sin duda favorece la estructuración y la lectura del texto. Para hacerlo, se ha seguido los criterios de sentido de las oraciones y la longitud de los párrafos.

En cuanto a la grafía, se han unificado los signos que representan las semivocales, transcribiéndolos según las normas habituales como una *u* e *i* para las minúsculas y como *V* e *I* para las mayúsculas. Asimismo se ha suprimido el acento que aparece en la última sílaba

de los adverbios del tipo *longe, primum...*, en las preposiciones *a, e* y en los relativos *quam, quod*, adecuándolo al uso clásico.

Por otro lado, en el texto aparecen algunas de las abreviaturas propias de la época y que lógicamente hemos restituido. Así sucede con la enclítica *-que* encontrada en el texto original como *`q*; la *m* formando parte del grupo vocal más *m* desinencial o en interior de palabras cuya abreviatura es un acento en la vocal precedente y el signo & para designar la copulativa *et*.

A la edición del texto latino, al que hemos añadido un aparato de fuentes literarias suficientemente exhaustivo y que estudiaremos en otro apartado, sigue la traducción del mismo, que pretende ser lo más ajustada posible al original, acompañada de abundantes notas.

En fin, se han elaborado, para facilitar la consulta de una serie de aspectos, unos índices: en el *Index locorum* se ofrecen los fragmentos de textos de diferentes autores que Viperano cita textualmente, en el *Index nominum* todos los nombres propios y en el *Index rerum notabilium* se recogen los conceptos más importantes, vertidos en la obra de nuestro autor.

5.5. LAS FUENTES Y LAS CITAS LITERARIAS.

En la obra de Viperano encontramos materiales diversos, de los que nuestro autor se ha servido para componer su mensaje y que provienen fundamentalmente de los autores clásicos griegos y latinos. En el estudio de las fuentes nuestra intención es en primer lugar observar el distinto tratamiento que Viperano hace de los materiales tomados y en segundo lugar elaborar un repertorio exhaustivo de dichas fuentes.

Ya hemos dicho que el mundo clásico aflora sin cesar en nuestra obra y lo hace de diversas maneras, lo que nos lleva a hacer una aproximación o intento de tipología de las citas encontradas²²².

En el primer apartado se incluyen aquellos casos en los que el autor incorpora a su exposición materiales extraídos de autores precedentes, de forma que constituyen el propio texto historiográfico. Nos referimos a las citas textualizadas.

²²² Para esta ordenación de las citas hemos utilizado el estudio realizado por C. Bernal-Lavesa y J. Beltrán Serra en "Citas de autores clásicos en Vives", *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico, II*, 1996 (231-239)

En el segundo se encuentran aquellos en los que Viperano indica que tales materiales proceden de actos de habla o pensamiento de terceros, reproduciendo exactamente el texto original de su modelo. Son las citas textuales.

I.- En el primero de los apartados podemos hacer las siguientes subdivisiones:

A) Las citas textualizadas por alusión. En ellas se aluden a personajes de la antigüedad, reales o de ficción (a). Estas menciones pueden referirse sólo a los nombres propios, dando por supuesto que los lectores, instruidos, identificarán sin problemas a las personalidades evocadas y traerán a su mente el rasgo psicológico, la actitud o la anécdota que lo identifican. También podemos incluir aquí (b) los casos en que el nombre del personaje aparece acompañado de un breve desarrollo de algún rasgo o anécdota. La última modalidad es aquella en la que con el nombre aparece una narración completa del hecho por el que el personaje es mencionado. Ofrecemos una muestra de cada una:

a) –

Nam qui primi omnium apud graecos historiam scripsere, Pherecydes, Hellanius, et Acusilas (De scrib. Hist., cap.I “Quid fit historia”).

b) –

Caesar lib. V de bello Gallico T. Pulphii et L. Vareni egregia quadam fortitudines militum excellens illud facinus commemorat, quo uterque alterum periculo liberauit cum alterius gloriae uterque inuideret (De scrib. Hist., cap. VI “De rerum delectu”).

c) –

Lucillum ullum, qui Mithridatem uicit in Ponto, memoriae proditum est Roma profectum rei militaris ignarum et pene rudem cum totum iter et nauigationem in legendis historiis, et doctorum hominum disputationibus consupsisset, in Asiam uenisse factum imperatorem, ut Mithridates hunc maiorem, quam eorum quenquam, quos uidisset, aut legisset, ducem a se cognitum esse confiteretur. (De scrib. Hist., cap.III “De laudibus historiae”).

En todos los casos las citas no constituyen doctrina sino que las referencias sirven para apoyar o incluso amenizar lo que se dice. No son, por tanto, parte imprescindible del texto, tal y como se observa en la relación sintáctica que se establece con el fragmento al que pertenece: en el primer ejemplo a través de una aposición (*qui...apud*

graecos...Pherecydes...); en segundo y tercero no hay ningún vínculo que relacione los episodios con el contexto.

B) Citas textualizadas por inclusión. Viperano asume como propias las ideas de los grandes pensadores de la Antigüedad, que forman así parte del desarrollo natural del texto. De esta manera, se produce una penetración más profunda del pensamiento clásico. También podemos distinguir en ellas dos subtipos: a) unas en las que nombra autor y obra de la que fueron extraídos, por lo que se produce una coincidencia en la forma de tratar las cuestiones entre los autores clásicos y el propio Viperano; b) otras no dan ningún tipo de información en este sentido y hace falta una considerable formación literaria, filosófica, histórica y retórica en el lector de manera que le permita reconocerlas.

En el siguiente texto Viperano hace suya la afirmación de Horacio, para explicar así cuál es el texto utilizado en la obra de Homero:

et uidetur Homerus quandoque dormire .(De scrib Hist., Prefacio)²²³

En este otro texto aparecen las ideas o recursos de otros escritores, incorporados como propios al discurso de nuestro autor; por ello que, a veces, la sintaxis, el vocabulario o el sentido de los originales puedan aparecer alterados.

II.- Al segundo bloque de este estudio pertenece lo que hemos denominado citas textuales. Dependiendo del grado de integración de las citas en el cuerpo del texto podemos distinguir dos tipos.

A) Citas textuales por alusión. Viperano reproduce exactamente las palabras de un autor determinado, utilizando el estilo directo. La relación sintáctica entre la cita y el texto es de naturaleza paratáctica. De estos podemos ofrecer los siguientes ejemplos:

- 1.- *Vixere fortes ante Agamemnona*
Multi, sed omnes, illachymabiles
Urgentur, ignotique longa
Nocte carent quia vate sacro (cap. III)

Cita de Horacio, *Odas*, 4,9,25-28

2.-

²²³ HOR. *ars*, 358. *et idem/ indignor, quandoque bonus dormitat Homerus,/ uerum operi longo fas est obrepue somnum.*

Pulchre igitur Cicero Historia est (inquit) testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis. (De scrb. Hist II)

Reproduce literalmente las varias veces citadas palabras de Cicerón en *DeOrat.*

2.36.1

Como es lógico, este tipo de citas son utilizadas por el autor para apoyar y ejemplificar su doctrina, pues la métrica, el tipo de figuras o juegos de palabras impiden al autor tomarse libertades a la hora de transmitirlo.

B) Citas textuales por inclusión. Otras veces reproduce las fuentes adaptándolas al propio discurso bien por medio del estilo indirecto, bien por otros recursos sintácticos. Se establece entonces entre la fuente y el texto del autor una trabazón más fuerte, de naturaleza hipotáctica y, por tanto, más firme y compleja. Válganos como ejemplo:

Quapropter Fabius Quintilianus affirmat esse quodam modo carmen solutum.

La cita está tomada de *Inst.* 10,1,31: *est enim proxima poetis, et quodam carmen solutum est et scribitur ad narrandum, non ad probandum.*

Como hemos podido comprobar y como es lógico, las citas textuales, en cualquiera de sus modalidades, son más transparentes que las textualizadas a la hora de hacer un estudio de la utilización que Viperano hace de sus fuentes puesto que, generalmente, se menciona claramente el autor y, a veces, la obra de la que proceden, con lo que resulta más fácil observar en ellas las alteraciones formales que respecto al texto establecido de los textos clásicos presenta la versión de nuestro autor.

Las causas de estas alteraciones pueden ser diversas y de distinto origen: que el autor haya recurrido a la memoria para citar, que el ejemplar elegido para copiar la cita escoja otra rama de la tradición o que esos retoques sean hechos conscientemente.

En cuanto a las fuentes en su conjunto, varias son las ideas que podemos entresacar.

En primer lugar, como cabía esperar, las referencias a autores clásicos, bien porque sean expertos en la materia tratada o bien porque su estilo, tratamiento de la materia o doctrina sirvan para ejemplificar, son abundantes.

En segundo lugar los autores y textos se distribuyen a lo largo de los capítulos, en cuanto a cantidad y calidad de las fuentes, dependiendo del alcance que Viperano tuviera o no de antecedentes de este tipo. Esto no significa falta de originalidad, el valor de este trabajo radica precisamente en el acierto al elegir los textos que se utilizan y en la forma de exponerlos, modificados, adaptados, recortados o utilizados según los contextos.

Como ya hemos adelantado, los autores son seleccionados por Viperano según sean técnicos en la materia o escritores de historia. En aquellos capítulos en los que se expone el tratamiento de la materia histórica, se recurre a las doctrinas de los autores griegos Justino, Polibio, Dionisio de Halicarnaso y, sobre todo, Luciano y de los autores romanos Cicerón, Horacio o Quintiliano.

Para los capítulos en los que justifica la existencia de la historia como género sigue una tradición remontable muy atrás en el tiempo: parte de Aristóteles, sin dejar de lado a Cicerón (no olvidemos que Viperano era profesor de oratoria en Perugia y, por tanto conocedor en profundidad de estos dos autores)

En los capítulos dedicados al estilo, a las observaciones gramaticales y a la relación de la historia con la oratoria y retórica encontramos a Demóstenes, Teopompo y Aristóteles, de entre los griegos, y, de entre los latinos, a Quintiliano y, por supuesto, Cicerón.

Para la ejemplificación de las teorías históricas expuestas por Viperano recurre a Heródoto, Tucídides, Jenofonte y Plutarco, por un lado, y a Catón, César, Salustio, Livio, Suetonio por otro; para los pensamientos filosóficos, Aristóteles, Platón y Teofrasto. Con menos frecuencia aparecen también citados Homero, Aulo Gelio, los autores de la *Historia Augusta* y Virgilio.

Fuera de ellos, las aportaciones de los preceptistas italianos Robortello y Speroni son dignas de tener en cuenta. Hay también reminiscencias de autores españoles como Fox Morzillo y Vives, que Viperano debió conocer en su estancia en España.

Del examen conjunto del aparato de fuentes se deduce una sólida preparación humanística y un manejo importante de autores, mayor incluso del que demuestran los propios italianos y franceses.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBALADEJO MAYORDOMO, Tomás, *Retórica*, Madrid 1990.
- ANTONIO, Nicolás, *Biblioteca Hispana nova, sive Hispanorum scriptorum qui an anno MD ad MDCLXXXIV florere notitia*, Madrid 1996. Edición facsímil de la edición de 1788 de Joaquín de Ibarra.
- BATAILLON, Marcel, *Erasmus y el erasmismo*, Barcelona 1983.
- BATLLORI, Miguel, *Humanismo y Renacimiento*. Barcelona 1987.
- BÉCARES BOTAS, Vicente, *Dionisio de Halicarsos. La composición literaria*, Salamanca 1983.
- BERMEJO, José C., “Hacer historia, hablar sobre historia”, *Historia a debate*, Tomo III. A Coruña 2000, pp 9 – 21.
- BERNAL LAVESA, Carmen – BELTRÁN SERRA, Joaquín, “Citas de autores clásicos en Vives (*De Institutione Feminae Christianae y De Officio Martiri*)”, en J.Mª. Maestre y L. Charlo Brea (eds), *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico II. 1*, Cádiz 1997 pp 231 – 239.
- BEURER, Johann Jacob, *Sinopsis historiarum et methodus noua*, Hanouiae 1594.
- BOURDÉ, G. – Martín, H., *Las escuelas históricas*, Paris 1964.
- BOUWSMA, William, *El otoño del Renacimiento 1550 – 1640*. Barcelona 2001.
- BRANCA, Vittore, *Boccaccio y su época*, Madrid 1975.
- BURCKHARDT, Jacob, *La cultura del Renacimiento en Italia*. Madrid 1982.
- BURKE, P., *El Renacimiento europeo*, trad. M. Chocano Mena, Barcelona 2000.
- BURKE P., “A Survey of the popularity of ancient historians, 1450-1700”, *History and Theory*, 1966, pp. 195-252.
- CANO, Melchor, *De Locis Theologis*, Salmantiae 1585.
- CANTARELLA, Rafaele, *La literatura griega clásica*, trad. Antonio Camarero, Buenos Aires 1971.
- CARRERA DE LA RED, Avelina, “Fuentes latinas del Renacimiento en la Biblioteca Histórica de Santa Cruz de Valladolid (II): G.A. Viperano, *De scribenda Historia Liber*, Amberes, 1569”, en J.Mª. Maestre, J. Pascual y L. Charlo (eds), *Humanismo y*

- pervivencia del mundo clásico. Homenaje al Profesor Antonio Fontán.*, III,5. Alcañiz-Madrid 2002, pp. 1413-1417
- CEILLIER, R. *Histoire générale des auteurs sacrés et ecclésiastiques*. París 1865 – 1869.
- CICERÓN, Marco Tulio. *De inventione. De optimo genere oratorum. Topica*. H. M. Hubbell ed. The Loeb Classical Library. Cambridge, Harvard University Press, 1949.
- CORTIJO OCAÑA, Antonio, *Teoría de la historia y teoría política en Sebastián Fox Morcillo. De historiae institutione dialogus. Diálogo de la enseñanza de la historia 1557*. Alcalá de Henares 2000.
- COCHRANE, Eric, *Historians and Historiography in the Italian Renaissance*, Chicago 1981.
- COSTAS RODRÍGUEZ, Jenaro, “La historiografía Hispano – Latina Renacentista” *Actas del I Simposio sobre humanismo y pervivencia del mundo clásico I.1*. Alcañiz 1990, pp 41 – 59.
- COTRONEO, Girolamo, *I trattatisti dell’ars historica*, Nápoles 1971
- COTRONEO, Girolamo, *Jean Bodin teorico della storia*, Nápoles 1966.
- CROCE, Benedetto, *Teoria e storia delle storiografie*. Bari 1943.
- CURTIUS, Ernst R., *Literatura europea y Edad Media Latina*, I, trad. Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre, Madrid² 1976.
- DIONISIO DE HALICARNASO. *Dionysii Halicarnasei Opuscula*. H. USENER y L. RADERMACHER eds. Stutgard, Teubner, 1965.
- DUBOIS, Claude-Gilbert, *La conception de l’histoire en France au XVI siècle (1560-1610)*, Paris, 1977.
- ESCANDELL, Bartolomé, *Teoría del discurso historiográfico*, Oviedo, Servicio de Publicaciones 1991.
- FERRARI, Luigi, *Onomasticon: Repertorio bibliografico degli scrittori italiani dal 1501 al 1850*, Milán, 1943.
- FONTANA, Josep, *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona 1978.
- FUETER E., *Historia de la historiografía moderna*, Buenos Aires 1900.
- GARCÍA BERRIO, Antonio, *Formación de la Teoría Literaria Moderna 2. Teorías poéticas del Siglo de Oro*, Murcia: Universidad de Murcia, 1980.
- GARCÍA – VILLOSLADA, Ricardo, *Loyola y Erasmo*, Madrid, 1965.
- GARIN, Eugenio y otros, *El hombre del Renacimiento*, Madrid, 1990.

- GARIN, Eugenio, *La educación en Europa 1400 –1600*, Barcelona, 1987.
- GIL FERNÁNDEZ, Luis, *Panorama social del humanismo español (1500 – 1800)*, Madrid, 1997.
- GUARINO DE VERONA, *Epistolario de Guarino de Verona*, R. Sabbadini ed., Venecia 1915
- HIGHET, Gilbert, *La tradición clásica*, México 1978.
- HINOJO ANDRÉS, Gregorio, *Obras históricas de Nebrija. Estudio filológico*, Salamanca 1991.
- HUNTER, H., *Nomenclator literarices recentiores theologiae catholicae theologos exhibens qui inde a Concilio Tridentino floruerunt*. Deniponte, 1892, vol. I; 1893, vol. II; 1895, vol. III.
- KRAYE, J., (ed.): *Introducción al humanismo renacentista*, Cambridge, 1996.
- JACOVIELLO, Michele, *Storia e storiografia. Dall’antichità clásica all’etá moderna*, Nápoles, 2001⁸.
- LARAUX, Nicole, *L’invention d’Athènes. Histoire de l’oration fúnebre dans la “cit  classique”*, París 1981.
- LAUSBERG, H., *Manual de ret rica literaria*, Madrid 1983.
- LEFEBVRE, George, *El nacimiento de la historiografía moderna*, trad. Alberto Méndez, Barcelona 1977.
- LIDA DE MAKIEL, Rosa M^a., *La tradición clásica en España*, Barcelona 1975.
- LOZANO, J., *El discurso histórico*, Madrid 1987.
- LÓPEZ EIRE, Antonio, *Retórica clásica y teoría literaria moderna*, Madrid 1997.
- LÓPEZ RUEDA, José, *Helenistas españoles del siglo XVI*, Madrid, Instituto “Antonio Nebrija”, 1973.
- LUCIANO DE SAMOSATA, *De la maniere d’ crire l’histoire (Quo modo historia sit conscribenda)* A. Lehueur, ed. Paris, 1869.
- MAESTRE, José M^a, “La influencia del mundo clásico en el poeta alca izano Juan Sobrarias” *Centro de estudios Bajoaragoneses*, I, Alcañiz, 1982, pp 57 ss.
- MARAVALL, José Antonio, *El pensamiento político en la época de Felipe II*, Madrid, 1969
- MIRA, Giuseppe M^a, *Bibliografía siciliana ovvero Gran dizionario bibliografico delle opere edite ed inedite antiche e moderne di autore siciliani o do argomento siciliano stampate in Sicilia e fuori: opera indispens*, Palermo, 1875.

- MIFSUD, Ignacio Saverio, Biblioteca maltese dell'avvocato Mifsud parte prima, che contiene l'Historia Cronológica, e le notizie della Persona e delle Opere degli Scrittori nati in Malta e Gozo fino all'anno 165, Malta, 1764.
- MONGITORE, Antonio, Biblioteca Sicula, sive De scriptoribus Siculo qui tum vetera, tum recentiora saecula illustrarunt notitiae locupletissimae Panormi, 1708.
- MONTERO DÍAZ, Santiago, "La doctrina de la historia en los tratadistas españoles del Siglo de Oro" *Hispania I*, 1941 pp. 3-39
- MORTARA GARAVELLI, Bice, Manual de Retórica, trad: M^a José Vega, Madrid, 1991.
- NICODEMO, Leonardo, Addizione copiose di Lionardo Nicodemo alla biblioteca del dottor Niccolo Toppi, Napoli, 1683.
- NIETO, José C., *Juan de Valdés y los orígenes de la Reforma en España e Italia*, México, 1979.
- NÚÑEZ GONZÁLEZ, Juan M^a., *El ciceronianismo en España*, Valladolid, Servicio de Publicaciones, 1993.
- NÚÑEZ GONZÁLEZ, Juan M^a., "La pronunciación escolar del Latín Renacentista", *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, III, Madrid, 1989, pp. 613-619
- PAGES, Pelai, *Introducción a la historia*, Barcelona 1983.
- PICKLESIMER, M^a Luisa, *Giovanni Antonio Viperano. Carmina*, Madrid 2001.
- PICKLESIMER, M^a Luisa, "Tradiciones míticas sobre el origen de la poesía en el *De poetica* de Viperano", en J.M. Maestre Maestre y L. Charlo Brea (eds), *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al profesor Luis Gil*, II,1, Cádiz 1997, pp 349-356.
- PIRENNE, Henri, *Historia de Europa. Desde las invasiones al siglo XVI*, trad. J. José Domenchina, México 1981.
- PONTANO, Giovanni, *Actius de numeris poeticis et lege historiae*, Neapoli 1597.
- POSSEVINUS, Antonius, *Apparatus ad omnium gentium historiam*, Venetiis 1597.
- QUINTILIANO, M. Fabio, *Institutiones oratoriae (The institutio oratoria of Quintilian) H. E. Butler, ed.* The Loeb Classical Library, Cambridge, Harvard University Press; London: W. Heinemann, 1979–1986.
- RAMA, Carlos, *Teoría de la historia*, Madrid 1983.

- REYNOLDS, Beatrice, "Shifting Currents in Historical Criticism" *Journal of the History of ideas*, 14, 1953, pp 89-97
- "Latin Historiography: a survey 1400-1600" *Studies in the Renaissance II*, 1995, pp. 20-24
- Rhetorica ad Herennium (ad C. Herennium de ratione dicendi)*. Harry Caplan, ed. The Loeb Classical Library. London, Heinemann; Cambridge, Harvard University press, 1954.
- RICO VERDÚ, J., *La Retórica española en los siglos XVI y XVII*. Madrid 1973.
- ROBORTELLO, Francesco, *In libros Ciceronis retóricos qui de inventione inscribuntur Florentiae* 1548
- ROCA ALAMÁ, M^a José, "El uso de las citas en Fray Andrés de Abreu" *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos*. Vol. III, Madrid 1994, pp 554–558.
- RODRÍGUEZ-PANTOJA, Miguel, "Acerca de los prólogos en la Historiografía romana", *Kolaios*, 4, pp. 695-704.
- ROZAS, J.M., *Significado y doctrina del "Arte nuevo" de Lope de Vega*. Madrid 1976.
- SAITTA, Giuseppe, *Il pensiero italiano nell'Umanesimo en el Rinascimento*, Bologna 1949 – 1951.
- SAITTA, Giuseppe, *Storia del pensiero filosofico e científico: relazione i discussione*. Firenze 1952.
- SALUTATI, Coluccio, *Epistolario di Coluccio Salutati*, F. Novati ed. Turín 1966-69.
- SÁNCHEZ ALONSO, Benito, *Historia e Historiografía española*. Madrid 1944.
- SPERONI, Sperone, *Dialogo delle lingue e dialogo della rettorica*, Giuseppe de Robertis ed. Lanciano, 1912.
- SOMMERVOGEL, Carlos, *Les jesuites de Rome et de Vienne en MDLXI d'après un catalogue rarissime de l'époque*, Bruselas 1892.
- SPRINGHETTI, E.S.J., "Un grande humanista messinese: Giovanni Antonio Viperano (Cenni biografici)", *Helicón I*, 1961, pp 94-117.
- SUAREZ, F., *La historia y el método de investigación histórica*, Madrid, 1987.
- TATEO, Francesco, *I miti della storiografia humanista*, Roma 1990.
- (TRAPEZUNCIO) TREBISONDA, Jorge de, *Rethoricorum libri quinque*, Lugduni, 1547

- TRINKAUS, E., "A Humanist's image of Humanism: the inaugural orations of Bartolommeo della Fonte", *Studies in the Renaissance*, VII, 1960
- TURCHETTI, Mario, *Concordia o tolleranza? François Baudouin e i "moyanneurs"*, Milán 1984
- USÓN SESÉ, Mariano, "El concepto de la Historia en Luis Vives" *Revista Universitaria*, 3, 1925 pp. 501-535.
- VALCÁRCEL, Vitalino, "La Historiografía Latina Medieval de Hispania: un quehacer de la Filología Latina hoy", en J.M^a. Maestre, J. Pascual, L. Charlo Brea (eds), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Fontán*, III,3, pp.1349-1382, Alcañiz-Madrid 2002.
- VALLA, Lorenzo, *Opera Omnia*, Basilea 1540
- WEINBERG, Bernard, *A History of Literary Criticism in the Italian Renaissance II*, Chicago, 1961.
- WEINBERG, S., *Trattati de poetica e retorica dei Cinquecento*, Bari 1978.
- WOLF, Johan, *Artis historicae penus octodecim scriptorum tam veterem quam recentiorum monumentis*, Basileae: Petrus Pernae, 1579.

IO. ANTONII VIPERANI *DE SCRIBENDA HISTORIA LIBER*

ANTVERPIAE. Ex officina Christophori Plantini

MDLXIX.

IO. ANTONII VIPERANI Ad Regem Philippum Caroli V. Imp. F.

Eiusdem Io. Anto. Viperani *de Historia Scribenda liber.*

ANTVERPIAE. Ex officina Christophori Plantani

MDLXIX.

PRIVILEGII CAESAREI SUMMA.

MAXIMILIANI II. Romanorum Imperatoris semper Augusti, publico edicto cautum et sancitum est, ne quis cuiuscumque status, gradus, ordinis, aut conditionis fuerit, quacunq̃ sacri Romani imperii et ditionis eius fines patent, quaecunq̃ probatorum auctorum opera, quotquot uel hactenus nondum impressa, uel ab aliis quidem impressa, nouis autem deinceps scholiis annotationibus aut commetariis aucta et illustrata, Christophorus Plantinus ciuis et typographus Antuerpiensis primus typis procuderit, intra proximum sexennium a prima cuiusque operis aut uoluminis editione, ullo pacto eiusdem uel diuersi characteris forma excudat, aut excusa aliis, intra eiusdem Maximiliani et Imperii fines uendenda importet, seu quouis modo distrahat manifeste uel occulte, sub poena decem Marcharum auri puri, quarum dimidia fisco Imperiali fraudis uindici, residua uero pars praenominato Plantino cedat, praeter librorum ad imitationem impressorum amissionem, quos idem Plantinus ubicumque locorum nactus fuerit, per se, uel suos, adiumento Magistratus loci, uel citra, propria auctoritate sibi uindicare, inque suam potestatem redigere poterit. In cuius rei fidem ipsi Edicto manu subscripsit et sigillum apponi iussit Caesarea Maiestas. Datum in ciuitate Viennae Austriae, die uigesima prima mensis Februarii, Anno Domini M.D.LXV.

Subsig.

Maximilianus.

Ad mandatum sacrae

Caes. M. Proprium.

Haller.

DE SCRIBENDA HISTORIA

Antonio Peronotto S.R.E. Tituli Stae. Priscae Presbytero Card. Granuellano,
Archiepiscopo Mechliniense.

Io. Antonius Viperanus.

1. Cum ualitudinis causa me ad meos Messanam recepissem, incidi in ea tempora, quae plena tumultus et periculi nos in graui cura et timore habuerunt. Nam id temporis Solimannus Turcarum Imperator ira odioque permotus aduersus milites Hierosolymitanos, quos ex insula Rhodo eiecerat, nunc Melitam incolentes unam ex his insulis, quae propinquae Siciliae in Africam prospectant et audentiores quam antea effectos ingenti bello petiuit, tanquam ex spreta Ottomanici imperii maiestate supplicium desumpturus. Unde magnum uniuersae quoque Siciliae discrimen impendere sentiebamus augebaturque metus in nobis eo magis, quo magis intelligebemus neque Melitam uiris satis esse munitam neque moenia et propugnacula nostrorum uim hostilium tormentorum posse ullo pacto sustinere.

2. Sed re praeter omnium opinionem bene gesta, nec tam humana uirtute quam diuina, plerique eorum, qui non minus auctoritate apud me poterant quam beneuolentia, hortati me sunt ad scribendum hoc bellum, quo nullum acrius neque nostra neque maiorum nostrorum memoria gestum fuisse uidebatur. A quo opere multa me deterrebant, praeter ualetudinem infirmam, ingenii et iudicii paruitas, ac earum doctrinarum, quae historico necessariae sunt, cognitio satis exigua; tum eloquentiae modica et in hoc genere exercitatio fere nulla; praeterea rudis aetas et ad tantam prudentiam immatura. Fecit me tamen uerecundia negandi audacem, ne dicam impudentem scripsique de bello Melitensi historiam, non quae in aliorum manus ueniret, sed quae studium meum et uoluntatem amicis commendaret. Qui plus aequo illam probantes, in lucem subito emiserunt, hoc ipsum refugiente me.

3. Quod ubi cognoui, permisi quoque tum libellum de scribenda historia typis dari et idem cum historia iudicum eandemque fortunam subire magis quadam animi commotione affectus quam ratione. Quem libellum ante ex summorum scriptorum exemplis et doctissimorum hominum praeceptis composueram. In quo ueluti formam historiae mihi effinxeram, ad cuius similitudinem meam illam exprimerem. Itaque primum in ipsis rebus gestis inquirendis maximam operam et diligentiam posuimus; tum ab omni odio et amore nos reuocantes, res scitu digniores elegimus et eas, quarum ignoratio aut perturbatura aut obscuratura esset historiam. Nam minima quaeque persequi hominis est parum uidentis quid historiae dignitas requirat nec intelligentis quae res proprium historiae corpus aptumue conficiant.

4. Et quoniam ipsa belli narratio breuis alioquin fuisset et, quam paucissimis uerbis comprehensa, non satis animum legentis explesset, nec fastidium leuasset utpote simplex et unius modi, non multa rerum et locorum uarietate distincta, conciones, adhortationes, descriptiones, aliasque digressiones ad augendam et ornandam historiam intexuimus et genere dicendi nec grandi nec humili, sed utroque temperato, leni et fluente, pro nostro ingenio et facultate usi sumus. Inspeciebamus profecto historiam uirginem quandam esse liberam et incorruptam, nulli appetitioni seruientem, ueritatis cultricem, moribus grauem, sani succi, coloris suauis, omni membrorum magnitudine et compositione perfectam, non leuibus rebus et inanibus deditam, sed studentem grauibus et magnis gaudentemque ornatu modico et decente, non ad uoluptatem sed ad honestatem exquisito, qualis matronae conuenit, non ut meretricius ille fucus est poetarum maxime proprius.

5. Neque ego, cum haec et illa scriberem, ignorabam me multorum reprehensionem incursum, quia me hominem esse sciebam ab ipsaque rerum perfectione humanam conditionem longius abesse. Omitto faces inuidiae²²⁴, quibus inflammata sunt omnia. Omitto quorundam fastidium²²⁵ et arrogantiam quibus praeter suas nulla res alia placet. Nec equidem me cum Liuio conferam aut Salustio, prudentissimis et grauissimis rerum scriptoribus, qui tamen aliquando reprehensionem forsitan etiam dignam non aufugerunt. Et

²²⁴ CIC. mil 98,4

²²⁵ CIC. phil. 11,38

Demosthenes²²⁶ interdum Ciceroni non satisfacit; et Horatio²²⁷ uidetur Homerus quandoque dormire; certumque est quod Virgilius, si per uitam licuisset, multa in Aeneide permutasset, quae ut combureretur moriens testamento reliquerat.

6. Non est enim humani ingenii, quod ad omnia satis esse non ualet, sed diuinae cuiusdam facultatis summam aliquam laudem uirtutis, doctrinaeque pertingere. Nec iniuria quosdam irriseris, qui ita sibi blandiuntur, ut, aliorum morosi et iniqui iudices, suarum laudum fautores, aliena fastidiant, tractent sua. In quibus si quid ab aliis reprehendi sentiunt, aut insolentia aut liuore factum existimant. Ita sibi quisque arridet et sua quemque delectant. At sibi quisque minus est notus²²⁸, quia sui nimium est amans nec de se quisquam recte iudicat, quoniam amor sui caecus est.

7. Ad haec scriptorum uarietas, in sua quaeque genere laudabilis, dissimiles habet laudatores et imitatores sui. Nam alii ubertatem Liuii ; alii breuitatem Salustii; alii Caesaris elegantiam admirantur et id quisque laudat praecipue quod se assequi posse considit. Neque haec a me ita dicuntur ut cuiusque opinioni standum esse putem. Quid enim leuius esse potest ad iudicandum uulgi assensione? Quod, bonarum artium expertus et imperitus, magnarum rerum pulchritudinem uidere non potest. Cuius opinionem et sententiam, laudatorum hominum iudicio fretus, semper equidem ipse contempserim. Quibus quidem si minus probabuntur ea quae scripsi, at certe uidebor uoluisse perficere quae animo comprehenderam, non autem potuisse, uir haud multis naturae et artis adiumentis instructus nec in scribendis historiis ualde exercitatus, ut si laudem nullam merear, at graui culpa saltem et reprehensione caream.

8. Tua uero dignitas, Cardinalis amplissime, et summa fortunae conditio et generis splendor et benefactorum gloria et comitas morum et linguarum peritia et doctrinarum cognitio et magnarum rerum scientia et praestantissimarum uirtutum laus mihi facile persuaserunt ut hunc libellum tuo nomini dedicarem. Quem si in tuam clientelam admiseris (quod pro tua te humanitate et magnitudine animi facturum spero) non dubito quin ex tuo

²²⁶ CIC. orat. 10,4

²²⁷ HOR. ars. 358

²²⁸ CIC. de orat. 3,33

nomine magnum lumen et auctoritatem accepturus fit. Quod ut facias te etiam atque etiam rogo.

IO. AN.

Quid sit Historia

CAP. I

9. Res gestas prudenter et ornate explicare, quod est historiam scribere, non minus difficile et arduum opus est historico quam utile iucundumque lectori. Voco historiam non expositionem cuiuscunque rei (quam uerbi notionem Plinius secutus, librum suum inscripsit *Historiam naturalem* et *Historiam animalium* Aristoteles et *Plantarum* Theophrastus) sed narrationem rerum gestarum historiam uoco. Nec mea sententia quicquam facit ad historiae leges an contineat res a memoria aetatis nostrae remotas an ea complectatur quibus ipse rerum pronuntiator interfuerit, etsi uerbum Graecum ἱστορεῖν hoc ipsum significare uidetur. Hoc autem maximi refert (quod est firmamentum historiae) ut quemadmodum gestae res sunt, ita narrentur. Quare nomen historiae non male tum ab ἱστορεῖν deduxerit, quoniam omnino necesse est eum qui scribit aut spectasse res aut ab his accepisse qui praesentes uiderint. Quanquam historiam Plato²²⁹, quod rerum memoriam firmet (*ἀπό τόν ἱσταθαι καί ἰέναι*) dictam putat.

10. Porro quod in aliis artibus et doctrinis usu uenit (ut inchoata primo, tum progressu temporum factis summorum ingeniorum opera et absolutae fuerint) hoc idem historiae contigit : ut eius forma primum impolita et plane rudis extiterit, mox poliri et coli coeperit, tandem, plurimis ornamentis et uirtutibus illustrata, perfectionem et absolutionem consecuta sit, quod facile declarat scriptorum aetas et facultas. Nam qui primi omnium apud Graecos²³⁰ historiam scripsere, Pherecydes, Hellanius et Acusilas memorantur. Apud Latinos²³¹ a Cicerone recesentur Fabius, Cato, Piso, Fannius horridi et agrestes in dicendo homines sine cultu et nitore. Mox Herodotus, ut lectorem gratius detineret, primus dicitur historiam exornasse et habitus huius rei gratia historiae pater; post hunc Thucydides summo artificio illam perpoliuit, ut non modo ab his excitata historia (sicuti refert Theophrastus²³², ut auderet magis quam superiores dicereturque ornatus) sed etiam magno studio elaborata

²²⁹ Pl. *Cra.* 437b

²³⁰ CIC. de orat. 2,35 ; I. *Ap.* 1,13-14

²³¹ CIC. leg. 1,5-8; I. *Ap.* 1,28-29

²³² QVINT. inst. 10,1,101

et exulta fuerit. Apud nostros quoque primum Antipater se paululum erexit²³³ et inflauit ut uehementius. Tandem Salustius et, huius aetate non longe disiunctus, T. Liuius ita illustrarunt ut ad summum fastigium euexerint.

11. Dicere igitur historiam aliam esse exilem, aliam magis expressam, aliam coloratam, quid aliud est quam ex temporum notationibus et ingeniorum uiribus historiam metiri? Nec quid res postulet, sed quid in homine sit uidere? Nos qui absolutionem et perfectionem historiae quaerimus (nam, ut inquit apud Ciceronem²³⁴ Crassus, quacunq; de arte aut facultate cum quaeritur, de absoluta et perfecta quaeri solet) unam, sed ex multis rebus et studiis completam. Illarum formarum nullam fere praeceptionem desiderant, nisi ut res breuiter narrentur quemadmodum uisae aut relatae sunt absque ulla exornatione rerum et uerborum, quod praestare uel sine magistro quiuis certe poterit. Haec uero magnum et prudentem uirum, in dicendo grauem et politum, multis etiam artibus instructum postulat nec quibuscunq; praeceptis contenta est, uerum summum artificium exquiri.

12. Nec me latet A. Gellium²³⁵ annales ad historiam retulisse tanquam speciem ad genus, quasi plures eius formae essent. Quas si docuisset, non sane rem fecisset superuacaneam, quando generis diuisio -quod duas ut minimum partes complectitur- non nisi ex formarum constitutione intelligatur. Vult ille historiam esse rerum gestarum narrationem, quae si cuiusque anni ordinem teneat, annales nomenclantur, hoc est, monumenta, quibus res traduntur singulorum annorum. Itaque annorum obseruatio (nam differentia notionem generis ad speciem reducit) hanc unam historiae formam constituet. Vbi aliae formae?

11. nec: ne ed. 1579

²³³ CIC. orat. 2,54

²³⁴ CIC. orat. 3,84

²³⁵ GELL. 5,18,8-9

Quibus illae differentiis inter se discernentur? Atqui Cicero primam illam ueteremque historiam annalium confectionem uocat²³⁶, nempe horridam et incultam narrationem, quae deinde longo temporis interuallo, quod artibus afferre dicitur incrementum et sapientissimorum hominum studio et doctrina dignitatem suam et ornatum adepta est.

13. Quamobrem si notationem historiae largo ambitu definis, quaelibet rerum gestarum narratio erit historia. Sin perfectam ornatamque narrationem historiae nomine dignam putas, aliud quoque discrimen erit inter annales et historiam afferendum: nimirum annales rudem quandam esse ac breuem rerum quoque anno gestarum narrationem; historiam uero illustri et decente uerborum et sententiarum ornati rem copiosus explicare, conciones interponere, descriptiones adhibere, nec euentus modo persequi, uerum etiam consilia prudenter exponere et grauitate interdum commendare quae laudanda sunt et reprehendere contraria. Ita ut annales historiae materiam suppeditare uideantur, quam illa prudenter, dilucide et ornate exponat et inchoatam adumbratamque perficiat. Atque ut Annales ab annis, sic a diebus Graece Ephemerides nuncupantur, quae singulorum dierum gesta summatim comprehendunt. Et docti uiri quid aliud uocant comentaria quam scriptorum materiam? Vnde uidelicet sumant, qui uelint scribere historiam? Ac illa Caesaris, quod tanta rerum prudentia et nitore scripta essent, sanos homines (ut Cicero²³⁷ sentit) a scribendo deterruerunt; quamuis forte grata ineptis fuerint, qui (ut eiusdem uerbis utar) omnia calamistris inurere.

14. Sed historiae nobis explicanda natura est. Nec mihi probantur ii qui historiam definiunt esse rem gestam, sed ab aetatis nostrae memoria remotam. Non enim est res gesta, sed rei gestae narratio neque ab aetate nostra semper remota; alioquin Xenophontis Cyri expeditio et bellum Catilinarium Salustii ab historiae possessione deturbarentur; ne magnos alios scriptores commemorem qui aequalem aetatis sua memoriam litteris persecuti sunt. Quid hi praeterea responderent qui historiam a spectando dictam uolunt? Illa quoque definitio nimium communis uidetur, rerum, inquam, gestarum expositio: nisi enim aliud addas, non eam historiam expresseris quam quaerimus. A qua definitione non absimilis est

²³⁶ CIC. de orat. 2,52

²³⁷ CIC. Brut. 268

illa quae historiam finit esse publicam rerum humanarum memoriam, quae, res gestas ab obliuione uindicans, in communem utilitatem illas publicis monumentis litterisque custodit. Verum eius uim ita mihi uideor posse breuiter circumscribere, si sit rerum gestarum ad docendum usum rerum syncera illustrisque narratio.

15. Narratio²³⁸ commune quoddam est genus, quod proprium historiae fiet si alia addideris. Nam quod res gestas complectatur, distinguitur ab his quae aut naturales explicant aut fictas: cuiusmodi sunt fabulae poetarum nec Epopoeia quicquam aliud est quam rerum fictarum enarratio. Ideoque Cyripaediam Xenophontis ab historia segregauerim, in qua rerum ueritatem non tam ille secutus est, quam conatus boni quandam principis formam exprimere. At uero futura praedicere solius est uatis. Venusteque Lucianus²³⁹ quosdam irridet qui litteris mandare audebant quae nondum euenerat. Habet quoque Orator narrationes suas, quas inficit multo fucio, aut occultando quod turpitudinem habet, aut exornando quod laudandum proponit: sed historiae narratio sine ulla ueritatis simulatione syncera est.

16. Est etiam illustris ob idque ab annalibus et, si quae aliae huiusmodi, sine ulla sententiarum et uerborum dignitate et splendore, disiuncta narrationibus. Eius autem potissime gratia historia scripta est ut aliorum exemplo quid agendum nobis in uita esset uideremus, siquidem praeteritum exempla testimonia sunt futurorum (quorum plurimus idcirco est in deliberatione usus).

²³⁸ Narratio: QVINT. inst. 2,4,,2 ; PRISC. rhet.. 2,5 ; Herm. Prog. 2,17; Her. I,8,13

²³⁹ Luc. *Hist.* 28

Quae sit materia et quis finis Historici

CAP. II

17. Historiam aliqui in duas formas diuiserunt, adductis fortasse Polybii uerbis in eam, quae uniuersam aut mundi, aut imperii et gentis, uel ciuitatis, aut cuiuspian hominis uitae rationem complectitur et in eam, quae seperatam aliquam actionem, actionesue persequitur. Sed utriusque eadem fere praeceptio est.

18. Igitur quae de historiae natura breuiter perstrinximus exponemus nunc copiosus: ut intelligat futurus historicus qua in re uersari debeat, cuiusque gratia et quo artificio historiam scribere; materiam dico, finem et modum. Materiam nec excogitat ipse, nec parit, sed, tanquam lapidarius, oblatam aliunde horridam et incultam polit, non aliam formam inducens, sed imaginem ipsam rerum artificiose exprimens et decenter exornans. Sunt autem historico subiectae ad scribendum res gestae, quibus ornate grauiterque explicandis ingenii atque artem exercet. Res inquam gestae hominum, opera et industria uel unius aut plurimum, quanquam fortuna in his saepe locum habet et magnam quoque partem sibi uendicat eorum quae eueniunt. Verum ea quae non casu et fortuito sed e nostra uoluntate fiunt, si prudenter cum ratione suscipiantur, laudamus, sin contra, uituperamus. Quae uero nobis ex uoto succedunt secunda, uel contra sententiam aduersa, si nulla nos in causa sumus, cur ita eueniant, nulla neque laude neque reprehensione digna fiunt, sed uel dolorem uel laetitiam uel commiserationem uel admirationem uel inuidiam afferunt.

19. Omnis enim uera laus ab honestate proficiscitur, ut a turpitudine ignominia. Docere autem quae bonae, quae actiones sint hoc eius Philisophi est, qui de uita et moribus differut; at dicendo laudare uel uituperare, Oratoris; effingere uero quae cuique conueniant, poetae; sed ut gestae res sunt bene, hoc est, sincere, dilucide et sapienter narrare, hoc est proprium Historici munus. Verum et is interdum grauis est actorum iudex et censor, quique ab omni fictione abhorrens, modice benefacta commendat damnatque contraria. Hic profecto sapiens historicus habendus est atque hic historiae finis, quo omnia referenda

sunt : non ut rerum gestarum memoriam seruemus sed illarum experientia humanae uitae rationem et usum doceamur.

20. Nec si Plutarchus monet in scribendis uitis animi affectiones et studia potissimum exprimi debere, quibus imago uitae tanquam lineamentis depingatur, negat hunc esse finem historiae quem dicimus. Nam quo magis mores explicantur, eo sunt docendum exempla acriora. Vnus igitur historiae finis est : utilitas, non dico historici, quem interdum ad scribendum aut alicuius gratiae, aut gloriae, aut pecuniae cupiditas impellit. At cuiuspiam fortasse delectatio uidetur etiam esse finis historiae, quod ex historiarum cognitione magna uoluptas percipiatur. Sed iste peculiaris est cuiusque cognitionis et scientiae fructus, quae per se ipsa plurimum delectat, cuiusque tanta est in hominum animis generata cupiditas ut semper aliquid audire, uidere, discere uelimus.

21. An eam uoluptatem intelligis quam suavis habet oratio²⁴⁰? Sed ea est proprietas eleganti iucundique sermonis. Neque istud sibi historicus proponit ut oratione delectet, quod oratori et poetae propositum est, sed res gestas narrare quae sint rerum agendarum exempla. Ne uero languens et aspera narratio legentium animos alienet aut studia retardet, dictionem polit et leni quadam suauitate rerum et uerborum aspergit, ea quidem ratione : non ut uoluptatem utilitas²⁴¹ sed utilitatem sequatur amoenitas. Quod si uoluptatem tanquam finem inspiceret, procul dubio, poetarum more, multa confingeret, ac, uelut encomiastes, multa amplificaret, quippe fabulae et exornationes ad delectandum ualent. Et inanis est opera quae nullum fructum affert sed tantum aurium delectationem petit.

22. Quare historico aliunde materia suppeditatur, ipse ex se prudentiam et eloquentiam affert atque hunc finem respicit: ut rerum gestarum explicatione prosit. Quod autem in omni re extremum et summum est et quo omnia referentur, hoc ego finem appello. Potest autem cuiuspiam mirum uideri cur bella frequentius scribantur, cum potius detestanda et execranda sint et multa domi prudenter, fortiter, iusteque gerantur. An quia ferocibus hominum animis et elatis ista magis arrideant? An quia in his est magna uirtutis et uarietatis

²⁴⁰ Oratio ?...exempla: QVINT. inst. 2,4,2 ; Polib. Hist. I,8; FOX. De imit. 24a-b ; 31a

²⁴¹ Utilitas: SALL. Iug. 4,1

fortunae materia? Ne aut secundis rebus efferamur aut deprimamur aduersis? Quis, magni illius, Pompei, Romanae reipublicae Principis maximique imperatoris, qui de uniuerso orbe triumpharat, modo corporis truncum in litore miserabiliter iacentem inspiciens, mutabilitatem fortunae non grauiter perhorrescat? Quis de uictore, Annibale, qui rempublicam Romanam Punicis armis iam pene appresserat, Scipionem, cui deinde cognomen fuit Africani, gloriosissimum triumphum deportatem si cernat, de suis rebus omnino desperet?

23. Hoc profecto sapientiae maximum et praeclarissimum opus est, in uolubilitatem Martis et fortunae intuentem, res humanas fortiter et prudenter administrare. Vbi praeterea maior quam in bellicis rebus uirtutum sylua apparet? Et ne de Temperantia, quae in belli duce semper est laudata summopere et Iustitia, loquamur, sine qua nulla hominum uita esse potest, hic omnes uires suas explicat et quasi in propria possessione uersari uedetur, ubi omnia pericula mortis precreantur cuius contemptio praecipua est fortitudinis laus. In capiendis autem et praeipiendis hostium consiliis, in parandis euitandisque insidiis, in faciendis castris, in struenda acie, in conferendis signis, in oppidis oppugnandis, in continendis exercendisque militibus, in prouidendo ne quid desit, ne quid officiat, ne quid ex insperato eueniat quanta sunt haec prudentiae et qualia munera! His ego de causis bella frequentius scribi opinor aut quia nihil ita frequenter inter homines ac bella gerantur.

De Laudibus Historiae

CAP. III

24. Quod si hunc finem historiae propositum uolumus, ut documentis ad bene uiuendum abundemus, nihil mihi uidetur historiarum lectione utilius et ad mores informandos et ad gubernandam Rempubicam accommodatius. Docent sapientes uiri prudentiam, quae uiuendi ars est, doctrina et experientia comparari atque illam cogitatione et studio, hanc aetate acquiri; illam communia dicere, hanc propria; illam decipi quandoque, hanc nunquam posse, ut optima uitae magistra iure maximo habeatur.

25. Atqui in historia non, ut in morali philosophia, praecepta, sed exempla sunt uitae, quae nos ad uirtutem informant et mouent uehementius ut pote propria magisque explorata et certa. Quoque magis ad agendum ualet usus et, quae rerum est singularium, experientia, quam scientia, quae rerum est uniuersalium; eo praestantiora sunt ad agendum exempla historiae quam philosophiae praecepta, illiusque doctrinam solum auribus percipimus, huius exempla tenentes rerum ipsarum imagines²⁴² inspicimus ac similium imitatione magis ad uirtutem accendimur. Non igitur male historiarum cognitionem cum philosophiae praeceptis contulerim. Quin immo philosophiam quidem ut asperam negligunt, historiam contemnit nemo: illius acris et concisa oratio saepe minus est iucunda; huius, lenis et fluens, sine ulla offensione in animos illabitur et quadam cum suauitate insidet.

26. Et quid optabilius, obsecro, cuiquam esse potest, quam in humanae uitae amplissimo ornatissimoque theatro quae gerantur quaeque eueniat spectare? Ac uidere aliorum exemplis quid sequendum, quid fugiendum sit? Quod equidem prudentiae genus alieno malo sapiendi gratissimum et felicissimum esse reor.

26. quodpropter: quapropter ed. 1579.

²⁴² QVINT. inst. 6,2,29

Etenim si plurimum confert ad prudentiam rerum experientia, experientia uero longo tempore et memoria indigeat (quod propter senes, ob longam aetatem et usum, prudentes appellamus) et nostrarum rerum usus, magno labore nec sine aliquo interdum periculo partus, atque is, modicus propter aetatis breuitatem paruitatemque iudicis, non satis sit.

27. Ad omnem uitae casum et fortunae, quid amabilius? Quid acceptius? Quid potius esse potest quam ex historiis multa uitae praecepta et optima ac certa morum documenta percipere? Et quae multorum annorum spatiis gesta sunt breui quodam uolumine comprehensa uidere? Quaeque multis ab hinc seculis euenerunt, quasi praesentia et ante oculos nostros obuersantia scriptorum, beneficio cernere? Vnde superioribus annis uixisse uidemur et praeteritis rebus non minus quam praesentibus interfuisse. Sic multam aliorum periculo prudentiam nobis comparamus, quam modicus rerum nostrarum usus magnam efficere non potest.

28. Sciteque Cicero²⁴³ nescire (inquit) quod antequam natus sis acciderit, id est, semper esse puerum. Ac merito sacerdos ille Aegyptius Solonem et reliquos Graecos (ut est apud Platonem in *Timaeo*²⁴⁴), quia nullam uetustatis memoriam haberent, pueros tanquam ignaros et imperitos appellauit. Lucillum²⁴⁵ uero, qui Mithridatem uicit in Ponto, memoriae proditum est Roma profectum rei militaris ignarum et pene rudem, cum totum iter et nauigationem in legendis historiis et doctorum hominum disputationibus consumpsisset, in Asiam uenisse factum imperatorem, ut Mithridates hunc maiorem quam eorum quenquam quos uidisset aut legisset ducem a se cognitum esse confiteretur.

29. Philophaemen²⁴⁶ quoque maximus dux Graecorum lectione rerum ab Alexandro gestarum et aemulatione tantam gloriam assequutus est ut cum eo totius Graeciae decus una corruisse uisum sit. Magnum praeterea effecit Scipionem Africanum Cyripediae lectio

²⁴³ CIC. orat. 120,13

²⁴⁴ Plat. *Tim.* 226d

²⁴⁵ Plu. *Lucul.* 2,1

²⁴⁶ Plu. *Phil.* 4,8

studiumque historiarum. Quin Alexander Seuerus Imp. (ut Lampridius scribit²⁴⁷) in dubiis rebus historiarum peritos maxime consulebat, quod nimirum de futuris rebus melius sentirent, qui res gestas memoria tenerent. Quid enim aliud est historia quam rerum agendarum exemplar quo futura ad praeteritorum memoriam quasi regulam deducantur? Et quis est ad intelligendum ita hebes qui, si causas, simul et euenta perspiciat, rem imprudenter gerat?

30. At rerum pronuntiator causas aperit et euenta demonstrat, ne quid agatur quod non mens ratioque praescripserit. Est igitur historia in qua tanquam in speculo aliorum uitas inspiciamus ad res bene gerendas et ad mores informandos satis utilis et accommodata. Est etiam saepe usui aliis artibus et doctrinis praesertimque Oratori, qui exemplorum uarietate utitur ad persuadendum et Poetae, ut similes actiones effingat; immo Epicus narrationem rerum ab historico mutuatur. Ad haec morales Philosophi saepe exemplis probant. Multa quoque ex historia perdiscit Gaeographus. Atque istae pariter doctrinae satis adiuuant historiam, ut omnes artes mutuis quibusdam auxiliis et adminiculis inter se adniti uideantur.

31. Caeterum dici non potest quanta ex historiarum lectione delectatio capiatur. Nam uidemur superioribus annis uixisse et praestantissimos homines tanquam hospitio accipere cumque illis magnis de rebus colloqui et nos inter nos inuicem interrogare, respondere et rerum gestarum petere pariter et reddere rationem. Quae maior, quae utilior, quae iucundior est his congressibus delectatio? Nec est quod illorum statuae quae nos excitent ad uirtutem tanto studio conquiramus, quae corporum sunt non animurum simulachra. Nam in historia ita cuiusque mores exprimuntur ut inde melius cuiusque animum uidere possimus quam ex quibusuis corporum lineamentis.

29. Et quis: ecquis ed. 1579.

²⁴⁷ Lampridius *locus Lampridii mihi incognitus*.

Accedit quod statuae non facile loco dimouentur; historiam, quocunque eundem est, tecum ferre commode uales et ubique legere. Illam praeterea ex euentorum cognitione delectionem quantam putas? Ipsa etiam nouitas rerum et uarietas²⁴⁸ temporumque mutationes et fortuna uicissitudines inopinatique casus quibus historia referta est ut mouent hominum animos et delectatione quadam in legendo retinent auditorem!

32. Et si discendi semper aliquid et uidendi insita est homini a natura cupiditas ut ad aniles fabulas quandoque aures praebeamus, certe non potest historia non placere, quae locorum habet descriptiones, morum dissimilitudines, popularum ingenia, ciuitatum formas, imperiorum conuersiones: quarum rerum cognitiones animum incredibili uoluptate afficiunt. Nulli sit igitur mirum si mirifice omnes historia delectemur.

33. Equidem ipse cum praeterita memoria repeto et a primis (ut ita dicam) incunabilis hominum aetatem recolo atque hanc mundi summam senectutem intueor, ad quam deuenimus, quasi omnibus seculis uixerim, uehementer mecum animo laetor et, omnem annorum seriem mente coniungens, ac, regnorum initia, progressus et exitus contemplans quod harum rerum cognitione sapientior euadam, singulari quadam suauitate perfundar. Et magnae profecto gratiae habendae sunt historiae quae gestas ab obliuione et rerum interitu uindicat, sola regibus, populis, ciuitatibus, regionibus superstes.

Vixere fortes ante Agamemnona
Multi, sed omnes illachrymabiles
Urgentur ignotiaque longa
Nocte carent quia uate sacro²⁴⁹...

quod de historicis uerius dixeris quam de poetis. Nam ea quae apud istos legimus uera esse putamus; in illis ficta omnia sunt mendaciisque conspersa.

33. perfundor: perfundar ed. 1579.

²⁴⁸ PRISC. rhet. 10

²⁴⁹ HOR. ars, 87-89

34. Nec ab re Pontifices maximi, ad quos spectabat annales conficere ac in tabula conscriptos populo legendos exhibere, unde aliqui rerum scriptores (quod apud Assyrios *sacrario* Berosus fecisse creditur²⁵⁰) historias suas desumpserunt, quasi rem sacram illos in sacrario asseruabant. Pulchre igitur Cicero²⁵¹: “Historia est (inquit) testis temporum, lux ueritatis, uita memoriae, magistra uitae, nuntia uetustatis”.

²⁵⁰ TERT. apol. 19; PLIN. nat. 7,61,193

²⁵¹ CIC. de orat. 2,36,1

De Inuentoribus Historiae

Cap. III

35. At, curiose quidam inuentorem historiae inquirunt, rem quidem occultam et incertam sicuti multarum quoque aliarum rerum inuentionem obscuram esse uidemus, tum quia rerum praeteritarum memoriam longinquitas temporum deleuit, tum quia multis illarum principia communia fuerunt, tum quia laudem istam suis quisque ad res patrias celebrandas attribuit.

36. Nam Aegyptii sacerdotes suos historiae parentes extitisse affirmant; Graeci²⁵² Cadmum Milesium authorem esse aiunt; alii Abrahamum Urensem asserunt, a quo caeli et terrae primordia enuntiata fuisse testantur, quae deinde Moyses scripta suis libris reliquit. Quam tamen historiam Iosephus scribit ante in duabus columnis lateritia et saxea filios Sethi incidisse ut ab ipso iam mundi exordio historiae principium reuocatur. Alii tradunt Noe post inundationem orbis terrarum ad radices Gordiei montis Armeniae quae acciderent, in saxo, insculpsisse: alii coeptam scribi historiam fuisse autumant a Nini regis Babyloniae temporibus octingentis ante bellum Troianum annis. Opinor quod ille primus omnium mortalium bella finitimis intulerit.

37. Mihi satis probabile est ab initio maiores, cum literarum formam nondum ullam inuenissent, ne rerum memoria extingueretur, simul etiam exemplis posteros erudirent quae gesta essent, et signis notasse et filiis narrare consueuisse et quasi per manus deinceps et haereditaria²⁵³ quadam successione alios aliis narrando tradidisse.

36. acciderant: acciderent ed. 1579.

²⁵² v. I. *Ap.* 1,10 et ss.

²⁵³ v I. *Hist.* 1

Itaque rerum gestarum memoria non librorum paginis sed hominum animis et signis conseruata fuit donec scribendi ratio reperta est. Quis igitur unum aliquem coniiciat qui primus inter tot tantasque nationes lingua, scriptura, moribus inter se quam dissimillimas historias, hoc est, rerum narrationes literis commendare incoeperit?

Quod Oratoris munus sit

Historiam scribere

CAP. V

38. Sed uidere satius est cuius artificio historia perficiatur. Quidam apud Lucianum²⁵⁴ medici esse historiam scribere infert hac ratione: quoniam Aesculapius, medicus filius est Apollinis; Apollo autem Musarum dux et omnis eruditionis princeps. Alius ad solum sapientem ait hoc munus spectare et multiplici syllogismo et per omnes figuras diducto usque ad satietatem id probat. Quem uero sapientem intelligat non declarat, ni forte se unum putet sapientem.

39. At dicet fortasse aliquis si de magnitudine mathematicus et de naturalibus rebus physicus et historias scribet historicus. Nec repugno, sed hoc quaero: an hoc artificium historicus per se ipse componat an mutuetur aliunde? Materia quidem communis est res nimirum quae geruntur, quae aliter, quam ut gestae sunt, exponi debent: sed non omnium est bene scribere. Primun disponendi ratio uidenda est; quae etsi plurimum natura et iudicio constat, habet tamen aliqua praecepta quae naturalem ipsam prudentiam regunt neque errare patiuntur. Quaecunque illa sint, orator primus inuenit et edocuit. Tum ipsa oratio suavis et ornata cuius, obsecro, est, nisi oratoris? Qui non ab aliis uirtutibus inuentione, dispositione²⁵⁵, memoria et actione, sed ab eloquendo nomen adeptus est: quod fortasse communes illae cum aliis, haec unius propria esset oratoris. Et quemadmodum Dialecticus hanc prouinciam sibi sumpsit, ut de quacunque re sibi proposita probabiliter disputaret, sic orator ut de quacunque re prudenter diceret et ornate.

39 adeptus est: adeptus ed. 1579

²⁵⁴ Luc. *Hist. Cons.* 16

²⁵⁵ Dispositio : Lausberg §113

Quamobrem Dialectica et Rhetorica in nulla sibi subiecta materia uersari sed uagari per omnes dicuntur reliquarum doctrinarum comites et adiutrices sorores.

40. ²⁵⁶Veniamus ad historiae partes principium et narrationem. Certe harum praeceptis Rhetorum uolumina referta sunt: ut beneuolum, ut attentum, ut docilem auditorem faciamus, ut dilucide et euidenter, ut probabiliter, ut suauius, ut splendide rem narremus. Quid de concionibus loquar quae in ipsa historia interponuntur? Non ne indigent uniuersa oratoris opera? His de causis mihi uidetur historiae artificium aut oratoris esse aut oratore petendum.

41. Et M. Tullius²⁵⁷ non deceptus (ut quidam apinantur) dictione Theopompi qui multum intulit in historiam, eloquentiae auditor et imitator Isocrati, sed quia bene dicere et scribere oratoris est, putat historiam scribere oratoris munus esse et summi et maximi nimirum singulari quadam prudentia, grauitate et eloquentia praediti. Qui tum sane historicus dicitur cum historiam scribet sed artificio utetur suo. Atque utinam Ciceroni, quam meditabatur, historiam per temporum iniquitatem et inimicorum audaciam scribere licuisset. Quantum aliis praestitisset, argumento esse possunt orationum suarum narrationes breues, dilucidae, lenes et suaues, quo scriptionis genere longe omnes superauit.

42. Fallantur ergo etiam qui historiam grammaticae subiiciunt quasi ars literarum modum doceat quo res gestae scite et luculentur explicentur. Et licet historiarum tractatio et cognitio grammaticis tribuatur, ipsum tamen artificium historiae et scribendi munus oratoris est, non grammatici. Vnde quis non iure miretur scribendae historiae praecepta Rhetores pauca admodum tradidisse, cum historiam scribere oratoris munus esse confirmarint? An putauerunt quaedam in promptu esse et prudenti obuia, quadam facile percipi posse ex his ipsis quae suis artibus comprehenderant?

²⁵⁶ Veniamus....narramus: QVINT. inst. 4,1,41

²⁵⁷ CIC. orat. 3, 36,1

43. Nec inficias iuerim tantummodo uirum prudentem quid deceat uidere: sed praeceptis etiam quibusdam haec ipsa prudentia regitur. Et qui oratoria praecepta ad historiae tractionem accommodasset, quaedam explicando copiosius, quae Rhetores attigerunt aut breuiter perstrinxerunt quaedam breuiter attigendo et quasi digito demonstrando quae uberius ex ipsis Rhetoricae fontibus hauriri possunt, separatimque leges historiae docuisset, rem fecisset proculdubio historiarum studiosis maxime utilem. Ideoque satis laudandi sunt, qui seorsum ab orationibus historiae praecepta dederunt. Et nos, qui conamur illam illustrare, si quid studiosis profuerimus magnum fructum percepisse uidebimur.

De rerum delectu

CAP. VI

44. Nec recte quidam auctor Graecus negat ulla esse scribendae historiae praecepta, quam rem quibusdam leuibus argumentis probare conatur. Nam licet actiones scribat prope infinitas et quae diuersis locis uariisque temporibus euenerunt; tamen eligendi ea quae memoria publica digna sint et suo quaeque loco disponendi ratio quaedam adhibenda²⁵⁸ est: quae etsi prudentiae opus uidetur, tamen doctrina quadam confirmatur. Mox si elocutionis praecepta nulla sunt, ne historicus quidem illa desiderat. Et ne de rebus manifestis suscipiatur disputatio, ipsum, quodcunque est, artificium historiam texere incipiamus.

45. Debet autem historico idem studium esse quod bonis scriptoribus esse solet; rerum inquam primo, deinde uerborum. Sed rerum duplex est cura, electionis et collocationis, nam de inueniendo nihil dicendum est, quoniam historicus materiam scribendi nec ipse contingit (ut dictum est ante) nec inuenit ullo per se studio aut arte. Ac de rerum delectu primo, tum de collocando dicta. Cumque multa in hominum uita gesta sint et nunc quoque gerantur, quae dignas scribendi materiam historico subministrent, primum omnium ille materiam sumet non aequam modo uiribus suis, uerum etiam ab omni odium alienam, nec peruagatam et humilem sed illustrem et grauem et uirtutum exemplis abundantem et uariis inopinantisque casibus cum delectatione quadam admirabilem, ut imperiorum fortunas, gentium instituta, ciuitatum mores, clarorum uirorum uitas, quae habent ad respublicas prudenter administrandum et ad bene beateque uiuendum satis apta et idonea documenta.

44. quibusdam: quibuidam ed. 1579

45. uirtutum: uirtutem ed. 1579

²⁵⁸ Luc. *Hist. Cons.* 6

46. Nam (ut recte inquit Halicarnasseus²⁵⁹) qui res scitu indignas aut humiles et ignotas, aut quae obsint exemplis historiae committit, a qua et ueritas ac prudentiae et sapientiae praecepta peti solent, tum mores suos malos aperiunt siquidem oratio imago est animi, tum laudem nullam consequuntur, sibi et aliis iniqui. Nec assentiar tamen eidem Halicarnassaeo dicenti, in eo libello in quo historicos inter se confert, tantum res gratas et iucundas eligi debere ac Thucydidem reprehendenti quod patrium bellum male fortunatum scripserit.

47. An, obsecro, solum ad gratiam et uoluptatem historias scribimus? Quod si utilia²⁶⁰ scribenda sunt atque ea censemus esse utilia quae ad institutionem uitae et mores faciunt, cur inutile erit malorum causas et inde mala ciuibus suis demonstrare quae cautius deuitent? Et qui de uirtute disputant philosophi, non ne etiam uitiorum rationem et naturam explicant quae fugias? Quanquam ea quae possunt animun ad turpitudinis cogitationem aliquam traducere, pro honestatis decore praetemitenda existimo aut leuiter et obscure notanda. Ac impudenter facere et indecore Suetonius uidetur, cum uniuscuiusque turpitudinem, nulla rerum necessitate poscente, sigillatim et accuratius persequitur. Vbi uniuersum materiae genus historicus elegit, magnum, inquam, illustre et utile, ne illud negligenter et inscite tractet non modo sine ullo decore et ornatu sed imprudenter etiam et temere omnia explicando.

48. Etenim si eorum quae a ueteribus scriptoribus memoriae prodita sunt historiam

47. tuis : suis ed. 1579

48. sequatur : sequetur ed. 1579

²⁵⁹ D.H. *Pomp.* 6

²⁶⁰ Utilia: ROB. De hist. fac, pág. 26 ; Luc. *Hist. Consc.* 27; D. H. *Pomp.* 6

scribere instituit, meliores authores sequatur magisque probatos, quorum authoritati et fidei²⁶¹ standum omnino est, quoniam ea quae narrant a nostra memoria longe absunt. Sin uero ea scribit quae suis tempotibus gesta sunt, quando omnibus rebus unus interesse non potuit, nec cuncta spectasse, et plerunque res uarie nec uno modo referantur, omnia (quod se Thucydides²⁶² fecisse testatur) pro se diligentissime inquirat, omnes audiat, cum omnibus colloquatur et iisdem saepe de rebus omnes perconctetur nec tamen omnibus fidem praestet, uerum his, qui, libere nullo neque odio neque amori commoti, res ipsas pronuntiant atque ea dicunt quae ad ueritatem et communem magnorum hominum opinionem et assensum propius accedere uidentur.

49. Licet quoque interdum quaedam quae occultiora sunt, probabilioribus coniecturis colligere, alioquin incerta pro affectu animi ne diuinet, nec dubia sequatur pro ueris et alios interdum modeste refutare licet quo ueritas magis elucescat, et ad uerosimiliorem dissidentium sententiam ire, quod factum a summis scriptoribus non est quod alii reprehendant. Et quamuis ex hominum opinione multa pendeat, tamen authoritati doctissimorum hominum inniti semper tutius erit. Postquam igitur uniuersam materiam historicus collegit, ante oculos totam exponet ut uideat quae ex ea seligere, quae reicere, quae dicere, quae tacere conueniat quoue pacto ex his coagmentare historiam atque unde incipere, ubi finire, quo ordine singula coniungere oporteat ut unum quasi corpus conficiat, quod principio, medio, fine constet, quodque e cohaerentibus inter se partibus rite ordineque compositum, dignitate formae et specie commendetur.

50. Nam rerum delectum non solum in uniuerso genere materiae sed in singulis etiam partibus habere debemus, quo solum res memorabiles et dignae literis custodiantur, quandoquidem historiae finem utilitatem ipsam statuimus. Humilitatem enim rerum historiae dignitas aspernatur et ad docendum exemplis illustribus opus est. Et inepti est leuiter ea breuiterque attingere in quibus totum negotium uertitur, ea uero quae nullius

²⁶¹ QVINT. inst. 10,1,34 ; CIC. orat. 120

²⁶² Tuc. 4,42

ponderis sunt copiosius scribere. At quidam uel rerum ignari, uel hebetes, inopesque iudicii, non uidentes quae tenere, quae respuere, quae tacere, quae pronuntiare conueniat, ad leues quasdam et inanes commentationes et ineptias digrediuntur et, summam rei negligentes, minima quaeque pertractant.

51. Qualis ille est, apud Lucianum²⁶³, qui memorabile et maximum bellum leuissime percurrit et, in cuiusdam ignobilis uiri peregrinationem deueniens, eo usque progressus est donec fontem sorte quadam offendit in quam nisi incidisset, siti enectus esset. Quid hoc est aliud quam optima negligere, pessima carpere? Et lineamentorum artificium ignorare et in coruscantium pigmentorum admiratione persistere? Equidem quae nullius aut quam minimi momenti sunt, neque ad mores neque ad parandam prudentiam quicquam conferentia quid decet explicare? Aut etiam poetas imitari qui omnium pene militum et ducum quemadmodum quoque mortis et uulnerum genera ambitiose nimis persequuntur?

52. Sed illi delectationem aurium et amplificationem petunt; historicus utilitatem et breuitatem amat. Nominabit quidem suis nominibus primarios duces, scilicet rerum gestarum principes et authores, uno uero communionis et societatis nomine reliquos omnes nominabit. Nec si quis etiam non adeo illustris homo aliquod facinus praeclarum et singulare fecerit, aequum tamen est eum sua laude priuari. Caesar²⁶⁴, lib. V De bello Gallico, T. Pulphii et L. Vareni egregia quadam fortitudine militum excellens illud facinus commemorat, quo uterque alterum periculo liberauit cum alterius gloriae uterque inuideret.

51. in quam: in quem ed. 1579

52. tamen: tamen non ed. 1579

²⁶³ Luc. *Hist. Cons.* 28

²⁶⁴ CAES. Gall. 5,44

53. Nec Liuius²⁶⁵ equestrem pugnam Claudii Asellii Romani cum Taurea campano silentio inuoluit, in qua tanta Romani uirtus emicuit. Et a Iustino²⁶⁶ Cynegyri cuiusdam militis Atheniensis ad Marathonem gloria summis laudibus celebratur, qui post longam caedem, persequens hostes fugientes, ad litus onustam nauem dextra comprehendit nec dimisit prius quam manum amitteret; tum, amputata dextera, sinistra nauem tenuit; qua etiam abscissa, morsu arripuit et ueluti rabida fera manibus obruncatis dentibus dimicauit.

54. Clara enim per se ipsa est uirtus neque se in occulto esse patitur. Quod si quaedam humiliora uidebuntur quam ut narrentur, paritura tamen aliquam narrationi obscuritatem si omittantur, breuissime tum illa expedies. Neque enim in leuioribus rebus graui historico immorandum est, nec silentio quicquam praetermittendum cuius ignoratione historia perturbetur. Equidem haec summa laus scriptoris est: nec redundantia dicere, quae e mente effluant, nec manca, quae rerum cognitioni officiant.

²⁶⁵ LIV. 14,8,3.

²⁶⁶ IVST. 2,9,16-20

De collocatione rerum

CAP. VII

55. Et ne huc illucque historia uagetur, tenendus est quidam ordo et rectus quasi cursus scriptionis. Et quoniam omnis actio principium habet, progressum et exitum, causa quae ad agendum aliquem impulit cognoscenda est primo et, cum causa, consilium. Quae licet eadem esse uideantur quod inde acta euentusque dimanent, sunt tamen ratione quadam diuersa; nam causa dicitur, ut dominatus cupiditas, ulciscendae iniuriae libido, timor maioris periculi et mali, odium alicuius et amor et quidquid nos ad agendum inducit; consilium uero est excogitata ratio faciendi.

56. Quae uero agimus aut impetu quodam animi et affectu aut ratione agimus uel euitandi alicuius incommodi gratia uel commodi consequendi. Nam quae ui agimus, nullo pacto per nos agere dicimur nec uoluntaria sunt quae casu contingunt, sed ad supremam diuinamque uim referuntur, siquidem fati fortunaeque nomina iam nos Christiani sustulimus e nostro loquendi genere et usu. Quibus de rebus modice et prudenter historicus loquetur quoad spectabit ad rei gestae explicationem. Quod si ignoratio principiorum magnam obscuritatem in reliquis affert, et historicus actiones non bene explicarit nisi rerum causas et consilia bene perceperit. Cognitis autem causis, reliqua melius intelligentur et ueriores putabuntur. Aperiet autem causas, Polybii²⁶⁷ documento, eas quae coniunctae sunt cum rebus ipsis atque temporibus quaeque necessario quodammodo illis congruere uidentur. Quamquam interdum, si res ipsa postularit, paulo altius repetere causas et tempora conceditur dum breuiter et summatim recenseantur.

57. Salustius²⁶⁸ tamen nimis alte principium duxisse iudicatur. Qui, Catilinae coniurationem scripturus, ab Urbis origine principium sumpsit. Causarum et consiliorum explicationem sequitur apparatus; tum eorum narratio quae ex his profecta fuerunt distinguenda ab historico modis, locis et temporibus. Tandem exitus rerum declarandus est et ea quae comitata sunt euenta. Prudenterque explicanda sunt quae e sapientibus consiliis,

²⁶⁷ Plb. 1,13,18

²⁶⁸ SALL. Catil. 5,4,5

quae e temeritate, quae e casu aliquo euenere²⁶⁹. Notanda sunt etiam quae uel ante rem, uel in re, uel post rem diuinitus contigerunt, ut prodigia, ut oracula, ut sanctorum hominum uoces, atque ea quae raro accidere solent; quae, licet naturalia sint, non tamen accidunt absque aliquo portento et diuini numinis ostensione, ut terremotus, eluuiiones, aeris conflagrationes, defectus solis et cometae calamitatum praenuntiae atque alia his similia.

58. Caeterum per singula personae et rei attributa diligenter et accurate percurrendum est quae omnem actionis imaginem et naturam exponunt. Personae²⁷⁰ praeter nomen attribuuntur genus, patria, natio, disciplina, studium, liberi, propinqui, affines, amici, conditio, honores, potestates, diuitiae, libertas et quae in corpore spectantur : sexus, aetas, figura, ualetudo, uires atque animi affectationes et uirtutes et uitia. Rem uero circumstant causa, tempus, locus, occasio, instrumentum, modus et huiusmodi alia, in quorum tractatione Rhetores summopere elaborant.

59. Sed ista quoque singillatim magis uidenda sunt quae totum negotium complectuntur, facultas, occasio, euentus: quemadmodum Polybius²⁷¹, ne quis dubitaret quibus uiribus freti Romani ad uniuersi orbis imperium aspirauerint, eorum uires et opes primum ostendit ; tum quam occasionem et opportunitatem nacti fuerint bellum aliis gentibus inferendi ; postremo quae successerunt ordine²⁷² enarrat, caedes, uastationes, deditiones, triumphos, commutationes fortunae et casus. Sic ergo, ubi rerum delectum historicus habuit, tum breuiter rem uniuersam perstringet et quasi quoddam corpus adumbrabit. Ac in summa quaedam capita rem omnem diuidendo, historiam articulis membrisque discernet singulisque ordine collocatis et forma historiae inducta, dictionem quasi colorem adhibebit.

60. Veluti pictores primum animo simulacrum concipiunt, deinde effigiem in tabula mollibus quibusdam lineamentis conformant, postremo pigmenta artificiose et accurate aspergunt, umbras et eminentias colorum uarietate distingunt summoque labore et industria

²⁶⁹ Causarum...euenere: Luc. *Hist. Cons.* 49

²⁷⁰ Personae: CIC. *inv.* 1,19,27 et 1,24,34; Her. I,8,13; QVINT. *inst.* 5,10,23-31

²⁷¹ Plb. 1,2,10

²⁷² Ordo: Fort. 3,1; MART. *CAP.* 30,507

picturam absoluunt, hoc est rem ipsam primo per figuram comprehendere, tum comprehensam explicare et ornare dicendo. Ipse autem ordo naturalis erit et rectus: ut res non aliter narretur quam eo quo ab authore gesta est modo nec ulla res confundenda, nec praeuertendus exitus rerum, cuius expectatione lectoris animus detinetur, sed temporum ratione et natura rerum seruata ea, qua sunt tempore priora, et necessitate existendi, sicut euentis causae, priora quoque collocabuntur.

61. Itaque euenta post consilia et causas sequentur effectus et consequentia antecedentia atque eo pacto singula inter se componentur ut demi uel transferri nullo modo possint.

De multiplici Actione

CAP. VIII

62. Caeterum historia aut simplex est, quae rem unam uniusque modi complectitur, aut multiplex, in qua uariae res, diuersi euentus, dissimiles exitus continentur, quale est bellum Punicum, quod maxima uarietate ducum et locorum gestum est. Si narratio est simplex, in una tantum re scriptoris animus cogitatioque uersabitur; nimirum ut rem ipsam eodem quo gesta est ordine exponat. Vnde ne rerum simplicitate et simili semper et odiosa narratione lector historiam fastidiat, pluribus illam ornamentis rerum et uerborum illustrare conetur. Sin uaria est multiplexque, narratio summo iudicio et prudentia distinguenda erit ne uarietate confundatur. Nec difficile est eas actiones ordinate disponere quarum aliae ex aliis proueniunt aut tempore aliis antecedunt. Nam docet tum ordinem tempus ipsius.

63. Nec tam profecto locorum hic quam temporum rationem²⁷³ obseruabimus. Nam si locorum ordo absit, non ita res obscurantur ut si temporum confusio et perturbatio insit: quandoquidem consilia, rationes, causae, euenta rerum non aequae locis ac temporibus distinguuntur. Quorum ordinem qui non tenet, totam historiae narrationem obcaecat. Quid enim illi non erit obscurum qui ignoret quid quoque tempore gestum sit? Perturbatio enim temporum omnem scientiam antiquitatis tollit. Atque hoc certe uitium historiae mihi maximum uidetur, si tenebras afferat quae lucem afferre debet.

64. Tempus autem notabimus eo modo quo in publicis scripturis monumentisque signatur. Neque anni annique partes solum et menses, uerum etiam dies, noctes, horae ac momenta significabuntur si quam afferat eorum cognitio utilitatem. Sed cum iisdem temporibus multa geruntur inter se diuersa uariis in locis, ueluti quo tempore Annibal Italiam uastat, Scipio Hispaniam domat, tunc pro scriptoris prudentia liber est ordo, ut quam rem prius uelit commemoret. At rem unam prius eo scribendo deducet donec capi possit; mox ad aliam sese conferet quam eodem usque deducet, quoad eius imago appareat, seruata semper et notata eadem temporis ratione.

²⁷³ Rationes: ROB. De his. fac. pp. 23-24

65. Sed ita ratio temporum seruanda est non ut res temporibus interpunctim, quod in annalibus fit, sed rebus tempora accommodemus, decursum quendam perpetuum et tractum legentes ac ordientes historiam quasi telam continentem quo tota facies rerum et connexio explicetur. Ad quas interim distinguendas obiter, cum opus fuerit, tempora notabuntur quae rerum gestarum rationem sequantur. Et Dionysius Halicarnasseus²⁷⁴ Herodotum laudat quod res inter se belle et artificiose coniungat nec ad unam rem transeat non alia prius absoluta; ut multis argumentis corpus unum conueniens secumque consentiens efficiat. Minus Thucydidem probat magis tempora quam rerum cursum obseruantem et qui narrando quae eadem aestate uel hyeme gesta sunt, alia attingat, alia imperfecta relinquat; itaque corpus unum multas in partes scindit, ut lector uix animo et cogitatione rem ipsam assequatur.

66. Non igitur rerum ordinem, non temporum, non locorum, non causas, non effecta prudens historicus permiscebit, sed cuiusque rationes et euenta separatim et distincte narrabit, nec ex una re in aliam transibit, nisi priorem, ut par est, prius explicarit, ne cogatur ad eam, quia inuolutam obscuritate reliquit, confusus iterum reuerti. Quod si locorum ordinem et situm aliquando sequetur, non tam illum a propinquioribus sibi locis inchoabit quam sumet ab his quae maiorem cum re habent cognationem et, per omnia uagatus loca, nullam occasionem praetermittet atque eadem tempora quatenus fieri poterit omnibus attribuens ad omnia festinabit.

67. Transitiones autem quibus utetur, non coactae, sed artificiosae, quasi a re ipsa

66. quia: qua ed. 1579

67. poterit: potuit ed. 1579

²⁷⁴ D. H. Pomp. 3; sed eadem sententia in recto sensu Gn. Pomp. 6

aduocatae uideantur. Neque non erit unum bellum Punicum²⁷⁵ unaque historia licet multiplices uariasque res complectatur: quando ab iisdem causis omnia profecta, ad eundem exitum spectent. Quemadmodum membra corporis, quamuis dissimilem figuram habeant et magnitudinem diuersisque officiis fungantur, unum tamen corpus componunt atque omnia ad ipsius tuitionem et salutem prospectant. Nec repugnauero Valerium Maximum inter Historicos annumerandum non esse quippe qui nullam perpetuam narrationem teneat. Docet tamen grauiter et acute quis fructus ex historiarum lectione capi possit.

68. Nec uero opus est monere ne repugnantia et aliena a re narrentur. Nam quaedam uitia ita manifesta sunt, ut inutilis sit omnis illorum animaduersio. Atque haec ipsa praecepta sequemur in eorum uitis describendis, quorum mores ad sequendum uel fugiendum aliquid exemplo esse possunt. Siquidem aetatis gradus obseruabimus et, acri iudicio consideratis personae reique attributis, non solum quae quis gesserit, sed etiam quae sapienter, acute et erudite dixerit, referemus. Neque tamen omnia aut dicta aut facta complectemur sed ea dumtaxat quibus hominis mores et affectiones animi tanquam in tabella imago et simulachrum exprimentur. Non secus atque pictores in oris pictura et lineamentis plurimum artis et studii ponunt, quod inde morum indicia capiantur.

69. Sed et quandoque ipsi uitarum scriptores ordinem uitae aetatumue non tenent, uerum in certa capita res digerunt, quod fecit Suetonius. His ipsis quoque praeceptis conformatur ea historia quae uniuersam quandam actionem aut mundi, aut gentis aut ciuitatis amplectitur: ut uidelicet primum origo rerum ostendatur, mox quo pacto auctae sint et in quod fastigium peruenerint explicetur; demum quis exitus fuerit iuxta ac tempora

69. conformatur: confirmatur ed. 1579

²⁷⁵ LIV. 21,1,5

tulerint prudenter breuiterque narretur. Igitur in scribenda historia primum initia rerum, tum progressus, postremo finis semper erit spectandus.

70. Haec de electione et collocatione rerum summatim dicta sunt: nunc de ornatu, qui grauis, cultus et honestus esse debet, qualis matronam decet, non meretricius ille poetarum, pauca dicenda erunt.

**De digressionibus, descriptionibus
concionibusque interponendis**
CAP. IX

71. Ac porro descriptiones²⁷⁶ populorum et illustrium personarum ut Iugurthae apud Salustium²⁷⁷ et apud Liuium²⁷⁸ Annibalis hominum ingenia moresque declarant. Regionum quoque et oppidorum, montium, nemorum, portuum fluuiorumque descriptiones plurimum ad rerum ornatum et perspicuitatem conferunt: quae rem ita suis orant insignibus et ante oculos ponunt ut cerni, non audiri uideatur. Nec locorum modo uerum etiam temporum descriptiones atque aliarum rerum ut munitionum, obsidionis, machinarum, pugnae, triumphorum, alicuius apparatus et pompae spectant eodem; quibus et apte utendum est, ne, tanquam alterius generis pannus, male assutae dicantur et modice sine fuco et affectato nimium apparatu, ut omnis ingenii et doctrinae ostentatio ostentationisque suspicio euitetur.

72. Nihil enim aeque hominem homini odiosum reddit atque arrogantia. Porro in describendis locis, ne quid a uero absimus, locum ipsum oculis spectasse tutius erit quam auribus ab aliis percepisse: ut Salustium ferunt quo maiore fide bellum Iugurthinum scriberet Africam peruagatum esse. Neque solum descriptionibus sed quibus suis etiam aliis digressionibus adsit modus et temperantia, ne, licet a re declinent, non tamen cum re apte cohaereant, longioresue sint quam deceat. Voco autem digressionem cum a re proposita in aliam declinamus, sicuti Liuius²⁷⁹ in transitum Alexandri in Italiam et Salustius²⁸⁰ in mores Caesaris et Catonis digressus est.

73. Et apud Oratores, praesertim in genere demonstratiuo, et apud poetas, qui se totos ad delectandum compararunt, frequentiores sunt et longiores digressiones; apud historicos uero rariores et breuiore. Qui in uitio essent si qua digressionem delectationis solum, non etiam euidetiae gratia uterentur. Est autem cur digredi liceat, si lectorem

²⁷⁶ Descriptiones: Luc. *Hist. Cons.* 47-48

²⁷⁷ SALL. Iug. 5,5 et ss.

²⁷⁸ LIV. 21,1 et ss.

²⁷⁹ LIV. 9,18,1

²⁸⁰ SALL. Cat. 53,5,5

inspicias: ut aliqua uarietate *recreetur*; si rerum naturam contempleris: ut dilucidiores fiant et cultiores ipsaque historia dilatetur et ornetur alioquin sterilis et ieiuna. At uero quidam leuioris ingenii homines, quasi rem ipsam fastidientes, nullam non captant digrediendi occasionem ad eloquentiam et eruditionem alicuius rei uenditandam neque ad digrediendum uocari se prius ab ipsa re, quod prudentiores faciunt, patiuntur: faciuntque ut infantes et ineruditi habeantur quod neque modum neque locum obseruent.

74. Videre enim quid deceat, hoc est caput bene scribendi. Thucydides autem magnae prudentiae et grauitatis scriptor, his digressionibus apte et moderate utitur neque nimium uagatur sed digressus statim reuertitur, ut illum ueluti fugientem hinc inde res omnes apprehendant. Ita breuiter rem omnem explicat et ornate.

75. Verum tamen ad amplificandum et rerum uarietate distinguendum ornandumque opus atque ad prudentiam et mores uim habent magnam conciones²⁸¹ et cohortationes. Nec personam tamen ullam historicus effinget sed loquentem modo interponet ut credibile est illam fuisse locutam, cum eadem uerba referri non possint. Id quod ingenium solers et acre iudicium et multarum rerum cognitionem quaerit, ut loquentium moribus et naturae conueniant quae dicuntur. Quid enim magis arduum est quam aliorum mores, animos, orationem induere? Et in illorum sese conformare uoluntatem atque naturam? Qua quidem re nihil est in poesi difficilius nullusque locus mihi uidetur historico relictus in quo magis uim dicendi ostendere, rerum causas et consilia melius explicare, laudare et reprehendere liberius possit quam ubi alios dicentes imitatur.

76. Primum igitur non quaecumque personae sed illustres, praestantes et dignae pro historiae grauitate inducentur non quacunque de re sed de grauibis maximisque rebus, concionantes sapienter et prudenter, seruato personarum decoro. Dicit grauiter et seure Cato, ad populi gratiam Caesar, Marius, agrestis homo et solum ad arma natus, bonarum artium studia doctrinasque contemnet. Nec expauescet uir fortis et audebit imbellis et de suis quisque studiis, non de aliena facultate disputabit.

²⁸¹ Conciones: Her. 4,52,65; ISID. 2,14,1-2; Hermog. Prog. 9; PRISC. rhet. 9; QVINT. inst. 9,2,30

77. Neque solum personae, uerum etiam rei, loci ac temporis habenda ratio semper est. Nam breui hortatione, tanquam stimulis, opus est, cum instat urgetque necessitas. Longior uero desideratur oratio, cum rerum conditio postulat licetque etiam per tempus, quando animi languescunt et torpent, atque aut monendi sunt aut inflammandi. Tum in exercitu classicum dicere oportet, in senatu de administratione reipublicae deque his quae ad ciuilem prudentiam et felicitatem pertinent. Quis illam Marii apud Salustium²⁸² orationem, in qua negligit studia literarum, si ante pugnam habeatur, non merito reprehendat utpote a re et loco alienam atque etiam pro tempore longiorem? Cum apud populum Romanum habita in comitiis cuiquam uideri longior fortasse possit?

78. Non dicam quod haud scio qua ratione aliqui orationes funebres ab historia remouendas esse censeant, quando pulcherrimum earum exemplum apud Thucydidem legamus. Sane Trogus (ut refert Iustinus²⁸³) reprehendit in Liuio et Salustio quod directas orationes operibus suis interserendo historiae modum excesserint. Idem in Thucydide carpere potuisset. Vocant (ni fallor) directas orationes eas quae per primam personam pronuntiantur; obliquas, quae per tertiam, ut illa Mithridatis est apud eundem Iustinum²⁸⁴. Profecto mihi ut pro re, loco et tempore breues et aptae conciones placent, sic nimium frequentes et prolixae ac quacunque de re susceptae orationes non admodum placent.

79. Nam rerum gestarum cursum retardant et multa praeter rem saepius amplectuntur. In quarum artificio multis mirus est Liuus nihilque mihi uidetur eo inferior esse Thucydides. Contra²⁸⁵ sunt qui, eruditionis expertes nec magni iudicii homines, dialogismos quosdam et sermones intexunt et hortationes loquacissimas et frigidissimas; insulsa omnia sine condimento, sine eruditione, sine acumine, sine iudicio, sine eloquentia et ornatu orationis. Enimuero, qui rerum, personarum, temporum locorumque decorum non uidet, is in omni re grauiter peccat. Quod decorum contineri arte non potest, prudentia et iudicio tenetur. Ergo digressionibus, descriptionibus, concionibus, hortationibus mirum in modum locupletatur et illustratur uehementer historia: quae, nisi moras quasdam et

²⁸² SALL. Iug. 85,26,1

²⁸³ IVST. 38,3,11.

²⁸⁴ IVST. 38,4.

²⁸⁵ Contra...tenetur: CIC. de orat. 1,31,142; QVINT. inst. 4,2,116.

respirationes haberet, nimis animum lectoris intenderet et satietatem afferret, si non aliqua uarietate rerum condiretur.

Quod ueritas fundamentum

et uita Historiae sit

CAP. X

80. Quidam uero historico negant licere orationem ullam interponere, quod illam fingere oporteat; nihil autem fictum historia recipiat. Verum alia est rerum, alia uerborum ratio; illae possunt ut gestae sunt explicari; ista, quemadmodum pronuntiata sunt, referri nullo pacto possunt. Et si in obscuris rebus licet quandoque probabilitatem sequi, non idem licebit in uerbis? Si res uerbis immutaretur, non hoc certe iniuria negarent, sed quando orationes rem melius exponunt et ornatius idque factitatum a summis scriptoribus et a magnis hominibus probatum uidemus, quo nos iure quae ueritate damnabimus?

81. Nec se uerborum sed rerum pronuntiatorem historicus profitetur, quas uere expresserit, cum nihil finxerit, nec recensuerit ea quae facta non sunt nihilque nimis prae animi uitio depresserit uel extulerit explicatisque rite causis et euentis, distinxerit suis quaeque modis, temporibus et locis. Neque abfuerit a uero si non omnia dixerit quae rem circumstant, dum summam totius rei aperiat. Atque haec est quae aliquando cernitur inter scriptores dissimilitudo: quod non omnes eodem modo rerum et personarum attributa persequuntur. Etenim historiae fundamentum, firmamentum, spiritus et anima est ueritas absque qua nullam neque formam neque fidem habebit.

82. Retinebit quidem sine elegantia uerborum et sententiarum ornatu nomen suum. At sine ueritate nullam uim, nullam auctoritatem, ne nomen quidem suum retinebit, nec se tueri nec defendere ab ullius uituperatione et reprehensione poterit: et mutata iam figura non amplius historia sed fabella quaedam inanis et commentitia res dicetur uoluptatis

80. non hoc: hoc non ed. 1579

tantum gratia non etiam utilitatis inuenta. Quamobrem haec prima, haec maxima lex historia omnium eruditissimorum hominum sancita consilio est: ne quid falsi dicere audeat, ne quid ueri dicere non audeat. Nam ea solum de causa historias legimus, ut res gestas, non fictas agnoscamus; quarum lectione ad prudentiam et ueram laudem excitemur. Quod si falsa pro ueris narrentur, illorum exemplis non secus ac falsis fictisque testimoniis decipiemur.

83. Vnde uana et falsa scribere, quid aliud est quam hominibus imponere? Quidque iniquius et magis contra officium scriptoris est quam commentitiis rebus ueritatem inquinare et adulterare sanctam historiae legem? Aut quis, obsecro, lector non grauiter ferat, si deceptum se senserit, cum intelliget falsa esse quae pro ueris accepit? Si historia est (ut sapientes uiri uoluerunt²⁸⁶) speculum rerum, quale speculum illud est quod reddit imagines dissimiles et tortuosas? Si est lux ueritatis et imago, quae nam lux ista putanda est, quae ueritati tenebras offundit? Aut quae imago, quae difformis est et rerum confictarum potius simulachrum quam uerarum effigies? Atque hoc est uel praecipuum inter historiam poesimque discrimen: quod in historia omnia ad ueritatem referuntur, in poesi ad delectionem pleraque.

84. Neque uero solum falsa non dicet sed ne uera quidem ullius metu uel amore occultabit et, simplicem ueritatem pluris faciens quam cuiusquam hominis gratiam uel offensionem, rem ipsam seu male seu bene gesta sit, aut ab amicis aut inimicis, nihil uel addendo, uel diminuendo, uel disimulando ingenue et syncere narrabit. Non enim aequum est neque sanctae historiae legi consentaneum tuorum errata tegere et factum aliquod

83. quale: tale ed. 1579

²⁸⁶ Luc. *Hist. Cons.* 50

insigne laudibus extollere, hostium uero malefacta maledictis incessere et praeclara facinora silentio praeterire. Nec tum historiam scriberes, sed tuorum causam contra aduersarios ageres nec historici personam gereres, sed orationis. Itaque Liuius plus aequo fauisse Romanis uidetur quibusdam et Salustius non bono animo subticuisse quae Ciceroni a Senatu ob oppressam Catilinae coniurationem summa cum laude et beneuolentia decreta fuerunt.

85. Quin etiam uidere quosdam licet, qui non rerum narratores sed in historia laudatores se declarant, in principium laudes euagantes cumque praestantissimis imperatoribus illos conferentes et laudibus afficientes pene diuinis²⁸⁷. Quae comparationes ab oratoribus receptae in historia saepius uitiosae sunt. In quibus et nimiis et ineptis saepe neque necessariis Theopombum deliquisse Halicarnasseus²⁸⁸ iudicauit. Ac magnifice Alexander ille Magnus librum Aristobuli²⁸⁹, in quo multa de se in certamine cum Poro, Indorum rege suscepto, mentiebatur, quod se falso laudari et adulari sentiret, in fluuium proiecit, eadem poena dignum esse dicens authorem qui, pro se ipso depugnans, singulari certamine talia perpetrasset. Dum igitur isti laudationibus exornare historiam uolunt et encomiis ueluti fuco illinire, deturpant et eneruant ignorantes id pulchrum et decorum esse quod est cuiusque naturae proprium atque conueniens maluntque, aut eius quod decet ignari aut affectu aliquo deprauati, breuem aliquam et inanem gratiam aucupari quam suae famae ueritatique consulere.

86. Quod peculiare totius Graeciae uitium fuit uel ostentandi ingenii gratia et eloquentiae uel suorum facta exornadi libere in historia mentiri. Adeo etiam apud Herodotum²⁹⁰, quem historiae patrem appellant, et apud Theopombum sunt innumerabilis fabulae, quod in laudationibus plerisque accidere solet, quia multa pro ueris falsa pronuntiant. Prudenterque Thucydides, historiam Herodoti fabulosam uidens multisque

²⁸⁷ CIC. leg. 1,5,5.

²⁸⁸ D. H. *Pomp.* 3

²⁸⁹ Luc. *Hist. Cons.* 12

²⁹⁰ *exempli gratia*, Hdt. *Hist.* 1,23 et ss ; 1,31 et ss ; 1,34 et ss; 1,107 et ss.

mendaciis et figmentis scatentem, quamuis illum omnes admirarentur, tamen professus est se ueritatis studio perpetuo duraturam possessionem posteris relicturum.

87. Quid? Quod nonnulli quasi mercede ad scribendum conducendi ueritatem et historiam uenalem exponunt? Quod si quibusdam explicandis aliquando periculum aliquod graue fortunarum aut uitae scriptori ab aliquo immineat, quod in his ille turpitudinem suam notari sentiat, personam aliquam artificiose et caute loquentem inducat, a qua explicentur aut exprobrantem hostem aut desiderantem amicum. Quemadmodum poetae, cum in scena, quid palam fieri uetat aut probabilitas aut pudor, quod nullo tamen pacto ignorari silerie oporteat, personam aliquam effingunt quae uerbis illud coram exponat. Quod si quaedam etiam forte occurrant scribenda quae humanam fidem excedunt ueluti portenta et miracula aut his similia, quae Liuius et Dion²⁹¹ usque ad superstitionem obseruarunt, prudens scriptor ita illa referat non ut quicquam neget uel affirmet, sed in medio relinquat ut de illis pro sua quisque sententia iudicet, sibi nullum periculum inde sit.

87. conducendi: conducti ed. 1579

²⁹¹ Syn. *Dion* 61c et ss

De interponenda scriptoris sententia

CAP. XI

88. Licet tamen scriptori interdum sententiam suam interponere, prudenter aliquid admonere, quae consilio, quae temere, quae casu, quae diuinitus acciderunt, sapienter explicare; atque, expositis rationibus, quae bene facta sunt probare et contraria breuiter reprehendere. Hoc est, docere quem fructum lector ex historia possit debeatque percipere; sed modeste tamen absque ulla ingenii uanitate, ut bonum et prudentem scriptorem decet, non ut oratorem aut philosophum agat.

89. Et quoniam non aliter loquimur, neque res iudicamus quam affecti sumus moresque in ipsa oratione elucent, siquidem talis est cuiusque animus, qualis est oratio. Nam honores ambitiosus; diuitias auarus; arrogantiam superbus; iustus aequitatem; sapiens prudentiam, studiosus uirtutem et integritatem sonat. Historicum, qui se totum ad ueritatis et uirtutis studia comparauit, uirum bonum in primis esse oportet cuius orationi fides habeatur.

90. ²⁹²Xenophon Dionysio Halicarnasseo prae se fert mores sanctos, iustos, faciles, constantes ac in summa omnibus uirtutibus ornatos; Philistus uero adulatorios, sordidos et humiles Herodotique animus lenis uidetur et mansuetus; at Thucydidis acer et rigidus. Quae animi affectiones saepe sunt pro hominum ingenio, studiis et aetate disimiles; tum uero solum dignae uituperatione cum uitio corrumpuntur. Semper autem bonus historicus sit ad laudandum quam ad reprehendendum procliuior. Quod bonae mentis indicium esse ducitur et a potiori parte genus demonstratiuum Rhetores laudatiuum appellarunt. Nihilominus si quid laudandum aut uituperandum est, bono modo id fiat, ne adulari aut calumniari quempiam uidearis.

91. Non enim in iudicio uersaris aut foro ut aduersarium crimineris aut alicuius uitam et facta concelebres. Etenim bono uiro nulla turpior nota inuri potest quam

²⁹² Xenophon....rigidus: D. H. *Pomp.* 3-6

adulationis. Et Theopombo uitio datum est quod inuidiose nimis et acriter in historia quosdam insectaretur: quam rem ita in studium et exercitationem uerterat, ut accusare magis quam scribere historiam crederetur. Videndum est ergo quos et quae laudemus uel reprehendamus. Insignes inquam personas et ea quae in rem praesentem pertinent neque ea leuia, sed magna et grauia et unde hominis animus et studium dignosci possit. Ac uitium est calumnia uel assentatione in alienas a re disputationes abduci. Nam si facti cuiuspiam temeritatem reprehendis, non etiam in auaritiae accusationem diertes quae nullum habuit cum temeritate commercium.

92. Equidem in scribendis uitis, omnes animi affectiones et studia et facta et dicta explicanda sunt quae hominum ingenia moresque declarent. In alicuius autem rei gestae explicatione solum ea notanda quae in praesens opportuna et apta nec aliena iudicantur. Omnino reprehensiones aut laudationes breues esse debent et significatae, potius quam expressae; quando, narrationis contento cursu et absque ulla interpellatione, efferatur oratio. Et quia nullam moram pati posse uidetur nihilque uelle recipere nisi quod opportune interueniat, loco apponantur et opportuna et rebus idoneae, quae ornamento potius sint quam impedimento. Itaque breuis et acuta sententia interponenda est, quae facile in animum penetret firmiterque inhaereat: qualis est apud Salustium illa de Metello: “Vir egregius in aliis artibus nimis molliter aegritudinem pati”²⁹³.

93. At quanti hominis hoc sit quis non uidet? Prudentis, grauis, benemorati, eruditi, rerum humanorum usum habentis et aequissimi uiri, quem nulla perturbatio, affectioque commoueat; qui ueritatem cuiusuis gratiae et offensionis praeferat, in reprehendo seuerus et grauis censor; qui praeclare facta merita laude non defraudet, nec conuieat delinquentibus, non plus alteri tribuens, omnibus beneuolus, nulli addictus, sui iuris, suis legibus uiuens, non quid hic probet aut ille, nec quid cuique placeat displiceatque sollicitus, sed tanquam hospes et peregrinus commendat libero animo laudanda et damnet uituperanda.

²⁹³ SALL. Iug. 82,2.

94. Optimo uero consilium hanc in rem dat Lucianus²⁹⁴: ut ab omni affectione seipsum scriptor expediens tanquam ex alto, ut Iuppiter apud Homerum, res humanas inspiciat, nullam ipse in partem animum et studium appellat et quid quisque sentiat et agat et quid cuique eueniat contempletur et sagaciter cuiusque conscientiam intueatur, omnium consiliis intersit, teneat omnium mentes, praesens sit omnium actionibus, speret metuatque cum omnibus, fugiat cum fugientibus et sequatur persequentes. Tum ipse libere, opportune et breuiter moneat quid facere oportuisset et benefacta laudando et reprehendendo malefacta grauem, aequum, syncerum et prudentem ubique se iudicem praestet. Neque enim solum bonus et aequus iudex uerum etiam prudens esse debet, qui uideat quid res, locus et tempus postulent.

95. Illae uero sententiae, quae celebria quaedam dicta sunt pro hominum opinione uitae usui conuenientia (non tantum enim animi sensum uerum etiam hoc ipsum aliquando sententia significat) si apte et modice interserentur, orationem quasi luminibus quibusdam gemmisque distinguunt. Praeclara illa est apud Iustinum: “Quo fortuna, eodem etiam fauor hominum inclinatur”. Et apud Liuium: “Adeo spreta in tempore gloria cumulatorum redit”²⁹⁵. Et apud Salustium: “Animo cupienti nihil satis festinatur”²⁹⁶. Et apud eundem: “Regiae uoluntates, ut uehementes sic mouiles, saepe ipsae sibi aduersae sunt”²⁹⁷.

96. Prae caeteris autem rerum scriptoribus, ne Valerium commemorem acrem in sententiis, in conclusionibus breuem, pariter et acutum, Plutarchum suspicere soleo, cuius sapientes et eruditi sermones atque adeo morata oratio est, ut semper aliquid moneat, semper doceat, semper optimis moribus lectorem instituat. Quanquam nimius interdum hac in re nonnullis uidetur, quod a rerum gestarum narratione (quod etiam Polybio²⁹⁸ obiiciunt) ad philosophorum scholas et longiores de moribus disputationes diuertatur. Sed hoc ille forsitan sibi magis quam aliis scriptoribus licere putauit, quoniam uitas scriberet, in quibus (ut antea diximus) non omnia persequi oportet, sed dumtaxat ea quae mores et animum indicet. Ideoque uitarum scriptores, parcius utentes aliis digressionibus, concionibus,

²⁹⁴ Luc. *Hist. Cons.* 49

²⁹⁵ LIV. 2,47,11

²⁹⁶ SALL. Iug. 65,1

²⁹⁷ SALL. Iug. 113,13

²⁹⁸ Plb. *Hist.* 1,8

adhortationibus, descriptionibus, amplificationibus ad huiusmodi quae ad uitam moresque pertinent, disputationes liberius libentiusque uagantur.

96. moneat: maneat ed. 1579

De Cura uerborum

CAP. XII

97. Rerum curam sequitur uerborum ratio, quae in uerbis simplicibus et coniunctis sita est. Et²⁹⁹ simplicia uerba debent esse Latina, non peregrina; nam qui Graece scribit, Italorum uerbis non recte utetur. Debent etiam esse propria et usitata, quae rem maxime declarent quaeque facile intelligantur, non aliena, inusitata, uetusta, obscura et extra loquendi consuetudinem posita, quippe diluciditas cum in omnibus, tum in rerum narratione potissimum est necessaria. Ipsa est propria orationis uirtus, sine qua nullam afferret utilitatem oratio. Seligenda praeterea sunt uerba grauiora, rem exornantia, digna et rebus apta. Postremo seligenda, quae iucunditate, lenitate, elegantia et nitore polleant; reiicienda uero aspera, exilia, uulgaria. Atque ut fugienda est uerborum humilitas, sic est abhorrenda (utar uerbo graeco) Hippotyphia, quam ingentem et nimium fastum Latine dixeris.

98. Nec me latet alia esse natiua, alia reperta uerba, sed facere aut fingere uerba puto non amplius nobis licere quibus Latinus sermo perit, nisi in his rebus exprimendis quae uerbis Latinis notatae non sunt sicuti sunt tormentorum, munimentorum, nauium, atque aliarum rerum genera ueteribus ignota. Rebus enim nouis noua³⁰⁰ uerba imponenda sunt. In quibus fingendis aut analogiam aliquam sequemur, aut deducemus a Graecis, aut rerum naturam imitabimur utemurque his uerbis nouis quae boni auctores inuenerunt et usurparunt. At coniunctio uerborum, fugato soloecismo, Latinitatem seruet et amet perspicuitatem sine ambiguitate recto ordine neque in longum dilata conclusione. Tum apta iunctura lenis sit et numeris opportune cadentibus suauis ac uerborum et sententiarum pro rebus illuminatas figuris.

99. Et historico quaedam sunt peculiaria uerba et dicendi modi minus ab aliis scriptoribus usitati. Nam mortales frequenter inquit pro hominibus, non itidem orator; desiderati sunt, hoc est, perierunt satis illi frequens, non itidem oratori; pacificare, omnino

²⁹⁹ Et...dixeris: Luc. *Hist. Cons.* 44 // propria: QVINT. inst. 8,2,6-7// usitata: Her. 1,7,11

³⁰⁰ Noua: QVINT. inst. 1,6,39; 8,3,59

uerbum historicum est pariterque frumentari, aquari, lignari. Suspiciens pro suspectum habens dixit Salustius³⁰¹, et instabilis pro infamis³⁰² et supplicia pro supplicationes³⁰³ neque discordiosum uerbum respuit³⁰⁴, amator uetustatis. Tu tamen ne eruditionem et solertiam uenditare iudicaris, uetusta uerba ne exquirito; quando Salustius non effugit aduersariorum reprehensionem quod uetustam orationem affectauerit.

100. Multa quoque historicus per infinitum modum incidit, quod a comicis, non adeo ab oratoribus usurpatur; saepe etiam uerba quaedam reticet, sed quae deesse facile intelligantur, ut “dico, respondeo, gero, sum, facio” et multa saepe membra ab uno capite per iugationem connectit. Praeterea remotiores quasdam figuras excogita et prope ad sublimitatem poeticam accedentes. Nam dicit: “Annibal ictus tragula femur”³⁰⁵, quod orator nunquam dicere auderet et “maior pars, uulnerati” et singulari numero pro plurali et tempore praesente tanquam praeterito et infinito uerbo pro gerundio poetarum more aliquando utitur.

101. Nec frequens tamen et audax in transferendis et conformandis uerbis sed contentus esto his figuris quae taedium leuent, non admirationem et sacietatem afferant, quoniam decet historicam orationem grauem esse philosophicam dignitatem quodam modo redolentem et ad leuandum fastidium cuiusdam poeticae suauitatis partipicem ornatamque mediocri cultu, ne officiat ueritati nimius splendor elocutionis. Neque in oratione solum uerum etiam in uita peccatur ex nimia cura et appetitione, quam affectationem prope

100. nam: dum ed. 1579

³⁰¹ SALL. Iug. 70,1

³⁰² SALL. Iug. 67,3

³⁰³ SALL. Cat. 9,2; Iug. 55,2

³⁰⁴ SALL. Cat. 5,2;92; Iug. 10,6;78,1

³⁰⁵ LIV. 21,7,10

poeticam et declamatoriae pene similem in Herodoto Lucianus³⁰⁶ aduertit.

102.³⁰⁷ Porro genus orationis in historia esse debet lene, fusum, temperatum et sine asperitate aequabile. Quod uerborum concursu siet neque horrido, neque hiulco sed quodam modo coagmentato ac leui sine uocalium inter se occurru, sine asperiorum consonantium comisura, sine uerborum uitiosa traiectione, labentibus opportune numeris et quasi fluentibus molliterque conclusis. Cum autem fusum dixi, non diffusum uerbis, nec sensis redundans intelligi uolo. Breuitati enim studet historia, sed quod nimis concisum et minutum non est, quod non intempestiue exultat neque subsidet, quod leuiter aequabiliterque decurrit et ut amnis quidam molliter labens, non imbre crescens et rapide fluens ut torrens, omnibus in quadrum redactis numerumque sententiis.

103. Non enim ad iram, odium, commiserationem, inuidiam concitare, sed docere instituit lectorem ea quae gesta sunt decurritque, tractu aequali secum ducens lectorem, nunquam intersistens, nisi cum illum respirare et paululum quiescere longior cursus aut res postulat, ubi quid perfectum est, aut ubi grauius aliquod negotium occurrit ut gressum paulisper sistere oporteat. Nec omnia e numeris constabunt, nec erunt disoluta numeris omnia: hoc rusticanum est, rude et agreste, illud ambitiosum adeo atque molestum. Et uitiosum est in soluta oratione carmen, quod Liuius fecit illis uerbis: “Facturus ne operae precium sim”³⁰⁸ et alibi: “Additur et Perusina cohors”³⁰⁹; iterum: “Haec ubi dicta dedit, stringit gladium cuneoque”³¹⁰. Et Salustius: “Iamque dies consumptus erat”³¹¹. Quanquam historica locutio propter uerba quaedam, figuras et numeros a communi genere dicendi remotiores similitudinem habet quandam poeticae dictionis.

³⁰⁶ Luc. *Hist. Cons.* 8

³⁰⁷ QVINT. inst. 12,10,58 et ss.; CIC. orat. 21,69 et ss.

³⁰⁸ LIV. 1 pr. 1,1.

³⁰⁹ LIV. 23,17,11

³¹⁰ LIV. 22,50,10

³¹¹ SALL. Iug. 98,2,1

104. Quapropter Fabius Quintilianus illam affirmat esse quodam modo carmen solutum³¹². Ergo uerborum apta et certis numeris moderata compositio fluet ipsa per se leniter et numerose habebitque omnia eodem fluxu et tractu deducta et eadem moderatione et simili iunctura coagmentata atque contexta. Quod non ita aio ut non pro dignitate cuncta explicentur: copiosius magna, pressius humilia dicenda sunt. In aciebus conferendis, in describendis praeliis, in exprimenda facie aliqua expugnationis, sublimiores sententiae et uerba quaeruntur. Cumque res praeclara attinguntur et uarietates fortunae et rerum humanorum uicissitudines, grauior tum etiam desideratur oratio.

105. Aliter concionantis, aliter narrantis historici dictio instituitur; haec tenuior, illa grandior et quae facultatem sapiat oratoriam. Meminisse tamen debet historicus semper generis sui dicendi temperati, lenis, fusi et aequabilis; ne multiplex et diuersi coloris stylus et deformis appareat, sibi totus incinstans et uarius et errans. Atque ut summatim et breuiter dicam: oratio debet esse rebus apta et accommodata, pulchritudinem cuiusque seruans et magnitudinem. Eaque satis probatur oratio quae rei naturam maxime exprimit.

106. Haec de historica dictione breuiter diximus, tum quia studiosus Rhetores dicendi fontes aperiunt, tum quia non minus ualent ad bene scribendum exercitatio et optimorum scriptorum imitatio quam ipsae Rhetorum artes et doctrinae. Doctrina igitur et exercitatione et imitatione efficiendum est ut historiae dictio plana sit et ornata³¹³; quae ab omnibus intelligatur et probetur et laudetur ab eruditis.

³¹² QVINT. inst. 10,1,31; CIC. de orat. 3,48,184

³¹³ Ornata v. QVINT. inst. 4 2,46; Her. 1,9,14; CIC. inv. 1,20,28

**De partibus historiae:
Principio et narratione
CAP. XIII**

107. Exposita rerum et uerborum ratione, nunc explicandae sunt partes quibus historia componitur. Sunt enim duae, Principium et Narratio. Nam raro aut nunquam utitur Epilogo. Principium intelligi uolo, quod exordium alii, Graeci melius proemium dicunt, quasi aditum ad ipsam narrationem non ipsius narrationis initium. Principium autem liberum est et saepe longe a materia ductum, cuiusmodo sunt illa Salustii, ac longe adeo deducta ut quibusdam longius petita uideantur. Quod oratori in demonstratio genere licere intelligimus quoniam (ut Rhetores praecipunt) tunc est opus exordio cum erga nos bene afficiendus est auditor; cum uero sua sponte paratus est audire, libere tunc possumus exordiri atque interdum altius praemium sumere.

108. Verum ita liberum esse debet exordium ut cum ipsa re cohaereat. Minus autem cohaeret cum in alias quoque partes traduci potest. Vsus autem exordii in orationem (sicuti Rhetores docent) hic est maxime ut auditoris animum ad reliquam dictionem praeparet, beneuolum, attentum, docilem faciendo. Lucianus³¹⁴ uero principium historiae nullam debere putat beneuolentiam sed attentionem solam et docilitatem captare, quia neque decet neque necessum est auditoris fauorem et gratiam uenari eum, qui res gestas aperte et simpliciter narrare debet et syncere ueritatem pronuntiare. Nullum ergo a persona ducetur exordium. Nam quae a persona ducuntur (ut scribit Cicero³¹⁵) ad captandam beneuolentiam ualent.

109. Atqui T. Liuius³¹⁶ ab aliorum scriptorum et sua persona exorditur, de illis magnifice de se modeste loquens. Et quae de urbis Romae principiis ab aliis dicebantur, ut pene fabulosa crederentur, illa se nec affirmare, nec refellere uelle profitetur. Haec quo nisi

³¹⁴ Luc. *Hist. Cons.* 53

³¹⁵ CIC. *inv.* 1,8,13; 1,21,10; 1,22,17; RHET *Her.* 1,8,4

³¹⁶ LIV. 1 pr,1

ad benevolentiam spectant ? Ad arrogantiam nimirum et inuidiam a se depellendum? Neque id sentio: ut fauor audientis petatur. Nam aut ueritati minus fidere aut ad gratiam et uoluptatem scribere putabimur.

110. Quos decet non propriae laudis et commodi sed communis utilitatis gratia historiam scribere. Praeterea nulla scriptoris causa agitur, uerum si quod est nominis periculum aut famae, si qua odii inuidiaeque suspicio, haec ego modeste declinanda et repellenda existimo nec ipse Lucianus³¹⁷ repugnarit. Valet quoque ad benevolentiam cum causas aperimus quibus ad scribendum impellimur, quod fecit Herodotus. Nam et a causis benevolentiam captari sentit Fabius Quintilianus³¹⁸. Etsi probe scio historiae principii duo illa munera praecipua esse: attentionem et docilitatem. Attentio sit cum rei magnitudo proponitur, sic Thucydides scripturum se ait magnum bellum et maxime omnium memorabile quae unquam antea gesta fuissent; cum res nouae, quod Polybius³¹⁹ et, admiratione dignae, quod Liuius et Herodotus polliciti fuerunt; cum ostenduntur coniunctae cum auditoribus; cum ob fortunae incredibiles uicissitudines iucundae; cum utiles et necessariae demonstrantur.

111. His enim rebus atque his similibus docent Rhetores attentum fieri auditorem. At docilem facimus cum breuiter ostendimus quam rem scripturi sumus. Attentiusque audit qui docilis fit. Quod exordium, haud male opinor, historiae propositionem dixerim, cuiusmodi epicorum est propositio, in qua finis poeticae imitationis ostenditur: ut lectores intelligant quo animum intendant. Neque hic opus est ulla diuini numinis imploratione, quasi inaudita et incredibilia et praeter hominis expectationem et fidem narranda sint. Licet Valerius Maximus³²⁰ (si est modo in historicum numerum recipiendus) Tiberiis Caesaris numen ambitiose nimis inuocarit. Et scite Lucianus quendam irridet qui a Musis exorditur.

112. Nec splendida nimis et tragica sint principia, non maiora quam par sit, non uulgaria nimis et communia, non a re nimium aliena atque disiuncta. Et sane tunc

³¹⁷ Luc. *Hist. Cons.* 9

³¹⁸ QVINT. *inst.* 4,1,5

³¹⁹ Plb. *Hist.* 1,1

³²⁰ VAL. MAX. I inic.

proaemium erit decenter magnum, neque productum nimis, neque correptum, quando rebus aequale et consonum erit. Quidam, existimantes principium liberum illud esse, quo pariter uti et non uti possumus, Satyricorum more abrupte exordiuntur et Xenophontem³²¹ imitari se arbitantes qui sic exorsus est : “Darii et Parasitidis filii nascuntur duo”, ignorantes quae uim habeant exordii³²², statim absque ullo proaemio narrationem ipsam rerum incipiunt.

113. Primum non intelligunt liberum principium uocari quod ad fauorem audientis et beneuolentiam spectat eoque nos tum uti posse et non uti cum neque a nobis alienus est auditor, neque ullum est in causa periculum. Quin ipsamet Satyra, quae abrupta in initio uidetur, semper aliquid habet loco principii; et deformis erit, uelut sine capite, sic absque principio trunca et manca historia. Etenim licet nulla beneuolentia, nullaque attentione opus sit, tamen ipsam docilitatem semper necessariam esse duco ut saltem lector sciat quam rem uelis narrare.

114. Quis (et merito inquit Aristoteles in Rhetoricis) probet quod non proposuit? Nec tu itidem rem aliquam cuiquam narraueris nisi quam rem sis narraturus prius exposueris. Quis, obsecro, mentem ad rem aliquam attente applicet quam ignoret? Sic docilitatem ipsa comitatur attentio. Et inscriptio operis Suetinii futuram narrationem non significaret, quis principium illud quo spectaret intelligeret? Quare de hoc etiam exordio quod occultum uocaueris dicendum est. Quando aperte non placet exordiri, tum quaedam proponenda sunt quae quasi aditum parent et muniant ad narrationem. Quo tunc maxime sit cum causae explicantur quae praecesserunt rem, quae litteris tradenda est, quo facilius cognitu reddatur.

115. Sic expeditionem Cyri scripturus Xenophon³²³ prius ostendit ortum Cyri et cum fratre dissidium, quod in causa fuit expeditionis. Non igitur illud “Darii et Parasitidis filii nascuntur duo” est expeditionis initium, sed ad ipsam expeditionem uia et aditus. Et Caesar³²⁴, qui a Galliae descriptione orditur, quid aliud, quam aditum parat ad bellum quod

³²¹ X. An. 1,1-3; Luc. Hist. Cons. 23

³²² QVINT. 4,1,76

³²³ X. An. 1, 1-5

³²⁴ CAES. Gall. 1,12,1; 13,1

scripturus est? Et apud Salustium³²⁵ post liberum illud in Catilinario, principium Urbis et corruptorum civium morum descriptio, quamvis longius fortasse petita, viam instruit ad narrationem.

116. Ad haec docent Rhetores non modo in principio verum etiam interdum, in medio cursu orationis, licere, cum grauior res inciderit uel defessus fuerit iudex audiendo, aut docilitatem, aut attentionem, aut beneuolentiam renouare. Quin Liuius³²⁶ in parte operis secundo bello Punico praefatus est. Quod non arbitror licere nisi in longo opere, grauiore quadam operis parte. Ipsa autem oratio non instructa et accurata perinde ac oratoria sed tranquillior et sedatior est in exordio.

³²⁵ SALL. Cat. 6,14,1

³²⁶ LIV. 21,1,3-5

De Narratione

CAP. XIII

117. ³²⁷ Reliquum historiae corpus est longa quaedam narratio, ad quam lenis et mollis debet esse transitio. Differt autem historici narratio ab epica narratione poetarum non modo quod illa res fictas, haec gestas exponit, uerum etiam quod illa non ab ipsis rerum causis exorditur sed interdum etiam a mediis ac saepe ab ultimis, haec, a primis orsa, principium recto ordine ad finem usque decurrit. Illa confictarum personarum magis, haec temporum seruat rationem. Illa artificiosum, haec naturalem ordinem sequitur, ut in poetica dictum est a nobis copiosius.

118. At quaeres unde narrationis initium ducat historicus? Ex quo uidelicet res geri coepta est et, quod rerum gestarum est caput, hoc narrationis principium esse debet. Sunt autem causae quibus ad agendum impellimur aut si quid aliud uidetur cum his esse coniunctum. Exempli gratia: si bellum aliquod uelis scribere, diligenter obseruatis temporum momentis ab eius initio et causa; si alicuius uitam, ab eius natalibus; si res Romanas, a Romanorum origine; si ea quae in hominum uita hactenus contingerunt uniuersa literis complecti instituas, ab ipso mundi exordio narrationem inchoaueris. Et causae quidem actis, acta euentis antecedunt et quod quamque rem sequitur id postponi necesse est. Atque ita narranda sunt euenta ut causae simul aperiantur, quas nemo nisi prudens cognouerit.

119. Aio autem causas e quibus petitur narrationis initium proprias, non alienas et proximas esse debere; non ultimas esse (ut ante diximus) repetendas. Extremum erit quod ultimo gestum est quodque finem rebus attulisse uidetur et, semper quoad fieri poterit, nobili aliquo fine historia concludatur. Sane imprudens scriptor, ignorato rerum fine, persequitur ea saepe quae ab historia sunt aliena, ne dicam etiam inania et frigida, quae et leuitatem ostendunt historiae et scriptori detrahunt auctoritatem.

³²⁷ Reliquum...transitio: FOX De imit. 214p.109; Her. 4,26,35; QVINT. inst. 4,1,76 et 79

Quod si ea quae finem insecuta fuerunt illustria et digna publica memoria uidebuntur nec ab ipsa rerum natura adeo abhorrentia, breuiter referri posse existimo et quasi per transennam, ne longius quam par sit protrahatur historia.

120. Ceterum eum cursum et ordinem tenebis quem cum de collocatione rerum loqueremur exposuimus. Erit autem narratio lenis, aequabilis ac sui similis et in catenae morem connexa si non res cumulauerit rebus unde series et ordo perturbetur, sed inter se cuncta rite ordineque composuerit, secundum primo secundoque tertium coniungens, ne quis hiatus aut concauitas rerum appareat. Ac docet ipsa rerum natura ut quo quidque modo, loco et tempore gestum sit eodem distincte narretur³²⁸.

121. Iam Rhetores ipsi perspicuitatem, breuitatem³²⁹ et probabilitatem aiunt tria esse potissima narrationis officia. Verum historiam non modo probabilem sed etiam omnino ueram esse oportet. Breuitas sit uerbis et rebus: “Verbis (ut Cicero inquit) simplicibus, semel unaquaque re dicenda, nulli rei nisi ut dilucide dicas seruiendo”³³⁰, quoniam breuitatis uicinum uitium est obscuritas. Idemque alio in loco inquit: “Sit igitur uerborum tantum, quantum necesse est”³³¹. Nullum nisi necessarium uerbum assumatur. Rebus autem, si non a primis utique initiis et gemino (ut aiunt) ab ouo rem exordiamur, si aliena et ad rem nostram minus pertinentia omittamus et minima negligentes, ea quoque recidamus quae nullum detrimentum perspicuitati allatura sint.

122. Et molestae sunt earumdem rerum, ab Homero usitatae, reiectae a Virgilio repetitiones. Nam in otiosis detineri aegre fert is qui ad euenta festinat. Nonnulli uerbis breues, rebus sunt longiores, dum ea dicunt minutatim quae contrahi et summatim referri possunt, uelut exemplis Rhetorum docemur. Et quaedam interim silere quae ex aliis intelligantur prudentis est scriptoris. Contra quidam ita breues sunt ut totam rem penitus

³²⁸ Ac...narretur: Her. 1,9,15; CIC. inv. 1,20,29

³²⁹ Perspicuitas: Lausberg § 315; ROB. In libros p. 82// breuitas v. Lausberg § 297

³³⁰ CIC. part. 19,9

³³¹ CIC. de orat. 2,32,6

obscrent. Profecto breuitas est non ut minus sed ne plus dicatur quam oportet eamque breuitatem ego diuinam et iucundam esse duco, quae comitem habet diluciditate.

123. Quae ipsa diluciditas pariter quoque sit uerbis et rebus; uerbis quidem propriis, proprie et dilucide rem demonstrantibus, non ambiguis, non longius translatis tum etiam usitatis, nam obscura sunt quae in usu non sunt; uerborum quoque continuatione nec longa nimis nec perturbata. Rebus uero, si ut quodque primo gestum est ita primo exponatur, non erunt discerptae sententiae, non praepostera tempora, non confusae personae, distincta omnia rebus, personis, temporibus, locis, causis. Praeter haec suauitate quadam est condienda narratio. Nam quae undique concisa et inornata est, agrestis, horrida et confusa uidetur. Et suauitas facit ut breuiora sentiantur quae delectant. Aspergendi quoque sunt interdum affectus quidam uel commiserationis uel odii uel admirationis.

124. Desiderabunt aliqui praeter has uirtutes dignitatem et magnificentiam, sed neque omnia similiter eundem splendorem admittunt et amplitudo uerborum solum magnitudini rerum conuenit, neque attollenda humilia, neque deprimenda sunt grauius; atque haec est dignitas. Vnam ego prae caeteris uirtutem in narratione suspicere et admirari soleo: magnam diluciditatis procreatricem euidenciam, a Graecis dictam *ενέργειαν*, ita rem exprimentem uerbis ut non solum ad aures illam deferat sed etiam sub oculos subiiciat. Cuius illa sunt apud Salustium³³², “spectaculum horribile in campis patentibus: sequi, fugere, occidi, capere; equi atque uiri affecti ac multi uulneribus acceptis neque fugere posse, neque quietem pati, niti modo ac statim concidere, postremo omnia qua uisus erat

123. et suauitas: ut et suauitas ed. 1579

124. *ενέργειαν* scripsi: *ενάργειαν*

³³² SALL. Iug. 101,11,1

constrata telis, armis, cadaueribus et inter ea humus infecta sanguine”.

125. Atqui dictio prudens et morata sit, in qua ciuilis quaedam sapientia et honestas eniteat. Quas ob res historicus breuitatem in primis quaeret puram et illustrem crebrasque sententias et densas coagmentabit exaequabitque (ut Salustius loquitur) dicta factis orationis tractu leni et temperato. Nos haec breuiter, ad Rhetores, qui plura.

De Difficultate scribendi

CAP. XV

126. His atque huiusmodi praeceptis artificium historiae componitur, quae tum scriptorum autoritate et exemplis, tum Rhetorum artibus atque doctrinis confirmari possunt. Nunc demonstranda sunt ea quae in scriptore inesse debent et scribendi simul difficultas aperienda, quae meo iudicio grauis et ingens est. Nam aut uetera scribimus, quorum memoriam ex scriptorum monumentis accepimus, aut aequalem memoriam aetatis nostrae persequimur.

127. Si eorum quae aetate nostra gesta sunt historiam scribere uelimus, in magna difficultates et pericula incurremus. Primum animi commotiones aderunt quae mentem huc illucque impellent, insurget amor suorum, contra stabit inimicorum odium, e quibus reliquae perturbationes oriuntur. Quae caecae sunt et figuntur quod iudicium impediunt, ne uideat quid deceat quidque honestum sit. Quarum tractatio eius philosophi mihi propria uidetur qui circa mores uirtutesque uersatur. Verum oratores eam sibi sumpserunt quoniam in illis sedandis et commouendis potissimum elaborarent. Sed ne alio uagari uidear, ad id quod propositum est reuertar.

128. Aio igitur affectus animi impedimento esse quo minus rem sincere narremus et maximam uirtutem esse in scribendo neque hostili animo esse in hostes neque in suos amico sed in utranque partem aequo. Quod si neutrius partis erimus, a quibus nam facta discemus? Odiorumque discrimen non unius modo personae, sed etiam gentis et populi non tibi uidetur graue, si malefacta reprehenderis? Accedit quod res ipsae neque omnes ab uno cerni possunt, neque uno eodemque modo ab omnibus narrantur, sed prout quisque (sicuti Thucydides inquit) aut in alterutros animo est propensior aut res gestas reminiscitur.

129. Quis ad haec hostium uniuersa consilia (ut reliqua omittam) percipiat? Quis etiam suorum? Esto multorum familiaritate utatur, at quam multa occulta sunt? Quam multa diuerso modo explicantur? Legi ego saepe literas uel clarorum uirorum, in quibus longe

aliter res scribebantur. Audiui etiam illustres uiros interdum rem eandem non eodem pacto recensuisse aut quia rem ipsi non perinde ut alii accepissent aut quoniam aliter affecti essent aut quia non simili ratione concilia exponerent aut quoniam ita sentirent. Dissimiles quippe sunt hominum sensus nihilque est in humanis quod affectu aliquo non corrumpatur.

130. Illudque est luce clarius ipsos principes uiros a quibus utpote rerum authoribus percipi possent consilia, decreta, imperia, causae unde omnis euentorum pendet cognitio, sui potius amantes quam ueritatis, sua suorumque benefacta potius augere et errata contegere quam aliena. Ac credibile est eos qui principum familiares sunt ad ipsorum gratiam facilius inclinari. Adeo in occulto est ueritas. Quapropter desino mirari si ueteres illi rerum scriptores inter se quandoque dissenserint. Nec praeterea minus arduum est aliorum satis facere uoluntatibus; “quoniam (ut sentit Salustius) plerique quae delicta reprehenderis maleuolentia et inuidia dicta putant”³³³. Vbi de magna uirtute atque gloria bonorum memores, quae sibi quisque facilia factu putat, aequo animo accipit, supra ea ueluti ficta pro falsis ducit.

131. Quantus praeterea labor uidendi, interrogandi, audiendi, notandi, scribendi! At uero fidei periculum minus timetur cum praeterita scribuntur, multorum iam literis et opinionibus confirmata. Quae uel propter scribentium auctoritatem, uel antiquitatem olim apud omnes fidem obtinuerunt. Nam a libris tum fides, non ab hominibus petenda est; nihil addendum, nihil demendum, ita reddenda omnia ueluti accipiuntur. Sed tamen non modicae impensae sient in omnibus libris undique comparandis, nec paruus labor in legendis insumetur.

132. Quem laborem minuit typorum, quibus literae imprimuntur, inuentio caelestis quidem illa et proculdubio diuina, quae tantas attulit humano generi utilitates, si non multorum studia relaxaret, siquidem permulti, quoniam indicem habent earum rerum quae libris continentur, quasi earum scientiam typorum praesidio consequuti sint, in legendo studium et in discendo diligentiam remittunt³³⁴ suntque scienter ignari et grauer

³³³ SALL. Cat. 3,24

³³⁴ HOR. ars, 87-89

imprudentes. Quid in tractandis historiis et tot uirorum monumentis cognoscendis quo studio, quo labore, qua cura et diligentia opus erit? Et quantis uigiliis et lucubrationibus ea putas perfici debere quae immortalitati et aeternitati consecranda sunt?

De Historico

CAP. XVI

133. Atque haec in re quae uero in historico requirantur ex his quae dicta sunt possumus intelligere. Lucianus³³⁵ prudentiam et exercitationem in historico desiderat. Prudentiam uocat ciuiliū actionum intelligentiam qua causas perpendat, consilia inuestiget, quid temere, quid ratione gestum sit diiudicet et euenta unde orta sint aperiat et quid quamque rem sequatur doceat constanterque decernat quae laudanda sint, quae contra uituperanda. Equidem si prudentia est rerum agendarum ratio et hominum actiones historia complectitur sancitque bonas et malas ueluti legis latrīx, quis illas rite expresserit; quis de illis iudicium suum bene tulerit nisi uir prudens et expertus multarumque rerum peritus³³⁶?

134. Quam prudentiam ille ducit esse donum naturae. Verum si praeceptis ullis confirmatur (et docetur porro uirtus, ut doctissimi uiri senserunt) et historicus informandus illis est. Quae quoniam a philisopho morali petuntur, non³³⁷ equidem natura modo sed etiam doctrina et usu prudentem historicum quaero, non uulgarem et rudem atque indoctum rerum humanorum, qui ineptias fabellasque conscribat.

135. Tum si Rhetores oratorem illum suum bonum uolunt, cum ueritatem quandoque obuelet, cum multa comminiscatur, cum multa saepe dissimulet, cum saepius ad gratiam et uoluptatem loquatur, ipsorummet Rhetorum praeceptis atque artibus instructus, non ego bonum historicum desiderabo?: non libidini emancipatum, non cupidum auri, non inanis gloriae appetentem, sed modestum, liberalem, uirtutis studiosum et, quod maxime ad syncere scribendum ualet, nullis affectibus seruientem. Qui nec metuat quenquam, nec ab ullo quicquam speret, uel si Alexander sicut in Clytū acerbus existat, uel tanquam Luceius a Cicerone³³⁸ etiam atque etiam rogetur ut uehementius res suas ornet quam sentiat

³³⁵ Luc. *Hist. Cons.* 41.

³³⁶ Peritus: CIC. de orat. 2,36-38

³³⁷ non equidem...quaero: QVINT. inst. 3,5,1

³³⁸ CIC. fam. 5,12,3 *rogo ut et ornes es uehementius etiam quam fortasse sentis et in eo leges historiae negligas (...)*

in eoque leges historiae negligat, sed tanquam bonus iudex et incorruptus censor libero et aequo animo vitia damnet virtutesque commendet, ne ueluti Salustius a Dione Nicaeo³³⁹ reprehendatur quod iis ipse uitis sit inquinatus quae in aliis carpit. Praeterea solertem illum uolo in inquirendo optoque illi intelligens in eligendo, collocando iudicium. Ad haec multis artibus eruditum scribendique doctrina apprime imbutum.

136. Nam praeter moralem philosophiam quis non uidet illi geographiam³⁴⁰ esse perdiscendam? Cui describenda sunt loca, urbes, populi? Atque ad haec ipsa utilem esse peregrinationem et artem pingendi quo fidelius et clarius exprimat ea quae descripturus est loca? Illi quoque utiles sunt artes eae quae bello, quae ciuiliu reru administrationi, quae reliquis humanae uitae usibus necessariae sunt. Et ne artes omnes et doctrinas subiicere uni uidear, unam artem oratoriam non dicam historico utilem sed propriam illius puto, non solum in concionibus, quae dicendi artificio componuntur, sed etiam in reliqua dictione. Quae dictio exercitatione et stylo, qui est bene scribendi magister, comparatur simul et confirmatur semper ad optimorum scriptorum conformanda imitationem : quorum uestigia seruantes ab omni reprehensione tuti simus et parem, si Deo placet, laudem consequamur.

137. Illa uero quid opus est dicere quae per se ipsa nota sunt, ut tempus sit atque otium, ne aliis curis et negotiis occupetur animus et impediatur? Nam Ciceroni historia neque institui potest, nisi praeparato otio, nec exiguo tempore absolui. Et quod ille de se ipso, hoc de se quisque ingenue fatebitur, quod animi pendere solemus si alio traducimur, cum semel quid orsi sumus, nec tam facile interrupta conteximus quam absoluimus instituta. Caeterum bonam ualeitudinem, ingenium ad historiam, facultates et opes et quae sunt huiusmodi quae alii artifices in fingendis suis ponere solent, quoniam per se cuique nota sunt, omitto. Quae ut adsint pluribus monere non tam esse prudentis mihi uidetur saepe quam ignari quid dicta et rebus superuacaneis redundantis.

138. At bene Plutarchus³⁴¹ ei, qui scripturus est historias, sentit illustrem et opulentam urbem incolendam esse ac praecipue liberalibus artibus floretissimam, tum ob

³³⁹ D.C. 43,9,3-4

³⁴⁰ Luc. *Hist. Conscr.* 47-48

³⁴¹ Plut. *Cam.* 35,3,7

copiam librorum, tum ob nobilium uirorum consuetudinem. Et mihi eorum quae scribuntur non modo cognitio sed etiam usus et experientia pernecessaria uidetur ut bene prudenterque scribantur. Si prudentiam igitur spectemus, si mores, si nitorem orationis, si multarum rerum doctrinam, intelligemus summi oratoris in dicendo et magni ac prudentis uiri in sentiendo esse historiam scribere, ut merito historici, doctissimorum hominum iudicio, sapientes semper existimati sint.

139. Nihilominus quod de poetis Horatius: “Scribimus indocti doctique poemata passim”³⁴² de historicis idem dici potest. Nam communi quodam morbo sicut Abderitae (quemadmodum iocatur Lucianus³⁴³) omnes una laborare uidemur. Omnes enim, cum bellum aliquod geritur, ad scribendum sese conferunt, uel ignari unde incipiendum, ubi finendum, quae dicenda, quae omittenda, quo ordine singula exponenda, qua arte coniungenda, quo ornatu uestienda sint. Patet igitur quantum hi fallantur qui putant nullum esse artificium historiae. Neque si prudens uir haec per se ipse percipiat, nulla erit historiae scribendae ratio et doctrina. Nam quid aliud est doctrina quam summorum uirorum legibus instructa et conformata prudentia?

³⁴² HOR. epod. 2,1,115

³⁴³ Luc. *Fug.* 9; *Hist. Cons.* 1,5.

De legenda Historia

CAP. XVII

140. Et magni quoque uiri est prudentis et boni ueros fructus ex historiarum lectione colligere; qui uidelicet rationes rerum diuinas humanasque percipiat, qui seligat morum optima documenta, qui eadem qua uitam suam honestatis norma et regula aliorum facta metiatur, in quo multa locorum cognitio, mira uirtutum uitiorumque scientia, singularis magnarum rerum doctrina et eruditio insit. Quod si Aristoteles³⁴⁴ non solum aetate iuuenes sed etiam moribus reiicit ab ethices lectione, quod ex affectu uiuentes et rudes uim eius perspicere non possent, et nos eosdem iuuenes ab historia excludemus hoc certe magis quo difficilius est agendarum rerum proprias rationes quam comunes cognoscere et usus est ipsa cognitione praestantior.

141. Non³⁴⁵ enim historia ad delectationem sed ad utilitatem quaesita est ut uiuendi rationem exemplis doceret, quae potiora sunt ad mouendum quam uerba, siquidem homines uehementius imitatione excitantur. Sed alii gloriosis quibusdam nominibus et factis solum delectantur, ad colloquendum magis quam ad agendum parati; alii sola historiae suauitate capiuntur; paucos mouet sapientiae studium aemulatioque uirtutis, quoniam pauci honestatis faciem et pulchritudinem uident. Neque moralis philosophia sola cognitione contenta est et qui ad philosophiae praecepta exempla adiunget, is magnos fructus ex historia capiet ac perfectam et absolutam sapientiam consequetur. Quod praestantes illos uiros fecisse certum est, qui, ad magnorum hominum imitationem se ipsos effingentes, aut similibus uel dissimilibus contrariisue exemplis, tanquam regula admotis, quae agenda, quae negligenda essent, acriter inspexerunt. Quamobrem si non ad mouendos affectus et liniendos, sicut poetica, sed ad regendum animum pertinet, non cuiusque est sed magni et prudentis hominis historiarum tractatio et historias qui prudenter scripserit, utiliter etiam legerit.

³⁴⁴ Arist. Rhet. 116,16 et ss.

³⁴⁵ Non enim...quaesita est: Plb. *Hist.* 1,11

142. Et bene Quintilianus : “Historiarum (inquit) diligens lectio, non tamen usque ad superuacaneum laborem occupata. Persequi quod quisque unquam uel contemptissimus hominum dixerit aut nimiae miseriae aut inanis iactantiae est et detinet atque obruit ingenia melius aliis uacatura. Nam qui omnes etiam indignas lectione schedas excutit, anilibus quoque fabulis accommodare operam potest”³⁴⁶. Ergo in notandis temporibus, populorum ingeniis, moribus ciuitatum, in animaduertendis rerum consiliis, actis et euentis, in discendis excellentium hominum factis et nominibus colligendisque facete, grauitet et sapienter dictis, quae uocant *αποφθέγματα*, et in his quae ualent ad perfectam uitae rationem et elegantiam doctrinae, ad imitationem uirtutis et fugam uitiorum, non in leuibus rebus et inanibus historiarum prudens lector occupabitur. Qui quidem historiae fructus et utiles sunt et suaues ut quanta in scribendo est difficultas, tanta sit in legendo utilitas uitae animique uoluptas.

FINIS.

³⁴⁶ QVINT. inst. 1,8,18

APPROBATIO.

Nihil habet sanctae Romanae Ecclesiae fidei contrarium, aut Reipubl. Offensivum. Quod attestor.

Hantuerpiens.

Sebastianus Baer Delphius, insignis
Colleg. Eccles. S. Marie

Plebanus & Canonicus.

PRIVILEGIUM

CAVTUM est Regio Priuilegio nequis alius praeter Christophorum Plantinum, Typographum iuratum, Viperani de Historia Scribenda libellum imprimat aut alibi impressum uendat hinc ad sexennium, sub poena confiscationis librorum ut latius patet in leteris datis Bruxellae, XVI. Nouenbr. Anno M.D.LXVIII

Subsign.
De Vuitte.

PORTADA

El libro *Sobre la forma de escribir historia* de Juan Antonio Viperano.

Amberes. De la imprenta de Cristóbal Plantino.

1569.

CONTRAPORTADA

El libro *Sobre el rey y el reino*, de Juan Antonio Viperano. Para el rey Felipe, hijo del
Emperador Carlos V.

Del mismo Juan Antonio Viperano el libro *Sobre la forma de escribir historia*.

Amberes. De la imprenta de Cristóbal Plantino.

1569

COMPENDIO DEL PRIVILEGIO CESARIANO.

Ha sido regulado y prescrito en público edicto de Maximiliano II, emperador de los romanos, siempre augusto, que nadie, cualquiera que fuere su situación, escalafón, orden o condición, por cualquier parte por la que se extiendan las fronteras del sacro imperio romano y su autoridad, produzca con el cuño de esta misma o diferente marca en el próximo sexenio para una primera edición de cualquier obra o volumen, sin ningún pacto cualquier obre de aprobados autores, en cualquier número hasta ahora no impresas o impresas por otros, realizada e ilustrada con posterioridad con nuevas anotaciones o comentarios, que haya dispuesto el ciudadano y principal tipógrafo antuerpiense, Cristóbal Plantino, o, producidas por otros, las introduzca dentro de las fronteras del propio Maximiliano y del imperio para venderlas, o las venda de cualquier modo de manera manifiesta o a escondidas, bajo pena de diez marcos de oro puro, de los cuales la mitad se cede al fisco, sancionador del fraude imperial, la parte restante al ya nombrado Plantino, excepto la emisión de libros impresos para la falsificación, a los cuales el propio Platino por el mismo o por los suyos, en cualquier parte donde se haya producido, con ayuda del magistrado local o de otro lugar podría reivindicarlos para sí o someterlos a su potestad. En la fidelidad de este asunto la majestad cesariana ratificó el edicto y ordenó que se colocara el sello. Dado en la ciudad de Viena en Austria, el veintiuno de febrero de 1565.

Firmado:

Maximiliano.

Por propio madato de la sagrada majestad de César.

Haller.

PREFACIO

A Antonio Perronot³⁴⁷, cardenal presbítero Granvela de la Santa Iglesia Romana de Santa Prisca, Arzobispo de Malinas.

Juan Antonio Viperano.

1. Al refugiarme en Mesina³⁴⁸ junto a los míos por una enfermedad, me encontré con una situación que, por su mucha confusión y peligro, nos produjo grave preocupación y temor. Pues en este tiempo Solimán³⁴⁹, emperador de los turcos, movido por la ira y el odio, entabló una gran guerra contra los soldados jerosolimitanos, a los cuales había arrojado de la isla de Rodas y ahora habitaban Malta (una de las islas que, próximas a Sicilia, miran a África), que se habían hecho más audaces que antes, so pretexto de castigar el desprecio a la majestad del imperio otomano. A partir de ahí nos dimos cuenta de que una situación crítica se cernía también sobre la totalidad de Sicilia y aumentaba el miedo en nosotros tanto más cuanto entendíamos que ni Malta estaba suficientemente protegida por hombres, ni los muros y los medios de defensa de los nuestros podían sostener de ningún modo la violencia de las máquinas de guerra enemigas.

³⁴⁷ Antonio Perronot, señor de Granvela, fue un eclesiástico y político al servicio de España. Sirvió como su padre a Carlos V y después a Felipe II. Si en el reinado de Carlos V había representado al sector más moderado y proclive a la transición, en el de Felipe II vino a convertirse en portavoz de las actitudes más intransigentes. El cardenal se atrajo con su política la animadversión de la nobleza y del propio Felipe II que, acentuadas las discrepancias con su ministro, dejó a Granvela totalmente arrinconado, amargamente consciente de su ostracismo.

Nada indica en esta dedicatoria que Viperano conociera personalmente al Cardenal Granvela, ni que hubiera tenido alguna relación anterior con él. Por el contrario, en la dedicatoria del *De poetica* señala expresamente el autor que ha recibido con anterioridad numerosos favores de Perronot. Esto nos hace suponer que Viperano pudo enviar a Granvela el *De scribenda Historia*, y también el *De Rege et Regno* dedicado a Felipe II, cuando aún residía en Italia o posiblemente en Mesina, con la intención de abrirse así las puertas de la corte española, procedimiento nada raro en esta época.

³⁴⁸ Viperano es enviado por primera vez a Mesina al finalizar el curso de 1557, no sabemos si para reponerse de su delicada salud o por un enfrentamiento con un compañero de la orden de San Ignacio; pero en octubre regresa a Perugia, devuelto a su puesto por la insistencia de altas personalidades. En 1560, la enfermedad le obliga a interrumpir sus clases y regresar a Mesina. El hecho al que se refiere a continuación es el asedio de Malta por los turcos en 1565.

³⁴⁹ Solimán I, apodado por los occidentales el Magnífico, es el sultán otomano desde 1520 hasta 1566. Tanto su actividad militar como legisladora fue considerable y se reflejó en la organización del ejército, del feudalismo militar, de la prosperidad territorial, de los impuestos sobre sus súbditos, etc.

2. Pero, terminado bien el asunto en contra de la opinión general, y no tanto por el valor humano como por el divino, la mayoría de los que tenían poder sobre mí no menos por su autoridad que por su benevolencia, me exhortaron a narrar esta guerra, que, ni en nuestro recuerdo ni en el de nuestros antepasados, parecía haber sido superada en dureza por ninguna. De tal trabajo me apartaban muchas cosas, aparte de mi débil salud: la limitación de mi inteligencia y juicio, así como el conocimiento muy exiguo de las doctrinas que son necesarias para el historiador; además, mi escasa práctica de la elocuencia y mi ejercitación casi nula en este género y también la edad inexperta e inmadura para empresa tan grande. Con todo, el pudor de negarme me hizo audaz, por no decir desvergonzado, y escribí la historia de la guerra melitense³⁵⁰, no con intención de que llegase a manos de otros, sino de que diese satisfacción a mi afán y al deseo de los amigos. Ellos, aprobándola más de lo debido, la sacaron rápidamente a la luz, sin que yo lo pudiera evitar.

3. Cuando me enteré, permití también entonces, afectado más por cierta conmoción del alma que por la razón, que se diese a la imprenta un librito sobre la forma de escribir historia y que soportara la misma crítica y la misma suerte que la historia. Había compuesto este librito antes, a partir de los ejemplos de los más grandes escritores y los preceptos de los hombres más sabios. En él había descrito para mí, por así decirlo, la forma de la historia, con objeto de elaborar la mía a su semejanza. Así, en primer lugar, pusimos el máximo esfuerzo y diligencia en buscar las propias acciones; además, apartándonos de todo odio y afecto, elegimos los hechos más dignos de ser conocidos y aquellos cuyo desconocimiento perturbaría u oscurecería la historia. Pues indagar las minucias es propio de una persona que apenas ve qué reclama la dignidad de la historia y no entiende qué asuntos integran el corpus más conveniente y sólido para la historia.

4. Y pensando que la propia narración de la guerra habría sido breve en exceso y, expresada con el menor número de palabras posible, no habría llenado lo suficiente el ánimo, ni aligerado el aburrimiento del lector por simple y de un solo tipo, no diversificada mediante una abundante variedad de hechos y lugares, entremezclamos discursos,

³⁵⁰ Springhetti piensa que escribió *De Bello Melitense Historia*, en 1565 antes de su partida a España.

exhortaciones, descripciones y otras digresiones para engrandecer y adornar la historia y no usamos una manera de expresarnos grandiosa ni humilde, sino moderada una y otra, suave y fluida según nuestro ingenio y capacidad. Además observamos que la historia es como una virgen libre e intacta, no sometida a ningún apetito, cultivadora de la verdad, grave en las costumbres, de savia sana, de suave estilo, perfecta en toda la magnitud de sus miembros y su composición, no dedicada a las cosas sin importancia e inútiles, sino entregada con afán a las serias y grandiosas y gozando con un ornato modesto y decente, escogido no para el placer sino para la honestidad, como conviene a una matrona, no como aquel colorete meretricio mucho más propio de los poetas.

5. Y yo, cuando escribía una cosa y otra, no ignoraba que chocaría con la crítica de muchos, porque sabía que era humano y que la condición humana está bastante lejos de la perfección de las cosas. Omito las antorchas de la envidia, con las que se inflaman todas las cosas. Omito el fastidio y la arrogancia de algunos a los que no les gusta nada excepto lo suyo. Ciertamente, no me compararé con Livio o Salustio, experimentadísimos y dignísimos historiadores, que, sin embargo, no escaparon en alguna ocasión de la crítica quizás incluso merecida. También Demóstenes, alguna vez, no satisfizo a Cicerón; y a Horacio le parece que a veces Homero dormita; y es cierto que Virgilio si hubiese vivido lo suficiente, habría cambiado muchas cosas en la *Eneida*, que había mandado quemar en su testamento.

6. En efecto, no es propio del ingenio humano, que no puede bastar para todas las cosas, sino de cierta facultad divina llegar a la suma gloria de la valía y la doctrina. Y no sin razón te burlarás de algunos que se lisonjean a sí mismos, de tal manera que, jueces impertinentes e injustos de otros, favorecedores de sus propias alabanzas, desdeñan lo ajeno, destacan lo suyo. Si se dan cuenta de alguna censura en ello por parte de otros piensan que han actuado por insolencia o por envidia. Así cada uno se ríe de sus gracias y a cada uno le deleita lo suyo. Pero cada uno poco se conoce a sí mismo, porque se ama en demasía a sí mismo y no se juzga con imparcialidad, porque le ciega el amor a sí mismo.

7. Además, la variedad de los escritores, loable cada una en su género, tiene diferentes aduladores e imitadores. Pues unos admiran la abundancia de Livio; otros la brevedad de Salustio; otros la elegancia de César y cada uno alaba principalmente lo que confía que puede conseguir. Yo no he dicho esto de manera que pensase que se debe estar atento a la opinión de cualquiera. Pues ¿qué puede ser más inconsistente para juzgar que la adhesión del vulgo? Porque, desconocedor e inexperto en las buenas artes, no puede ver la belleza de las grandes cosas. Además, yo siempre menospreciaría su opinión y veredicto, confiado en el juicio de hombres excelentes. Y si éstos no aprecian lo que he escrito, al menos parecerá que he querido llevar a cabo algo que había concebido en el pensamiento, pero que no pude hacerlo yo, un hombre instruido en no muchas cualidades naturales y artísticas y no muy ejercitado en escribir historia, de tal manera que si no mereciera ninguna alabanza, por lo menos carecería de grave culpa y motivo de crítica.

8. Así tu dignidad, ilustrísimo cardenal, y tu alta condición y el esplendor de tu familia y la fama de tus buenas acciones y la benevolencia de tu carácter y tu pericia en las lenguas y el conocimiento de las ciencias y el dominio de temas elevados y la gloria de tus distinguidísimas virtudes me han persuadido fácilmente a que dedique este librito a tu nombre. Si lo admitieses en tu clientela (cosa que espero se hará gracias a tu humanidad y grandeza de espíritu) no dudo que recibirá de tu nombre gran brillo y autoridad. Te ruego encarecidamente que lo hagas.

JU. AN.

CAPÍTULO I

¿Qué es Historia?

9. Explicar las hazañas sabiamente y con elegancia, o sea escribir historia, es un trabajo no menos difícil y arduo para el historiador que útil y agradable para el lector. Llamo historia no a la exposición de cualquier cosa, (a partir de esta acepción del vocablo Plinio tituló su libro *Historia natural*, Aristóteles³⁵¹ *Historia de los animales* y Teofrasto, *de las plantas*) sino que llamo historia a la narración de las hazañas. En mi opinión nada atañe a las leyes de la historia el hecho de que abarque asuntos alejados de la memoria de nuestro tiempo o abarque aquellos a los que el propio narrador ha asistido, aunque parece que la palabra griega ιστορείν significa precisamente esto. En todo caso, lo más importante (lo que constituye el fundamento de la historia) es que se cuenten las cosas tal como ocurrieron: por eso, el nombre de historia se podría deducir sin dificultad de ιστορείν, porque, en verdad es necesario que el que escribe haya contemplado los hechos o los haya conocido por otros que estando presentes los hayan visto. Aunque Platón piensa que se llama historia porque da firmeza al recuerdo de las cosas³⁵².

10. Ciertamente, lo que se practica en otras artes y ciencias (que partiendo de un principio, luego, con el paso del tiempo, se perfecciona y culmina mediante numerosas ampliaciones realizadas por el esfuerzo y trabajo de los más grandes ingenios) esto mismo concierne a la historia: que al principio su forma nace sin arte y sumamente tosca, luego comienza a ser pulida y adornada; finalmente, embellecida con numerosos adornos y valores, alcanza la perfección y la exactitud, lo cual indica sin duda la época y capacidad de los escritores. Pues se recuerda a Ferécides, Helánico, y Acusilao como los primeros de todos que escribieron historia entre los griegos. Entre los latinos son citados por Cicerón, Fabio, Catón, Pisón, Fanio, como hombres incultos y rústicos en la expresión, sin

³⁵¹ Aristóteles, dentro de su ingente obra científica compuso una *Historia de los animales*, introduciendo en la ciencia un carácter rigurosamente científico y paradigmáticamente metodológico. Su método se basaba en la investigación bien individual bien por equipos. Este es el origen de la palabra “historia” y de ahí el título de su obra.

³⁵² Esta misma expresión la recoge Sebastián Fox Morcillo en su *De Historia institutione Dialogus*. La cita está tomada del *Crátilo* de Platón y la traduce por “contener lo vacilante” y lo justifica diciendo que nuestra memoria es débil y sólo la historia mantendrá el recuerdo eterno de las cosas.

elegancia, ni brillantez. Luego Heródoto³⁵³, como cautiva al lector más gratamente, se dice que es el primero que ha adornado la historia, y es considerado por esto el “padre de la historia”; después de éste, Tucídides³⁵⁴ la pulió con gran artificio, de tal manera que no sólo fue estimulada la historia por éstos (como refiere Teofrasto, que se atreve a más que los anteriores y escribe con más adorno) sino que fue elaborada y perfeccionada con gran afán. Entre los nuestros, Antípater fue el primero que se levantó un poco y le dio un mayor aliento. Finalmente, Salustio y Tito Livio, no muy alejado en el tiempo de él, la adornaron de tal manera que la llevaron a la cumbre.

11. Así pues, decir que una historia es pobre, otra mejor articulada, otra elegante, ¿qué otra cosa es que medir la historia por la cronología y por las cualidades mentales? Y ¿qué otra cosa pretende sino ver qué hay en el hombre? Nosotros buscamos la exactitud y perfección de la historia (pues, como dijo Craso según Cicerón, cuando se investiga sobre cualquier arte o capacidad, suele investigarse sobre la bien acabada y perfecta) única, pero bien acabada y perfecta a partir de muchos hechos y esfuerzos. No echamos de menos prácticamente ninguna percepción de aquellas formas excepto que las cosas se narren brevemente tal como han sido vistas o referidas y sin ningún adorno de hechos y palabras, lo cual cualquiera podría ciertamente hacer incluso sin maestro. Estas demandan una persona importante y capaz, pulcra y grave en la expresión, también instruida en muchas artes y que no se contenta con cualquier tipo de precepto, sino que exige la máxima elaboración.

³⁵³ Heródoto de Halicarnaso (483-425 a.C.) pasa por ser el padre de la historia. La historia para él es investigación que abarca relatos que recoge sobre el pasado o sobre costumbres contemporáneas, edificios y lugares geográficos. Se basa en lo que ha visto y oído, los *logoi* que la gente le cuenta, así como el ejercicio del “juicio” por lo que toca a sus informantes (*epichorioi*, *logoi andres*, sacerdotes, etc.) o a la comparación de relatos (*ymballesthai*). También ejerce su juicio personal sobre la probabilidad histórica de lo que escucha y por lo que a ésta respecta es selectivo y a menudo expresa sus dudas. El relato oído y el viaje de información y el testimonio de primera mano son conceptos que se introducen de modo amplio en su concepto histórico. Aunque su método no es nuevo, a menudo corrige sus fuentes por la observación personal y su negativa a especular sobre algo de lo que no existe evidencia.

³⁵⁴ Tucídides (¿460-404 a.C.?) suele ser considerado el primer historiador verdaderamente ateniense. Difiere de Heródoto en tres aspectos fundamentales: escribe sobre su ciudad natal; escribe sobre historia contemporánea, influenciado en gran parte por las escuelas de retórica y sofística; escribe sobre historia desde un punto de vista de hombre de acción. Tanto en Heródoto como en Tucídides la historia alcanza la categoría de ejercicio intelectual y literario independiente. Su estilo, que se ha dado en llamar mimético, consiste en escribir como si hubiera estado presente en las acciones que narra, siendo, así, una especie de reconstrucción poética del pasado que pretende buscar autenticidad de manera idealizada. También se ha indicado a menudo que el método de la historiografía del siglo V a.C. tiende a difuminar los límites entre el hecho y la interpretación.

12. No se me oculta que A. Gelio incluyó los anales en la historia como una categoría en el género, como si hubiese muchos tipos de éste. Si los hubiese mostrado, desde luego no habría hecho nada superfluo, puesto que la separación de un género -porque abarca dos partes como mínimo- no se entiende a no ser por la definición de sus formas. Él quiere que la historia sea la narración de las hazañas, que si llevan el orden por años, se las llama anales, esto es, testimonios, por los cuales son transmitidos los hechos de cada año. Así pues, el mantenimiento de los años (pues la diferencia reduce la noción de género a especie) constituirá esta única forma de historia. ¿Dónde hay otras formas? ¿A través de qué diferencias se distinguen entre sí? Con todo, Cicerón llama a aquella primera y vieja historia redacción de anales, por supuesto ruda e inculta narración, que luego en un largo intervalo de tiempo, que se dice produjo un incremento en las artes, obtuvo su dignidad y ornato gracias al afán y doctrina de los hombres más sabios.

13. Por ello, si defines la noción de historia con un largo rodeo, cualquier narración de las hazañas será historia. Pero si consideras que no es digna de llamarse historia si no es la narración acabada y adornada, habrá que hacer otra separación entre anales e historia: en efecto, que los anales son una cierta narración tosca y breve de las cosas realizadas cada año y que la historia es interpretar más ampliamente un asunto con un adorno ilustre y adecuado, intercalar discursos, ofrecer descripciones, no sólo perseguir resultados sino incluso exponer prudentemente los consejos y a veces dar mayor valor a lo que debe ser alabado y rehusar lo contrario. De forma que parece que los anales facilitan un material a la historia, que aquella pueda exponer con moderación, claridad y adorno y terminar, incompleto y esbozado. Y como anales deriva de años, efemérides en griego, de días, porque comprenden sumariamente los hechos de cada día. Y los hombres doctos ¿a qué otra cosa llaman comentarios sino al material de los escritos? ¿De dónde lo toman, por cierto, quienes quieren escribir historia? Y aquellos comentarios de César, como los escribía con tan gran conocimiento y brillantez, disuadieron de escribir a los hombres razonables (como opina Cicerón); aunque quizás fuese grato a los necios que (por usar sus propias palabras) quieren estropearlo todo con sus oropeles.

14. Pero la naturaleza de la historia debe ser explicada por nosotros. Y no merecen mi aprobación aquellos que definen la historia como una acción, pero lejana al recuerdo de nuestra época. No es una hazaña, sino la narración de una hazaña y no siempre lejana a nuestra época; de otra manera, la expedición de Ciro de Jenofonte³⁵⁵ y el Catilinario de Salustio se alejarían de la propiedad de la historia; por no recordar a otros escritores que pretenden alcanzar un recuerdo adecuado de su época en sus escritos. Por otro lado ¿qué contestarían los que quieren que la historia se llame así a partir de la contemplación? También aquella definición parece excesivamente común, digo, la exposición de los hechos: salvo que añadas otra cosa, no llevas a cabo la historia que buscamos. De esta definición no se diferencia aquella que precisa que la historia es el recuerdo público de las realidades humanas, la cual, reclamando estas hazañas del olvido, la custodia para provecho común en monumentos escritos y públicos. Verdaderamente me parece que podría delimitar brevemente su importancia, si la narración de las hazañas para enseñar la utilidad de las cosas fuese sincera e ilustre.

15. La narración es un género común, que llegaría a ser propio de la historia si añadieses otras cosas. Pues lo que abarca a las hazañas se distingue de lo que desarrolla los hechos naturales o ficticios: así son las fábulas de los poetas y la epopeya no es otra cosa que la narración de hechos ficticios. De este modo yo separaría de la historia la *Ciropedia*³⁵⁶ de Jenofonte, en la que él no tanto ha seguido la verdad de los hechos como ha intentado expresar una especie de retrato del buen príncipe. Pero predecir el futuro es propio de un vate. Y con gracia Luciano³⁵⁷ se reía de algunos que osaban poner por escrito

³⁵⁵ Jenofonte (431-350) es autor de varias obras, quizás la de más fama la *Anabasis* o *Expedición de los 10.000*, que narra, de manera un tanto romántica e idealizada, el regreso del contingente griego de soldados de Ciro por el Kurdistán y Armenia hasta Trapezón, la primera ciudad griega que alcanzan. Su admiración personal por Tucídides le hizo completar la *Historia* de aquél, que la crítica considera falta de juicio personal y cuidada investigación, formando los libros I y II de *Hellenica*, una historia de los griegos de los años 411 al 362.

³⁵⁶ Obra de Jenofonte caracterizada por los críticos como novela política, basada en la historia de Ciro, fundador de la monarquía persa (Ciro II, el Grande, 590-80-529), y la forma ideal de educación a la que se le encomendó. La obra tuvo como destinatarios a la clase de los dirigentes y líderes griegos del presente y del futuro e incluye historias breves, como la de Abradates y Pantea.

³⁵⁷ Luciano de Samosata (125-192 d.C.), filósofo griego. Han quedado a su nombre ochenta y dos obras y una colección de epigramas. Escribió retórica, obras filosóficas, novelas satíricas, diálogos satíricos y morales, etc. A lo largo de tan rica y variada obra, Luciano adopta todos los tonos, remueve todas las ideas de su tiempo y hace zozobrar con sus burlas, tradiciones y prejuicios. Es el creador del diálogo satírico, género nuevo que, además, supo animar con su pintoresca imaginación. Luciano ha sido fuente de inspiración de los

algo que aún no había sucedido. También tiene el Orador sus propias narraciones, que recubre con mucho adorno, o para ocultar lo que tiene de torpe, o para adornar lo que se propone que sea alabado: pero la narración de la historia es natural sin ninguna simulación de la verdad.

16. Es incluso brillante y, por esto, diferente en sus narraciones de los anales y si hay alguna otra cosa de este estilo sin ninguna dignidad y brillo en las sentencias. En cambio la historia se ha escrito precisamente para que viésemos a ejemplos de otros qué debemos hacer en la vida, puesto que los ejemplos del pasado son testimonios del futuro (por lo cual se hace gran uso de estos en la deliberación).

satíricos posteriores e imitado y leído por los renacentistas españoles (Villalobos, los Valdés, Pérez de Oliva...)

CAPÍTULO II

¿Cuál es la materia y cuál la finalidad del historiador?

17. Algunos dividieron la historia en dos formas, inducidos quizás por las palabras de Polibio³⁵⁸, una, que abarca la totalidad bien del estado, bien del imperio y el linaje, o de una ciudad, o de la vida de cualquier hombre, y otra, que sigue alguna acción o acciones aisladas. Pero la estructura de una y otra es la misma.

18. Así pues, expondré ahora con más abundancia lo que hemos esbozado brevemente sobre la naturaleza de la historia: que el futuro historiador entienda en qué asunto debe estar versado, para qué y con qué estilo debe escribir historia; me refiero a la materia, al objetivo y al modo. Él no inventa la materia ni la produce, sino que, como un escultor, la pule, traída de otra parte en bruto y ruda, no induciéndole otras formas, sino sacando la propia imagen de los hechos con arte y adornándola convenientemente. No obstante, las hazañas se le presentan al historiador a la hora de escribirlas, y para exponerlas con gusto y dignidad ejercita las fuerzas del ingenio. Digo hazañas de los hombres, por obra o esfuerzo de uno o de varios, aunque el azar tiene a menudo su lugar y también reivindica para sí gran parte de lo que sucede. Pero aquello que sucede no por casualidad o fortuitamente sino por nuestra voluntad, lo alabamos si es acometido con competencia y reflexión, si no, lo vituperamos. Verdaderamente las cosas favorables que nos suceden por una promesa, o las adversas en contra de nuestro pensamiento, si no encontramos razón de por qué sucedan así, no llegan a ser dignas de ninguna alabanza ni reprensión, pero traen dolor o alegría o lástima o admiración u odio.

³⁵⁸ Polibio (200-125/120 a.J.) vivió una época de gran agitación política. A su llegada a Roma, fue introducido en el círculo de Escipión Emiliano, en el que dominaba la influencia estoica. Su obra, titulada *Historias*, es de gran interés para la historiografía. En ella se refleja una gran comprensión de los acontecimientos de que fue testigo: así la unificación del mundo mediterráneo bajo la dominación romana. Su método es riguroso: recurre a todas las fuentes de información, y a veces se traslada al escenario de los hechos que narra y los estudia directamente. En la explicación causal de los hechos fue uno de los primeros en excluir la acción divina entre las causas materiales y sus consecuencias. Finalmente, Polibio fue sensible al proceso de evolución de las sociedades que, bajo la influencia estoica, le llevó a formular una teoría “cíclica” de la evolución de las formas políticas: monarquía, aristocracia y democracia se suceden inevitablemente, porque cada una de estas formas de gobierno se corrompen con el tiempo.

19. En efecto, toda alabanza verdadera sale de la honestidad, como la ignominia de la vergüenza. Pues bien, enseñar lo que son buenas y malas acciones es tarea del filósofo, que habla sobre la vida y las costumbres; y alabar o vituperar a la hora de expresarse es propio del orador; reproducir lo que conviene a cada uno, del poeta; pero narrar cómo se han hecho las cosas adecuadamente, es decir, con veracidad, transparencia y conocimiento es trabajo propio del historiador. En verdad, a veces es un justo juez y censor de las acciones, y, sintiendo aversión a toda ficción, da valor en su justa medida a las buenas acciones y condena las malas. Por supuesto, este historiador debe ser considerado sabio y éste es el objetivo de la historia al que todo debe ser sometido: no que mantengamos intacto el recuerdo de las hazañas sino que enseñemos la razón y el valor de la vida humana a través de la experiencia de aquéllas.

20. Y si Plutarco³⁵⁹ al describir los vicios no aconseja que deben ser expresados sobre todo los estados y afanes del alma, con los que la imagen de la vida sea descrita como en pinceladas, dice que éste no es el fin de la historia al que nos referimos. Pues cuanto más se explican las costumbres, más impactantes son los ejemplos para enseñar. Así pues, éste es el único objetivo de la historia: la utilidad, que no del historiador, al que a veces impulsa a escribir el deseo de algún beneficio, o de gloria, o de dinero. Pero quizás a alguien le parezca que el deleite es la finalidad de la historia, porque se experimenta un gran placer en el conocimiento de las historias. Pero ése es el resultado propio de cualquier conocimiento o ciencia, la cual deleita por sí misma, y tan grande es el deseo generado en los ánimos de las personas por cualquiera de ellas que siempre queremos oír, ver, aprender algo.

21. ¿Entiendes el placer que tiene el discurso agradable? Pero ésta es una propiedad de la conversación elegante y alegre. Y ningún historiador se propone eso de deleitar con su discurso, lo cual es propósito del orador y del poeta, sino narrar las hazañas que sirvan de ejemplo para acciones futuras. Para que una narración áspera y lánguida no enajene los ánimos de los lectores o retarde su interés, pule la dicción y la rocía con cierta

³⁵⁹ Plutarco (46-119) es autor de las *Obras morales* (78 tratados, recopilaciones o biografías dedicadas a temas muy variados) y *Vidas paralelas*, cuyo éxito en época humanística fue considerable y que le hicieron famoso por su intención patriótica y moral, su afición a la anécdota reveladora de caracteres, su variada información, la descripción pintoresca de los acontecimientos históricos o legendarios, la sobriedad del relato y su sentido dramático.

suavidad de acciones y palabras, buscando este propósito: no que la utilidad siga al disfrute sino que el atractivo siga a la utilidad. Y si viese el placer como su objetivo, sin duda alguna, a la manera de los poetas, imaginaría muchas cosas, y, como un panegirista, exageraría muchas cosas, porque, sin duda, las fábulas y los adornos valen para deleitar. Y es baladí el trabajo que no produce ningún fruto sino que sólo busca el deleite de los oídos.

22. Por tanto de otra parte se le ofrece la materia en cantidad suficiente al historiador, él mismo aporta la competencia y elocuencia y plantea este objetivo: ser útil con la explicación de las hazañas. Aquello que es la culminación de todo y a lo que todo se refiere, eso es a lo que yo llamo objetivo. Sin embargo a alguien puede causar sorpresa por qué las guerras son escritas con más frecuencia, aunque son detestables y execrables y en la paz se llevan a cabo muchas cosas sabias, fuertes y justamente. ¿Acaso porque a las almas feroces y desafortunadas de los hombres éstas agradan más? ¿Acaso porque en éstas está la mayor parte de la materia del valor y la variedad de la fortuna? ¿No nos alegramos con las cosas favorables o nos deprimimos con las adversas? ¿Quién, viendo que yace miserablemente en la playa el tronco que antes era parte del cuerpo de aquel gran príncipe de la república romana y máximo general, Pompeyo³⁶⁰, que había triunfado sobre todo el mundo, no se horroriza de la mutabilidad de la fortuna? ¿Quién en todo caso desesperaría completamente de sus cosas si contemplase a Escipión, a quien luego apodaron el Africano, obteniendo un gloriosísimo triunfo sobre el vencedor, Aníbal, que casi había aplastado ya con las armas púnicas a la república romana³⁶¹?

23. Ciertamente éste es el más grande e insigne trabajo de la sabiduría, que, viendo la volubilidad de Marte y de la fortuna, administre con fortaleza y prudencia las acciones humanas. Además ¿dónde mejor que en los asuntos bélicos aparece la variedad de las virtudes? Para no hablar de la templanza, que siempre es alabada sobremanera en el general de la guerra, y la justicia, sin la que ninguna vida humana puede existir, esta fortaleza desarrolla todas sus fuerzas y en cierta manera parece como si se moviera en terreno propio, allí donde nacen todos los peligros de muerte cuyo desprecio es la particular alabanza de su

³⁶⁰ El hecho que narra detalladamente es el asesinato de Pompeyo, tras desembarcar en Pelusium (Egipto), por parte del esclavo Forlino, agente de Tolomeo, quien envió su cabeza a César, tras vencerlo en Farsalia.

³⁶¹ Se refiere a la victoria que Escipión obtuvo en Zama y que puso fin a la segunda guerra púnica.

fortaleza. Sin embargo, al conocer y destruir de antemano los planes de los enemigos, al preparar y evitar asechanzas, al construir campamentos, al organizar la tropa, al entablar combate, al asediar ciudadelas, al mantener unidos y ejercitar a los soldados, al procurar que no falte nada, que no estorbe nada, que no ocurra nada inesperado ¡cuán grandes y cuántas eran estas cosas y cuántos son estos dones de la prudencia! Por estas razones, opino yo que se debe escribir más asiduamente sobre las guerras o porque nada se hace entre los hombres con tanta frecuencia como las guerras.

CAPÍTULO III

Sobre las alabanzas de la historia.

24. Pues si queremos que se proponga este objetivo para la historia, de manera que seamos ricos en documentos para vivir adecuadamente, me parece que nada es más útil que leer historias y más apropiado para formar las costumbres y gobernar la república. Enseñan los sabios que la prudencia, que es el arte de vivir, se adquiere por el aprendizaje y la experiencia y que aquél se aumenta con la reflexión y el estudio, ésta con la edad; aquél se llama bien común, éste propio; aquél es burlado a veces, ésta nunca puede serlo, porque se la considera la mejor maestra de la vida con toda la razón.

25. Sin embargo, en la historia, no hay preceptos, como en la filosofía moral, sino ejemplos de la vida, que nos preparan para la virtud y nos mueven con la mayor fuerza como los más adecuados y los más experimentados y seguros. También vale más para vivir la práctica y la experiencia, que es propia de los asuntos singulares, que la ciencia, que lo es de los asuntos universales; por esto, son más importantes para vivir los ejemplos de la historia que los preceptos de la filosofía, y la enseñanza de aquélla sólo la percibimos por el oído, los ejemplos de ésta los examinamos como representaciones directas de los propios hechos y con la imitación de tales cosas nos acercamos más a la virtud. Así pues, no juntaría de mala manera el conocimiento de las historias con los preceptos de la filosofía. Es más, algunos, por cierto, desprecian la filosofía como áspera, nadie desprecia la historia: el discurso duro y conciso de aquélla con frecuencia no es agradable; el de ésta, flexible y fluido, se desliza en los espíritus sin ningún descontento y se establece con cierta suavidad.

26. ¿Y qué puede ser más deseable, decidme, para alguien que contemplar lo que se hace en el amplísimo y adornadísimo teatro de la vida y observar lo que venga? ¿Y ver en los ejemplos de otros qué se debe imitar y qué evitar? Por eso, precisamente pienso que esta clase de conocimiento práctico de aprender por el mal ajeno es la más agradable y fecunda. Ciertamente si la prudencia se vincula muchísimo a la previsión de las cosas, la experiencia necesitaría tiempo y recuerdo (por eso, llamamos a los ancianos prudentes, por su larga

edad y práctica) y la práctica de nuestras cosas, producida con gran trabajo y no sin peligro, y ésta además, moderada por la brevedad de la vida y parquedad del juicio, no sería suficiente.

27. Y para todo acontecimiento de la vida y la fortuna ¿qué puede ser más agradable? ¿Qué, más grato? ¿Qué, mejor que recoger de la historia muchos y óptimos preceptos de la vida y documentos fiables de las costumbres? ¿Y ver qué hazañas a lo largo de muchos años se han recogido en un breve volumen? ¿Y reconocer cuáles han sucedido desde muchos siglos, como en presencia y acudiendo ante nuestros ojos gracias a los escritores? De donde nos parece haber vivido en años anteriores y haber participado en las cosas pasadas no menos que en las presentes. Así conseguimos una amplia previsión de las cosas gracias al peligro de otros, la cual no puede hacer grande nuestra experiencia modesta de las cosas.

28. Y con razón Cicerón dijo: “no saber con certeza lo que sucedió antes de que nacieses, esto es ser siempre un niño”. Con razón, aquel sacerdote egipcio llamó a Solón y a los restantes griegos (como dice Platón en el *Timeo*) niños como ignorantes e inexpertos, porque no tenían recuerdo alguno de la Antigüedad. Se ha transmitido a la posteridad que aquel Luculo que venció a Mitridates en el Ponto, salió de Roma desconocedor de la milicia y un poco tosco y, habiendo aprovechado todo el camino y la navegación para leer historias y disertaciones de hombres doctos, llegó a Asia convertido en general, de manera que Mitridates confesó que había reconocido a éste como el mayor jefe de los que había visto o leído.

29. También Filopemén³⁶², máximo jefe de los griegos, con la lectura e imitación de las hazañas de Alejandro alcanzó tan gran gloria que pareció que el prestigio de toda Grecia se había derrumbado juntamente con el suyo. Además la lectura de la *Ciropedia* y el estudio de los relatos históricos convirtió en grande a Escipión el africano. Más aún, el emperador Alejandro Severo (como escribe Lampridio) cuando tenía dudas consultaba

³⁶² Filopemén (253-184 a.C.), estratega de la liga aquea, Plutarco hizo de él el último héroe de la libertad helénica (“el último de los griegos”).

sobre todo a los expertos en historia, en la idea de que ciertamente los que se saben de memoria las hazañas, se dan cuenta mejor de las cosas futuras. Pues, ¿qué otra cosa es la historia que un ejemplo de actuación del cual se deducen las cosas futuras del recuerdo de las pasadas como una norma? ¿Y quién es tan embotado a la hora de pensar que, si analiza las causas y los resultados a la vez, actúa imprudentemente?

30. Pero el narrador de los hechos descubre las causas y demuestra los resultados, para que no se trate nada que la mente y la razón no haya prescrito. Así pues, bastante útil y adecuada es la historia en la que vemos las vidas de los demás como un espejo para llevar bien los asuntos bélicos y para formar las costumbres. Incluso, muchas veces, son útiles otras artes y ciencias y principalmente para el orador, que se sirve de gran variedad de ejemplos para persuadir y para el poeta, a fin de modelar actividades parecidas; más aún, el poeta épico toma prestada del historiador la narración de los hechos. Los filósofos morales prueban frecuentemente con ejemplos. El geógrafo también se aprende muchas cosas de la historia. Y al mismo tiempo esos métodos ayudan bastante a la historia, de tal manera que parece que todas las técnicas se apoyan mutuamente con ciertas ayudas y auxilios.

31. Por lo demás, no puede decirse cuánto deleite se recibe de la lectura de la historia. Pues nos parece haber vivido en años anteriores y recibir a los hombres distinguidos como huéspedes y conversar con ellos de grandes asuntos e interrogarnos, respondemos recíprocamente y al mismo tiempo pedir y devolver la razón de las hazañas. ¿Qué deleite hay mayor, más útil, más provechoso que estos encuentros? Y no es que busquemos con tanto afán como estímulo para la virtud sus estatuas, que son imagen de cuerpos y no de almas. Pues en la historia se expresan las costumbres de cada uno de tal manera que podamos deducir de ahí su alma mejor que a partir de los rasgos de su cuerpo. Se añade que las estatuas no se cambian fácilmente de lugar; la historia, donde quiera que vayas, puedes llevarla contigo fácilmente y leerla en todas partes. Además ¿piensas en cuánto deleite se deriva del conocimiento de los acontecimientos? Incluso la propia novedad y variedad de hechos, los cambios de los tiempos, las vicisitudes de la fortuna, los casos inesperados a los que la historia hace referencia ¡cómo mueven el ánimo de los hombres y retienen al oyente con cierto deleite al leerlo!

32. Y si el deseo de aprender y ver siempre algo ha sido inculcado por la naturaleza en el hombre de forma que prestamos oído a los cuentos de viejas, ciertamente no puede dejar de gustar la historia que presenta descripciones de lugares, las diferencias de costumbres, los caracteres de los pueblos, las formas de las ciudades, las revoluciones de los imperios: el conocimiento de estas cosas afecta el ánimo con increíble satisfacción. Así que a nadie le extrañe si todos nos deleitamos maravillosamente con la historia.

33. En efecto, yo mismo con la memoria del pasado busco y rescato la época del hombre desde los primeros albores (por así decirlo) y me fijo en esta suma vejez del mundo, a la que llegamos, como si hubiese vivido en todos los siglos, y me alegro de corazón y, juntando toda la serie de años en mi mente, examinando los inicios, los avances y términos de los reinos para evadirme más sabiamente con el conocimiento de estos hechos, me impregno de una singular dulzura. Y sin duda deben ser consideradas magníficas las cualidades de la historia que salva las hazañas del olvido y destrucción, testigo único de reyes, pueblos, ciudades, regiones.

Muchos hombres fuertes han vivido antes de Agamenón,
pero todos, insensibles, son atormentados y,
extraños, carecen de una noche eterna porque por un vate sagrado....

lo cual dirías de los historiadores con más verdad que de los poetas. Pues lo que leemos en éstos pensamos que es verdad; en aquellos todo es inventado y salpicado de falsedades.

34. Y no sin razón los Pontífices Máximos, a los que correspondía la confección de los anales y su exhibición escritos en una tabla para que los leyese el pueblo, de donde algunos escritores de hechos tomaron sus historias (como se cree que Beroso³⁶³ había hecho entre los asirios), los conservaban en un sagrario como una cosa sagrada. En efecto, Cicerón dice bellamente que la historia es testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la vejez.

³⁶³ Pseudo Beroso fue un sacerdote caldeo que floreció h. el 290 a.C. su importancia en la historiografía deriva de una obra histórica entre los babilonios, en tres libros, escrita en griego, de la que usaron con posteridad Eusebio y Justino.

CAPITULO IV

Sobre los inventores de la historia.

35. Pero algunos buscan con gran interés al inventor de la historia, un asunto ciertamente oculto e incierto como vemos que también es oscura la investigación de otras muchas cosas, o porque la larga duración del tiempo ha borrado el recuerdo de los hechos pasados, o porque los principios de aquellos fueron comunes a muchos otros, o porque cada uno asigna esta alabanza a los suyos para dar realce a las cosas de su patria.

36. Pues³⁶⁴ los egipcios afirman que sus sacerdotes fueron los padres de la historia; los griegos dicen que el autor es Cadmo milesio, otros reivindicán a Abraham ureense, por el cual se atestigua que fueron enunciados los orígenes del cielo y de la tierra, que después Moisés dejó escritos en sus libros. Sin embargo, Josefo escribe que los hijos de Seth habían grabado antes esta historia en dos columnas, sobre ladrillo y piedra, de forma que se reclama por su parte el principio de la historia ya desde el propio comienzo del mundo. Otros cuentan que Noé después de la inundación de la tierra esculpió, en piedra, junto a las faldas del monte Gordei en Armenia lo que había sucedido: otros piensan que se comenzó a escribir historia en los tiempos de Nino, rey de Babilonia, ochocientos años antes de la guerra de Troya; yo opino que el primero de todos los mortales entabló guerras con los pueblos vecinos.

37. Es bastante probable para mí que desde el principio los antepasados, aunque todavía no habían encontrado ninguna forma de escribir, para que no se extinguiese el recuerdo de los hechos y a la vez para enseñar a los que vienen después con ejemplos de lo que había acontecido, no sólo habían anotado con símbolos las hazañas realizadas sino que se habían acostumbrado a contárselo a los hijos y, en primer lugar de mano en mano y luego por una especie de sucesión hereditaria, lo habían transmitido, contándoselo unos a otros. Así pues, el recuerdo de las hazañas se ha conservado no en las páginas de los libros sino en los espíritus y marcas de los hombres hasta que el método de la escritura fue

³⁶⁴ Para la lista de historiadores que sigue cf. Juan Luis Vives, *De tradendis disciplinis*, parte II, Libro V, cap. II.

encontrado. En conclusión, ¿quién puede, pues, señalar a uno sólo que haya comenzado, el primero, a confiar a la escritura las historias, esto es, las narraciones entre tantas y tan grandes naciones diferentes entre sí en la lengua, la escritura y costumbres?

CAPÍTULO V

Que sea la tarea del orador escribir historia.

38. Pero es más que suficiente ver con qué artificio la historia se lleva a cabo. Alguien dice en Luciano que escribir historia es cosa de médicos; lo razona de esta manera: porque el médico Esculapio es hijo de Apolo y Apolo es guía de las Musas y príncipe de toda erudición. Otro dice que esta tarea se refiere sólo al sabio y con un silogismo complicado y llevado hasta al final por todas las figuras lo prueba. Verdaderamente no declara quién entiende que es sabio, salvo que se considere a sí mismo el único sabio.

39. Pero alguien diría quizás que, si el matemático escribe sobre la dimensión y el físico sobre la naturaleza de las cosas, el historiador escribe sobre historias. Y no lo critico, pero pregunto esto: ¿acaso el historiador compone por sí mismo esta obra o la toma de otra parte? Ciertamente es materia común los hechos que se realizan, los cuales no deben exponerse de otra manera a como han sido hechos: pero no es propio de todos escribir bien. En primer lugar hay que ver la forma de distribuir; aunque ésta se basa muchísimo en la naturaleza y el juicio, sin embargo, tiene algunos preceptos que rigen la propia prudencia y permiten no equivocarse. Cualesquiera que sean, el orador primero los encuentra y luego los enseña. Entonces ¿de quién es, dime, ese discurso agradable y adornado a no ser del orador? Éste no ha conseguido el nombre por otros valores como la invención, la disposición, la memoria y la acción sino por la elocuencia: porque aquellos son comunes con otros, ésta es propia solamente del orador. Y de la misma manera que el dialéctico se atribuye esta competencia, la de disputar verisímilmente sobre cualquier cosa que se le proponga, así el orador la de hablar sobre cualquier cosa con clarividencia y con elegancia. Porque se dice que la dialéctica y la retórica no consisten en ninguna materia sujeta a ellas sino que van y vienen por todas las restantes doctrinas como compañeras y hermanas que ayudan.

40. Vayamos a las partes de la historia: el principio y la narración. Ciertamente los libros de los rétores se dedican a estos preceptos: que hagamos al oyente benévolo, atento,

dócil, que narremos con lucidez, claridad, verosimilitud, con agrado y brillantez ¿Qué puedo decir sobre los discursos que se colocan en la propia historia? ¿No necesitan de todo el trabajo del orador? Por eso me parece que el trabajo artístico de la historia o es del orador o debe ser reclamado por el orador.

41. Y Marco Tulio, no engañado (según algunos opinan) por la dicción de Teopompo, que lo inspira mucho en la historia, como discípulo de su elocuencia e imitador de Isócrates, sino porque es propio del orador hablar y escribir bien, piensa que escribir historia es la tarea del orador más grande e importante sin duda como provisto de una singular prudencia, gravedad y elocuencia. Entonces a éste razonablemente se le llamará historiador cuando escriba historia pero se sirva de su habilidad. Y ojalá a Cicerón le hubiese sido posible escribir historia, como pensaba, en medio de la iniquidad de los tiempos y la osadía de sus enemigos. De cuánto hubiese sobresalido de otros, pueden servir como prueba las breves narraciones, lúcidas, suaves y agradables de sus discursos, género de composición en el que superó con mucho a todos.

42. Se engañan, pues, también los que supeditan la historia a la gramática como si el arte de la literatura enseñase el modo en que las hazañas se han de explicar con conocimiento y atractivo. Y a pesar de que el manejo y conocimiento de las historias se les atribuya a los gramáticos, sin embargo, el propio arte de la historia y la tarea de escribir es propia del orador, no del gramático. Por lo cual, ¿quién no se admira con razón de que los rétores hubiesen transmitido precisamente unos pocos preceptos para escribir historia, cuando hubiesen confirmado que escribir historia es la tarea del orador? ¿Acaso pensaron que ciertas cosas están a disposición y son obvias para el competente, que otras podrían ser fácilmente percibidas a partir de las mismas que habían incluido en sus oficios?

43. No negaría que sólo el hombre competente ve lo que le conviene: pero incluso esta misma competencia está regida por determinados preceptos. Y quien hubiese adaptado los preceptos oratorios al tratamiento de la historia, que los rétores no abordaron o tocaron ligeramente, explicando abundantemente ciertas cosas y como señalando con el dedo lo que puede ser extraído de las propias fuentes de la retórica, y hubiese enseñado separadamente

las leyes de la historia, sin duda alguna habría hecho algo de lo más útil para los estudiosos de la historia. Y, por esto, han de ser alabados con mucho los que han presentado los preceptos de la historia por separado de los tratados de la oratoria. Y a nosotros, que intentamos glorificarla, nos parecerá haber recogido un gran fruto si somos de utilidad a los estudiosos de la historia.

CAPÍTULO VI

Sobre la elección de los hechos.

44. Sin acierto un autor griego dice que no hay ningún precepto para escribir historia, cosa que intenta probar con algunos argumentos insostenibles. Pues aunque escriba acciones casi infinitas y lo que ha ocurrido en diversos lugares y épocas, sin embargo hay que aplicar cierto cálculo a elegir lo que es digno de la memoria pública y a disponer cada cosa en su lugar: aunque parezca un trabajo de competencia, sin embargo, se apoya en una formación teórica. Luego, si no existe ningún precepto de estilo, ni siquiera el historiador lo echa de menos. Y para que no se suscite discusión sobre asuntos evidentes, comencemos a tratar ya el arte mismo de la historia, cualquiera que sea.

45. Para el historiador el estudio debe ser el mismo que suele ser para los buenos escritores; hablo en primer lugar de los hechos, luego de las palabras. Pero se han de cuidar las dos cosas, la elección y la colocación, pues no hay nada que decir de la *inventio*, porque el historiador ni construye personalmente su material de escritura (como se ha dicho antes) ni se lo inventa por sí con su estudio o su talento. Y hablaré primero sobre la selección de los hechos, luego sobre la disposición. Y como en la vida de los hombres han sucedido muchas cosas y ahora también suceden, que pueden suministrar al historiador materia digna de escribir, en primer lugar, aquél elegirá el material no sólo adecuado a sus fuerzas sino ajeno a todo odio, no demasiado común ni insignificante sino ilustre y grave y abundante en ejemplos de virtud y sorprendente en sucesos variados e inesperados con cierto deleite, como las suertes de los imperios, las instituciones de los pueblos, las costumbres de los ciudadanos, las vidas de los hombres ilustres, que tienen ejemplos bastante aptos e idóneos para administrar prudentemente la república y vivir bien y felizmente.

46. Pues (como bien dijo el de Halicarnaso) quien confía a la historia, para la que suelen ser reclamadas la verdad y los preceptos de la prudencia y la sabiduría, cosas indignas de ser sabidas o insignificantes y desconocidas, o las que perjudican al ejemplo, ya ponen al descubierto sus malos hábitos si en verdad el discurso es imagen del alma, ya, inicuos consigo mismos y con otros, no logran ninguna alabanza. Y no estaría de acuerdo,

sin embargo, con el de Halicarnaso que decía, en el librito en el que compara a los historiadores entre sí, que sólo deben ser elegidas las cosas gratas y dichosas y criticaba a Tucídides porque había escrito sobre una guerra desafortunada de su patria.

47. ¿Acaso, pregunto, escribimos historia sólo por el favor y el placer? Y si deben ser escritas las cosas útiles y pensamos que son útiles las que se refieren al fundamento de la vida y costumbres, ¿por qué será inútil demostrar las razones de las malas y, a partir de ahí, las malas que deben ser evitadas con la mayor cautela por los ciudadanos? ¿Y los filósofos que disertan sobre la virtud, acaso no explican la razón y naturaleza de las cosas que debes evitar? Aunque las que pueden conducir el ánimo a cierta reflexión sobre la deshonra, pienso que se deben omitir por el decoro de la honestidad o ser nombradas leve y solapadamente. Y parece que Suetonio obra con falta de pudor y decoro, cuando persigue la deshonra de cualquiera singular y cuidadosamente, sin que ninguna necesidad de los hechos lo reclame. Cuando el historiador elige todo su material, grande, insisto, ilustre y útil, que no lo trate con descuido y torpeza explicando todas las cosas no sólo sin ninguna elegancia y adorno sino incluso sin conocimiento y a la ligera.

48. Ciertamente si decide escribir la historia de lo que ha sido confiado al recuerdo por los escritores antiguos, que siga a los mejores y más experimentados autores, a cuya autoridad y autenticidad hay que atender completamente, porque lo que narran está muy alejado de nuestro recuerdo. Pero si escribe lo que sucede en su tiempo, puesto que no ha podido él solo participar en todos los hechos, ni verlos todos, y generalmente se narran de manera diversa y no de una única forma, que lo examine todo por sí mismo, con el mayor cuidado (como atestigua Tucídides que él había hecho), que escuche a todos, que converse con todos y que pregunte a todos frecuentemente sobre los mismos hechos y no dé crédito, sin embargo, a todos, sino a los que movidos libremente, sin ningún odio ni afecto, exponen los hechos mismos y dicen lo que parece acercarse mejor a la verdad, a la común opinión y a la aprobación de los grandes hombres.

49. Puede también, unas veces, recopilar ciertas cosas que están más ocultas, con conjeturas más verosímiles, sin adivinar las inciertas por el afecto, ni seguir las dudosas por verdaderas y puede, otras veces, refutar modestamente a otros para que reluzca más la verdad, y llegar a la opinión más verosímil de los que disienten, porque no es hecho por los grandes escritores lo que otros censuren. Y aunque muchas cosas penden de la opinión de los hombres, sin embargo, siempre será más seguro apoyarse en la autoridad de los hombres más sabios. Así pues, después que el historiador ha reunido la totalidad de la materia, la expondrá toda ante los ojos para ver lo que conviene seleccionar, rechazar, decir o callar de ésta o cómo conviene a partir de ello encadenar la historia y desde dónde empezar, dónde terminar, en qué orden unir cada cosa para procurar un cuerpo por así decir único, que conste de principio, medio y el fin y que, compuesto según las normas y el orden, a partir de las partes coherentes entre sí, resulte recomendable por la dignidad y al aspecto de la forma.

50. Pues debemos tener en cuenta la elección de los hechos no sólo en la totalidad de la materia sino en cada una de las partes, de forma que únicamente las cosas memorables y dignas se confíen a los escritos, puesto que establecemos como finalidad de la historia la propia utilidad. En efecto, la dignidad de la historia rechaza la humildad de los hechos y se necesitan ejemplos ilustres para enseñar. Y es propio de un inepto tratar de pasada y brevemente aquello en torno a lo que gira todo el trabajo y escribir en abundancia lo que no tiene ninguna importancia. Pero algunos, o desconocedores de los hechos, o torpes y desprovistos de juicio, no viendo lo que conviene retener, desechar, callar o proclamar, se alejan hacia ciertas reflexiones insignificantes y vacías y hacia necedades y, olvidando la totalidad del hecho, tratan exhaustivamente lo más insignificante.

51. Como es aquél que, en Luciano, recorrió una guerra muy grande y memorable de manera extraordinariamente sucinta y, llegando al viaje de un indigno varón, prosiguió hasta que encontró con cierta suerte la fuente en la que si no se hubiese precipitado, se habría consumido de sed. ¿Qué otra cosa es esto que descuidar lo mejor y tomar lo peor? ¿E ignorar el artificio del dibujo y persistir en la admiración de los colores brillantes? Y ¿de qué sirve explicar las cosas que son dignas de poco o ningún recuerdo, y no atañen en nada

a las costumbres y a la adquisición de la prudencia? ¿O incluso imitar a los poetas que buscan en exceso con gran interés el tipo de la muerte y de las heridas de casi todos los soldados y los jefes?

52. Pero ellos persiguen el deleite de los oídos y la amplificación; el historiador ama la utilidad y la brevedad. Ciertamente nombrará a los principales jefes por sus nombres, es decir, nombrará a los protagonistas y a los autores de las hazañas y a todos los restantes con un solo nombre de colectivo y asociación. Y si incluso algún hombre no tan ilustre ha realizado alguna acción preclara y singular, es justo que no sea privado de su alabanza. César en el libro V de la *Guerra de las Galias*, recuerda aquel hecho extraordinario por la magnífica bravura de los soldados T. Pulvio y L. Vareno, en el que cada uno libró al otro del peligro a pesar de que cada uno envidiase la fama del otro.

53. Y Livio no silenció la lucha ecuestre del romano Claudio Aselio con el campano Taurea, en la que brilló tan gran valor del romano. También fue difundida por Justino con grandes alabanzas la gloria de un soldado ateniense, Cinegiro, en Maratón, quien después de una larga matanza, persiguiendo a los enemigos que huían, se apoderó junto a la orilla de una nave de carga con la mano derecha y no la soltó hasta perder la mano; entonces, con la derecha amputada, se apoderó de la nave con la izquierda; y desgarrada también ésta, la agarró con la boca y, como una fiera rabiosa, despedazadas las manos, luchó con los dientes.

54. En efecto, el valor es brillante por sí mismo y no consiente estar oculto. Y si algunas cosas parecieran demasiado insignificantes para ser contadas, y sin embargo, causarían alguna oscuridad en la narración si se omiten, éstas las contarás entonces muy de pasada. Pues el historiador serio no debe insistir en hechos sin importancia, ni debe pasar por alto nada por cuyo desconocimiento se altere la historia. Así, ésta es la mayor alabanza del escritor: no decir nada redundante, que fluya de la mente, ni nada incompleto, que obstaculice el conocimiento de los hechos.

CAPÍTULO VII

Sobre la disposición de los hechos.

55. Y para que la historia no vague aquí y allá, hay que mantener un cierto orden y, por llamarlo así, un curso recto de la exposición. Y como toda acción tiene principio, desarrollo y fin, ha de ser conocida primero la causa que ha empujado a alguien a hacer algo, y con la causa, el proyecto. Aunque parezca que estas cosas son las mismas porque de ahí dimanar las acciones y los resultados, sin embargo, son distintas por una razón; pues se llama causa a cosas como la ambición de poder, el deseo de castigar la injusticia, el miedo a un peligro y un mal mayor, el odio y el afecto hacia alguien y cualquier cosa que nos induce a actuar; en cambio, el proyecto es el cálculo racional de realizarlo.

56. Lo que hacemos lo hacemos o por cierto impulso del espíritu o por cálculo o bien para evitar alguna incomodidad o conseguir algún provecho. Pues lo que hacemos por la fuerza, se dice que de ningún modo lo hacemos por nosotros mismos y no es voluntario lo que sucede por casualidad, sino que se atribuye a una fuerza suprema y divina, ya que nosotros, los cristianos, eliminamos de nuestra manera y forma de hablar las palabras destino y fortuna. Sobre estas cosas el historiador hable moderada y prudentemente hasta donde alcance la explicación del hecho. Y si la ignorancia de los principios trajera gran oscuridad a lo restante, incluso el historiador no explicaría bien las acciones de no haber percibido bien las causas de las cosas y los proyectos. Ahora bien, conocidas las causas, se entenderán mejor las restantes cosas y se considerarán más verdaderas. Y pondrá de manifiesto, según documenta Polibio, estas causas que están unidas con los propios hechos y tiempos y las que parecen de una manera necesaria congruentes con ellos. Aunque, a veces, si el propio hecho lo reclama, se admite remontar las causas y los tiempos un poco más lejos mientras se revisan breve y sumariamente.

57. Sin embargo, se piensa que Salustio llevó el principio demasiado lejos. Él, al ir a escribir la *Conjuración de Catilina*, eligió el principio desde el origen de la Ciudad. La preparación sigue a la explicación de las causas y proyectos; luego la narración de las cosas

que se deducen de éstas ha de ser diferenciada por el historiador en modos, lugares y tiempos. Por último, se debe hacer referencia al final de las cosas y las circunstancias que han acompañado. Y prudentemente han de ser referidas las cosas que resultaron de sabias decisiones, de la temeridad o de alguna casualidad. Se deben señalar incluso las que acontecieron providencialmente antes del hecho, o en el hecho, o después del hecho, como prodigios, oráculos, palabras de hombres santos y las que suelen suceder extraordinariamente; las que, aunque sean naturales, no ocurren, sin embargo, sin algún presagio y sin la ostentación de la voluntad divina, como terremotos, inundaciones, conflagraciones de la atmósfera, eclipses de sol y cometas, que anuncian calamidades y otras cosas similares.

58. Por lo demás, se han de tratar por separado, atenta y cuidadosamente, las características de una persona y de un hecho que explican el aspecto y naturaleza de la acción. Se añade, además del nombre de la persona, su linaje, patria, nación, instrucción, aficiones, hijos, parientes, vecinos, amigos, condición, cargos, poderes, riquezas, libertad y lo que se contempla en el cuerpo: sexo, edad, figura, salud, fortaleza y afecciones, virtudes y vicios del espíritu. Son circunstanciales al hecho, la causa, el tiempo, el lugar, la ocasión, el instrumento, el modo y otras cosas de este estilo, en cuyo tratamiento trabajan con el mayor cuidado los rétores.

59. Pero se han de ver más detalladamente las cosas que rodean todo el asunto, la posibilidad, la oportunidad, el resultado: igual que Polibio, para que nadie dudase en qué fuerzas confiados los romanos aspiraron al imperio de todo el orbe, presenta en primer lugar sus recursos y riquezas; luego qué ocasión y oportunidad aprovecharon para hacer la guerra a otros pueblos; finalmente narra en orden lo que sucedió, los crímenes, devastaciones, rendiciones, triunfos, cambios de fortuna y casualidades. Así, cuando el historiador ya tiene la selección de los hechos, entonces relatará brevemente la totalidad del suceso y lo esbozará como un cuerpo. Y al dividir todo el hecho en una especie de capítulos generales, separa la historia en articulaciones y miembros y, colocados cada uno en orden y presentada la imagen de la historia, aplicará la redacción como el color.

60. Al igual que los pintores conciben primero en su imaginación un esbozo, luego conforman la figura en una tabla con suaves pinceladas, por último, esparcen los pigmentos con arte y cuidado, distinguen las sombras y relieves con la variedad de colores y terminan la pintura con gran cuidado y habilidad, esto es asimilar primero el hecho mismo a través de su apariencia, luego, una vez asimilado, explicarlo y adornarlo con palabras. Así pues, el mismo orden natural y recto será también el adecuado: que el hecho no se narre de otra forma sino del modo en que ha sido realizado por su autor y que ningún hecho ha de ser confundido, ni el final anticipado, con cuya expectación se tiene en suspenso el ánimo del lector, sino que, conservada la razón y naturaleza de las cosas, las que son anteriores en el tiempo, y por ley de la existencia, como las causas respecto a los efectos, serán colocadas también antes.

61. Así pues, los resultados van después de los proyectos, los efectos de las causas y los consecuentes de los antecedentes y de esta manera todos y cada uno se enlazaron entre sí de forma que en manera alguna puedan ser quitados o transmutados.

CAPÍTULO VIII

Sobre la acción compleja.

62. Por lo demás, la historia, o es simple, la que trata un solo hecho de un único modo, o es compleja, en la que se contienen asuntos varios, resultados diversos, finales distintos, como lo es la guerra púnica, que se llevó a cabo con la máxima variedad de jefes y lugares. Si la narración es simple, el sentimiento y el pensamiento del escritor girarán solamente sobre un hecho; sin duda de forma que exponga el propio hecho en el mismo orden en el que se produjo. Después, para que el lector no desdeñe la historia por la simplicidad y una narración siempre similar y odiosa, intentará realzarla con numerosos adornos de hechos y palabras. Pero si es variada y compleja, la narración se ha de diferenciar con gran juicio y prudencia para que no se confunda debido a la variedad. Y no es difícil disponer ordenadamente las acciones que provienen unas de otras o que preceden en el tiempo a otras. Pues su propio tiempo muestra entonces el orden.

63. Y ciertamente no cuidamos tanto el cálculo de los lugares como el de los tiempos. Porque si faltara el orden de los lugares, no se oscurecen los hechos tanto como si hubiese confusión y alteración de los tiempos: puesto que las decisiones, razones, causas, resultados de los hechos no se distinguen igual por los lugares que por los tiempos. El que no conoce este orden, entenebrece toda narración de la historia. Así ¿qué no será oscuro para aquel que desconozca qué se produjo en cada momento? Así, la confusión de los tiempos suprime toda ciencia de la Antigüedad. Pero ciertamente este vicio de la historia me parece el más grande, si trae las tinieblas cuando debe traer la luz.

64. Por el contrario, indicaremos el tiempo del mismo modo con que se señala en las escrituras y monumentos públicos. Y no sólo se señalarán los años y partes del año y meses, sino incluso los días, noches, horas y momentos si su conocimiento reporta alguna utilidad. Pero cuando muchas cosas distintas entre sí se han producido al mismo tiempo en lugares diversos, como al tiempo que Aníbal devasta Italia, Escipión domina Hispania, entonces el orden es libre según el discernimiento del escritor, de forma que recuerde

primero el asunto que quiera. Pero que refiera en su escrito un único hecho primero hasta que pueda ser entendido; que luego se dedique a otro y lo lleve de una vez al mismo punto, hasta que aparezca su imagen, conservada siempre y marcada por el propio cálculo del tiempo.

65. Pero el desarrollo de los tiempos ha de ser observado de forma que no acomodemos los hechos a los tiempos a intervalos, como sucede en los anales, sino los tiempos a los hechos, eligiendo un discurso continuo y fluido y tejiendo la historia como una tela acabada para desarrollar toda la imagen y conexión de los hechos. Para diferenciarlos de inmediato, cuando sea necesario, se marcarán los tiempos que sigan al desarrollo de las hazañas. Y Dionisio de Halicarnaso alaba a Heródoto porque une los hechos entre sí bella y artificiosamente y no pasa a una cosa antes de haber completado otra; de tal manera que con muchos argumentos forma un único cuerpo adecuado y conveniente consigo mismo. No aprueba a Tucídides que observa más los tiempos que el curso de los hechos y que contando lo que sucede en invierno o en verano, aborda unas cosas, deja otras sin terminar; y así separa un solo cuerpo en muchas partes, de forma que el lector apenas alcance el hecho mismo con el sentimiento y la reflexión.

66. Así pues el historiador competente no mezclará el orden de las cosas, ni de los tiempos, ni de los lugares, ni las causas, ni los efectos, sino que con diversidad y claridad narrará los desarrollos de cada uno, y no pasará de un asunto a otro a no ser que se haya referido antes a lo primero, como es debido, para que no sea obligado a regresar confuso de nuevo a éste porque lo dejó envuelto en la oscuridad. Y si sigue en fin el orden y situación de los lugares, no comenzará por los lugares próximos a él tanto como lo tomará de los que tienen mayor relación con el hecho y, extendiéndose por todos los lugares, no descuidará ninguna ocasión y avanzará asignando a todos los mismos tiempos en la medida en que pueda hacerse.

67. Por el contrario, las transiciones que use, que no parezcan forzadas, sino artísticas, como reclamadas por el propio hecho. Y no dejará de ser una sola guerra púnica y una sola historia aunque abarque hechos complejos y variados: puesto que todas las cosas

que parten de las mismas causas, tienden al mismo final. Lo mismo que los miembros del cuerpo, aunque tengan una forma y tamaño diferente y cumplan con diferentes oficios, sin embargo, componen un único cuerpo, y todas miran por su conservación y salud. Y no me opondré a que Valerio Máximo sea incluido entre los historiadores porque no tenga ninguna narración entera. Sin embargo enseña con autoridad y agudeza qué fruto puede obtenerse de la lectura de historias.

68. Y no es necesario recomendar que no se narren las cosas diferentes y ajenas al hecho. Pues se ponen de manifiesto ciertos vicios, de tal manera que toda la atención a aquellos es inútil. Y seguiremos estos mismos preceptos al describir los vicios de aquellos cuyas costumbres pueden servir de ejemplo para seguir o alejarse de algo. Si en verdad observamos los grados de la edad y, examinados los atributos de la persona y el hecho con un juicio agudo, referiremos no sólo lo que alguien haya hecho, sino lo que haya dicho de manera sabia, aguda y reflexiva. No obstante, no trataremos todos los dichos o hechos sino sólo aquellos con los que se expresan las costumbres de los hombres y los sentimientos del ánimo como la imagen y el reflejo en un cuadro. No de otro modo que los pintores en la pintura y esbozo del rostro ponen su mayor arte y afán porque de ahí se pueden tomar los indicios de los caracteres.

69. Pero en ocasiones los propios biógrafos no guardan un orden de la vida y las épocas, sino que dividen los hechos en determinados capítulos, lo que hizo Suetonio. También con estos mismos preceptos se conforma la historia que muestra en su totalidad una acción del mundo, o de un pueblo o de una ciudad: de forma que, sin duda, se muestra primero el origen de las cosas, luego se explica de qué modo fueron creciendo y a qué punto culminante llegaron; en fin, se narra con buen sentido y brevedad cuál fue el final inmediatamente después de haber tratado los tiempos. Así pues al escribir historia siempre se ha de considerar primero los inicios de los hechos, luego, los avances, por último el final.

70. Esto hemos dicho sumariamente sobre la elección y colocación de los hechos: ahora se deben decir unas pocas cosas sobre el adorno, que debe ser grave, elevado y honorable, como concierne a una matrona, no aquel meretricio de los poetas.

CAPÍTULO IX

Sobre la interposición de digresiones, descripciones y discursos

71. Ciertamente las descripciones de los pueblos y de las personas ilustres como la de Yugurta en Salustio y la de Aníbal en Livio muestran los temperamentos y las costumbres de los hombres. También las descripciones de las regiones y ciudades, de los montes, bosques, puertos y ríos aportan mucho al adorno y transparencia de los hechos: éstas realzan el hecho con sus ornatos y lo colocan a la vista de tal forma que parece que se los ve, no que se los oye. Y no sólo las descripciones de los lugares sino de los tiempos y de otras cosas como fortificaciones, asedios, maquinarias, luchas, triunfos, la preparación de algo y los desfiles se enfocan a lo mismo; se debe hacer uso de ellas adecuadamente, para que, como el paño de otro género, no se diga que ha sido cosido mal y superficialmente sin tinte y con una preparación demasiado afectada, de forma que se evite toda ostentación de ingenio y doctrina y la sospecha de ostentación.

72. Verdaderamente nada vuelve al hombre tan odioso para el hombre como la arrogancia. Por lo demás, para que no nos alejemos de la verdad, al describir los lugares será más seguro haber visto el lugar con los ojos que haberlo percibido de otros con los oídos: como cuentan que Salustio se recorrió África para escribir con mayor fidelidad la guerra de Yugurta. Y no sólo en las descripciones sino incluso en las digresiones de cualquier otro tipo estarán presentes la medida y la moderación, para que, aunque se aparten del hecho, sin embargo no dejen de estar ligadas adecuadamente con él, o estén más alejadas de lo conveniente. Yo llamo digresión cuando nos desviamos de un asunto expuesto a otro, como Livio se desvió al paso de Alejandro a Italia y Salustio a las costumbres de César y Catón.

73. Y entre los oradores, sobre todo en el género demostrativo, y entre los poetas, que se pusieron de acuerdo todos para deleitar, son más frecuentes y largas las digresiones; entre los historiadores, son más raras y breves. Estos caerán en un defecto si usan alguna digresión sólo buscando el placer, no la evidencia. En cambio hay una razón para la

digresión, si te preocupas por el lector: que se deleite con alguna variedad; si contemplas la naturaleza de las cosas: que se hagan más claras y elaboradas y se amplifique y adorne la propia historia, de otra manera estéril y ayuna. Pero ciertos hombres de ingenio demasiado superficial, como desdeñando el mismo hecho, no dejan escapar la ocasión de hacer digresiones para ostentar la elocuencia y erudición de cualquier cosa y no permiten que sean los mismos hechos lo que les llaman a hacer digresiones, lo que hacen los más juiciosos: y hacen como los niños y son considerados incultos porque no respetan ni la medida ni el lugar.

74. Ver lo adecuado, ésta es la base para escribir bien. Tucídides, escritor de gran prudencia y gravedad, usa adecuada y moderadamente estas digresiones y no divaga demasiado sino que desviándose vuelve de nuevo, de manera que todos los hechos lo aprehendan como al que huye de un lado a otro. Así, explica todo el asunto brevemente y con elegancia.

75. Verdaderamente para amplificar y desviarse y adornar el trabajo por la variedad de los hechos y para el conocimiento y costumbres tienen gran fuerza los discursos y exhortaciones. El historiador, sin embargo, no inventará a ningún personaje sino que lo intercalará hablando cuando es creíble que haya hablado, aunque no pueda referir las mismas palabras. Esto precisa un ingenio diestro y un juicio agudo y el conocimiento de muchas cosas, de forma que lo que se dice convenga al carácter y naturaleza de los que hablan. Pues ¿qué es más arduo que vestir los caracteres, los ánimos y los discursos de otros? ¿Y adaptarse a su voluntad y naturaleza? Ciertamente nada es más difícil que este hecho en poesía y me parece que al historiador no se ha dejado ningún lugar en el que pueda mostrar más fuerza al hablar, explicar mejor las causas de las cosas y las decisiones, alabar y criticar más libremente que cuando se imita a otros hablando.

76. En primer lugar sean presentadas no cualquier persona sino las ilustres, eminentes y dignas por la seriedad de la historia pronunciando una arenga, sabia y sagazmente, no sobre cualquier cosa sino sobre asuntos serios y grandes, conservado el decoro de las personas. Catón hablará seria y rigurosamente, César buscando el favor del

pueblo, Mario, hombre rudo y nacido para las armas, despreciará los estudios y las doctrinas de las artes³⁶⁵. No se atemorizará el hombre valiente y no será atrevido el cobarde y cada uno disertará sobre sus propios empeños, no sobre una capacidad ajena.

77. Siempre se ha de tener en cuenta no sólo la persona, sino también el hecho, el lugar y el tiempo. Pues es necesaria una breve exhortación, como un estímulo, cuando la necesidad acosa y agobia. Pero se desea un discurso más largo, cuando lo pide la condición de los hechos e incluso lo permite el tiempo, porque los ánimos languidecen y se paralizan, y han de ser advertidos o encendidos. Conviene entonces hablar con tono militar en el ejército, en el senado sobre la administración de la República y sobre las cosas que convienen a la previsión y felicidad civil. ¿Quién no censura con razón aquel discurso de Mario en la obra de Salustio, en el que descuida el interés literario, si se tiene antes de una lucha, como ajeno al hecho y al lugar e incluso más largo de lo que reclama la situación? ¿Cuándo en el pueblo romano podría quizás parecerle a alguien más largo uno pronunciado en los comicios?

78. No diré que no sé por qué razón algunos piensan que se deben quitar los discursos fúnebres de la historia, cuando el ejemplo más bello de éstos lo leemos en Tucídides. Razonablemente Trogo³⁶⁶ (como refiere Justino) critica en Livio y Salustio que al interponer en sus obras discursos directos rebasaron el límite. Lo mismo podría haber encontrado en Tucídides. Llaman (si no me engaño) discursos directos a los que se pronuncian en primera persona; oblicuos, los que en tercera, como lo es aquel de Mitridates en Justino. De hecho personalmente me gustan los discursos breves y aptos en función del hecho, el lugar y el tiempo, y de ningún modo me gustan los discursos frecuentes y prolijos y tomados de cualquier cosa.

³⁶⁵ Estos grandes personajes romanos destacan por su forma de expresarse. De Catón resalta su importante papel y sus discursos pronunciados en el Senado; de César su papel político desempeñado a favor del pueblo y de Mario su relación con el ejército y su carácter claramente militar.

³⁶⁶ Trogo Pompeyo es un historiador latino del siglo I d.J.C. Escribió las *Historias filípicas*, adaptación de una obra helenística, que venía a ser una historia universal, centrada sobre la de Macedonia. Sólo se conserva un compendio de Justino y una colección de sumarios.

79. Pues retardan el curso de los hechos y, muy a menudo, amplifican mucho al margen del hecho. Livio es sorprendente por muchas cosas en la destreza de éstas y me parece que Tucídides no es inferior a él en nada. Por el contrario están los que, inexpertos en erudición y hombres de no gran juicio, insertan algunos dialogismos y conversaciones y exhortaciones muy locuaces y muy frías; todas cosas insulsas, sin condimento, sin erudición, sin agudeza, sin juicio, sin elocuencia y adorno del discurso. En verdad, el que no considera el decoro de los hechos, las personas, los tiempos y los lugares, se equivoca seriamente en todo. El decoro que no puede mantenerse con el arte, se mantiene con la prudencia y el juicio. Así pues, la historia se enriquece e ilustra sobremanera con las digresiones, descripciones, discursos, exhortaciones de modo admirable: ésta, si no tuviese algunas pausas y respiros, tensaría demasiado el ánimo del lector y lo llevaría a la saciedad, si no se sazónase con alguna diversidad de cosas.

CAPÍTULO X

Que la verdad sea el origen y la vida de la historia.

80. Algunos dicen que no le está permitido al historiador interponer ningún discurso, porque no conviene imaginarlo; ahora bien, la historia no ha de aceptar nada imaginado. En verdad está por un lado el desarrollo de los hechos, por otro el de las palabras; aquéllos pueden ser explicados como se han producido; éstas, igual que han sido pronunciadas, no pueden recogerse bajo ningún concepto. Y si en asuntos desconocidos conviene alguna vez seguir la probabilidad, ¿no se permitirá hacer lo mismo con las palabras? Si el hecho se cambiara por las palabras, no sin justicia lo rehusarían, pero cuando los discursos exponen el asunto mejor y con más elegancia y vemos que esto se hecho a menudo por los más grandes escritores y aprobado por grandes hombres ¿con qué derecho o con qué autoridad lo condenaremos?

81. El historiador no se confiesa contador de palabras sino de hechos, los que habría expresado de verdad, cuando no hubiese inventado nada, ni recogido lo que no se había hecho, ni vituperado o alabado nada en exceso por defecto del ánimo y, explicadas debidamente las causas y efectos, hubiese matizado cada cosa en sus modos, tiempos y lugares. Y no habría faltado a la verdad si no hubiese dicho todo lo que rodea al hecho, con tal de que muestre la suma de todo el hecho. Y aquí está la diferencia que algunas veces se reconoce entre los escritores: que no todos persiguen del mismo modo las peculiaridades de las cosas y personas. En efecto, el fundamento, el apoyo, el espíritu y el alma de la historia es la verdad, y, sin ella, nada tendrá forma ni autenticidad.

82. Ciertamente retendrá sin elegancia de palabras y adorno de sentencias su nombre. Pero no conservará ninguna fuerza, ninguna autoridad, ni siquiera su nombre, sin veracidad, y no podrá protegerse ni defenderse del vituperio y crítica de cualquiera: entonces la historia ha sido cambiada en su forma por una especie de fábula inútil y se dice que el asunto trazado ha sido encontrado más por un deseo personal que por la utilidad. Por eso, ésta es la primera, ésta es la máxima ley sancionada en la historia por el consejo de

todos los hombres más eruditos: que no se atreva a decir nada falso, ni a dejar de decir nada verdadero. Pues leemos historias sólo por esta razón, para conocer hechos reales, no inventados; para vernos, con la selección de éstos, movidos a la prudencia y la verdadera gloria. Y si se narran cosas falsas por verdaderas, seremos engañados por los ejemplos de aquellas, no de otro modo que con testimonios falsos y ficticios.

83. De donde escribir cosas vanas y falsas ¿qué otra cosa es que una imposición a los hombres? ¿Y qué es más inicuo contra el oficio de escritor que corromper la verdad con cosas imaginadas y adular la santa ley de la historia? o ¿qué lector, pregunto, no lo llevará muy a mal, si se llega a sentir engañado, al entender que son falsas las cosas que recibió por verdaderas? Si la historia es (como han querido los hombres sabios) el espejo de las cosas, ¿qué clase de espejo es aquel que devuelve las imágenes deformadas y tortuosas? Si es la luz e imagen de la verdad, pues ¿qué luz debe ser ésta, que llena de tinieblas la verdad? O ¿qué imagen, que es disforme y más bien un simulacro de unas inventadas que imagen de las verdaderas? Y ésta es la principal separación entre historia y poesía: que en historia todo se refiere a la verdad, en poesía la mayoría al deleite.

84. No sólo no dirá cosas falsas sino que no disimulará las verdaderas por miedo o por amor a algo y, valorando la verdad simple más que el favor o descontento de cualquier hombre, narrará leal y sinceramente el mismo hecho ya se haya producido bien o mal, o por amigos o enemigos, no añadiendo, ni disminuyendo, ni disimulando nada. Pues no es adecuado a la ley de la sagrada historia ocultar los errores de los tuyos y ensalzar algún hecho insigne con alabanzas, atacar las malas acciones de los enemigos con malas palabras y dejar en silencio sus insignes sucesos. Entonces no escribirías historia, sino que llevarías la causa de los tuyos contra los adversarios y no desempeñarías el papel de historiador, sino de orador. Así, parece que Livio favoreció más de lo justo a algunos romanos y que Salustio no con buen ánimo dejó de lado las cosas que fueron decretadas para Cicerón por el senado con gran alabanza y benevolencia debido a su aplastamiento de la conjura de Catilina.

85. Más aún se puede ver a algunos que no se declaran narradores de los hechos sino panegiristas en la historia, extendiéndose en alabanzas de los principales y comparándolos con los más inminentes emperadores y adornándolos con elogios casi divinos. Estas comparaciones recobradas de los oradores son muy frecuentemente irregulares en la historia. En las cuales, el de Halicarnaso pensó que Teopompo había cometido una falta, por excesivas, ineptas muchas veces e innecesarias. Y magníficamente aquel Alejandro Magno en el libro de Aristóbulo³⁶⁷, en el que se mentía respecto a muchas cosas sobre él en la lucha con Poro, elegido rey de los indos, como sentía que él era alabado y adulado en falso, lo arrojó al río, diciendo que el autor que, combatiendo en su lugar, hubiese perpetrado tales cosas en un combate singular era digno del mismo castigo. Así pues, mientras los aduladores quieren adornar la historia y pintarla con elogios y encomios como con pintura, la afean y debilitan ignorando que lo pulcro y decoroso es lo que es propio y conveniente a cada naturaleza, e ignorantes de lo que conviene o desfigurados por alguna inclinación, prefieren alcanzar favor vacío e inútil que atender a su fama y a la verdad.

86. Fue un defecto peculiar de toda Grecia mentir libremente en la historia o para jactarse de su talento y elocuencia o para adornar los hechos de los suyos. Así hasta tal punto en Heródoto, al que llaman padre de la historia, y en Teopompo son innumerables las historietas, lo que suele suceder en la mayoría de los panegíricos, porque se dicen muchas falsedades como verdades. Y prudentemente Tucídides, viendo la historia de Heródoto fabulosa y abundante en mentiras y ficciones, aunque todos lo admiraban, sin embargo prometió que él con su esfuerzo constante dejaría la posesión perdurable de la verdad.

87. ¿Y qué? ¿Por qué algunos exponen una verdad y una historia venal como por recompensa de un alquiler para escribir? Y si al explicar algunas cosas alguna vez le acecha por parte de alguien al escritor un grave peligro para su fortuna o su vida, porque él sienta que en ellas se nota su torpeza, que introduzca a una persona hablando con artificio y cautela, a través de la cual se explique o al enemigo que reprocha o al amigo que echa de

³⁶⁷ Aristóbulo de Casandra además de ser historiador formó parte de la chancillería de Alejandro. Participó en la expedición de Alejandro y escribió la historia de ella, hoy perdida. Arriano se inspiró en ella para escribir su *Anábasis*, sobre dicha expedición y fuente en la que se podría basar Viperano para su afirmación

menos. Como los poetas, cuando en escena representan a alguna persona que explica públicamente con palabras aquello que el pudor o la verosimilitud impide que se haga abiertamente, lo cual no conviene de ninguna manera que sea ignorado o callado. Y si incluso por casualidad se presenta la posibilidad de escribir ciertas cosas que excedan la credibilidad humana como presagios y milagros o similares a éstos, que Livio y Dión³⁶⁸ mantuvieron hasta la superstición, el historiador competente debe referirlas de manera que no niegue o afirme nada, sino que quede en medio para que sobre ellos cada uno juzgue según su opinión y no suponga ningún peligro para él.

³⁶⁸ Dión de Siracusa fue discípulo de Platón tras la visita de éste a la isla y enemigo del tirano Dionisio el joven. Su muerte se produjo en Atenas

CAPÍTULO XI

Sobre la interposición de frases del escritor.

88. Por otro lado, le está permitido al escritor intercalar su opinión, aconsejar algo con sentido común, explicar sabiamente qué ha sucedido por una decisión, qué por una casualidad, qué por una desgracia, qué por voluntad divina; y, expuestas las razones, probar qué cosas se han llevado a cabo bien y censurar las contrarias brevemente. Esto es, enseñar qué fruto puede y debe recoger el lector de la historia; pero sin embargo que lo haga moderadamente, sin vanidad alguna de su talento, como conviene a un buen y prudente historiador, no como un orador o filósofo.

89. Y puesto que no hablamos de otra forma, ni juzgamos los hechos de otro modo que como los sentimos y resaltan los caracteres en el discurso mismo, en verdad como es el ánimo de cada uno, así es su discurso. Pues el ambicioso resalta los honores; el avaro, las riquezas; el soberbio, la arrogancia; el justo, la equidad; el sabio, el conocimiento; el estudioso, la virtud y la integridad. Conviene que el historiador, que se ha preparado todo él para la verdad y el estudio de la virtud, sea en primer lugar un hombre bueno cuyo discurso se considere fidedigno.

90. Jenofonte, para Dionisio de Halicarnaso, antepone las costumbres sagradas, justas, accesibles, constantes y adornadas en gran manera con todas las virtudes; Filisto, las adulatorias, sórdidas e insignificantes; el ánimo de Heródoto parece moderado y apacible; por el contrario, el de Tucídides áspero y rígido. Estas afectaciones de ánimo frecuentemente son diferentes según el ingenio, estudios y edad de los hombres; pero sólo las dignas de vituperio se corrompen con el vicio. Siempre el buen historiador ha de ser más proclive a alabar que a reprender. Porque se considera que es un indicio de buen ánimo y por otra parte los rétores llamaron género demostrativo al laudatorio. No menos si algo ha de ser alabado o criticado, que se haga esto de buena manera, sin que parezca que a nadie se adula o calumnia.

91. No te dedicarías a los juicios o al foro para calumniar a un adversario o para celebrar la vida de alguno o sus hechos. Así ninguna marca más infame puede imponerse a un hombre bueno que la de adulación. Y ha sido atribuido como defecto a Teopompo el que haya atacado a algunos con excesiva malevolencia y dureza en su historia: lo que había convertido en afán y ejercitación, de tal manera que se creería más que acusaba que que escribía historia. Así pues se ha de considerar a quienes y lo que alabamos o criticamos. Hablo de las personas insignes y de las cosas que atañen al asunto presente y no de las insignificantes, sino de las grandes y serias y de donde podría ser reconocido el ánimo del hombre y su afán. Pero es un vicio que las controversias sean arrastradas de un hecho hacia otros extraños por calumnia o servilismo. Pues si criticas la temeridad de algún hecho, no llegarás también a la acusación de avaricia que no tuvo ningún trato de temeridad.

92. Por tanto, al escribir las biografías, han de ser explicadas todas las afecciones del alma y empeños y hechos y palabras que nos muestren los talentos y caracteres de los hombres. En la explicación de algún hecho sólo ha de ser anotado lo que se considera en el momento presente oportuno y apto y no inadecuado. En todo caso, las críticas o elogios deben ser breves y esbozados, mejor que desarrollados, cuando el discurso se lleve contenido el decurso de la narración y sin interrupción alguna. Y porque parece que no puede permitirse ninguna pausa y que no quiere aceptar sino lo que oportunamente sobreviene, que se añadan aspectos oportunos al lugar e idóneos a los hechos, que puedan servir más de adorno que de estorbo. Así pues se ha de interponer una sentencia breve y aguda, que penetre fácilmente en el ánimo y se adhiera con fuerza: como en Salustio aquella sobre Metelo: “Hombre egregio en otras artes, que soporta demasiado blandamente la enfermedad”.

93. Pero ¿quién no ve de qué gran hombre es propio esto? De uno competente, serio, de buenas costumbres, erudito, conocedor del hombre y muy justo, a quien no ha de conmover ninguna perturbación y afección; que, severo al criticar y serio censor, pone la verdad por delante del favor o enemistad de cualquiera; que no defrauda los hechos preclaros con la debida alabanza, y no cierra los ojos a los que delinquen, no concediendo más a otro, benévolo con todos, no adicto a nadie, viviendo independiente según su honor,

según sus leyes, angustiado no por qué pruebe éste o aquel, ni qué le guste o le disguste, sino que como huésped y peregrino dé valor por su libre criterio a lo que ha de ser alabado y condene lo que ha de ser vituperado.

94. En verdad, el mejor consejo a este respecto lo da Luciano: que el escritor, apartándose de toda inclinación, examine los hechos humanos como desde lo alto, igual que Júpiter en Homero, que no inclina su ánimo e interés a ninguna parte, mire qué siente y hace cada uno y qué le ocurre a cada uno y considere sagazmente la conciencia de cada uno, participe de la decisión de todos, conozca los pensamientos de todos, esté presente en las acciones de todos, espere y tema con todos, huya con los que huyen y siga a los que persiguen. Entonces él libre, oportuna y brevemente aconseje qué hubiese convenido hacer y al alabar las buenas acciones y criticar las malas se muestre en todo momento como juez serio, justo, sincero y prudente. Y no sólo debe ser un juez bueno y justo sino también prudente, que vea qué reclaman el hecho, el lugar y el tiempo.

95. Aquellas sentencias, que algunas son dichos célebres, convenientes en opinión de los hombres para provecho de la vida (pues sentencia algunas veces significa no sólo sentido del ánimo sino también esto mismo) si se distribuyen de manera apropiada y moderada, matizarán el discurso como con ciertas luces y piedras preciosas. En Justino es muy sobresaliente aquello de que: “A donde la suerte, allí mismo se inclina el favor de los hombres”: y en Livio: “Hasta tal punto la gloria despreciada en un tiempo vuelve más aumentada”; y en Salustio: “Nada corre bastante para un ánimo ambicioso”; y en el mismo: “Las voluntades regias, tan vehementes como inestables, son frecuentemente enemigas de sí mismas”.

96. Entre los demás escritores de hechos, para no mencionar a Valerio, agudo en las sentencias, breve en las conclusiones y al mismo tiempo penetrante, suelo tomar a Plutarco, cuyas conversaciones son sabias y eruditas y su discurso hasta tal punto estricto que siempre hace pensar algo, siempre enseña, siempre instruye al lector en las mejores costumbres. Aunque, a veces, a algunos les parece excesivo en este punto, que se desvíe en la narración de hazañas (lo que incluso se le censura a Polibio) hacia las escuelas filosóficas

y hacia disertaciones más largas sobre las costumbres. Pero él quizás pensó que esto era más lícito para él que para otros escritores, puesto que escribía las vidas, en las cuales (como antes dijimos) no conviene buscarlo todo, sino sólo lo que indique los caracteres y el espíritu. Así pues, los escritores de las vidas, usando con más parquedad que otros de las digresiones, discursos, exhortaciones, amplificaciones de este tipo que se refieren a la vida y a las costumbres, se extienden hacia las controversias con mayor libertad y gusto.

CAPÍTULO XII

Sobre el cuidado de la palabras.

97. Sigue al cuidado de los hechos la disposición de las palabras, que está en las palabras simples y compuestas. Y las simples deben ser vocablos latinos, no extranjeros; pues el que escribe en griego, no usará correctamente las palabras itálicas. Deben ser también propias y usuales, que muestren con la mayor claridad el hecho y que se entiendan fácilmente, no extranjeras, inusuales, arcaicas, oscuras, ni colocadas fuera del habla usual, pues la claridad es necesaria en todo, pero sobremanera en la narración de hechos. Ésta es una virtud propia del orador, sin la que el discurso no tendrá ninguna utilidad. Además se han de escoger palabras serias, que embellezcan el hecho, dignas y adecuadas al asunto. En fin, se han de escoger las que tengan valor por la amenidad, suavidad, elegancia y brillantez y rechazadas las duras, sin fuerza, vulgares. Y, como la humildad de las palabras ha de ser rechazada, así hay que sentir aversión (usaré un vocablo griego) por la *hipotifía*, que se diría en latín un gran y excesivo fasto.

98. Y no me pasa desapercibido que unas palabras son nativas, otras inventadas, pero pienso que no nos está permitido hacer o inventar más palabras con las que malograr la lengua latina, a no ser para expresar las cosas que no son expresadas con palabras latinas como son las categorías de máquinas de guerra, fortificaciones, naves y otras cosas ignoradas por los antiguos. Así a las cosas nuevas hay que darles nombres nuevos. Para inventarlas o seguiremos alguna analogía, o las tomaremos de los griegos, o imitaremos la naturaleza de las cosas y usaremos las palabras nuevas que autores buenos han inventado y de las que se han servido. En cuanto a la trabazón de las palabras, rechazado el solecismo, sirva a la latinidad y guste de la claridad sin ambigüedad con un orden recto y no con una conclusión largamente dilatada. Además la composición apta sea moderada y suave con cadencias adecuadas y embellecida de acuerdo con los hechos mediante figuras de palabras y sentencias.

99. Y el historiador tiene ciertas palabras características y modos de decir no usados por otros escritores. Pues con frecuencia dice mortales en vez de hombres, no así el orador;

se les echa de menos, esto es, murieron es frecuente para él, no así para el orador; pacificar es una palabra totalmente del historiador e igualmente aprovisionarse de grano, de agua, de leña. Salustio utilizó sospechando por considerando sospechoso, y execrable por infame y súplicas por rogativas públicas y, amante de lo arcaico, no rechaza un vocablo como discordia. Sin embargo tú, para que no se piense que alardeas de erudición, ni ingeniosidades, no rebusques palabras arcaicas; aún cuando Salustio no rechazó la crítica de los adversarios de que había afectado un discurso arcaico.

100. También el historiador incurre en muchas cosas de manera excesiva, lo que es usado habitualmente por los cómicos y no tanto por los oradores; frecuentemente incluso se calla ciertas palabras, pero se entiende fácilmente lo que falta, como “digo, respondo, trato, soy, hago” y enlaza con frecuencia muchos miembros del discurso a partir de un inicio con una ligazón. Además imagina algunas figuras infrecuentes y casi cercanas a la elevación poética. Pues dice: “Aníbal herido en el muslo por un dardo”, lo que un orador nunca se atrevería a decir y “la mayor parte, heridos” y usa el número singular por plural y el tiempo presente como un pasado y el verbo en infinitivo por un gerundio según la costumbre de los poetas.

101. Sin embargo no seas insistente ni audaz en transferir y conformar las palabras sino mantente en las figuras que disminuyan el tedio, que no provoquen admiración y saciedad, porque conviene que el discurso histórico sea serio con un cierto tono de dignidad filosófica y compartiendo cierta suavidad poética para disminuir un cierto fastidio y adornada con un ornato moderado, para que el excesivo esplendor de la forma no dificulte la veracidad. Y no sólo en el discurso sino incluso en la vida se peca de cuidado y deseo excesivo, como la afectación casi poética y similar casi a la declamatoria que Luciano advierte en Heródoto.

102. Además el género del discurso en historia debe ser moderado, suelto, medurado y equilibrado sin aspereza. Lo que se hará con una utilización de palabras no descuidada, ni mal sonante sino de algún modo encadenada y moderada, sin encuentro de vocales, sin juntura de consonantes ásperas, sin una transición imperfecta de palabras, con ritmos que se

deslizan, por así decirlo, fluyendo oportunamente y acaban suavemente. Cuando he dicho suelto, quiero que se entienda no disperso en palabras ni redundante en conceptos. La historia favorece la brevedad, pero lo que no es demasiado conciso y reducido, lo que no se desborda ni se detiene intempestivamente, lo que corre con moderación y equilibrio y como un río deslizándose suavemente, no creciendo con la lluvia y fluyendo rápido como un torrente, con todas las sentencias estructuradas de manera simétrica y rítmica.

103. No se propone incitar a la ira, al odio, a la conmiseración y a la envidia, sino enseñar al lector lo que ha ocurrido y corre, conduciendo consigo al lector con una marcha equilibrada, nunca deteniéndose, salvo cuando un recorrido más largo o el hecho pide que tome un respiro y descanse un poco, o bien cuando algo se ha terminado, o cuando se presente algún asunto más serio de manera que convenga retener un momento el paso. Y no todo constará de ritmo, ni todo será indiferente al ritmo: esto es rústico, basto y agreste, aquello, más bien, ambicioso y molesto. Y es irregular un verso en la prosa, como hizo Livio con aquellas palabras: “No voy hacer plegarias” y en otro lugar: “Se añade la cohorte perusina” y luego: “Cuando dijo estas palabras desenvainó la espada y lo acuchilló”. Y Salustio: “Ya se había agotado el día”. Aunque la expresión histórica a causa de ciertas palabras, figuras y ritmos más alejados de la forma común de expresarse tiene similitud con la expresión poética.

104. Además Fabio Quintiliano afirma que aquélla es en cierto modo un verso suelto. Así pues la composición adecuada de las palabras y equilibrada en determinados ritmos fluirá por sí misma suave y rítmicamente y tendrá todo llevado con la misma corriente y recorrido y unido y enlazado con el mismo equilibrio y similar juntura. No digo que no se explique todo de acuerdo con su mérito: se ha de contar lo grande más abundantemente, lo poco elevado más comprimido. Al tratar las filas de batalla, al describir los combates, al expresar algún aspecto del ataque, se buscarán las sentencias y palabras más sublimes. Y cuando son abordados los hechos sobresalientes y las acciones de la fortuna y las vicisitudes de los asuntos humanos, entonces incluso se necesita un discurso más elevado.

105. De una manera está establecido el estilo del historiador que pronuncia un discurso, y de otra, el del que narra; éste más sencillo, aquel más elevado y que tenga sabor a habilidad oratoria. Sin embargo, el historiador debe tener presente que su forma de expresión sea siempre temperada, moderada, suelta y constante; que no aparezca un estilo complicado, de diverso color y deforme, todo variable y abigarrado y errático. Y para decirlo de forma sumaria y breve: el discurso debe ser apto y adecuado a los hechos, guardando la belleza y grandeza de cada uno. Y es alabado bastante el discurso que expresa sobre todo la naturaleza del hecho.

106. Hemos dicho esto de manera breve sobre la dicción histórica, por un lado, porque los rétores ponen al descubierto las fuentes del estilo con más pasión, por otro, porque el ejercicio y la imitación de los mejores escritores valen para escribir bien no menos que las artes y las doctrinas de los rétores. Así pues, con la teoría y el ejercicio y la imitación se ha de conseguir que la dicción de la historia sea clara y adornada; que sea entendida y aprobada por todos y alabada por los eruditos.

CAPÍTULO XIII

Sobre las partes de la historia: el principio y la narración.

107. Expuesta la disposición de los hechos y las palabras, ahora se han de explicar las partes de las que se compone la historia. Son dos, principio y narración. Pues raramente o nunca se usa el epílogo. Quiero que se entienda por “principio”, que unos llaman *exordio* y los griegos lo llaman mejor *proemio*, una especie de acceso a la propia narración y no el inicio de la propia narración. El principio es independiente y frecuentemente muy alejado de la materia, así son los de Salustio, llevados hasta tal punto que a algunos les parecen traídos de demasiado lejos. Lo que entendemos que conviene al orador en el género demostrativo porque (como recomiendan los rétores) es necesario un comienzo cuando tenemos que poner a bien con nosotros al que escucha; cuando está dispuesto a oír por propia iniciativa, entonces podemos comenzar libremente y, a veces, tomar el proemio de más lejos.

108. Verdaderamente el exordio debe ser independiente en la medida en que tenga cohesión con el propio hecho. Y no tiene cohesión cuando puede ser trasladado a otras partes. Y el uso del exordio en el discurso (como enseñan los rétores) es sobre todo para preparar el ánimo del que oye para la restante exposición, haciéndolo benévolo, atento, dispuesto a aprender. Luciano piensa que el comienzo de la historia no debe captar ninguna benevolencia sino sólo la atención y la disposición para aprender, porque ni conviene ni es necesario que el que debe narrar las hazañas abierta y sencillamente y pronunciar sinceramente la verdad, compre el favor y la gracia del auditorio. Así ningún exordio arrancará de la persona. Pues los que arrancan de la persona (como escribe Cicerón) valen para captar la benevolencia.

109. Con todo, Tito Livio comienza por su propia persona y la de otros escritores, hablando magníficamente de ellos y modestamente de sí mismo. Y lo que se decía de los orígenes de Roma por otros, de forma que casi se considera fabuloso, declara que no quiere ni afirmarlo, ni desmentirlo. ¿A dónde miran estas cosas sino a la benevolencia? ¿Sin duda a alejar de sí la arrogancia y la envidia? Y no pienso esto: que hay que buscar el favor del

que oye. Pues se pensará o que no tenemos confianza en la verdad o que escribimos por el favor y el placer.

110. Convine que algunos escriban historia no para la propia alabanza y provecho sino para la común utilidad. Por lo demás, no se trata de ningún proceso al escritor, pero si hay algún peligro del nombre o de la fama; si alguna sospecha de odio o envidia, pienso que han de ser evitados y alejados con moderación, y no se opondría ni el mismo Luciano. También vale para la benevolencia cuando exponemos las causas por las que somos empujados a escribir, como hizo Heródoto. Pues Fabio Quintiliano opina que se capta la benevolencia partiendo de la causas. Aunque sé bien que estas dos funciones son exclusivas del comienzo de la historia: la atención y la capacidad de aprender. La atención se consigue cuando se expone la grandeza del hecho, así Tucídides dice que él va a escribir una gran guerra y la más memorable de todas las que alguna vez antes se han producido; cuando se han prometido hechos nuevos, como Polibio, y dignos de admiración, como Livio y Heródoto; cuando se presentan conectados con los oyentes; cuando se han demostrado amenos por las increíbles vicisitudes de la fortuna, cuando útiles y necesarios.

111. Así con estas cosas y otras similares los rétores enseñan que se capta la atención del oyente. Y lo hacemos cuando mostramos brevemente el hecho que vamos a escribir. Y escucha más atentamente aquel de quien se capte el interés. A este exordio, si no me equivoco, lo llamaría exposición de la historia, es la exposición al estilo de los épicos en la que se muestra el fin de la imitación poética: que los lectores entiendan a dónde prestar atención. Y no es necesaria aquí ninguna invocación a la divinidad, como si se tuviera que narrar cosas inauditas e increíbles y más allá de la curiosidad y la confianza del hombre. Aunque Valerio Máximo (si se le puede considerar en el grupo de los historiadores) invoque, en exceso, con ostentación, el numen de Tiberio César. Y Luciano con gracia se burla de uno que comienza a partir de las musas.

112. Y que los comienzos no sean demasiado espléndidos y trágicos, ni mayores de lo que conviene, ni vulgares ni populares en exceso, ni demasiado ajenos y alejados del hecho. Y entonces, sin duda, el proemio será del tamaño adecuado, ni demasiado largo, ni

corto, con tal que sea adecuado y acorde con los hechos. Algunos, pensando que aquel comienzo es potestativo, que igualmente podemos usarlo o no usarlo, comienzan abruptamente como los satíricos, pensando que imitan a Jenofonte quien comenzó así: “Dos hijos nacen de Darío y Parástide” y, desconociendo las cosas que tienen fuerza en los exordios, comienzan la propia narración de los hechos de inmediato y sin ningún proemio.

113. En primer lugar, no entienden que se llame independiente el comienzo que busca el favor y la benevolencia del oyente y que entonces nosotros podamos o no usarlo cuando ni el oyente nos es ajeno, ni existe ningún riesgo en la cuestión. Más aún, la propia sátira, que parece abrupta al principio, siempre tiene algo a modo de comienzo; y la historia será deforme, como sin cabeza, así defectuosa e incompleta de un principio. Aunque no sea necesaria ninguna benevolencia, ni atención, sin embargo mantengo que siempre es necesaria la facilidad de aprender para que por lo menos el lector sepa bien que asunto quieres narrar.

114. ¿Quién (y con razón dice Aristóteles en los libros de retórica) alabará lo que no ha propuesto? Tú tampoco habrás narrado a nadie nada a no ser que hayas expuesto primero qué vas a narrar. ¿Quién, pregunto, dirige su atención a un asunto que ignora? Así la atención está ligada a la posibilidad de aprender. Y si el título del libro de Salustio no hubiese mostrado la futura narración, ¿quién entiende a dónde se dirige aquel comienzo? Por eso, hay que hablar sobre el exordio que se diría oculto. Cuando no agrada comenzar abiertamente, entonces hay que anteponer ciertas cosas que aparezcan casi como una entrada y tiendan a la narración. Lo que se suele hacer especialmente cuando se explican las causas que han precedido el hecho, que se deben contar por escrito, para que sea más fácil de conocer.

115. Así Jenofonte, cuando va a escribir la expedición de Ciro presenta antes el origen de Ciro y la separación de su hermano, que estaba en el motivo de la expedición. Así pues, aquello de “nacen dos hijos de Darío y Parástides” no es el inicio de la expedición, sino el camino y aproximación a la propia expedición. Y César, que empieza por la descripción de la Galia ¿qué otra cosa hace, sino preparar la aproximación a la guerra que

va a escribir? Y en la obra de Salustio después de aquel principio independiente en el *Catilinario*, la descripción de Roma y de las costumbres de los ciudadanos corruptos, aunque tomada quizás desde muy atrás, abrió el camino de la narración.

116. A este propósito, enseñan los rétores que no sólo al principio sino incluso de vez en cuando, en medio del desarrollo del discurso, conviene, cuando se presenta un hecho más importante o el juez está fatigado de escuchar, renovar la receptividad, o la atención, o la benevolencia. Más aún, Livio en una parte de su obra hizo un prefacio sobre la segunda guerra púnica. Lo que pienso que no conviene a no ser en una larga obra, en una parte especialmente importante de la obra. No obstante, en el exordio, el mismo discurso no es estructurado ni cuidado como el oratorio sino más moderado y sosegado.

CAPÍTULO XIV

Sobre la narración.

117. El restante cuerpo de la historia es una larga narración, hacia la que debe haber una transición sencilla y simple. La narración del historiador difiere de la narración épica de los poetas no sólo porque aquélla desarrolla hechos inventados, ésta realizados, sino incluso porque aquélla comienza no por las propias causas de los hechos sino a veces incluso, por las intermedias y frecuentemente por las últimas, ésta, empezando desde las primeras, fluye de principio a fin en línea recta. Aquélla presta más atención a la explicación de las personas inventadas, ésta a la de los tiempos. Aquélla sigue un orden artificial, ésta natural, como ha sido dicho por nosotros en los tratados de poética, con mayor amplitud.

118. Pero preguntaría ¿desde dónde empieza el historiador el inicio de la narración? Pues desde que comienza a llevarse a cabo y, lo que es el origen de las hazañas, eso debe ser el principio de la narración. Sin embargo, hay causas por las que se nos empuja a actuar o si parece que alguna otra cosa va unida a éstas. Por ejemplo: si quieres escribir alguna guerra, tras observar cuidadosamente la sucesión de los tiempos, desde su principio y la causa; si la vida de alguien, desde su nacimiento; si la historia de Roma, desde el origen de los romanos; si te dispusieras a abarcar en tus escritos todo lo que ha afectado hasta hoy a la vida de los hombres, comenzarías la narración por el principio mismo del mundo. Y ciertamente las causas anteceden a las acciones, las acciones a los desenlaces y lo que sigue a cualquier hecho es necesario posponerlo. Y los desenlaces hay que narrarlos de modo que al mismo tiempo se expliquen las causas, que nadie, si no está informado, habrá conocido.

119. Digo que las causas desde las que parte el inicio de la narración deben ser propias, no ajenas y lo más cercanas; no se deben buscar las más alejadas (como dijimos antes). Estará al final lo que se ha hecho en último lugar y lo que parece haber señalado el final de los hechos y, siempre en la medida en que se pueda realizar, conclúyase la historia con algún fin notable. El escritor poco competente, ignorando el final de los hechos,

persigue frecuentemente lo que es ajeno a la historia, por no decir incluso lo inútil y frío, que muestra la superficialidad de la historia y quita autoridad al escritor. Y si lo que siguiera al fin parece ilustre y digno de la memoria pública y no es inoportuno a la naturaleza misma del hecho, pienso que puede ser referido brevemente y como de paso, para que la historia no se prolongue más de lo conveniente.

120. Por lo demás tendrás en cuenta el curso y orden que expusimos al hablar de la colocación de las palabras. La narración será moderada, constante y similar a sí misma y enlazada como una cadena si no ha acumulado un hecho a otros hechos de forma que perturbe la serie y el orden, sino que lo ha dispuesto todo entre sí adecuadamente y en orden, uniendo lo segundo a lo primero y lo tercero a lo segundo para que no aparezca ninguna abertura o hueco entre los hechos. Y la propia naturaleza de los hechos enseña que se narre separadamente en el mismo orden, lugar y tiempo en que se ha producido cada cosa.

121. Ya los mismos rétores dicen que la claridad, brevedad y verosimilitud son las tres funciones más importantes de la narración. Pero conviene que la historia no sólo sea verosímil sino totalmente verdadera. La brevedad sea en palabras y hechos: “Con palabras (como dice Cicerón) simples, diciendo cada vez un cosa, no encadenándose a ninguna a no ser para aclarar”; porque el vicio inmediato a la brevedad es la oscuridad. Así dice en otro lugar: “Usa tantas palabras cuantas necesites”. Que no se tome ninguna palabra si no es necesaria. En cuanto a los hechos, si no empezamos el asunto desde los primeros inicios y (como dicen) del huevo gemelo, si omitimos las cosas ajenas y las que no convienen a nuestra historia, dejando de lado las poco importantes, cortamos las que no van a traer ningún detrimento a la claridad.

122. Y son desagradables las repeticiones de los mismos asuntos, usuales para Homero, rechazados por Virgilio. Pues el que se precipita hacia los desenlaces lleva a mal detenerse en las cosas indiferentes. Algunos son parcos en palabras, más amplios en los hechos, mientras dicen minuciosamente lo que puede ser resumido y referido sumariamente, como aprendemos en los ejemplos de los rétores. Y callar a veces ciertas

cosas que se pueden conocer por otros es propio del escritor competente. Por el contrario, algunos son tan parcos que oscurecen profundamente todo el hecho. Por lo demás la brevedad no es que no se diga menos sino no más de lo que conviene y yo pienso que la brevedad, que tiene como compañera la claridad, es divina y amena.

123. Esta misma claridad sea paralelamente en palabras y en hechos; con palabras verdaderamente apropiadas, que muestren el hecho con propiedad y claridad, no ambiguas, no ampliadas en su sentido sino incluso usuales, pues son oscuras las que no están en uso; también en el período de las palabras ni demasiado largo ni desordenado. En los hechos, si lo que se ha producido primero es expuesto lo primero, las ideas no estarán dispersas, ni desordenados los tiempos, ni confusas las personas, todas las cosas diferenciadas en hechos, personas, tiempos, lugares, causas. Más allá de estas cosas, la narración ha de ser embellecida con una cierta suavidad. Pues la que es, en todos los sentidos, concisa y sin adorno, parece ruda, áspera y confusa. Y la suavidad hace que se sientan como más breves las cosas que más gustan. También se han de rociar a veces algunos afectos de conmiseración u odio o admiración.

124. Algunos desearán además de estas virtudes la dignidad y magnificencia, pero ni todo admite de forma parecida el mismo esplendor y la grandeza de las palabras está sólo de acuerdo con la grandeza de los hechos, ni han de ser exaltados los hechos humildes, ni rebajados los serios; y ésta es la dignidad. Yo suelo venerar y admirar en la narración una virtud entre las demás: la gran evidencia generadora de la claridad, llamada *energeia* por los griegos, que expresa el hecho con palabras de modo que no sólo lo lleva hasta los oídos sino que incluso lo pone ante los ojos. De este tipo es aquello de Salustio, “espectáculo horrible en campo abierto: perseguir, huir, matar, capturar; caballos y hombres debilitados, muchos por las heridas recibidas sin poder huir, ni soportar el descanso, enderezarse y caer al instante, en fin todo lo que estaba a la vista cubierto de dardos, armas, cadáveres, y en medio de ellos, el suelo empapado de sangre”.

125. Pero la dicción sea moderada y ordenada, en la que brilla cierta sabiduría y honestidad. Por estas cosas, el historiador, en primer lugar, buscará la brevedad pura e

Sobre la forma de escribir historia

ilustre y encadenará numerosas y densas sentencias e igualará (como habla Salustio) las palabras a los hechos con movimiento moderado y mesurado del discurso. Nosotros (hemos tratado) brevemente estas cosas; el que (quiera) más, a los rétores.

CAPÍTULO XV

Sobre la dificultad de escribir.

126. Se compone el artificio de la historia con estos y otros preceptos de este tipo, los cuales pueden ser confirmados con la autoridad y ejemplos de los escritores, también con las artes y teorías de los rétores. Ahora hay que desarrollar lo que debe estar presente en el escritor y al mismo tiempo debe poner al descubierto la dificultad de escribir, que a mi juicio es seria y grande. Pues o escribimos las cosas antiguas, cuyo recuerdo hemos tomado de los testimonios de los escritores, o perseguimos un recuerdo adecuado a nuestra época.

127. Si queremos escribir la historia de lo que se ha realizado en nuestra época, incurriremos en grandes dificultades y peligros. En primer lugar, estarán presentes las conmociones del alma que llevan a la mente de aquí para allá, surgirá el amor a los suyos, por el contrario se alzarán el odio de los enemigos, de las cuales nacen las restantes perturbaciones. Éstas son ciegas y se inventan para impedir un juicio que no vea qué es conveniente y qué es honesto. El tratamiento de éstas me parece propio del filósofo que se dedica a las costumbres y virtudes. Pero los oradores se las apropiaron porque se esfuerzan especialmente en calmarlas y agitarlas. Pero para que no parezca que me voy por otro sitio, volveré a lo que se ha propuesto.

128. Digo, pues, que la afectación del espíritu es impedimento para que contemos con sinceridad el asunto y que la mayor virtud está al escribir en no ser de ánimo hostil para los enemigos ni amigo para los suyos sino imparcial con ambas partes. Y si no somos de ninguna de las partes, ¿de quiénes aprenderemos los hechos? ¿Y la demarcación de los odios, no sólo de una sola persona, sino también de una familia y de un pueblo no te parece grave, si censuras sus malas acciones? Se añade que las propias cosas ni pueden ser todas comprendidas por uno sólo, ni son contadas por todos de uno y el mismo modo, sino en la medida en que cada uno (como dice Tucídides) es más propenso en su ánimo a unos o a otros o recuerda las gestas.

129. ¿Quién, a este propósito, percibe con certeza la totalidad de las decisiones de los enemigos (por omitir el resto)? ¿Quién incluso la de los suyos? Bien que se sirva de la familiaridad de muchos, pero ¿cuántas cosas quedan ocultas? ¿Cuántas son explicadas de diverso modo? Yo he leído con frecuencia obras incluso de hombres ilustres en las que se escriben los hechos de muy distinta manera. Incluso he oído que hombres ilustres, a veces, han examinado la misma cosa de distinto modo o porque ellos mismos la han interpretado de distinto modo a otros o porque han sido afectados de otra manera o porque no exponen las decisiones con la misma razón o porque lo sienten así. De modo que son diferentes los sentimientos de los hombres y nada hay en los humanos que no sea corrompido por otro afecto.

130. Y es más claro que la luz que estos hombres importantes de los que pueden ser recogidos, en su calidad de autores de los hechos, las decisiones, decretos, mandatos, causas de donde pende todo el conocimiento de los eventos, amantes más de lo suyo que de la verdad, aumentan sus buenas acciones y las de los suyos y esconden los errores suyos más que los ajenos. Y es creíble que los que son cercanos a los principales se inclinen más fácilmente a su favor. Hasta este punto se oculta la verdad. Por lo cual ceso de admirarme si aquellos antiguos escritores de hechos alguna vez han disentido entre sí. Y además no es menos arduo satisfacer los deseos de otros; “porque (como piensa Salustio) la mayoría considera que se dicen por maledicencia y envidia los errores que has censurado”. Cuando escriba de la gran virtud y gloria de los buenos, acepta con equidad las cosas que cada uno piensa que es más fácil hacer, las que las superan las considera falsas como si fueran ficticias.

131. Además ¡qué gran trabajo el de ver, interrogar, oír, anotar, escribir! Pero ciertamente se teme menos el peligro de la fidelidad cuando se escriben los hechos pasados, confirmado ya por los escritos y opiniones de muchos. Éstos, o por la autoridad de los que escriben o por su antigüedad, obtuvieron hace tiempo la confianza de todos. Pues la confianza ha de ser buscada en los libros, no en los hombres; nada debe ser añadido, ni quitado, todo debe ser transparente como se recibe. Pero sin embargo háganse esfuerzos

ímprobos en conseguir todos los libros en todas partes, y asúmase el trabajo no pequeño de leerlos.

132. Reduce este trabajo la invención de los tipos con los que se imprimen las letras, verdaderamente celestial y sin duda divina, que tantas utilidades ha llevado al género humano, si no relajara los esfuerzos de muchos, pues en verdad, porque tienen una lista de las cosas que son contenidas en los libros, como si hubiesen conseguido la ciencia de éstas con ayuda de los tipos, relajan la atención a la lectura y la diligencia en el aprendizaje y se hacen consecuentemente inexpertos y seriamente incompetentes. ¿Y qué? ¿A la hora de trabajar las historias y conocer los testimonios de tantos hombres, qué afán, qué trabajo, qué cuidado y qué diligencia hacen falta? ¿Y con cuántos desvelos y elucubraciones piensas que debe ser realizado lo que ha de ser consagrado a la inmortalidad y eternidad?

CAPÍTULO XVI

Sobre el historiador

133. Y lo que en este asunto se le exige al historiador podemos deducirlo de las cosas que han sido dichas. Luciano reclama en el historiador la competencia y la ejercitación. Llama competencia al entendimiento de las acciones civiles con el que sopesar las causas, investigar las decisiones, juzgar qué se ha hecho al azar, qué racionalmente y descubrir de dónde surgen los desenlaces y enseñar qué pretende cada cosa y constantemente decidir qué ha de ser alabado y qué por el contrario vituperado. Ciertamente si la competencia es el cálculo de las cosas que se han de hacer y la historia abarca las acciones de los hombres y consagra las buenas y las malas como depositaria de la ley, ¿quién las hubiese expresado según las normas; quién las hubiese juzgado bien a su manera sino el hombre competente y experimentado y experto en muchas cosas?

134. Él considera que esta competencia es un don de la naturaleza. Pero si se consolida con algunos preceptos (y se muestra además la virtud, como pensaban hombres muy sabios), también el historiador ha de estar instruido en ellos. Porque como estos son investigados por el filósofo moral, busco un historiador competente no sólo por naturaleza, sino incluso por el estudio y la práctica, no vulgar, rudo y desconocedor de los asuntos humanos, que escriba mentiras y fábulas.

135. Entonces si los rétores quieren que aquel orador suyo sea bueno, cuando a veces oculte la verdad, aunque imagine muchas cosas, aunque disimule frecuentemente muchas cosas, aunque hable con más frecuencia buscando el favor y el placer, instruido por los preceptos y artes de los propios rétores ¿no echaré yo de menos a un buen historiador?: no sometido a las pasiones, no deseoso de oro, no apetente de gloria inútil, sino modesto, liberal, estudioso de la virtud y, lo que tiene más valor para escribir sinceramente, que no sirva a ningún afecto. Que no tema a nadie, que no espere nada de ninguno, incluso si un

Alejandro se muestra cruel como con Clito³⁶⁹, o si es importunado una y otra vez como Luceyo, por Cicerón, a que adorne sus cosas con más vehemencia de lo que piensa y que no caiga con ello en el descuido de las leyes de la historia, sino que como un buen juez y censor incorrupto condene los vicios y alabe las virtudes con franqueza y equidad, que no sea reprendido como Salustio por Dión Niceo³⁷⁰ de que él ha sido manchado por los mismos vicios que selecciona en otros. Además quiero que sea diestro en investigar y deseo que tenga un juicio inteligente en la selección y disposición, erudito en muchas artes y muy imbuido de la práctica de escribir.

136. Pues además de la filosofía moral ¿quién no ve que la geografía ha de ser aprendida por él? ¿quién tiene que describir los lugares, ciudades, pueblos? ¿y para esto precisamente le es útil viajar y el arte de pintar y que así exprese más con más fidelidad y claridad los lugares que va a describir? También le son útiles las artes que son necesarias para la guerra, la administración de los asuntos civiles y los restantes usos de la vida humana. Y para que no parezca que yo someto todas las artes y doctrinas a una sola, diré que una, el arte oratoria, pienso que no es útil para el historiador sino propia de él, no sólo en los discursos, que son compuestos con artificio de escribir, sino incluso en el resto de la expresión. Esta expresión por la ejercitación y estilo, que es maestro del bien escribir, se consigue y al mismo tiempo se asegura siempre para dar forma a la imitación de los máximos escritores: observando los vestigios de aquéllos estaremos libres de toda censura y conseguiremos una alabanza adecuada, si Dios quiere.

137. Verdaderamente ¿qué es necesario decir de aquellas cosas que son evidentes por si mismas, que haya un tiempo y un ocio, para que el ánimo no sea ocupado ni detenido por otras preocupaciones y negocios? Pues para Cicerón la historia ni puede ser empezada, si no se ha conseguido este ocio, ni ser acabada en un breve tiempo. Y lo que aquél sobre si mismo, lo declarará sinceramente cada uno sobre sí mismo, que solemos perder facultades

³⁶⁹ Clito fue lugarteniente de Alejandro. En un banquete criticó al rey, exaltando la sencillez y las hazañas de Filipo, por lo que Alejandro le mató, lo cual le produjo más tarde una violenta desesperación.

³⁷⁰ Dión Casio (Nicea, Bitinia, c. 155-id. c. 235) redactó en griego una *Historia romana* a la que durante treinta años dedicó sus ratos libres. No quedan más que veinticinco de los ochenta libros de que constaba. Dión Casio dispone de una buena información, que en general utiliza con imparcialidad. Es el mejor de los historiadores del s.III y del fin del imperio romano.

del espíritu si somos desviados a otro lugar, una vez que hemos empezado algo, y que no retomamos tan fácilmente lo interrumpido como dejamos lo empezado. Por lo demás, no hablo de la buena salud, el talento para la historia, las posibilidades y los medios y las cosas de este tipo que otros artífices suelen poner para sus ficciones, porque son conocidas por sí mismas de todo el mundo. Y aconsejar reiteradamente que la mayoría tenga esto presente no me parece propio tanto del competente como del desconocedor de cuanto dice y redundante en cosas superfluas.

138. Y Plutarco piensa bien que el que va a escribir historias ha de habitar una ciudad ilustre y opulenta y sobre todo muy floreciente en las artes liberales, bien por la abundancia de libros, bien por el trato con hombres notables. Y no sólo el conocimiento sino el uso y la experiencia de lo que se va a escribir me parece muy necesario para escribir bien y con competencia. Así pues, si esperamos competencia, si moralidad, si brillantez del discurso, si conocimiento de muchas cosas, entenderemos que escribir historia es propio del gran orador al hablar y del hombre grande y competente al pensar, de tal manera que los historiadores con razón han sido considerados siempre sabios, en la opinión de los hombres más doctos.

139. Y no menos lo que Horacio dice sobre los poetas: “Doctos e indoctos escribimos poemas por doquier” se puede decir también sobre los historiadores. Pues parece que todos sufrimos de una enfermedad común como los abderitanos³⁷¹ (así bromea Luciano). Pues todos, cuando se produce alguna guerra, se entregan a escribir, incluso sin saber por dónde se debe empezar, dónde acabar, qué se debe decir, qué omitir, en qué orden exponer cada cosa, con qué arte enlazarla, con qué adorno vestirla. Así pues, es evidente cuánto se engañan los que piensan que no existe ningún arte de la historia. Y si el hombre competente no experimenta estas cosas por sí mismo, no existirá ninguna razón y método para escribir historia. Pues ¿qué otra cosa es el método sino competencia instruida y modelada por las leyes de los hombres más grandes?

³⁷¹ Abdera, ciudad de Tracia, es la cuna de Demócrito. Luciano cuenta en su obra la locura que sufrió este pueblo, que, tras la representación de una obra teatral, a todos les dio por convertirse en dramaturgos.

CAPÍTULO XVII

Sobre la lectura de la historia.

140. Y es propio del hombre grande, competente y bueno recoger verdaderos frutos de la enseñanza de los historiadores; sin duda éste puede experimentar las razones divinas y humanas de los hechos, éste seleccionar los mejores documentos de las costumbres, éste valorar los hechos de otros con la misma regla y norma de honestidad que su propia vida, en éste puede hallarse presente un gran conocimiento de los lugares, un admirable saber de virtudes y vicios y una singular experiencia y erudición de grandes hechos. Y si Aristóteles no tolera por selección moral a los jóvenes no sólo en función de la edad sino de las costumbres porque, viviendo en la pasión e inexpertos, no podrían reconocer su valor, también nosotros excluirémos a estos mismos jóvenes de la historia tanto más cuanto que es más difícil conocer las razones individuales que las comunes para hacer las cosas y la práctica es más importante que el propio conocimiento.

141. Así la historia no es buscada por el placer sino por la utilidad para que enseñe las normas de vida con ejemplos, que son más poderosos para mover que las palabras, pues, en verdad, los hombres son estimulados más fuertemente por la imitación. Pero unos, preparados más para conversar que para actuar, se deleitan sólo con algunos nombres y hechos gloriosos; otros son capturados por la sola dulzura de la historia; a unos pocos los mueve el afán de sabiduría y la emulación de la virtud, porque pocos ven la apariencia y belleza de la honestidad. Y no sólo la filosofía moral se satisface con el conocimiento, también el que añade los ejemplos a los preceptos de la filosofía tomará de la historia grandes frutos y alcanzará una perfecta y absoluta sabiduría. Es cosa resuelta que han hecho esto aquellos hombres ilustres, los cuales reflejándose ellos mismos para imitación de los grandes hombres, examinaron con agudeza lo que ha de ser tratado y despreciado con ejemplos similares o diferentes y contrarios, aducidos como una norma. Por lo cual, si no es pertinente para mover y suavizar las pasiones, como la poética, sino para gobernar el ánimo, no es propio de cualquiera sino del hombre grande y competente el manejo de la historia y quien haya escrito historia con competencia, los ha leído con provecho.

142. Y bien dijo Quintiliano: “La selección rigurosa de las historias, no la prolongada hasta (convertirse en) una labor superflua. Perseguir lo que alguna vez ha dicho el más despreciable de los hombres o es de una excesiva miseria o de una inútil ostentación y entretiene y abrumba los ingenios llamados a cosas mejores. Pues quien examina todos los libros, incluso los indignos de leer, también puede dedicar su esfuerzo a los cuentos de viejas”. Así al indicar los tiempos, los caracteres de los pueblos, las costumbres de los ciudadanos, al prestar atención a los proyectos, desarrollos y desenlaces de los hechos, al conocer las acciones y nombres de los hombres más sobresalientes y reunir sus palabras, a lo que llaman apotegmas, de manera agradable, seria y sabia y en las que valen para el perfecto cálculo de la vida y la elegancia del método, para la imitación de la virtud y la huida de los vicios, el lector competente se ocupará no de hechos intrascendentes e inútiles de la historia. Ciertamente estos frutos de la historia son útiles y agradables para que cuanto más sea la dificultad al escribir, tanto más sea la utilidad al leer para la vida y el disfrute del espíritu.

FIN

APROBACIÓN

No hay nada contrario a la fe de la Santa Iglesia Romana u ofensivo para la República. Lo que atestiguo:

Sebastián Baër Delfio, insigne Plebano y
Canónigo del Colegio Eclesiástico de Santa María de Amberes.

PRIVILEGIO

Está regulado por un privilegio real para que ningún otro, excepto Cristóbal Plantino, tipógrafo reconocido, imprima el libro de Viperano, Sobre la forma de escribir historia o lo venda impreso en otro lugar de aquí a seis años, bajo pena de confiscación de los libros como consta más ampliamente en documento dado en Bruselas, el 16 de Noviembre de 1568.

Firmado
De Uvitte

INDEX LOCORUM

A continuación se indican los fragmentos de textos de diferentes autores que Viperano utiliza como citas en su obra. Las citas las he distribuido en tres grupos, el primero es el de las citas textuales (Viperano reproduce exactamente el texto original de su modelo); el segundo lo conforman las citas textualizadas (se incorpora el texto a la propia obra del autor); el tercero es el de las citas que sólo hace referencia a textos de autores clásicos, de los cuales ha podido adquirir Viperano sus ideas. Los fragmentos de textos de autores latinos están citados por el *Thesaurus Linguae Latinae*, Lipsiae, 1904... y los de los diferentes autores griegos aparecen citados por el *Diccionario griego-español*, redactado bajo la dirección de Francisco RODRÍGUEZ ADRADOS, Madrid 1980. Entre paréntesis aparece indicado el número del párrafo del texto latino en el cual podemos encontrar cada una de las citas.

A) Citas textuales

CIC. de orat. 3,33 (6)
CIC. de orat. 2,36,1 (34)
CIC. de orat. 2,32,6 (121)
CIC. part. 19,9 (121)
HOR. ars, 87-89 (33)
HOR. epod. 2,1,115 (138)
LIV. 2,47,11 (95)
LIV. 21,7,10
LIV. 1 pr.1,1 (103)
LIV. 33,17,11 (103)
LIV. 22,50,10 (103)
Luc. *Hist. Cons.* 49 (57)
QVINT. inst. 1,8,18 (142)
SALL. Cat. 3,24 (130)
SALL. Iug. 82,2 (92)
SALL. Iug. 65,1(95)

SALL. Iug. 113,13(95)

SALL. Iug. 98,2,1 (103)

SALL. Iug. 110,11,1 (124)

B) Citas textualizadas

Arist. *Rh.* 116,16 et ss (140)

CAES. Gall. 5,44 (52)

CAES. Gall. 1,12,1; 13,1 (115)

CIC. Brut. 268 (13)

CIC. de orat. 2,35 (10)

CIC. de orat. 2,52 (12)

CIC. de orat. 3,48,184 (104)

CIC. fam. 5,12,3 (135)

CIC. inv. 1,8,13; 1,21,10; 1,22,17 (108)

CIC. inv. 1,20,29 (120)

CIC. leg. 1,5-8 (10)

CIC. leg. 1,5,5 (85)

CIC. mil. 98,4 (5)

CIC. orat. 10,4 (5)

CIC. orat. 2,54 (10)

CIC. orat. 3,84 (11)

CIC. orat. 120,13 (28)

CIC. orat. 3,36,1 (41)

CIC. orat. 21,69 et ss. (102)

CIC. phil. 11,38 (5)

D. C. 43,9,3-4 (135)

D. H. *Pomp.* 6 (46)

D. H. *Pomp.* 3 (65)

D. H. *Pomp.* 3 (85)

D. H. *Pomp.* 3-6 (90)

GELL. 5,18,8-9 (12)

Her. 1,9,15 (120)

Hdt. *Hist.* 1,23 et ss; 1,31 et ss. 1,34 et ss. 1,107 et ss. (86)
HOR. ars, 358 (5)
HOR. epod. 2,1,115 (138)
I. *Ap.* 1,13-14 (10)
I. *Ap.* 1,28-29 (10)
I. *Ap.* 1,10 et ss. (36)
I. *Hist.* 1 (37)
IVST. 2,9,16-20 (53)
IVST. 38,3,11 (78)
IVST. 38,4 (78)
LIV. 14,8-3 (53)
LIV. 21,1,5 (67)
LIV. 21,1 et ss. (71)
LIV. 9,18,1 (72)
LIV. 1 pr,1 (109)
LIV. 21,1,3-5 (116)
Luc. *Hist. Cons.* 31 (15)
Luc. *Hist. Cons.* 16 (38)
Luc. *Hist. Cons.* 28 (51)
Luc. *Hist. Cons.* 50 (83)
Luc. *Hist. Cons.* 12 (85)
Luc. *Hist. Cons.* 49 (94)
Luc. *Hist. Cons.* 44 (97)
Luc. *Hist. Cons.* 8 (101)
Luc. *Hist. Cons.* 53 (108)
Luc. *Hist. Cons.* 9 (110)
Luc. *Hist. Cons.* 23 (112)
Luc. *Hist. Cons.* 41 (133)
Luc. *Hist. Cons.* 47-48 (136)
Luc. *Fug.* 9; *Hist. Cons.* 1,5 (139)
Pl. *Cra.* 437b (9)

Pl. *Ti.* 226d (28)
Plb. 1,13,8 (56)
Plb. 1,2,10 (59)
Plb. *Hist.* 1,8 (96)
Plb. 1,1 (110)
Plb. 1,11 (141)
PLIN. nat. 7,61,193 (34)
Plu. *Phil.* 4,8 (29)
Plu. *Lucul.* 2,1 (28)
Plu. *Cam.* 35,3,7
QVINT. inst. 10,1,101 (10)
QVINT. inst. 6,2,29 (25)
QVINT. inst. 12,10,58 et ss (102)
QVINT. inst. 10,I,31 (104)
QVINT. inst. 4,1,5 (110)
QVINT. inst. 4,1,76 (112)
QVINT. inst. 3,6 (134)
RHET. Her. 1,8,4 (108)
SALL. Cat. 53,5 et ss. (72)
SALL. Cat. 6,14,1 (115)
SALL. Catil. 5,4,5 (57)
SALL. Iug. 4,1 (21)
SALL. Iug. 5,5 et ss. (71)
SALL. Iug. 85,26,1 (77)
SALL. Iug. 70,1 (99)
SALL. Iug. 67,3 (99)
SALL. Cat. 9,2; Iug. 55,2 (99)
SALL. Cat. 5,2;92; Iug. 10,6; 78,1 (99)
Syn. *Dion* 61c et ss (87)
Tuc. 4,2 (42)
TERT. apol. 19 (34)

VAL. MAX. inic. I (111)

X. An. 1,1-3 (112)

X. An. 1,1-5 (115)

C) Meras referencias

CIC. inv. 1,19,27 (58)

CIC. inv. 1,20,28 (106)

CIC. orat. 120 (48)

CIC. de orat. 1, 31, 142 (79)

CIC. de orat. 2,36-38 (133)

D. H. *Pomp.* 6 (47)

Fort. 3,1 (59)

FOX. De imit. 24a-b; 31a (21)

FOX. De imit. 214,p.109 (117)

Her. I,8,13 (15)

Her. I,8,13 (58)

Her. 4,52,65 IV (75)

Her. 1,7,11 (97)

Her. 1,9,14 (106)

Her. 4,26,35 (117)

Hermog. *Prog.* 2,17 (15)

Herm. *Prog.* 9 (75)

ISID. 2,14,1-2 (75)

Luc. *Hist. Cons.* 6 (44)

Luc. *Hist. Cons.* 27 (47)

Luc. *Hist. Cons.* 47-48 (71)

MART. CAP. 30,507 (59)

Plb. *Hist.* 1,8 (21)

PRISC. rhet. 2,5 (15)

PRISC. rhet. 10 (31)

PRISC. rhet. 9 (77)

QVINT. inst. 2,4,2 (15)

QVINT. inst. 2,4,2 (21)

QVINT. inst. 4,1,41 (40)

QVINT. inst. 10,1,34 (48)

QVINT. inst. 5,10,23-31 (57)

QVINT. inst. 9,2,30 (75)

QVINT. inst. 4,2,116 (79)

QVINT. inst. 8,2,6-7 (97)

QVINT. inst. 1,6,39; 8,3,59 (98)

QVINT. inst. 4,2,46 (106)

QVINT. inst. 4,1,79 et 76 (117)

ROB. De hist. fac. p.26 (47)

ROB. De hist. fac. pp.23-24 (63)

ROB. In libros p.82 (121)

INDEX NOMINUM

(Los números indican los párrafos)

A

- Abderitae 139
- Abrahamum 36
- Acusilas 10
- Aesculapius 38
- Aegyptii 36
- Aegyptius 28
- Aeneide 5
- Africam 1,72
- Africani 22
- Agamennona 33
- Alexander 135
- Alexander Magnus 85
- Alexander Severus 29
 - Alexandri 72
 - Alexandro 29
- Annibal 64,100
 - Annibalis 71
- Antipater 10
- Apollinis 38
- Apollo 38
- Aristobuli 85
- Aristoteles 9, 114
- Armeniae 36
- Asiam 28
- Assiryos 34

B

- Babyloniae 36
- Berosus 34

C

- Cadmum 36
- Caesar 52,76,115
 - Caesaris 7,13,72
- Catilinae 57,84
- Catilinarium 14
- Cato 10,72
 - Catonis 72
- Christiani 56
- Cicero 12,13,28,34,108,121

- Cicerone 10,135
- Ciceronem 11
- Ciceroni 5, 41,84,137
- Claudii Aselli 53
- Clytium 135
- Crassus 11
- Cyri 14,115
- Cyrpaediam 15
 - Cyrpaediae 29

D

- Darii 112,115
- Demosthenes 5
- Deo 136
- Dion 87
- Dione (Nicaeo) 135
- Dionysius Halicarnasseus 65
 - Dionisio Halicarnaseo 90

F

- Fabius 10
- Fannius 10

G

- Galliae 115
- Gallico (bello) 52
- Gellium, A. 12
- Gordiei 36
- Graecus 44
 - Graece 13,97
 - Graeci 36,107
 - Graeciae 29,86
 - Graecis 98,124
 - Graecorum 29
 - Graecos 10,28

H

- Halicarnasseus 46,85
 - Halicarnaseo 46
- Hellanius 10
- Herodotus 10,110
 - Herodoti 86,90
 - Herodoto 101
 - Herodotum 65,86
- Hierosolymitanos 1

- Hispaniam 64
- Homerus 5
 - Homerum 94
 - Homero 122
- Horatius 138
 - Horatio 5

I

- Indorum 85
- Iosephus 36
- Italiam 64,72
- Iugurthae 71
- Iugurthinum 72
- Iuppiter 94
- Iustinum 78,95

L

- Lampridius 29
- Latinus 98
 - Latina 97
 - Latine 97
 - Latinis 98
 - Latinos 10
- Livius 10,53,72,79,84,87,103,109,116
- Livius, T. 109
 - Livii 7
 - Livio 5
 - Livium 71,95
- Luceius 135
- Lucianus 15,94,101,108,110,111,133,139
 - Lucianum 38,51
- Lucullum 28

M

- Marius 76
 - Marii 76
- Martis 23
- Maximus, Valerius 111
 - Maximum, Valerium 67
- Melitam 1
- Melitensi 2
- Messanam 1
- Metello 92
- Milesium 36
- Mithridates 28
 - Mithridatem 28
 - Mithridatis 78

- Moyses 36
- Musarum 38
- Muis 111

N

- Nini 36
- Noë 36

O

- Ottomanici 2

P

- Parasitidis 112,115
- Peronotto, Antonio 1
- Perusina 103
- Pherecydes 10
- Philistus 90
- Philoppaemen 29
- Piso 10
- Plato 9
 - Platonem 28
- Plinius 9
- Plutarchus 20,138
 - Plutarchum 96
- Polybius 59,110
 - Polybii 17,56
 - Polybio 96
- Pompei 22
- Ponto 28
- Poro 85
- Pulphii, T. 52
- Punicum 67
- Punicis 22

Q

- Quintilianus, Fabius 104,109,142

R

- Roma 28
 - Romae 109
- Romanae 22
- Romanas 118
- Romani 59
- Romanis 84
- Romanorum 118
- Romanum 77
- Rodo 1

S

- Salustius 10,57,72,84,99,103,125,130,135
 - Salustii 7,14,107
 - Salustio 5
 - Salustium 71,71,77,92,95,115,124
- Scipio 64
 - Scipionem 22
 - Scipionem Africanum 29
- Sethi 36
- Siciliae 1
- Solimannus 1
- Solonem 28
- Suetonius 48,69
 - Suetonii 114

T

- Taurea 53
- Theopombi 41
- Theopombum 85,86
- Theopmbo 91
- Theophrastus 9,10
- Thucydides 10,48,74,79,86,110,128
 - Thucydidem 46,65,78
 - Thucydidis 90
- Tiberii (Caesaris) 111
- Timaeo 28
- Troianum 36
- Tullius, M. 41

U

- Urensem 36

V

- Valerium 96
- Vareni, L. 52
- Virgilius 5
 - Virgilio 122

X

- Xenophon 90,115
 - Xenophontem 112
 - Xenophontis 14,15

INDEX RERUM NOTABILIUM

(Los números indican los párrafos)

A

- acer 12,20,25,68,75,90,91,96,140
- acute 67,68,92,96
- accuratus 47,58,60,110
- affectatio 58; affectatio (*poetica*) 101
- agrestis 10,76,103,123
- amoenitas 21
- amor 3,6,48,55; amor (*veritatis*) 84; amor (*suorum*) 128
- amplificatio 21,52,96
- annales 12,13,34
- apparatus 57,71,72
- argumentum 41,44,65
- ars 24,42,136,68,76,79,138; artes 106,136;artibus 92,126,134,135,136,138
- artificiosus 18,60,65,67,87,117
- artificium 11,39,126,139
- auctoritas 2,8,149

B

- beneficium (scriptoris) 27
- breviter 74

C

- causa 1,18,58,113; causae 60,63,61,66,75; causae (*primae*) 29,30,55,56,57,130,133; causae (*narrationis*) 115,118,119; causae (*Scribendae historiae*)110
- censor 19,93,135
- concio 4,13,40,75,76,78,79,96,105,136
- concisus 25,102,123
- conclusio 96,98
- conformo 139; conformo (*historiam*) 60,69; conformo (*voluntatem et naturam*) 75; conformo (*verba*) 101; conformo (*imitationem*) 136
- confusio 63
- confusus 66,123
- cognitio 42,64,75,130,132,138,140; cognitio (*rerum*) 31,33,54,75; cognitio (*fatis*) 2,8; cognitio (*historiarum*) 20,25,32
- consilium (pág 69)
- contengere 130
- contexere 137
- copiosus 13,18,43,50,104,117
- cultus 70
- cursus 55,103

D

- deliberatio 16
- depingere 20; pingere 136
- descriptio (*morum*) 32,115; descriptiones (*popularum et personarum*) 71; descriptiones (*temporis*)
- dicere 7,9,10,11,12,18,19,20,14,30,32,33,39,45,48,49,54,55,56,60,75,78,82,95,99,100,107, 119,121,122,133,134,137,138,139; dicere (*grave et politum*) 11; dicere (*bene*) 41; dicere (*paucum*) 70; dicere (*modicum*) 71; dicere (*graviter*) 76; dicere (*classicum*) 77; dicere (*fulsi et veri*) 82; dicere (*falsum*) 84; dicer (*metu vel amore*) 84; dicere (*humile*) 104; (*summatim et breviter*) 105; dicere (*minutatim*) 122; dicere (*genus dicendi*) 4,103,105
- dignitas 4,8,12,16,49,101,109,124; dignitas (*historiae*) 50
- digredere 50,73
- digressio 4,72,73,96
- diligenter 118,132
- diligentia 3,48,58
- discernere 12,59
- disciplina 58
- disponere 39,44; disponere (*ordinate*) 62
- dispositio 39
- dissimilis 83,90,129
- distinctus 4,66,120,123
- distinguere 15,57,60,63,65,75,95
- docere 14,19,20,24,42,50,63,67,88,96,103,108,111,116,120,122,133,134, (140)
- doctus 3,13,28,49,134,138
- durus 86

E

- electio 45,70
- elegantia 7,82,97, (140)
- elegans 21
- elegire 44,46,135
- eloquentia 3,22,41,73,79,86
- enarro (*ordine*) 59
- epilogo 107
- eruditio 38,68,73,79,100,140
- eruditus 73,82,93,96,106,135
- eventus 13,29,30,31,55,57,59,60,61,62,63,66,81,119,122,130,133,(140)
- exercitatio 3,7,91,106,133,136
- exemplum 16,25,30,37,46,68,78,118,140; exemplum (*scriptoris*) 3,126; exemplum (*aliorum*) 16,26,82; exemplum (*acrius*) 20; exemplum (*rerum agendarum*) 21,19; exemplum (*historiae*) 25,46; exemplum (*illustre*) 50; exemplum (*Rhetorum*) 122
- exilis 11,98
- exitum 33,55,57,61,62,67,69
- exordiri 107,109,11,112,114,117,122
- exornare 10,18,86,97
- exornatio 11,21
- experientia 19,24,25,26,138

- expers 7,79,133
- expositio (*cuiuscunque rei*) 9; expositio (*rerum gestarum*) 14; expositio (*rerur et verborum*) 107
- exponere 89

F

- fabula 21,33,86; fabula (*poetarum*) 15; fabella 82,134
- fabulosus 86,109
- facultas 4,6,10,11,59,77; facultas (*ad oratoriam*) 105; facultas (*ad historiam*) 137
- falsus 82,83,84,85,86,130
- fama 86,110
- fastidium 4,5,101
- fastidiare 6,62,73
- finis 21,22,27,79,11,117,119; finis (*historiae*) 19,20,24,50; finis (*culto et nitore*) 10
- firmamentum 9,81
- fluere 4,25,54,102,104
- fucus 4,15,71,95
- fons 43,51
- forma 10,11,12,15,37,49,81; forma (*historiae*) 3,17,18,59; forma (*ciuitatum*) 33
- fructus 21,43; fructus (*historiae*) 67,88,130,140
- fundamenta 81

G

- grandis 4,105
- grauitas 41,74,76
- grauis 1,4,5,7,11,19,41,54,70,76,87,91,93,94,97,101,103,104,116,117
- grauiter 13,19,22,67,79,83,124,127,128,132,140
- gloriosus 22,140

H

- historia 3,4,13,15,,16,17,25,29,30,31,32,33,34,40,43,49,54,55,59,62,65,67,68,73,76,78,79, 80,85,87,88,107,208,111,117,119,126,134,135,137,140; historia (*scribere*) 9,18,38,41,42, 44,47,48,69,84,91,110,127,138; historia (*legere*) 82,83; historia (*exilis, expressa, colorata*) 11; historia (*vetus*) 12; historia (*publica*) 14; historia (*dissimilis*) 37; historia (*plena et ornata*) 106; historia (*trunca et manca*) 113; historia (*probabilis*) 121; historia (*simplex*) 62; historiae (*finis*) 19,20,24,50; historiae (*inventor*) 35,36; historiae (*fundamentum*) 81; historiae (*exempla*) 46
- historicus 3,9,18,19,20,21,22,30,33,39,41,44,45,46,49,52,54,56,57,59,66,67,73,75,80, 81,84,89,90,99,100,105,117,118,125,133,134,136,138; historicus (*genus*) 48; historicus (*oratio*) 102; historicus (*locutio*) 103; historicus (*dictio*) 106; historicus (*numerum*) 111
- hiulcus 102
- honestitas 4,19,47,125,140
- honestus 70,127
- honor 58,89,
- horrida 10,12,18,102,123
- humilis 4,45,46,54,90,104,124
- humilitas 50,97

I

- ignorans 85,113
- ignorare 5,51,63,87,114,119
- ignoratio 3,54,56
- illustrare 10,43,62,79
- illustris 13,14,16,45,50,52,71,76,120,125,129,138
- incrementum 12
- informare 24,25,30,134
- imitari 52,75,98,112
- imitatio 25,106,11,136,140
- imitator 7,41
- inmortalitas 132
- impolitus 10
- imperitus 7,28
- imprimere 131
- imprudenter 29,47
- imprudens 3,132; imprudens (*scriptor*) 119
- ingenium 2,4,6,10,11,18,33,71,73,75,86,90,92,137,140
- innumerabilis 86
- institutio 47
- intexere 4,79
- integritas 90
- instruere 115
- instructus 7,11,116,134,139
- instrumentum 58
- invenire 37,39,44,45
- inventio 35,131
- inventor 35
- iucunditas 97
- iucundus 21,25,31,46,11,122
- iudicium 2,7,26,39,50,62,68,76,79,91,120,127,133,135,138
- iudex 19,94,116,135

L

- laus 6,7,19,35,46,52,53,54,82,84,86,92,93,110,136
- laudare 7,13,15,18,23,43,65,75,90,91,99,106,133
- lectio 24,29,30,67,82,140
- lector 9,10,61,66,73,79,83,88,96,103,11,113,(140)
- legere 4,21,31,34,65,78,82,93,129,131,133,140; legere (*historiam*) 28,83,84
- lex (*historiae*) 9,43,82,83,84,93,135,139
- littera 37,42,77,129,131
- locus 4,18,31,32,44,57,58,62,63,64,66,71,73,75,77,78,79,81,92,94,113,120,121,123,136,140

M

- materia 22,39,47,49,50,107; materia (*historiae*) 13,18; materia (*scribendi*) 45

- mediocris 101
- memoria 29,33,34,37,39,44,48,119,126; memoria (*nostrorum maiorum*) 2; memoria (*aetatis nostrae*) 9,14; memoria (*rerum gestarum*)19,26; memoria (*vetustatis*) 28; memoria (*rerum praeteritarum*) 35
- moderate 74
- moderatio 104
- moderatus 104
- modice 19,56,71,95
- modicus 2,4,26,27,131
- monere 20,68,77,78,89,94,96,137
- mos 4,8,19,20,21,24,27,30,31,32,37,45,46,47,51,68,71,72,75,89,90,92,96,100,112,115,120,127,139,140
- multiplex 38,62,67,105

N

- narrare 9,37,54,60,65,68,82,105,111,113,114,128; narrare (*breviter*) 11; narrare (*syncere, dilucide et sapienter*) 19; narrare (*res gestas*) 21; narrare (*separatim et distincte*) 66; narrare (*prudenter breviterque*) 69; narrare (*ingenue et syncere*) 84; narrare (*aprete et simpliciter*) 108
- narratio 40,57,63,92,97,107,115,118,119,121,123,124; narratio (*brevis*) 4; narratio (*rerum gestarum*) 9,12,13,30,96,112; narratio (*horrida et inculta*) 12; narratio (*ornata*)13; narratio (*sincera illustrisque*) 14; narratio (*commune*) 15; narratio (*rerum fictarum*) 15; narratio (*sententiarum et verborum*) 16; narratio (*aspera*) 21; narratio (*brevis, dilucida, levis et suavis*) 42; narratio (*simplex*) 62; narratio (*similis et odiosa*) 62; narratio (*perpetua*) 67; narratio (*historiae*) 17; narratio (*lenis, aequabilis, similis et connex*) 120
- narrator 85
- natura 7,14,18,32,47,58,60,61,73,75,85,98,105,119,120,134
- naturalis 9,15,39,57,117
- negotium 50,59,103,137
- numerus 98,101,102,103,104,112
- numerare 67
- numerosae 104

O

- occultare 3,16,84
- occultus 35,54,114,124,130
- omittere 137,139; omittere (*faces invidiae*) 5; omittere (*fastidium et arrogantiam*) 5; omittere (*humiliora*) 54; omittere (*aliena*)121; omittere (*reliqua*)129
- oratio 21,41,42,46,75,77,78,79,80,84,89,92,95,96,97,102,103,108; oratio (*acris et concisa*) 25; oratio (*suavis et ornata*) 39; oratio (*vetustam*) 99; oratio (*historicam*) 101; oratio (*gravior*) 104; oratio (*apta et accommodata*) 105; oratio (*instructa et accurata*) 116,125,138
- orator 17,19,21,30,39,40,41,42,73,85,88,99,100,107,128,134,136,138
- oratoria 43,105,116,136
- ordinate 62
- ordior 65,115
- ordo 12,49,59,60,62,63,64,120; ordo (*rerum*) 66; ordo (*vitae*) 69; ordo (*rectus*) 55,98,117,139

- origo 57,110; origo (*rerum*) 69
- ornamentum 10
- ornare 4,13,60,75,139
- ornate 9,10,15,39,74
- ornatus, -us 4,12,47,70,71,79,82; ornatus, -a, -um 26,39,101,106

P

- parare 23,51,107,114,115,140
- pariter 30,31,96,99,113,123
- pars 12,18,40,49,50,64,66,90,94,100,107,108,112,116,119,128
- parvitas 2,26
- parvus 131
- peritia 8
- peritus 29,134
- permovere 1
- persequi 4,13,17,47,52,53,81,94,96,119,126,140
- persona 58,68,71,75,76,77,78,79,81,84,87,91,108,109,117,123,128
- perturbatio 63,93,127
- persuadere 8,30
- philosophia 25,101
- philosophus 30,88,96,127,140
- pintura 60
- poemata 138
- poesim 83
- poesis 75
- poeta 4,15,19,30,33,52,70,73,87
- poetica 100,101,103,11,117,138,140
- poliri 10,18,21
- politus 11
- praeceptio 11,18
- praeceptum 3,11,25,27,39,40,42,43,44,46,68,69,126,134
- praecipere 107
- praecipue 7,138
- praecipuus 23,83,110
- praetermittere 54,66
- principes 15,22,38,52,55,130
- principium 35,40,50,56,57,85,107,114,115,116; principium (*historiae*) 36,108,109; principum (*liberum*) 113; principium (*narrationis*) 118
- probabile 37,49
- probabilitas 80,87,121
- probabiliter 39,40
- probare 3,7,14,30,38,44,48,65,81,88,105
- proemium 107
- progressum 10,33,51,55,69
- propietas 21
- propius 4,19,23,24,25,39,97,110,119,123,127,136,140
- propositio 11,112

-prudenter 9,13,18,23,39,45,56,57,88,138
-prudencia 13,22,23,26,27,41,43,44,51,62,74,75,77,79,82,86,89,133,134,137,138; prudencia (*immatura*) 2; prudencia (*naturalis*) 39; prudencia (*precepta*) 46; prudencia (*scriptoris*) 64; prudencia (*instructa et conformata*) 139
-prudens 12,16,73,76,93,94,118; prudens (*vir*)5,43,133,139,140; prudens (*historicus*) 66,134; prudens (*scriptor*) 87,88,122; prudens (*dictio*) 125
-purus 125

Q

-quaerere 11,14,39,57,104,118,125,134
-quiescere 103

R

-ratio 3,18,21,30,31,47,66,78,90,129,133; ratio (*vitae humanae*) 17,19; ratio (*scribendi*) 37,38,138; ratio (*disponendi*) 39,44; ratio (*faciendi*) 55; ratio (*temporum*) 61,63,64,65,77, 118; ratio (*rerum gestarum*) 65; ratio (*verborum*) 80,97,107; ratio (*agendarum*) 133,140
-recensere (*breviter et summatim*) 56
-reddere 72,83,114,131; reddere (*rationem*) 31
-redundantia 54
-referre 9,10,19,22,31,40,48,56,68,75,78,80,83,87,119,122
-rude 104,140
-rudus 3,10,13,28,134

S

-sapienter 19,68,76,88,140
-sapientia 23,46,140
-sapiens 12,24,33,38,57,83,96,138
-scena 87
-scientia 20,25,63,132; scientia (*magnarum rerum*) 8,140
-scribere 5,22,29,36,41,50,64,74,87,97,108,109,118,126,128,129,131,138,139,140; scribere (*bellum*) 2,23,72; scribere (*historiam*) 3,7,9,13,18,38,42,44,47,48,69,89,91,110,127; scribere (*vitia*) 20,92; scribere (*vana et falsa*) 83; scribere (*vitae*) 96; scribere (*bene*) 106,136; scribere (*syncere*)135
-seligere 49,97,140
-sententia 7,18,49,87,88,95,96,102,123; sententia (*et verborum*) 13,16,82,98,104; sententia (*brevis et acuta*) 92; sententia (*crebris*) 125
-series 33,120
-simplex 4,62,84; simples (*verbum*) 97,121
-simpliciter 108
-sogillatim 47
-solertia 99
-solers 75,135
-stylus 105,130
-studia 11,20,21,76,89,90,92,131; studia (*bonarum artium*) 76; studia (*literarum*) 77
-studiosus 84; studiosus (*historiarum*) 43; studiosus (*virtutis*) 135
-studium 2,10,12,24,29,31,45,58,68,86,91,94,132,140
-suauitas 21,26,33,101,123,140

-suauiter 40
-suauis 4,21,34,42,98,140
-sublimitas 100
-sublimis 105
-sumere 13,45,66,107
-summatim 13,56,70,105,122
-suspicium 71,110
-suspicius 99

T

-tacere 49,50
-temperantia 23,72
-tempus 1,10,11,12,26,31,34,35,36,41,44,48,56,57,58,60,61,62,63,64,65,66,69,71,77,78,79,
81,94,95,101,117,118,120,123,137,140
-transitio 67,117
-tueri 82
-turpis 91
-turpido 15,19,47,87
-typum 3,131,132

U

-uarietas (*rerum et locorum*) 4, (*scriptorum*) 7,22, (*exemplorum*) 30, (*rerum*) 75
-uerba 75
-uerumentia 13
-uero 8,11,13,15,38
-uerus 11,14,18,33,48,75,77,80
-uirtus 2,6,8,10,22,23,25,31,39,46,47,53,54,58,85,90,97,124,127,128,131,134,135,142
-uis 3
-uita 6,16,17,19,20,23,25,26,27,30,34,45,47,53,54,58,89,91,95,96,101,118,136,140,141
-uituperare 18,19,90,94,134
-uituperatio 82,90
-uitiosus 85,102,103
-uitium 81,86,91,92,121,135,140 (*historiae*) 20,47,58,64, (*animi*) 68,73,90
-uoluptas 4,20,21,33,47,82,109,134,142
-usus 16,25,26,27,138,140
-usitata (*verba*) 97,99,122,123
-utilitas 14,20,21,52,64,82,136,140 (*historiae*) 50,110
-utiliter 140
-utilis 9,24,30,31,43,47,110